

apetecer, la cual tiene dos efectos; el uno es de cobardía, y el otro de osadía: los efectos de cobardía ejercita cuando no halla las cosas para sí convenientes; porque entonces se encoge, retira y acobarda: y en estos efectos es comparada á los ciervos. Porque así como tienen esta potencia concupiscible más intensa que otros muchos animales, así son muy cobardes y encogidos. Los efectos de osadía ejercita cuando halla las cosas convenientes para sí; porque entonces no se encoge ni acobarda, sino atrevese á apetecerlas y admitirlas con los deseos y afectos. Y en estos afectos de osadía es comparada esta potencia á los gamos; los cuales tienen tanta concupiscencia en lo que apetecen, que no sólo é ello van corriendo, mas aún saltando, por lo cual aquí los llama saltadores. De manera que en conjurar los leones, pone rienda á los ímpetus y excesos de la ira; y en conjurar los ciervos, fortalece la concupiscencia en las cobardías y pusilanimidades que antes la encogían; y en conjurar los gamos saltadores, la satisface y apacigua los deseos y apetitos que antes andaban inquietos, saltando como gamos de uno en otro para satisfacer á la concupiscencia, la cual está ya satisfecha por las amenas liras de cuya suavidad goza, y por el canto de sirenas en cuyo deleite se apacienta. Y es de notar que no conjura el Esposo aquí á la ira y concupiscencia; porque estas potencias nunca en el alma faltan, sino á los molestos y desordenados actos de ellas, significados por los leones, ciervos y gamos saltadores; porque estos en este estado es necesario que falten.

Montes, valles, riberas.

Por estos tres nombres se denotan los actos viciosos y desordenados de las tres potencias del alma, que son memoria, entendimiento y voluntad, los cuales actos son desordenados y viciosos cuando son en extremo altos, y cuando son en extremo bajos y remisos, ó aunque no lo sean en extremo, cuando declinan hacia uno de los dos extremos. Y así por los montes que son muy altos, son significados los actos extremados en demasia desordenada. Y por los valles, que son muy bajos, se significan los actos de estas tres

potencias extremados en menos de lo que conviene. Y por las riberras, que ni son muy altas ni muy bajas, sino que por no ser llanas participan algo del un extremo y del otro, son significados los actos de las potencias cuando exceden ó faltan algo del medio y llano de lo justo; los cuales, aunque no son extremadamente desordenados, que serían llegando á pecado mortal, todavía lo son en parte, ahora en venial, ahora en imperfección, por mínima que sea en el entendimiento, memoria y voluntad. A todos estos actos excesivos de lo justo conjura también que cesen por las amenas liras y canto dicho: las cuales tienen puestas á las tres potencias del alma tan en su punto de efecto, que están tan empleadas en la justa operación que les pertenece, que no sólo no en lo extremo, pero ni aun en parte de él participan en alguna cosa. Sigúense los demás versos.

*Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores.*

También por estas cuatro cosas entiende las aficiones de las cuatro pasiones, que, como dijimos, son dolor, esperanza, gozo y temor. Por las aguas se entienden las aficiones del dolor que afligen al alma, porque así como agua se entran en el alma; de donde David, hablando con Dios de ellas, dice: *Salvum me fac, Deus, quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam*. Esto es, salvame, Dios mío, porque han entrado las aguas hasta mi alma. (Ps. LXVIII. 2.) Por los aires entiende las afecciones de la Esperanza, porque así como aire vuelan á desear lo ausente que se espera, de donde también dice David: *Os meum aperui, et attraxi Spiritum: quia mandata tua desiderabam*. Como si dijera: abrí la boca de mi esperanza, y atraje el aire de mi deseo; porque esperaba y deseaba tus mandamientos. (Ps. CXVIII, 131.) Por los ardores se entienden las afecciones de la pasión del gozo, las cuales inflaman el corazón á manera del fuego. Por lo cual el mismo David dice: *Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis*. Que quiere decir: dentro de mí se calentó mi corazón, y en mi meditación se encen-

derá fuego. (Ps. XXXVIII, 4.) Que es tanto como decir, en mi meditación se encenderá el gozo. Por los miedos de las noches veladores se entienden las afecciones de la otra pasión, que es el temor: las cuales en los espirituales que aún no han llegado á este estado del matrimonio espiritual de que vamos hablando, suelen ser muy grandes; á veces de parte de Dios al tiempo que les quiere hacer algunas mercedes, como habemos dicho arriba, que le suele hacer temor en el espíritu, y pavor, y también encogimiento de la carne y sentidos, por no tener ellos fortalecido y perficionado el natural y habituado á aquellas mercedes; á veces también de parte del demonio, el cual al tiempo que Dios da al alma recogimiento y suavidad en sí, teniendo él grande envidia y pesar de aquel bien y paz del alma, procura poner horror y temor en el espíritu por impedirla aquel bien, y á veces como amenazándola allá en el espíritu; y cuando ve que no puede llegar al interior del alma, por estar ella muy recogida y unida con Dios, á lo menos procura por de fuera en la parte sensitiva poner distracción y variedad, y aprietos y dolores, y horror al sentido, á ver si por este medio puede inquietar á la Esposa de su tálamo. Y á los cuales llama miedos de las noches, por ser de los demonios, y porque con ellos el demonio procura difundir tinieblas en el alma, por oscurecer la Divina luz de que goza. Y llama veladores á estos temores, porque de suyo hacen velar y recordar al alma de su suave sueño interior. Y también porque los demonios que los causan están siempre velando por ponerlos. Estos temores que pasivamente de parte de Dios, ó del demonio, como he dicho, se ingieren al alma, digo en el espíritu de los que son ya espirituales (1). Y no trato aquí

(1) Esta cláusula debe de estar incompleta; mas todos los manuscritos que hemos consultado, tanto de uno como de otro Cántico, la traen del mismo modo. La edición de 1630 y las que la han seguido dicen así: «Estos temores *casi* pasivamente de parte de Dios, ó del demonio, como he dicho, se ingieren en el espíritu de los que ya son espirituales.» El pensamiento queda más completo; pero creemos que esa palabra *casi* no es del Santo y que es una de las varias que en dicha edición se introdujeron para atenuar ciertas expresiones (que no había para qué) como adelante se evidenciará. A nuestro juicio, ó hay que suprimir el primer *que*, ó suplir palabras al fin.

de otros temores temporales ó naturales; porque tener los tales temores no es de gente espiritual; mas tener los espirituales ya dichos es propiedad de espirituales.

Pues á todas estas cuatro maneras de afecciones de las cuatro pasiones del alma conjura también el Amado, haciéndolas cesar y sosegar; por cuanto él da ya en este estado á su Esposa caudal y fuerza y satisfacción en las amenas liras de su suavidad y canto de sirenas de su deleite, para que no sólo no reinen en ella, pero ni aun algún tanto la puedan dar sinsabor. Porque es la grandeza y estabilidad del alma tan grande en este estado, que si antes le llegaban al alma las aguas del dolor de cualquiera cosa, y aun de los pecados suyos ó ajenos, que es lo que más suelen sentir los espirituales, aunque los estiman, no les hacen dolor ni sentimiento, y la compasión, ésto es el sentimiento de ellos, no le tienen, aunque tienen las obras y la perfección de ella. Porque aquí le falta al alma lo que tenía de flaco en las virtudes, y le queda lo fuerte, constante y perfecto de ellas. Porque á modo de los ángeles, que perfectamente estiman las cosas que son de dolor, sin sentir dolor, y ejercitan las obras de misericordia sin sentimiento de compasión, le acaece al alma en esta transformación de amor. Aunque en algunas veces y en algunas sazones dispensa Dios con ella, dándole á sentir cosas y á padecer en ellas, porque más merezca y se afervore en el amor, ó por otros respetos; como hizo con la Madre Virgen y con San Pablo y otros; pero el estado de suyo no lo lleva.

En los deseos de la esperanza tampoco se aflige: porque estando ya satisfecha con esta unión de Dios, cuanto en esta vida puede, ni acerca del mundo tiene qué esperar, ni acerca de lo espiritual qué desear: pues se ve y siente llena de las riquezas de Dios; y así en el vivir y en el morir está conforme y ajustada con la voluntad de Dios, diciendo según la parte sensitiva y espiritual: *Fiat voluntas tua*, sin impetu de otra gana y apetito; y así el deseo que tiene de ver á Dios, es sin pena. También las afecciones del gozo, que en el alma solían hacer sentimiento de más ó menos, ni en ellas echa de ver mengua ni le hace novedad la abundancia; porque es tanta la que ella ordi-

nariamente goza, que á manera de la mar, ni mengua por los rios que de ella salen, ni crece por los que en ella entran: porque esta alma es en la que está hecha esta fuente, de que dice Cristo por San Juan, que su agua salta hasta la vida eterna (IV, 14).

§ Y porque he dicho que esta tal alma no recibe novedad en este estado de transformación, en lo cual parece que le quita los gozos accidentarios, que aun en los glorificados no faltan, es de saber, que aunque á esta alma no le faltan estos gozos y suavidades accidentarias, porque antes las que ordinariamente tiene son sin cuenta, no por eso en lo que es sustancial comunicación de espíritu se le aumenta nada, porque todo lo que de nuevo le puede venir, ya ella se lo tenía; y así es más lo que en sí tiene, que lo que de nuevo le viene. De donde todas las veces que á esta alma se le ofrecen cosas de gozo y de alegría, ahora de cosas exteriores, ahora espirituales interiores, luego se convierte á gozar las riquezas que ella tiene ya en sí, y se queda con mucho mayor gozo y deleite en ellas y en las que de nuevo le vienen, porque tiene en alguna manera la propiedad de Dios en esto, el cual, aunque en todas las cosas se deleita, no se deleita tanto en ellas como en si mismo; porque tiene él en si eminente bien sobre todas ellas. Y así todas las novedades que á este alma acaecen de gozos y gustos, más le sirven de recuerdos para que se deleite en lo que ella ya tiene y siente en sí, que en aquellas novedades; porque, como digo, es más que ellas. Y cosa natural es que cuando una cosa da gozo y contento al alma, si tiene otra que más estime y más gusto le dé, luego se acuerda de aquélla, y asienta su gusto y gozo en ella. Y así es tan poco lo accidentario de estas novedades espirituales y lo que ponen de nuevo en el alma, en comparación de lo sustancial que ella ya en sí tiene, que lo podemos decir nada, porque el alma que ha llegado á este cumplimiento de transformación en que está toda crecida, no va creciendo con las novedades espirituales, como las otras que no han llegado á él. Pero es cosa admirable de ver, que con no recibir esta alma novedades de deleite, siempre le parece que las recibe de nuevo y también que se las tenía. La razón es porque siempre las gusta de

nuevo, por ser su bien siempre nuevo; y así le parece que recibe siempre novedades, sin haber menester recibirlas.

Pero si quisiésemos hablar de la iluminación de gloria que en este ordinario abrazo que tiene dado al alma, algunas veces hace en ella, que es cierta conversión espiritual á ella en que le hace ver y gozar de por junto este abismo de deleites y riquezas que ha puesto en ella, nada se podría decir que declarase algo de ello. Porque á manera del Sol cuando de lleno embiste la mar esclarece hasta los profundos senos y cavernas, y parecen las perlas y venas riquísimas de oro y otros minerales preciosos; así este Divino Sol del Esposo, convirtiéndose á la Esposa, saca de manera á luz las riquezas del alma, que hasta los ángeles se maravillan de ella, y digan aquello de los *Cantares*, es á saber, ¿quién es ésta que procede como la mañana que se levanta, hermosa como la Luna, escogida como el Sol, terrible y ordenada como las haces de los ejércitos? (VI, 9). En la cual iluminación, aunque es de tanta excelencia, no se le acrecienta nada á la tal alma, sino sólo sacarle á luz, á que goce lo que antes tenía.

Finalmente, ni los miedos de las noches veladores llegan á ella, estando ya tan clara y tan fuerte, y reposando tan de asiento en Dios, que ni la pueden oscurecer con sus tinieblas los demonios, ni atemorizar con sus terrores, ni recordar con sus impetus; de donde ninguna cosa le puede llegar ni molestar, habiéndose ya ella entrado de todas las cosas en su Dios, donde de toda paz goza, de toda suavidad gusta y en todo deleite se deleita, según sufre la condición y estado de esta vida. Porque de esta tal alma se entiende aquello que dice el Sabio: *Secura mens quasi iuge convivium*. Es á saber, el alma pacífica y sosegada es como un convite continuo. (Prov. XV, 15.) Porque así como en un convite hay sabor de todos manjares y suavidad de todas las músicas, así el alma en este convite que ya tiene en el pecho de su Esposo, de todo deleite goza y gusta de toda suavidad. Y es tan poco lo que habemos dicho de lo que aquí pasa y lo que se puede decir con palabras, que siempre se diría lo menos que en el alma que llega á este dichoso estado pasa. Porque si el alma atina á

dar en la paz de Dios, que como dice San Pablo (ad Phil. IV, 7) (1), sobrepuja á todo sentido, quedará todo sentido para hablar en ella corto y mudo. Síguese el verso de la segunda canción.

*Por las amenas liras,
Y canto de sirenas os conjuro.*

Va habemos dado á entender que por las *amenas liras* entiende aqui el Esposo la suavidad que de sí da al alma en este estado, por la cual hace cesar todas las molestias que habemos dicho en el alma. Porque así como la música de las liras llena el ánimo de suavidad y recreación, y le embebe y suspende de manera que le tiene enajenado de sinsabores y penas; así esta suavidad tiene al alma tan en sí, que ninguna cosa penosa le llega. Y así es como si dijera: por la suavidad que yo pongo en el alma, cesen todas las cosas no suaves al alma. También se ha dicho que el canto de sirenas significa el deleite ordinario que el alma posee. Y llama á este deleite canto de sirenas, porque así como, según dicen, el canto de sirenas es tan sabroso y deleitoso, que al que le oye de tal manera le arroba y enamora, que le hace olvidar como transportado de todas las cosas; así el deleite de esta unión de tal manera absorbe el alma en sí y la recrea, que la pone como encantada á todas las molestias y turbaciones de las cosas ya dichas: las cuales son entendidas en este verso:

Y cesen vuestras iras.

Llamando iras á las dichas turbaciones y molestias de las afecciones y operaciones desordenadas que habemos dicho. Porque así como la ira es cierto impetu que turba la paz, saliendo de los límites de ella; así todas las afecciones ya dichas con sus movimientos exceden el límite de la paz y tranquilidad del alma, desquiciándola cuando la tocan, y por eso dice:

Y no toquéis al muro.

(1) «Como dice la Iglesia» (Mss. de Jaén, Alba y Burgos.)

Entendiendo por el muro el cerco de la paz y vallado de virtudes y perfecciones con que la misma alma está cercada y guardada; siendo ella el huerto que arriba ha dicho, donde su Amado paze las flores, cercado y guardado solamente para él; por lo cual él la llama en los *Cantares* huerto cercado, diciendo: Mi hermana es huerto cercado. *Hortus conclusus soror mea sponsa*. (IV, 12.) Y así dice aquí: que ni aun á la cerca y muro de este su huerto le toquen.

Porque la Esposa duerma más seguro.

Es á saber, porque más á sabor se deleite de la quietud y suavidad que goza en el Amado. § Donde es de saber que ya aquí para el alma no hay puerta cerrada, sino que en su mano está gozar cada y cuando quiere de este suave sueño de amor, según lo da á entender el Esposo en los *Cantares*, diciendo: Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y los ciervos de los campos, que no recordéis ni hagáis velar á la Amada hasta que ella quiera. (III, 5.) *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Tanto era el deseo que el Esposo tenía de acabar de libertar y rescatar esta su Esposa de las manos de la sensualidad y del demonio, que ya que lo ha hecho, como lo ha hecho aquí de la manera que el buen Pastor, se goza con la oveja sobre sus hombros, que había perdido y buscado por muchos rodeos. (Luc. XV, 5.) Y como la mujer se alegra con la dracma en las manos, que para hallarla había encendido la candela y trastornado toda la casa, llamando á sus amigos y vecinos, y se regreacia con ellos diciendo, alegráos conmigo, etc. (Ibid. 9); así á este amoroso Pastor y Esposo del alma es admirable cosa de ver el placer que tiene y gozo de ver al alma ya así ganada y perficionada, puesta en sus hombros y asida con sus manos en esta deseada junta y unión. Y no sólo en sí se goza, sino que también hace participantes á los ángeles y almas santas de su alegría, diciendo como en los *Cantares*: Salid, hijas de Sión, y mirad al Rey Salomón con la corona con que lo coronó su madre en el día

de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón. (III, 11.) Llamando al alma en estas dichas palabras su corona, su Esposa y la alegría de su corazón, trayéndola ya en sus brazos, y procediendo con ella como Esposo de su tálamo. Todo lo cual da él á entender en la siguiente Canción. *

CANCIÓN XXII

Entrádose há la Esposa

En el ameno huerto deseado,

Y á su sabor reposa,

El cuello reclinado

Sobre los dulces brazos del Amado.

DECLARACIÓN

Habiendo ya la Esposa puesto diligencia en que las raposas se cazasen, y el Cierzo se fuese, y las ninfas se sosegasen, que eran estorbos é inconvenientes que impedían el acabado deleite del estado del matrimonio espiritual, y también habiendo invocado y alcanzado el aire del Espíritu Santo, como en las precedentes Canciones ha hecho, el cual es propia disposición é instrumento para la perfección del tal estado; resta ahora tratar de él en esta Canción, en la cual habla el Esposo llamando ya Esposa al alma, y dice dos cosas. La una es decir cómo después de haber salido victoriosa, ha llegado á este estado deleitoso del matrimonio espiritual, que él y ella tanto habían deseado. Y la segunda es contar las propiedades del dicho estado, de las cuales el alma goza ya en él: como son reposar á su sabor, y tener el cuello reclinado sobre los dulces brazos del Amado, según que ahora iremos declarando.

Entrádose há la Esposa.

Para declarar el orden de estas Canciones más distintamente, y dar á entender el que ordinariamente lleva el alma hasta llegar á este estado de matrimonio espiritual, que es el más alto de que ahora, mediante el favor divino habemos de hablar; es de notar que antes

que el alma aquí llegue, se ejercita en los trabajos y amarguras de la mortificación, y en la meditación de las cosas espirituales, que al principio dijo el alma desde la primera Canción hasta aquella que dice: *Mil gracias derramando*. Y después entra en la vida contemplativa, en que pasa por las vías y estrechos de amor, que en el suceso de las Canciones ha ido contando, hasta la que dice: *Apártalos, Amado*, en que se hizo el desposorio espiritual. Y demás de esto va por la vía unitiva, en la que recibe muchas y muy grandes comunicaciones, visitas y dones y joyas del Esposo, bien así como á desposada, y se va enterando y perfeccionando en el amor, como ha contado desde la dicha Canción, que comienza: «Apártalos, Amado,» donde se hizo el desposorio, hasta esta de ahora que comienza: *Entrádose há la esposa*.

Donde restaba ya hacerse el matrimonio espiritual entre la dicha alma y el Hijo de Dios. El cual es mucho más sin comparación que el desposorio espiritual; porque es una transformación total en el Amado, en que se entregan ambas las partes por total posesión de la una á la otra, con cierta consumación de unión de amor, en que está el alma hecha Divina y Dios por participación, cuanto se puede en esta vida. Y así pienso que este estado nunca acaece sin que esté el alma en él confirmada en gracia (1), porque se confirma la Fe de ambas partes, confirmándose aquí la de Dios en el alma; de donde éste es el más alto estado á que en esta vida se puede llegar. Porque así como en la consumación del matrimonio carnal son dos en una carne, como dice la Divina Escritura (Gen. II, 24), así también consumado este matrimonio espiritual entre Dios y el alma, son dos naturalezas en un espíritu y amor, según lo dice San Pablo, trayendo esta misma comparación, diciendo: El que se junta al Señor, un espíritu se hace

(1) Hablando de este mismo punto escribe el Padre Scarameli: «Digo en segundo lugar, que si el contemplativo goza actualmente de la unión mística y transformativa de amor debe estar cierto de hallarse en gracia de Dios.» El Padre Felipe de la Santísima Trinidad dice que esta opinión es común entre los Doctores Místicos (Theol. Myst., proæm. art. 8); porque un estado tan sublime pide que Dios revele al alma su esposa la amistad que hay entre los dos. (Direct. Mist. trat. II, cap. XXII, número 258.) Véase también Meynard, *La vida espiritual* (tom. II, pág. 387.

con él (1. ad. Cor. VI, 17). Bien así como cuando la luz de una estrella ó de una candela se junta y une con la del Sol, que ya el que luce no es la estrella ni la candela, sino el Sol, teniendo en sí difundidas las otras luces. Y de este estado habla en el presente verso el Esposo, diciendo: «Entrádose há la Esposa:» es á saber de todo lo temporal y de lo natural, y de todas las afecciones, modos y maneras espirituales; dejadas aparte y olvidadas todas las tentaciones, turbaciones y penas, solicitud y cuidados, transformada en este alto abrazo: por lo cual se sigue el verso siguiente, es á saber:

En el ameno huerto deseado.

Y es como si dijera: transformádose há en su Dios, que es el que aquí llama huerto ameno por el deleitoso y suave asiento que halla el alma en él. A este huerto de llena transformación, el cual es ya gozo, deleite y gloria de matrimonio espiritual, no se viene sin pasar primero por el desposorio espiritual, y por el amor leal y común de desposados; porque después de haber sido el alma algún tiempo Esposa en entero y suave amor con el Hijo de Dios, después la llama Dios y la mete en este huerto suyo florido á consumir este estado felicísimo del matrimonio consigo, en el que se hace tal junta de las dos naturalezas, y tal comunicación de la Divina á la humana, que no mudando alguna de ellas su ser, cada una parece Dios; aunque en esta vida no puede ser perfectamente, aunque es sobre todo lo que se puede decir ni pensar.

Esto da muy bien á entender el mismo Esposo en los *Cantares*, donde convida al alma hecha ya Esposa á este estado, diciendo: *Veni in hortum meum, soror mea sponsa, messui mirham meam cum aromatibus meis*. Que quiere decir: ven y entra en mi huerto, hermana mía Esposa, que ya he segado mi mirra con mis especies olorosas (V, 1). Llámala hermana y esposa, porque ya lo era en el amor y entrega que le había hecho de sí antes que la llamase á este estado de matrimonio espiritual, donde dice que tiene ya segada su olorosa mirra y especies aromáticas, que son los frutos de las flores

ya maduros y aparejados para el alma; los cuales son los deleites y grandezas que en este estado de sí la comunica; esto es, en sí mismo á ella, y por eso él es ameno y deseado huerto para ella. Porque todo el deseo y fin del alma y de Dios en todas las obras de ella, es la consumación y perfección de este estado: por lo cual nunca descansa el alma hasta llegar á él, porque halla en este estado mucha más abundancia y henchimiento de Dios, y más segura y estable paz, y más perfecta suavidad sin comparación que en el desposorio espiritual. Bien así como ya colocada en los brazos de tal Esposo, con el cual ordinariamente siente el alma tener un estrecho abrazo espiritual, que verdaderamente es abrazo, por medio del cual abrazo vive el alma vida de Dios. Porque en esta alma se verifica lo que dice San Pablo: *Vivo autem, jam non ego, vivit verò in me Christus*. Vivo, ya no yo; porque vive Cristo en mí (Galat. II, 20). Por tanto, viviendo el alma aquí, vida tan feliz y gloriosa, como es vida de Dios, considere cada uno, si pudiere, qué vida será esta tan sabrosa que vive, en la cual, así como Dios no puede sentir algún sinsabor, ella tampoco le siente; mas goza y siente deleite y gloria de Dios en la sustancia del alma transformada en él. Y por eso se sigue el verso siguiente:

*Y a su sabor reposa
El cuello reclinado.*

El cuello significa aquí la fortaleza del alma, mediante la cual, como habemos dicho, se hace esta junta y unión entre ella y el Esposo, porque no podría el alma sufrir tan estrecho abrazo, si no estuviese ya muy fuerte. Y porque en esta fortaleza trabajó el alma, y obró las virtudes y venció los vicios, justo es que en aquello que venció y trabajó, repose el cuello reclinado.

Sobre los dulces brazos del Amado.

Reclinar el cuello en los brazos de Dios, es tener ya unida su fortaleza, ó por mejor decir su flaqueza en la fortaleza de Dios, porque

los brazos de Dios significan la fortaleza de Dios, en que reclinada y transformada nuestra flaqueza, tiene ya fortaleza del mismo Dios. De donde muy cómodamente se denota este estado de matrimonio espiritual, por esta reclinación del cuello en los dulces brazos del Amado; porque ya Dios es la fortaleza y dulzura del alma, en que está guarecida y amparada de todos los males, y saboreada en todos los bienes. Por tanto la Esposa en los *Cantares*, deseando este estado, dijo al Esposo: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meæ, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat?* ¿Quién te me diese, hermano mío, que mamases en los pechos de mi madre, de manera que te hallase yo solo afuera, y te besase, y ya no me despreciase nadie? (VIII, 1.) En llamarle hermano da á entender la igualdad que hay en el desposorio de amor entre los dos, antes de llegar á este estado. En lo que dice, que mamases los pechos de mi madre, quiere decir, que enjugases y apagasen en mí los apetitos y pasiones, que son los pechos de la leche de la madre Eva en nuestra carne: los cuales son impedimento para este estado; y así esto hecho, te hallase yo solo afuera; esto es, fuera yo de todas las cosas y de mí misma, en soledad y desnudez de espíritu, la cual viene á ser enjugados los apetitos ya dichos; y allí te besase sola á tí sólo, es á saber, se uniese mi naturaleza ya sola y desnuda de toda impureza, temporal, natural y espiritual, contigo sólo, con tu sola naturaleza, sin otro algún medio: lo cual sólo es en el matrimonio espiritual, que es el beso del alma á Dios, donde no la desprecia ni se le atreve ninguno; porque en este estado ni demonio, ni carne, ni mundo, ni apetitos molestan. Porque aquí se cumple lo que también se dice en los *Cantares*: ya pasó el invierno, y se fué la lluvia, y parecieron las flores en nuestra tierra: *Jam enim hiems transiit, imber abiit, et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra.* (II, 11.)

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

En este alto estado de matrimonio espiritual, con gran facilidad y frecuencia descubre el Esposo al alma sus maravillosos secretos

como su fiel consorte, porque el verdadero y entero amor no sabe tener nada encubierto al que ama. Comunícala principalmente dulces misterios de su Encarnación, y los modos y maneras de la Redención humana, que es una de las más altas obras de Dios, y así es más sabrosa para el alma. Por lo cual aunque otros muchos misterios la comunica, sólo hace mención el Esposo en la Canción siguiente de la Encarnación, como el más principal de todos; y así hablando con ella dice:

CANCIÓN XXIII

Debajo del manzano

Allí conmigo fuiste desposada,

Allí te di la mano,

Y fuiste reparada,

Donde tu madre fuera violada.

DECLARACIÓN

Declara el Esposo al alma en esta Canción la admirable manera y traza que tuvo en redimirla y desposarla consigo, por aquellos mismos términos que la naturaleza humana fué estragada y perdida, diciendo, que así como por medio del árbol vedado en el Paraíso fué perdida y estragada en la naturaleza humana por Adán; así en el árbol de la Cruz fué redimida y reparada por él, dándole allí la mano de su favor y misericordia por medio de su muerte y pasión, alzando las treguas que del pecado original había entre el hombre y Dios. Y así dice:

Debajo del manzano.

Esto es, debajo del favor del árbol de la Cruz, que aquí es entendido por el manzano, donde el Hijo de Dios redimió, y por consiguiente desposó consigo la naturaleza humana, y consiguien-

temente á cada alma, dándole él gracia y prendas en la Cruz, y así dice:

Allí conmigo fuiste desposada,

Allí te di la mano.

Conviene á saber, de mi favor y ayuda, levantándote de tu miserable y bajo estado en mi compañía y desposorio.

Y fuiste reparada,

Donde tu madre fuera violada.

Porque tu madre, la naturaleza humana, fué violada en tus primeros padres debajo del árbol; y tú allí también debajo del árbol de la Cruz fuiste reparada. De manera que si tu madre debajo del árbol te dió la muerte, yo debajo del árbol de la Cruz te di la vida. Y á este modo le va Dios descubriendo las ordenaciones y disposiciones de su sabiduría, como sabe él tan sabia y hermosamente sacar de los males bienes, y aquello que fué causa de mal ordenarlo á mayor bien. Lo que en esta Canción se contiene á la letra, dice el mismo Esposo á la Esposa en los *Cantares*, diciendo: *Sub arbore malo suscitavi te: ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua.* Que quiere decir: debajo del manzano te levanté; allí fué tu madre estragada, y allí la que te engendró fué violada (VIII, 5).

§ Este desposorio que se hizo en la Cruz, no es del que ahora vamos hablando; porque aquél se hizo de una vez, dando Dios al alma la primera gracia, lo cual se hace en el bautismo con cada alma; mas éste es por vía de perfección, que no se hace sino muy poco á poco por sus términos, que aunque es todo uno, la diferencia es que el uno se hace al paso del alma, y así va poco á poco; y el otro se hace al paso de Dios, y así hácese de una vez. Porque este de que vamos hablando, es el que dió Dios á entender por Ezequiel, hablando con el alma en esta manera: Estabas arrojada sobre la tierra en desprecio de tu ánima el día que naciste. Y pasando por ti, vite pisada en tu sangre, y dijete: como estuvieses en tu sangre, vive; y púsete tan multiplicada como la yerba del campo; y multiplicásete

é hicistete grande, y entraste y llegaste hasta la grandeza de mujer; y crecieron tus pechos, y multiplicáronse tus cabellos, y estabas desnuda y llena de confusión. Y pasé por tí y mirete, y vi que tu tiempo era tiempo de amantes, y tendí sobre tí mi manto y cubrí tu ignominia. Y hicete juramento y entré contigo en pacto, é hicete mía. Y lavete con agua y limpié la sangre que tenías, y ungite con óleo, y vestite de colores, y calcete de jacinto, y ceñite de holanda, y vestite de sutilezas. Y adornete con ornato, puse manillas en tus manos, y collar en tu cuello. Y sobre tu boca puse un zarcillo, y en tus orejas cerquillo, y corona de hermosura sobre tu cabeza. Y fuiste adornada con oro y plata, y vestida de holanda y sedas labradas de muchos colores; pan muy esmerado, y miel y óleo comiste, é hiciste de vehemente hermosura, y llegaste á reinar y ser Reina, y divulgose tu nombre entre las gentes por tu hermosura (XVI, 5). Hasta aquí son palabras de Ezequiel. Y de este talle está el alma de que aquí vamos hablando. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Mas después de esta sabrosa entrega de la Esposa y el Amado, lo que luego inmediatamente se sigue es el lecho de entrambos, en el cual muy más de asiento gusta ella de los dichos deleites del Esposo; y así en la siguiente Canción trata del lecho de él y de ella, el cual es Divino, puro y casto, en que el alma está Divina, pura y casta; porque el lecho no es otra cosa que su mismo Esposo el Verbo Hijo de Dios, como luego se dirá, en el cual ella, por medio de la dicha unión de amor, se recuesta al cual lecho ella llama florido, porque su Esposo no sólo es florido, sino, como él mismo dice de sí en los *Cantares*, es la misma flor del campo y el lirio de los valles (II, 1). Y así el alma no sólo se acuesta en el lecho florido, sino en la misma flor que es el Hijo de Dios, la cual en sí tiene divino olor y fragancia, y gracia y hermosura, como también él lo dice por David, diciendo: La hermosura del campo está conmigo (Ps. XLIX, 11); por lo cual canta el alma las propiedades y gracias de su lecho y dice: *

CANCIÓN XXIV

Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.

DECLARACIÓN

En las dos Canciones pasadas ha cantado el alma Esposa las gracias y grandezas de su Amado el Hijo de Dios. Y en ésta no sólo las va prosiguiendo, mas también canta el felice y alto estado en que se ve puesta y la seguridad de él. Y lo tercero, las riquezas de dones y virtudes con que se ve dotada y arreada en el tálamo de su Esposo. Porque dice estar ya ella en unión con Dios, teniendo ya las virtudes en fortaleza. Lo cuarto, porque tiene ya perfección de amor. Lo quinto, porque tiene paz espiritual cumplida, y que toda ella está hermo-seada y enriquecida con dones y virtudes, como se pueden en esta vida poseer y gozar, según se irá diciendo en los versos. Lo primero, pues, que canta, es el deleite que goza en la unión del Amado, diciendo:

Nuestro lecho florido.

Ya habemos dicho que este lecho del alma es el Esposo Hijo de Dios, el cual está florido para el alma; porque estando ella unida ya y recostada en él, hecha esposa, se le comunica el pecho y el amor del Amado, lo cual es comunicársele la sabiduría, y secretos y gracias, y virtudes y dones de Dios, con los cuales está ella tan hermo-seada y rica y llena de deleites, que le parece estar en un lecho de variedad de suaves flores Divinas, que con su toque la deleitan, y con su olor la recrean. Por lo cual llama ella muy propiamente á esta junta de amor con Dios, lecho florido; porque así le llama la Esposa hablando con el Esposo en los *Cantares*, diciendo: *Lectulus noster*

floridus, esto es, nuestro lecho florido (I, 15); y llámale nuestro, porque unas mismas virtudes y un mismo amor, conviene á saber, del Amado, son ya de entrambos, y un mismo deleite el de entrambos, según aquello que dice el Espíritu Santo en los Proverbios, es á saber: Mis deleites son con los hijos de los hombres (VIII, 31). Llámale también florido, porque en este estado están ya las virtudes en el alma perfectas y heroicas, lo cual aún no había podido ser, hasta que el lecho estuviese florido en perfecta unión con Dios. Y así canta luego lo segundo en el verso siguiente, diciendo:

De cuevas de leones entlazado.

Entendiendo por cuevas de leones las virtudes que posee el alma en este estado de unión con Dios. La razón es, porque las cuevas de los leones están muy seguras y amparadas de todos los demás animales; porque temiendo ellos la fortaleza y osadía del león que está dentro, no sólo no se atreven á entrar, mas ni aun junto á ella osan parar (1). Y así cada una de las virtudes, cuando ya las posee el alma en perfección, es como una cueva de leones para ella, en la cual mora y asiste el Esposo Cristo unido con el alma en aquella virtud y en cada una de las demás, como fuerte león. Y la misma alma unida con él en esas mismas virtudes está también como fuerte león, porque allí recibe las propiedades de Dios, y así en este caso está el alma tan amparada y fuerte en cada una de las virtudes, y en todas ellas juntas recostada en este florido lecho de la unión con su Dios, que no sólo no se atreven los demonios á acometer á la tal alma, mas ni aun osan parecer delante de ella, por el gran temor que le tienen viéndola tan engrandecida, animada y osada con las virtudes perfectas en el lecho del Amado; porque estando ella unida en transformación de unión, tanto la temen como á él mismo; y ni la osan aun mirar, porque teme mucho el demonio al alma que tiene perfección.

(1) «Osan pasar.» (Ms. de Alba.)

Dice también que está enlazado el lecho de estas cuevas de las virtudes; porque en este estado de tal manera están trabadas entre sí las virtudes, y unidas, y fortalecidas unas con otras, y ajustadas en una acabada perfección del alma, sustentándose unas con otras, que no queda parte abierta ni flaca, no sólo para que el demonio pueda entrar, pero ni aun para que ninguna cosa del mundo alta ni baja la pueda inquietar ni molestar, ni aun mover; porque estando ya libre de toda molestia de las pasiones naturales, y ajena y desnuda de la tormenta y variedad de los cuidados temporales, como aquí lo está, goza en seguridad y quietud de la participación de Dios. Esto mismo es lo que deseaba la Esposa en los *Cantares*, diciendo: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat?* Quiere decir: quién te me diese, hermano mío, que mamases los pechos de mi madre, de manera que te hallase yo afuera, y te besase yo á ti, y no me desprecie ya nadie? (VIII, 1). Este beso es la unión de que vamos hablando, en la cual se iguala el alma con Dios por amor, que por eso desea ella, diciendo, que quién le dará al Amado, que sea su hermano, lo cual significa y hace igualdad. Y que mame él los pechos de su madre, qué es consumirle todas las imperfecciones y apetitos de su naturaleza que tiene de su madre Eva, y le halle sólo afuera, esto es, se una con él solo afuera de todas las cosas, desnuda según la voluntad y apetito de todas ellas. Y así no la despreciará nadie; es á saber, no se le atreverán ni carne, ni demonio, ni mundo; porque estando libre y purgada de todas estas cosas, y unida con Dios, ninguna de ellas le puede enojar. De aquí es, que el alma goza ya en este estado de una ordinaria suavidad y tranquilidad, que nunca se le pierde ni le falta. Pero allende de esta ordinaria satisfacción y paz, de tal manera suelen abrirse en el alma y dar olor de sí las flores de virtudes de este huerto que decimos, que le parece al alma, y así es, estar llena de deleites de Dios. Y dije que suelen abrirse las flores de virtudes que están en el alma, porque aunque el alma está llena de virtudes en perfección, no siempre las está en acto gozando el alma, aunque, como he dicho, de la paz y tranquili-

dad que le causan se goza ordinariamente. Porque podemos decir que están en el alma en esta vida como flores en cogollo cerradas en el huerto: las cuales algunas veces es cosa admirable ver abrirse todas, causándolo el Espíritu Santo, y dar de sí admirable olor y fragancia en mucha variedad; porque acaecerá que vea el alma en sí las flores de las montañas que arriba dijimos, que son la abundancia, grandeza y hermosura de Dios, y en éstas, entretejidos los lirios de los valles nemorosos, que son descanso, refrigerio y amparo; y luego allí entrepuestas las rosas olorosas de las ínsulas extrañas, que decimos ser las extrañas noticias de Dios, y también embestirla el olor de las azucenas de los ríos sonorosos, que decíamos era la grandeza de Dios, que hinche toda el alma. Y entretejido allí y enlazado el delicado olor del jazmín del silbo de los aires amorosos, de que también dijimos gozaba el alma en este estado, y ni más ni menos todas las otras virtudes que decíamos del conocimiento sosegado, y callada música, y soledad sonora, y la sabrosa y amorosa cena; y es de tal manera el gozar y sentir estas flores juntas algunas veces el alma, que puede con harta verdad decir: *Nuestro lecho florido, de cuevas de leones enlazado*. Dichosa el alma que en esta vida mereciere gustar alguna vez el olor de estas flores Divinas. Y dice que este lecho está también

En púrpura tendido.

Por la púrpura es denotada la caridad en la Divina Escritura, y de ella se visten y sirven los Reyes, y por eso dice el alma que este lecho florido está tendido en púrpura; porque todas las virtudes, riquezas y bienes de él se sustentan y florecen, y se gozan sólo en la caridad y amor del Rey del cielo, sin el cual amor no podría el alma gozar de este lecho y de sus flores; y así todas estas virtudes están en el alma como tendidas en el amor de Dios, como sujeto en que bien se conservan, y están como bañadas en amor; porque todas y cada una de ellas están siempre enamorando al alma de Dios, y en todas las cosas y obras se mueven con amor á más amor de Dios. Esto es estar en púrpura tendido. § Lo cual se da bien á entender en los

Cantares Divinos; porque allí se dice que el asiento ó lecho que hizo para sí Salomón, le hizo de maderos de Libano, y las columnas de plata, el reclinatorio de oro, y la subida de púrpura, y todo dice que lo ordenó mediante la caridad. (III, 9.) Porque las virtudes y dones que Dios pone en el lecho del alma, que son significadas por los maderos del Libano, y las columnas de plata, tienen su reclinatorio y recuesto de amor, que es el oro; porque, como habemos dicho, en el amor se asientan y conservan las virtudes; y todas ellas, mediante la caridad de Dios y del alma, se ordenan entre sí y ejercitan, como acabamos de decir, y dice que también este lecho está

De paz edificado.

Que es la cuarta excelencia de este lecho, que depende en orden de la tercera que acabamos de decir; porque la tercera era perfecto amor, cuya propiedad es echar fuera todo temor, como dice San Juan (IV, 18), y sale la perfecta paz del alma, que es la cuarta propiedad del lecho, como dijimos. Para mayor inteligencia de lo cual es de saber, * que cada una de las virtudes de suyo es pacífica, mansa y fuerte; y por consiguiente, en el alma que las posee hacen estos tres efectos: paz, mansedumbre y fortaleza; y porque este lecho está florido, compuesto de flores de virtudes, como habemos dicho, y todas ellas son pacíficas, mansas y fuertes, de aquí es, que está de paz edificado, y el alma pacífica, mansa y fuerte, que son tres propiedades donde no puede combatir guerra alguna ni de mundo, ni de demonio, ni de carne; y tienen las virtudes al alma tan pacífica y segura, que le parece estar toda ella edificada de paz. Y dice la quinta propiedad de este florido lecho, y es que también está

De mil escudos de oro coronado.

Los cuales escudos son aquí las virtudes y dones del alma, que aunque, como habemos dicho, son las flores, etc., de este lecho, también le sirven de corona y premio de su trabajo en haberlas ga-

nado. Y no sólo eso, sino también de defensa como fuertes escudos contra los vicios que con el ejercicio de ellas venció, y por eso este lecho florido de la Esposa, que son las virtudes, la corona y la defensa, está coronado de ellas en premio de la Esposa, amparado con ellas como con escudo. Y dice que son de oro, para denotar el valor grande de las virtudes. Esto mismo dijo en los *Cantares* la Esposa por otras palabras, diciendo: *En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel... uniuscujusque ensis super femur suum propter timores nocturnos*. Esto es, mirad el lecho de Salomón, que le cercan sesenta fuertes de los fortísimos de Israel, cada uno la espada sobre su muslo para la defensa de los temores nocturnos. (III, 7.) § Y dice que son mil, para denotar la multitud de las virtudes, gracias y dones de que Dios dotó al alma en este estado; porque para significar también el innumerable número de las virtudes de la Esposa usó del mismo término en los *Cantares*, diciendo: Como la torre de David es tu cuello, la cual está edificada con defensa; mil escudos cuelgan de ella, y todas las armas de los fuertes. (IV, 4.)

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

Mas no se contenta el alma que llega á este puesto de perfección, de engrandecer y loar las excelencias de su Amado el Hijo de Dios, ni de cantar y agradecer las mercedes que de él recibe y deleites que en él goza, sino también refiere las que hace á las demás almas; porque lo uno y lo otro echa de ver el alma en esta bienaventurada unión de amor. Por lo cual alabándole ella, y agradeciéndole las muchas mercedes que hace á las demás almas, dice esta Canción: *

CANCIÓN XXV

A zaga de tu huella
 Las jóvenes discurren al camino,
 Al toque de centella,
 Al adobado vino,
 Emisiones de bálsamo Divino.

DECLARACIÓN

En esta Canción alaba la Esposa al Amado de tres mercedes que de él reciben las almas devotas, con las cuales se animan más y levantan á amor de Dios; las cuales por experimentarlas ella en este estado, hace aquí de ellas mención. La primera dice que es la suavidad que de sí les da, la cual es tan eficaz, que les hace caminar muy apriesa el camino de la perfección. La segunda es una visita de amor, con que súbitamente las inflama en amor. La tercera es abundancia de caridad que en ellas infunde, con que de tal manera las embriaga, que las hace levantar el espíritu, así con esta embriaguez como con la visita de amor, á enviar alabanzas á Dios y afectos sabrosos de amor; y así dice:

A zaga de tu huella.

La huella es rastro de aquel cuya es la huella, por la cual se va rastreando y buscando quien la hizo; la suavidad y noticia que da Dios de sí al alma que le busca, es rastro y huella por donde se va conociendo y buscando á Dios: por eso dice aquí el alma al Verbo su Esposo *á zaga de tu huella*; esto es, tras el rastro de suavidad que de ti les imprimes é infundes, y olor que de ti derramas.

Las jóvenes discurren al camino.

Es á saber, las almas devotas con fuerzas de juventud recibidas de la suavidad de tu huella discurren; esto es, corren por muchas partes y de muchas maneras, que eso quiere decir discurrir cada una por la parte y suerte que Dios le da de espíritu y estado con muchas diferencias de ejercicios y obras espirituales al camino de la vida eterna, que es la perfección evangélica, por la cual encuentran con el Amado en unión de amor después de la desnudez de espíritu acerca de todas las cosas. Esta suavidad y rastro que Dios deja de sí en el alma, grandemente la aligera y hace correr tras de él; porque entonces es muy poco ó nada lo que el alma trabaja de su parte para

andar este camino; antes es movida y atraída de esta Divina huella de Dios, no sólo á que salga, sino á que corra de muchas maneras, como habemos dicho, al camino. Que por eso la Esposa en los *Cantares* pidió al Esposo esta Divina atracción, diciendo: *Trahe me, post te curremus in odorem unguentorum tuorum*. Esto es, atraeme tras de tí, y correremos al olor de tus ungüentos. (I, 3.) Y después que le dió este divino olor, dice: *in odorem unguentorum tuorum currimus: adolescentulæ dillexerunt te nimis. Que quiere decir: al olor de tus ungüentos corremos; las jóvenes te amaron mucho. Y David dice: El camino de tus mandamientos corrí cuando dilataste mi corazón.* (Ps. CXVIII, 32.)

*Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo Divino.*

En los dos versillos primeros habemos declarado que las almas á zaga de la huella discurren al camino con ejercicios y obras exteriores. Y ahora en estos tres versillos da á entender el alma el ejercicio que interiormente estas almas hacen con la voluntad, movidas por otras dos mercedes y visitas interiores que el Amado les hace, á las cuales llama aquí toque de centella y adobado vino, y al ejercicio interior de la voluntad que resulta y se causa de las dos visitas, llama emisiones de bálsamo Divino. Cuanto á lo primero, es de saber que este toque de centella que aquí dice, es un toque sutilísimo que el Amado hace al alma á veces, aun cuando ella está más descuidada, de manera que le enciende el corazón en fuego de amor, y no parece sino una centella de fuego que saltó y le abrasó; y entonces con grande presteza, como quien de súbito recuerda, enciéndose la voluntad en amar y desear, y alabar y agradecer, y reverenciar y estimar, y rogar á Dios con sabor de amor; á las cuales cosas llama emisiones de bálsamo Divino, que responden al toque de centellas salidas del Divino amor que pegó la centella, que es el bálsamo Divino que conforta y sana al alma con su olor y sustancia.

De este Divino toque dice la Esposa en los *Cantares* de esta manera: *Dilectus meus misit manum suam per foramen, et venter meus*

intremuit ad tactum ejus. Que quiere decir: Amado puso su mano por la manera, y mi vientre se estremeció á su tocamiento (V, 4). El tocamiento del Amado es el toque de amor que aquí decimos que hace al alma; la mano es la merced que en ello le hace; la manera por donde entró esta mano es la manera y modo y grado de perfección que tiene el alma; porque al modo de él suele ser el toque en más ó menos, y en una manera ó en otra de calidad espiritual del alma. El vientre suyo, que dice se estremeció, es la voluntad en que se hace el dicho toque, y el estremecerse es levantarse en ella los apetitos y afectos á Dios de desear, amar, alabar y los demás que habemos dicho, que son las emisiones de bálsamo que de este toque redundan, según decíamos.

Al adobado vino.

Este adobado vino es otra merced muy mayor que Dios algunas veces hace á las almas aprovechadas, en que las embriaga en el Espíritu Santo con un vino de amor suave, sabroso y esforzado, por lo cual le llama vino adobado, porque así como el tal vino está cocido con muchas y diversas especies olorosas y esforzadas, así este amor, que es el que Dios da á los ya perfectos, está ya cocido y asentado en sus almas, y adobado con las virtudes que ya el alma tiene ganadas, el cual, con estas preciosas especies adobado, tal esfuerzo y abundancia de suave embriaguez pone en el alma en las visitas que Dios le hace, que con grande eficacia y fuerza le hace enviar á Dios aquellas emisiones ó embriagamientos de alabar, amar ó reverenciar, etc., que aquí decimos, y ésto con admirables deseos de hacer y padecer por él. Y es de saber, que esta merced de la suave embriaguez, no pasa tan presto como la centella, porque es más de asiento; porque la centella toca y pasa, mas dura algo su efecto y algunas veces harto; mas el vino adobado suele durar ello y su efecto harto tiempo, lo cual es, como digo, suave amor en el alma, y algunas veces un día ó dos, y otras hartos días, aunque no siempre en un grado de intensión, porque alfoja y crece sin estar en mano del alma; porque algunas veces, sin hacer nada de su parte, siente el alma en la íntima sustan-

cia irse suavemente embriagando su espíritu é inflamando de este Divino vino, según aquello que dice David, diciendo: 'Mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encenderá fuego (Ps. XXXVIII, 4). Las emisiones de esta embriaguez de amor, duran todo el tiempo que ella dura algunas veces; porque otras, aunque la hay en el alma, es sin las dichas emisiones, y son más y menos intensas cuando las hay, cuanto es más ó menos intensa la embriaguez; mas las emisiones ó efectos de la centella, ordinariamente duran más que ella, antes ella los deja en el alma, y son más encendidos que los de la embriaguez, porque á veces esta Divina centella deja al alma abrasándose y quemándose en amor.

Y porque habemos hablado de vino cocido, será bueno notar aquí brevemente la diferencia que hay del vino cocido que llaman añejo, y del nuevo, que será la misma que hay entre los viejos y nuevos amadores, y servirá para un poco de doctrina para los espirituales. El vino nuevo no tiene digerida la hez ni asentada, y así hierve por de fuera, y no se puede saber la bondad y valor de él hasta que haya digerido bien la hez y furia de ella, porque hasta entonces está en mucha contingencia de malear; tiene el sabor grueso y áspero, y el beber mucho de ello estraga al sujeto. Pero el vino añejo tiene ya digerida la hez y asentada, y así no tiene aquellos hervores del nuevo por de fuera; échase ya de ver la bondad del vino, y está ya muy seguro de malearse, porque se le acabaron ya aquellos hervores y furias que le podían estragar; y así el vino bien cocido por maravilla malea y se pierde; tiene el sabor suave y la fuerza en la sustancia del vino, no ya en el gusto, y así la bebida de él hace buena disposición y da fuerza al sujeto. Los nuevos amadores son comparados al vino nuevo: estos son los que comienzan á servir á Dios, porque traen los fervores del vino del amor muy por de fuera en el sentido; porque aún no han digerido la hez del sentido flaco é imperfecto, y tienen la fuerza del amor en el sabor de él; porque á éstos ordinariamente les da la fuerza para obrar el sabor sensitivo, y por él se mueven, y así no hay que fiar de este amor hasta que se acaben aquellos fervores y gustos gruesos del sentido. Porque así

como estos fervores y calor del sentido los pueden inclinar á bueno y perfecto amor, y servirle de buen medio para él, digeriéndose bien la hez de su imperfección; así también es muy fácil en estos principios y novedad de gustos, faltar el vino del amor y perderse el sabor del nuevo. Y estos nuevos amadores siempre traen ansias y fatigas de amor sensitivas, á los cuales conviene templar la bebida, porque si obran mucho según la fuerza del vino, estragarse há el natural con estas ansias y fatigas de amor, es á saber, del vino nuevo, que decíamos era áspero y grueso y no suavizado aún en la acabada cocción, cuando se acaban esas ansias de amor, como diremos luego.

Esta misma comparación pone el Sabio en el *Eclesiástico*, diciendo: *Vinum novum, amicus novus: veterascet, et cum suavitate bibes illud*. Que quiere decir: el amigo nuevo es como el vino nuevo: añejarse há, y beberaslo con suavidad (IX, 15). Por tanto, los viejos amadores, que son ya los ejercitados y probados en el servicio del Esposo, son como el vino añejo, que tiene ya cocida la hez, y no tiene aquellos hervores sensitivos ni aquellas furias, y fuegos fervorosos de fuera, mas gustan la suavidad del vino de amor ya bien cocido en sustancia, estando ya, no en aquel sabor del sentido como el amor de los nuevos, sino asentado allá dentro en el alma en sustancia y sabor de espíritu y verdad de obra; y no se quieren los tales asir á esos sabores y hervores sensitivos, ni los quieren gustar, por no tener sinsabores y fatigas; porque el que da rienda al apetito para algún gusto del sentido, también de necesidad ha de tener penas y disgustos en el sentido y en el espíritu. De donde por cuanto estos amantes viejos carecen ya de la suavidad espiritual que tiene su raíz en el sentido, no traen ya ansias ni penas de amor en el sentido ni espíritu, y así por maravilla faltan á Dios; porque están sobre lo que les había de hacer faltar, esto es, sobre la sensualidad, y tienen el vino de amor, no sólo ya cocido y purgado de hez, mas aún adobado, como se dice en el verso, con las especies que decíamos de virtudes perfectas, que no le dejan malear como el nuevo. Por eso el amigo viejo delante de Dios es de grande estimación, y así dice de él el *Eclesiástico*: *Ne derelinquas amicum antiquum: novus*

enim non erit similis illi. Que quiere decir: no desampares al amigo antiguo, porque el nuevo no será semejante á él (IX, 14). En este vino, pues, de amor ya probado y adobado en el alma, hace el Divino Amado la embriaguez Divina que habemos dicho, con cuya fuerza envía el alma á Dios las dulces y sabrosas emisiones. Y así el sentido de los dichos tres versillos, es el siguiente: *Al toque de centella* con que recuerdas mi alma, y *al adobado vino* con que amorosamente la embriagas, ella te envía *las emisiones* de movimientos y actos de amor que en ella causas.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Cuál, pues, entenderemos que estará el alma dichosa en este florido lecho, donde todas estas dichosas cosas y muchas más pasan, en el cual por reclinatorio tiene al Esposo Hijo de Dios, y por cubierta y tendido la caridad y amor del mismo Esposo! De manera que de cierto puede decir las palabras de la Esposa, que dice: Su siniestra debajo de mi cabeza (II, 6); por lo cual con verdad se podrá decir, que esta alma está aquí vestida de Dios y bañada en Divinidad, y no como por cima, sino que en los interiores de su espíritu, estando revestida con deleites Divinos, con hartura de aguas espirituales de vida, experimenta lo que David dice de los que así están allegados á Dios, es á saber: Embriagarse han de la grosura de tu casa, y con el torrente de tu deleite darles has á beber; porque cerca de ti está la fuente de la vida. (Ps. XXXV, 9.) Que hartura será, pues, esta del alma en su ser; pues la bebida que le dan no es menos que un torrente de deleites, el cual torrente es el Espíritu Santo, que como dice San Juan, es el río resplandeciente de agua viva que nace de la silla de Dios y del Cordero (Apoc. XXII, 1): Cuyas aguas por ser ella amor íntimo de Dios, intimamente infunden al alma y le dan á beber este torrente de amor, que como decimos, es el Espíritu del Esposo que se le infunde en esta unión; y por eso ella, con grande abundancia de amor, canta esta Canción. *

CANCIÓN XXVI

En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí, que antes seguía.

DECLARACIÓN

Cuenta el alma en esta Canción la soberana merced que Dios le hizo en recogerla en lo íntimo de su amor, que es la unión ó transformación de amor en Dios; y dice dos efectos que de allí sacó, que son olvido y enajenación de todas las cosas del mundo, y mortificación de todos sus apetitos y gustos.

En la interior bodega.

Para decir algo de esta bodega, y declarar lo que aquí quiere decir ó dar á entender el alma, era menester que el Espíritu Santo tomase la mano y moviese la pluma. Esta bodega que aquí dice el alma, es el último y más estrecho grado de amor en que el alma puede situarse en esta vida; que por eso la llama interior bodega: es á saber la más interior. De donde se sigue que hay otras no tan interiores, que son los grados de amor por do se sube hasta este último. Y podemos decir que estos grados ó bodegas de amor son siete, los cuales se vienen á tener todos cuando se tienen los siete dones del Espíritu Santo en perfección, en la manera que es capaz de recibirlos el alma. Y así cuando el alma llega á tener en perfección el espíritu de temor, tiene ya en perfección el espíritu del amor; por cuanto aquel temor, que es el último de los siete dones, es filial, y el temor perfecto de hijo sale de amor perfecto de padre. Y así, cuando la Escritura Divina quiere llamar á uno perfecto en caridad, le llama temeroso de Dios. De donde profetizando Isaías la perfección de Cristo dijo: *Replebit eum spiritus timoris Domini*. Que quiere decir: henchirle há el espíritu del temor del Señor. (XI, 3.) Y también San

Lucas al santo Simeón le llamó timorato, diciendo: *Homo iste justus, et timoratus*. (II, 25.) Y así de otros muchos.

Es de saber que muchas almas llegan y entran en la primera bodega, cada una según la perfección de amor que tiene; mas á esta última y más interior pocas llegan en esta vida; porque en ella es ya hecha la unión perfecta con Dios que llaman matrimonio espiritual, del cual habla ya el alma en este lugar. Y lo que Dios comunica al alma en esta estrecha junta, totalmente es indecible y no se puede decir nada; así como del mismo Dios no se puede decir algo que sea como él; porque el mismo Dios es el que se le comunica con admirable gloria de transformación de ella. Y en este estado están ambos en uno, como si dijéramos ahora, la vidriera con el rayo del Sol, ó el carbón con el fuego, ó la luz de las estrellas con la del Sol, pero no tan esencial y acabadamente como en la otra vida. Y así para dar á entender el alma lo que en aquella bodega de unión recibe de Dios, no dice otra cosa ni entiendo la podrá decir más propia para decir algo de ello, que decir el verso siguiente:

De mi Amado bebi.

Porque así como la bebida se difunde y derrama por todos los miembros y venas del cuerpo; así se difunde esta comunicación de Dios sustancialmente en toda el alma, ó por mejor decir, el alma se transforma en Dios; según la cual transformación bebe el alma de su Dios según la sustancia de ella y según sus potencias espirituales. Porque según el entendimiento bebe sabiduría y ciencia; y según la voluntad bebe amor suavísimo, y según la memoria bebe recreación y deleite en recordación y sentimiento de gloria. Cuanto á lo primero, que el alma reciba y beba deleite sustancialmente, dícelo ella en los *Cantares* en esta manera: *Anima mea liquefacta est, ut sponsus locutus est*. Esto es; mi alma se regaló luego que le habló el Esposo (V, 6), el cual hablar aquí, es comunicarse al alma.

Y que el entendimiento beba sabiduría, en el mismo libro lo dice la Esposa, donde deseando ella llegar á este beso de unión, y pidiéndolo al Esposo, dijo: *Ibi me docebis, et dabo tibi poculum ex vino*

condito. Esto es, allí me enseñarás: es á saber, sabiduría y ciencia en amor, y yo te daré á tí una bebida de vino adobado (VIII, 2); conviene á saber, mi amor adobado con el tuyo; esto es, transformado en el tuyo. Cuanto á lo tercero, que es que la voluntad bebe allí amor, dicelo también la Esposa en los dichos *Cantares*, diciendo: *Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem*. Que quiere decir: Metióme dentro de la bodega secreta, y ordenó en mi caridad, que es tanto como decir: dióme á beber amor medida dentro en su amor, ó más claramente hablando con propiedad: ordenó en mí su caridad, acomodando y apropiando á mí su misma caridad, lo cual es beber el alma de su Amado su mismo amor, infundiéndoselo su Amado.

Donde es de saber, acerca de lo que algunos dicen que no puede amar la voluntad, sino lo que primero entiende el entendimiento, háse de entender naturalmente; porque por vía natural es imposible amar si no se entiende primero lo que se ama; mas por vía sobrenatural bien puede Dios infundir amor y aumentarle, sin infundir ni aumentar distinta inteligencia, como en la autoridad dicha se da á entender. Y esto experimentado está de muchos espirituales, los cuales muchas veces se ven arder en amor de Dios sin tener más distinta inteligencia que antes; porque pueden entender poco y amar mucho, y pueden entender mucho y amar poco; antes ordinariamente aquellos espirituales que no tienen muy aventajado entendimiento acerca de Dios, suelen aventajarse en la voluntad, y bástales la Fe infusa por ciencia de entendimiento, mediante la cual les infunde Dios caridad y se la aumenta, y el acto de ella que es amar más, aunque no se le aumente la noticia, como habemos dicho: y así puede la voluntad beber amor sin que el entendimiento beba de nuevo inteligencia (1). Aunque en el caso que vamos hablando, en que dice el alma que bebió de su Amado, por cuanto es unión en la interior bodega, la cual es según todas las tres potencias del alma, como habemos dicho, todas ellas beben juntamente.

(1) Véase la nota de la pág. 91.

Y cuanto á lo cuarto, que según la memoria beba el alma allí de su Amado, está claro, que está ilustrada con la luz del entendimiento en recordación de los bienes que está poseyendo y gozando en la unión de su Amado.

Esta divina bebida tanto endiosa y levanta al alma y la embebe en Dios, que

Cuando salía.

Es á saber, que acababa esta merced de pasar, porque aunque esté el alma siempre en este alto estado de matrimonio después que Dios le ha puesto en él, no empero siempre en actual unión según las dichas potencias, aunque según la sustancia del alma sí. Pero en esta unión sustancial del alma muy frecuentemente se unen también las potencias y beben en esta bodega, el entendimiento entendiendo, y la voluntad amando, etc.; pues cuando ahora dice el alma *cuando salía*, no se entiende de la unión esencial ó sustancial que tiene el alma ya, que es el estado dicho, sino de la unión de las potencias, la cual no es continua en esta vida ni lo puede ser. Pues de ésta, *cuando salía*

Por toda aquesta vega.

Es á saber, por toda aquesta anchura del mundo,

Ya cosa no sabía.

La razón es, porque aquella bebida de altísima sabiduría de Dios que allí bebió, le hace olvidar todas las cosas del mundo, y le parece al alma que lo que antes sabía, y aun lo que sabe todo el mundo, en comparación de aquel saber, es pura ignorancia. § Y para mejor entender esto, es de saber, que la causa más formal de este no saber el alma cosa del mundo, cuando está en este puesto, es quedar ella informada de la ciencia sobrenatural, delante de la cual todo el saber natural y político del mundo, antes es no saber que saber. De donde puesta el alma en este altísimo saber, conoce por él, que todo estotro saber que no sabe á aquello, no es saber, sino no saber, y que no hay qué saber en ello; y declara la verdad del dicho del Apóstol, es

á saber, que lo que es más sabiduría delante de los hombres, es estulticia delante de Dios. (1.^a ad Cor. III, 12.) Y por eso dice el alma, que ya no sabía cosa después que bebió de aquella sabiduría Divina; y no se puede conocer esta verdad, cómo es pura ignorancia la sabiduría de los hombres y de todo el mundo, y cuán digno es de no ser sabido menos que con esta merced de estar Dios en el alma comunicándole su sabiduría, y confortándola con esta bebida de amor para que lo vea claro, según lo da á entender Salomón, diciendo: Esta es la visión que vió y habló el varón con quien está Dios, y confortado por la morada que Dios hace en él, dijo: Insipientísimo soy sobre todos los hombres y varones, y la sabiduría de hombres no está conmigo. (Prov. XXX, 1, 2.) Lo cual es, porque estando en aquel exceso de sabiduría alta de Dios, esle ignorancia la baja de los hombres; porque las mismas ciencias naturales y las mismas obras que Dios hace delante de lo que es saber á Dios, es como no saber, porque donde no se sabe Dios, no se sabe nada. De donde lo alto de Dios es insipiente y locura para los hombres, como también dice San Pablo. (1.^a ad Cor. II, 14). Por lo cual los sabios de Dios y los sabios del mundo son insipientes los unos para los otros; porque ni los unos pueden percibir la sabiduría de Dios y su ciencia, ni los otros la del mundo; por cuanto la del mundo, como habemos dicho, es no saber acerca de la de Dios, y la de Dios acerca de la del mundo. *

Pero demás de esto, aquel endiosamiento y levantamiento de mente en Dios, en que queda el alma como robada y embebida en amor toda hecha un Dios, no la deja advertir á cosa alguna del mundo; porque no sólo de todas las cosas, mas aun de si queda enajenada y aniquilada, y como resumida y resuelta en amor, que consiste en pasar de sí al Amado. Y así la Esposa en los *Cantares*, después que había tratado de esta transformación de amor suya en el Amado, da á entender este no saber con que quedó, por esta palabra *nescivi*, que quiere decir: no supe. (VI, 11.) § Está el alma en este puesto en cierta manera como Adán en la inocencia, que no sabía qué cosa era mal; porque está tan inocente, que no entiende el mal ni cosa juzga á mal; y oirá cosas muy malas y las verá con sus

ojos, y no podrá entender que lo son; porque no tiene en sí hábito de mal por donde lo juzgar habiéndole Dios raído los hábitos imperfectos y la ignorancia (en que cae el mal del pecado) con el hábito perfecto de la verdadera sabiduría, y así también acerca de esto *ya cosa no sabía*. *

Esta tal alma poco se entrometerá en las cosas ajenas, porque aun de las suyas no se acuerda; porque esta propiedad tiene el espíritu de Dios en el alma donde mora, que luego la inclina á ignorar y no querer saber las cosas ajenas, aquéllas mayormente que no son para su provecho; porque el espíritu de Dios es recogido y convertido á la misma alma, antes para sacarla de las cosas extrañas que para ponerla en ellas, y así se queda el alma en un no saber cosa en la manera que solía. Y no se ha de entender que aunque el alma queda en este no saber, pierde allí los hábitos de las ciencias adquiridos que tenía, § que antes se le perficionan con el más perfecto hábito, que es el de la ciencia sobrenatural que se le ha infundido, aunque ya estos hábitos no reinan en el alma de manera que tenga necesidad de saber por ellos, aunque no impide que algunas veces sea. Porque en esta unión de sabiduría Divina se juntan estos hábitos con la sabiduría superior de las otras ciencias, así como juntándose una luz pequeña con otra grande, la grande es la que priva y luce, y la pequeña no se pierde, antes se perficiona, aunque no es la que principalmente luce; así entiendo que será en el cielo, que no se corromperán los hábitos que los justos llevaren de ciencia adquirita, y que no les harán á los justos mucho al caso, sabiendo ellos más que eso en la sabiduría Divina. * Pero las noticias y formas particulares de las cosas y actos imaginarios, y cualquiera otra aprehensión que tenga forma y figura, todo lo pierde é ignora en aquel absorbiendo de amor; y esto por dos causas. La primera, porque como actualmente queda absorta y embebida el alma en aquella bebida de amor, no puede estar en otra cosa actualmente ni advertir á ella. La segunda y principal, porque aquella transformación en Dios, de tal manera la conforma con la sencillez y pureza de Dios (en la cual no cae forma ni figura imaginaria), que la deja limpia y pura, y vacía

de todas formas y figuras que antes tenía, purgada é ilustrada con sencilla contemplación, así como hace el Sol en la vidriera, que infundiéndose en ella, la hace clara y se pierden de vista todas las máculas y motas que antes en ella parecían; pero vuelto á quitar el Sol, luego vuelven á parecer en ella las nieblas y máculas de antes; mas el alma, como le queda y dura algún tanto el efecto de aquel acto de amor, dura también el no saber. De manera que no puede advertir en particular á cosa ninguna hasta que pase el efecto de aquel acto de amor, el cual como la inflamó y mudó en amor, aniquilóla y deshízola en todo lo que no era amor, según se entiende por aquello que dijimos arriba de David: *Quia inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt: et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi*. Es á saber, porque fué inflamado mi corazón, también mis renes se mudaron juntamente, y yo fui resuelto en nada, y no supe. (Ps. LXXII, 21, 22.) Porque mudarse las renes por causa de esta inflamación del corazón, es mudarse el alma según todos sus apetitos y operaciones en Dios en una nueva manera de vida, deshecha ya y aniquilada de todo lo viejo que antes usaba; por lo cual dice el profeta que fué resuelto en nada, y que no supo; que son los dos efectos que decíamos que causaba la bebida de esta bodega de Dios; porque no sólo se aniquila todo su saber primero, pareciéndole todo nada, mas también toda su vida vieja é imperfecciones se aniquilan, y se renueva en nuevo hombre, que es este segundo efecto que decimos contenido en este verso:

Y el ganado perdí, que antes seguía.

Es de saber, que hasta que el alma llegue á este estado de perfección de que vamos hablando, aunque más espiritual sea, siempre le queda algún ganadillo de apetitos y gustillos, y otras imperfecciones suyas, ora naturales y ora espirituales, tras de que se anda procurando apacentarlos, en seguirlos y cumplirlos. Porque acerca del entendimiento, suelen quedarle algunas imperfecciones de apetitos de saber. Acerca de la voluntad, se dejan llevar de algunos gustillos y apetitos propios, ora en lo temporal, como posar algunas cosillas y

asirse más á unas que á otras, y algunas presunciones, estimaciones y puntillos en que miran, y otras cosillas que todavía huelen y saben á mundo: ora cerca de lo natural como en la comida, bebida, gustar de ésto más que de aquéllo; escoger y querer lo mejor: ora también cerca de lo espiritual, como querer gustos de Dios, y otras impertinencias, que nunca se acabaria de decir, que suelen tener los espirituales aun no perfectos. Y acerca de la memoria muchas variedades y cuidados y advertencias impertinentes, que los llevan el alma tras de si.

Tienen también acerca de las cuatro pasiones del alma muchas esperanzas, gozos, dolores y temores inútiles, tras de que se va el alma: y de este ganado ya dicho, unos tienen más y otros menos, tras de que se andan todavía siguiéndolo, hasta que entrándose á beber en esta interior bodega lo pierden todo, quedando, como habemos dicho, hechos todos en amor: en la cual más fácilmente se consumen estos ganados de imperfecciones del alma, que el orin y moho de los metales en el fuego. Y así se siente ya libre el alma de todas niñerías de gustillos é impertinencias tras de que se andaba, de manera que pueda bien decir: *El ganado perdí que antes seguía.*

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Comuníquese Dios en esta interior unión al alma con tantas veras de amor, que no hay afición de madre que con tanta ternura acaricie á su hijo, ni amor de hermano ni amistad de amigo que se le compare. Porque aun llega á tanto la ternura y verdad de amor con que el inmenso Padre regala y engrandece á esta humilde y amorosa alma ¡oh cosa maravillosa y digna de todo pavor y admiración!, que se sujeta á ella verdaderamente para la engrandecer, como si Él fuese su siervo y ella fuese su señor. Y está tan solícito en la regalar, como si Él fuese su esclavo y ella fuese su Dios. Tan profunda es la humildad y la dulzura de Dios. Porque en esta comunicación de amor en alguna manera ejercita aquel servicio que dice Él en el Evangelio que hará á sus escogidos en el cielo. Es á saber, que

ciñéndose, pasándose de uno á otro, los servirá (Luc. XII, 37). Y así aquí está empleado en regalar y acariciar al alma como la madre en servir y regalar á su niño, criándole á sus mismos pechos: en lo cual conoce el alma la verdad del dicho de Isaías, que dice: A los pechos de Dios seréis llevados y sobre sus rodillas os halagará (LXVI, 12). ¿Qué sentirá, pues, el alma aquí entre tan soberanas mercedes? ¡Cómo se derretirá en amor! ¡Cómo agradecerá viendo estos pechos de Dios abiertos para sí con tan soberano y largo amor! Sintiéndose puesta entre tantos deleites, entrégase toda á sí misma á él, y dale también sus pechos de su voluntad y amor, y sintiéndolo y pasando en su alma al modo que la Esposa le sentía en los *Cantares* hablando con su Esposo, en esta manera: Yo para mi Amado, y la conversión de él para mí. Ven, Amado mío, y salgámonos al campo, moremos juntos en las granjas; levantémonos por la mañana á las viñas, y veamos si ha florecido la viña y si las flores paren frutos, si florecieron las granadas. Allí te daré mis pechos (VII, 10), esto es, los deleites y fuerza de mi voluntad emplearé en servicio de tu amor: y por pasar así estas dos entregas del alma y Dios en esta unión, las refiere ella en la siguiente Canción diciendo: *

CANCIÓN XXVII

Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
A mí, sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa.

DECLARACIÓN

En esta Canción cuenta la Esposa la entrega que hubo de ambas partes en este espiritual desposorio: conviene á saber, de ella y de Dios, diciendo que en aquella interior bodega de amor se juntaron en comunicación él á ella, dándole el pecho ya libremente de su amor, en que la enseñó sabiduría y secretos: y ella á él entregándo-

sele ya toda de hecho sin reservar nada para sí, ni para otro, afirmando ya ser suya para siempre. *Síguese el verso,*

Allí me dió su pecho.

Dar el pecho uno á otro, es darle su amor y amistad y descubrirle sus secretos como amigo. Y así, decir el alma que le dió allí su pecho, es decir que allí le comunicó su amor y sus secretos: lo cual hace Dios con el alma en este estado. Y más adelante lo que también dice en el verso siguiente:

Allí me enseñó ciencia muy sabrosa.

Esta ciencia sabrosa es la teología mística, que es ciencia secreta de Dios, que llaman los espirituales contemplación, la cual es muy sabrosa, porque es ciencia por amor; el cual es el maestro de ella y el que todo lo hace sabroso. Y por cuanto Dios le comunica esta ciencia é inteligencia en el amor con que se comunica al alma, es sabrosa para el entendimiento, pues es ciencia que pertenece á él; y esle también sabrosa á la voluntad, pues es en amor, el cual pertenece á la voluntad. Y dice luego:

Y yo le di de hecho

A mí, sin dejar cosa.

En aquella bebida de Dios suave en que, como habemos dicho, se embebe el alma en Dios, muy voluntariamente y con grande suavidad se entrega el alma toda á Dios, queriendo ser toda suya y no tener cosa en sí ajena de él para siempre; causando Dios en ella la dicha unión, la pureza y perfección que para esto es menester; y por cuanto él la transforma en sí, hácela toda suya y evacua en ella todo lo que tenia ajeno de Dios. De aquí es, que no solamente según la voluntad, sino también según la obra, queda ella de hecho sin dejar cosa, toda dada á Dios, así como Dios se ha dado todo libremente á ella; de manera que quedan pagadas aquellas dos voluntades, entregadas y satisfechas entre sí; de manera que en nada haya de

faltar ya la una á la otra, con fe y firmeza de desposorio, que por eso añade ella, diciendo:

Allí le prometi de ser su Esposa.

Porque así como la desposada no pone en otro su amor, ni su cuidado, ni su obra fuera de su Esposo, así el alma en este estado no tiene ya ni afectos de voluntad, ni inteligencias de entendimiento, ni cuidado ni obra alguna que todo no sea inclinado á Dios, junto con sus apetitos; porque está como divina endiosada; de manera que hasta los primeros movimientos aún no tiene contra lo que es la voluntad de Dios en todo lo que ella puede entender. Porque así como un alma imperfecta tiene muy ordinariamente á lo menos primeros movimientos inclinados á mal según el entendimiento y según la voluntad y memoria, y apetitos é imperfecciones también, así el alma de este estado, según el entendimiento, memoria y voluntad y apetitos, en los primeros movimientos de ordinario se mueve é inclina á Dios por la grande ayuda y firmeza que tiene ya en Dios, y perfecta conversión al bien. Todo lo cual dió bien á entender David cuando dijo, hablando de su alma en este estado: ¿Por ventura, dice, no estará mi alma sujeta á Dios? Sí; porque de él tengo yo mi salud; y porque él es mi Dios y mi Salvador: recibidor mío, no tendré más movimiento. (Ps. LXI, 2.) En lo que dice, recibidor mío, da á entender que por estar su alma recibida en Dios y unida cual aquí decíamos, no había de tener ya más movimiento contra Dios.

§ De lo dicho queda entendido claro, que el alma que ha llegado á este estado de desposorio espiritual, no sabe otra cosa sino amar y andar siempre en deleites de amor con el Esposo; porque como en esto ha llegado á la perfección, cuya forma y ser (como dice San Pablo) es el amor (Coloss. III, 14), pues cuanto un alma más ama, tanto es más perfecta en aquello que ama; de aquí es que esta alma que ya está perfecta, todo es amor, si así se puede decir, y todas sus acciones son amor, y todas sus potencias y caudal emplea en amar, dando todas sus cosas como el sabio mercader (Matt. XIII, 46), por

este tesoro de amor que halló escondido en Dios, el cual es tan precioso delante de él, que como el alma ve que su Amado nada precia ni de nada se sirve fuera del Amor, de aquí es que deseando ella servirle perfectamente, todo lo emplea en amor puro de Dios. Y no sólo porque él lo quiere así, sino porque también el amor en que está unida, en todas las cosas y por todas ellas la mueve en amor de Dios. Porque así como la abeja saca de todas las yerbas la miel que allí hay, y no se sirve de ellas más que para esto, así también de todas las cosas que pasan por el alma, con grande facilidad saca ella la dulzura de amor, que hay que amar á Dios en ellas, ora sea sabroso, ora desabrido; que estando ella informada y amparada con el amor, como lo está, ni lo siente ni lo gusta, ni lo sabe; porque como habemos dicho, no sabe sino amar, y su gusto en todas las cosas y tratos siempre, como habemos dicho, es deleite de amor de Dios. Y para denotar esto, dice ella la siguiente Canción: *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Pero, porque dijimos que Dios no se sirve de otra cosa, sino de amor, antes que la declaremos será bueno decir aquí la razón, y es: porque todas nuestras obras y todos nuestros trabajos, aunque sean los más que pueden ser, no son nada delante de Dios; porque en ellos no le podemos dar nada ni cumplir su deseo, el cual sólo es de engrandecer al alma; para sí nada de esto desea, pues no lo ha menester, y así, si de algo se sirve, es de que el alma se engrandezca; y como no hay otra cosa en que más la pueda engrandecer, que igualándola consigo, por esto solamente se sirve de que le ame. Porque la propiedad del amor es igualar al que ama con la cosa amada. De donde, porque el alma tiene aquí perfecto amor, por eso se llama Esposa del Hijo de Dios, lo cual significa igualdad con él, en la cual igualdad de amistad todas las cosas son comunes á entrambos, como el mismo Esposo lo dijo á sus discípulos, diciendo: Ya os he dicho mis amigos; porque todo lo que oí á mi Padre os lo he manifestado. (Joan. XV, 15.) Dice pues la Canción: *

CANCIÓN XXVIII

Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

DECLARACIÓN

Por cuanto en la Canción pasada ha dicho el alma, ó por mejor decir la Esposa, que se dió toda al Esposo sin dejar nada para sí, dice ahora en ésta al Amado la manera que tiene en cumplirlo, diciendo que ya está su alma y cuerpo, y potencias, y toda su habilidad empleada, ya no en las cosas, sino en las que son del servicio de su Esposo; y que por eso ya no anda buscando su propia ganancia, ni se anda tras sus gustos, ni tampoco se ocupa en otras cosas ni tratos extraños y ajenos de Dios, y que aun con el mismo Dios ya no tiene otro estilo ni manera de trato, sino ejercicio de amor. Porque ha ya trocado y mudado todo su primero trato en amor, según ahora se dirá.

Mi alma se ha empleado.

En decir que el alma suya se ha empleado, da á entender la entrega que hizo al Amado de sí en aquella unión de amor, donde quedó ya su alma con todas sus potencias, entendimiento, voluntad y memoria, dedicada y mancipada al servicio de él; empleado el entendimiento en entender las cosas que son más de su servicio, para hacerlas; y su voluntad en amar todo lo que á Dios agrada, y en todas las cosas aficionar la voluntad á Dios y la memoria y cuidado de lo que es de su servicio y lo que más le ha de agradar. Y dice más:

Y todo mi caudal en su servicio.

Por todo su caudal entiende aquí todo lo que pertenece á la parte sensitiva del alma. En la cual parte sensitiva se incluye el cuerpo con

todas sus potencias interiores y exteriores y toda la habilidad natural: conviene á saber, las cuatro pasiones, los apetitos naturales y el demás caudal del alma; todo lo cual dice que está ya empleado en servicio de su Amado también, como la parte racional y espiritual del alma, que acabamos de decir en el verso pasado. Porque el cuerpo ya le trata según Dios en los sentidos interiores y exteriores enderezando á él las operaciones de ellos, y las cuatro pasiones del alma todas las tiene ceñidas también á Dios; porque no se goza sino de Dios, ni tiene esperanza en otra cosa sino en Dios, ni teme sino sólo á Dios, ni se duele sino según Dios, y también todos sus apetitos y cuidados van sólo á Dios. Y todo este caudal de esta manera está ya empleado y enderezado á Dios, que aun sin advertencia del alma, todas las partes que habemos dicho de este caudal, en los primeros movimientos se inclinan á obrar en Dios y por Dios. Porque el entendimiento, la voluntad y la memoria se van luego á Dios, y los afectos, los sentidos, los deseos, los apetitos, la esperanza, el gozo y todo el caudal luego de primera instancia se inclina á Dios; aunque, como digo, no advierta el alma que obra por Dios. De donde esta tal alma muy frecuentemente obra por Dios, y entiende en él y en sus cosas, sin pensar ni acordarse que lo hace por él; porque el uso y hábito que en la tal manera de proceder tiene ya, le hace carecer de la advertencia y cuidado, y aun de los actos fervorosos que á los principios del obrar solía tener. Y porque ya está todo este caudal empleado en Dios de la manera dicha, de necesidad ha de tener el alma también lo que dice en el verso siguiente, es á saber.

Ya no guardo ganado.

Que es tanto como decir: ya no me ando tras mis gustos y apetitos; porque habiéndolos puesto en Dios y dado á él, ya no los apacienta ni guarda para sí el alma. Y no sólo dice que ya no guarda este ganado, pero dice más,

Ni ya tengo otro oficio.

Muchos oficios suele tener el alma no provechosos antes que

llegue á hacer esta donación y entrega de sí y de su caudal al Amado, con los cuales procuraba servir á su propio apetito y al ajeno; porque todos cuantos hábitos de imperfecciones tenía, tantos oficios podemos decir que tenía. Los cuales hábitos pueden ser como propiedad y oficio que tiene de hablar cosas inútiles, y pensarlas y obrarlas. Y también no usando de esto conforme á la perfección del alma. Suele tener otros apetitos con que sirve al apetito ajeno: así como ostentaciones y cumplimientos, adulaciones, respetos, procurar parecer bien y dar gusto con sus cosas á las gentes, y otras cosas muchas inútiles con que procura agradar á la gente, empleando en ellas el cuidado del apetito y la obra, y finalmente el caudal del alma. Todos estos oficios dice que ya no los tiene, porque ya todas sus palabras, pensamientos y obras son de Dios y enderezadas á Dios, no llevando en ellas las imperfecciones que solía: y así es como si dijera: ya no ando á dar gusto á mi apetito ni al ajeno, ni me ocupo ni entretengo en otros pasatiempos inútiles ni cosas del mundo.

Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Como si dijera: que ya todos estos oficios están puestos en ejercicio de amor de Dios: es á saber, que toda la habilidad de mi alma y cuerpo, memoria, entendimiento y voluntad, sentidos interiores y exteriores, y apetitos de la parte sensitiva y espiritual, todo se mueve por amor y en amor, haciendo todo lo que hago con amor, y padeciendo todo lo que padezco con sabor de amor: que es lo que quiso dar á entender David, cuando dijo: *Fortitudinem meam ad te custodiam*. Mi fortaleza guardaré para ti. (Ps. LVIII, 10.)

Aquí es de notar, que cuando el alma llega á este estado, todo el ejercicio de la parte espiritual y de la parte sensitiva, ahora sea en hacer, ahora en padecer, de cualquiera manera que sea, siempre le causa más amor y regalo en Dios, como habemos dicho: y hasta el mismo ejercicio de oración y trato con Dios, que antes solía tener en otras consideraciones y modos, ya todo es ejercicio de amor. De manera, que ahora sea su trato acerca de lo temporal, ahora sea su

ejercicio acerca de lo espiritual, siempre puede decir esta alma, *que ya sólo en amar es su ejercicio*. Dichosa vida y dichoso estado, y dichosa el alma que á él llega, donde todo le es ya sustancia de amor y regalo de deleite de desposorio, en que de veras puede la Esposa decir al Divino Esposo aquellas palabras que de puro amor le dice en los *Cantares*, diciendo: *Omnia poma nova et vetera, dilecte mi, servavi tibi*. Esto es, todas las manzanas viejas y nuevas guardé para tí (VII, 13); que es como si dijera: Amado mío; todo lo áspero y trabajoso quiero por tí; y todo lo suave y sabroso quiero para tí. Pero el acomodado sentido de este verso, es decir que el alma en este estado de desposorio espiritual ordinariamente anda en unión de amor de Dios, que es común y ordinaria asistencia de voluntad amorosa en Dios.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Verdaderamente esta alma está perdida en todas las cosas, y sólo está ganada en amor: no empleando ya el espíritu en otra cosa. Por lo cual aun á lo que es vida activa y otros ejercicios exteriores desfallece por cumplir de veras con la una cosa sola que dijo el Esposo era necesaria, y es la asistencia y continuo ejercicio de amor en Dios (Luc. X, 42). Lo cual él precia y estima en tanto, que así como reprendió á Marta porque quería apartar á María de sus pies por ocuparla en otras cosas activas en servicio del Señor, entendiendo que ella se lo hacía todo, y que María no hacía nada, pues se estaba holgando con el Señor, siendo ello muy al revés, pues no hay obra mejor ni más necesaria que el amor; así también en los *Cantares* defiende á la Esposa, conjurando á todas las criaturas del mundo, las cuales se entienden allí por las hijas de Jerusalén, que no impidan á la Esposa el sueño espiritual de amor ni la hagan velar, ni abrir los ojos á otra cosa hasta que ella quiera (III, 5.) Donde es de notar que en tanto que el alma no llega á este estado de unión de amor, le conviene ejercitar el amor así en la vida activa como en la contemplativa; pero cuando ya llegase á él, no le es conveniente ocuparse

en otras obras y ejercicios exteriores (1), que la pueden impedir un punto de aquella existencia de amor en Dios, aunque sean de gran servicio de Dios, porque es más precioso delante de él y del alma un poquito de este puro amor: y más provecho hace á la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas. Que por eso María Magdalena, aunque con su predicación hacía gran provecho y le hiciera muy grande después, por el gran deseo que tenía de agradar á su Esposo y aprovechar á la Iglesia, se escondió en el desierto treinta años para entregarse de veras á este amor, pareciéndole que en todas maneras ganaría mucho más de esta manera, por lo mucho que aprovecha é importa á la Iglesia un poquito de este amor.

De donde cuando alguna alma tuviese algo de este grado de solitario amor, grande agravio se le haría á ella y á la Iglesia si aunque fuese por poco espacio la quisiesen ocupar en cosas exteriores ó activas, aunque fuesen de mucho caudal; porque, pues, Dios conjura que no la recuerden de este amor (ibid.), ¿quién se atreverá y quedará sin reprehensión? Al fin, para este fin de amor fuimos criados. Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían á la Iglesia y mucho más agradarían á Dios (dejando aparte el buen ejemplo que se daría), si gastasen siquiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en oración, aunque no hubiesen llegado á tan alta como ésta (2). Cierto entonces harían más y con menos tra-

(1) En las ediciones se añadían estas palabras: «*No siendo de obligación.*» Tal explicación es innecesaria, pues ya se entiende que en este sentido habla el Santo.

(2) Llamamos de un modo particular la atención sobre la doctrina que aquí enseña el Místico Doctor, ya que está en abierta oposición con las ideas que corren en nuestro siglo aun entre personas que se tienen por muy espirituales: para ellas todo ha de ser actividad, y nada ó muy poco de oración. ¡Oh cuánto mejor les fuera á esas personas trocar casi por completo los papeles, según les aconseja el Santo! Así en general obraron los siervos de Dios, y por eso consiguieron tantos frutos. Mas porque acerca de esto mismo hay un error bastante común, quiero deshacerle con la autoridad de un escritor muy celebrado, cuya doctrina viene á confirmar la de nuestro Santo. El autor aludido es el Padre Faber, el cual escribe lo que sigue: «Digo, pues, que los santos no son una especie de gente muy afanosa. Su vida no

bajo, y con una obra que con mil, mereciéndolo su oración, y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y á veces nada, y aun á veces daño: porque Dios os libre que se comience á envanecer *la sal* (1), que aunque más parezca que hace algo por de fuera, en sustancia no será nada; cuando está cierto que las buenas obras no se pueden hacer sino en virtud de Dios. ¡Oh cuánto se pudiera escribir aquí de estolmas no es de este lugar. Esto he dicho para dar á entender esta otra Canción; porque en ella el alma responde por sí á los que impugnan este santo ocio de ella, y quieren que todo sea obrar, que luzca é hincha el ojo por de fuera; no entendiendo ellos la vena y raíz oculta de donde nace el agua y se hace todo fruto; y así dice la Canción: *

estuvo, en manera alguna, sobrecargada de obras, ni aun de las de misericordia. Se hicieron un deber de reservarse momentos considerables para sí mismos y para los negocios de sus almas. *Su actividad fué mucho más contemplativa de lo que nos hallaríamos dispuestos á pensar ahora.* No se hicieron, pues, esclavos del público; sus prácticas de piedad fueron en corto número y de una sencillez de método notable. En total, su vida parece desprovista de hechos hasta un punto que no esperábamos. Con mucho gusto me abstendría de desenvolver este punto por temor de que no tengáis tiempo de comprenderle como yo desearía. Se necesitarían años para conocer á fondo su importancia.

Acontece que la vida de los santos nos engaña inocentemente, en cuanto á ese particular, especialmente las que están escritas por el orden seguido en los procesos de canonización. Un capítulo sobre la caridad heroica de un santo nos abrumará, tal vez, por la acumulación de hechos que contiene: ocupaciones multiplicadas, movimiento incesante, oficios casi incompatibles, actividad sobrehumana y otras cosas semejantes. Olvidamos que representan cincuenta ó sesenta años, de doce meses cada uno. *Pero si de ese capítulo pasamos al de el don de oración, encontramos que el santo empleaba en ese ejercicio, cada día, cuatro, cinco y aun siete horas, como Sudrez, y hasta diez, como San Francisco de Borja. Vemos además que, aun sin incluir en nuestra cuenta el tiempo necesario para comer y dormir, la oración no le dejaba al santo bastante espacio para lo que la vida moderna exige cada día de nuestra actividad. Contrabalancead el capítulo sobre la caridad con el capítulo sobre la oración, y no dejará de dar resultado para el conocimiento de los santos» (*)*.

(1) Mss. de Jaén, Alba y Burgos. Es alusión al texto evangélico; *Si sal evanuerit*. (Matth. V, 13.) En las ediciones se decía: «A envanecer *la tal alma*.»

(*) (Conferencias espirituales, pág. 294 de la edición de Madrid.)

CANCIÓN XXIX

Pues ya si en el ejido,
De hoy más no fuere vista, ni hallada,
Diréis que me he perdido,
Que andando enamorada,
Me hice perdidiza, y fui ganada.

DECLARACIÓN

Responde el alma en esta Canción á una tácita reprehensión de parte de los del mundo, los cuales han de costumbre notar á los que de veras se dan á Dios, teniéndolos por demasiados en su extrañeza y retraimiento, y en su manera de proceder, diciendo también que son inútiles para las cosas importantes, y perdidos en lo que el mundo precia y estima: á la cual reprehensión de muy buena manera satisface aquí el alma, haciendo rostro muy osada y atrevidamente á ésto y á todo lo demás que el mundo le puede imponer; porque habiendo ella llegado á lo vivo del amor de Dios, todo lo tiene en poco: y no sólo eso, mas antes ella misma lo confiesa en esta Canción, y se precia y gloria de haber dado en tales cosas, y perdiéndose al mundo y á sí misma por su Amado. Y así lo que quiere decir, hablando con los del mundo, es que si ya no la vieren en las cosas de sus primeros tratos y otros pasatiempos que solía tener en el mundo, que digan y crean que se ha perdido y ajinado de ellos, y que lo tiene á tanto bien, que ella misma se quiso perder, andando á buscar á su Amado enamorada mucho de él. Y porque vean la ganancia de su pérdida, y no la tengan por insipiencia ó engaño, dice que esta pérdida fué su ganancia, y que por eso de industria se hizo perdidiza.

*Pues ya si en el ejido
De hoy más no fuere vista, ni hallada.*

Ejido comunmente se llama un lugar común donde la gente se suele juntar á tomar solaz y recreación, y donde también los pasto-

res apacientan sus ganados; y así por el ejido entiende aquí el alma al mundo, donde los mundanos tienen sus pasatiempos y tratos, y apacientan los ganados de sus apetitos: en lo cual dice el alma á los del mundo, que si no fuere vista ni hallada, como solía antes que fuese toda de Dios, que la tengan por perdida en eso mismo, y que así lo digan, porque de eso se goza ella queriendo que lo digan, diciendo:

Diréis que me he perdido.

No se afrenta delante del mundo el que ama, de las obras que hace por Dios, ni las esconde con vergüenza, aunque todo el mundo se las haya de condenar: porque el que tuviere vergüenza delante de los hombres de confesar al Hijo de Dios, dejando de hacer sus obras, el mismo Hijo de Dios, como él dice por San Mateo, tendrá vergüenza de confesarle delante de su Padre. (X, 33.) Y por tanto, el alma con ánimo de amor antes se precia de que se vea para gloria de su Amado, haber ella hecho una tal obra por él, que se haya perdido á todas las cosas del mundo, y por eso dice: *Diréis que me he perdido.*

Esta tan perfecta osadía y determinación en las obras, pocos espirituales la alcanzan; porque aunque algunos tratan y usan este trato, y aunque se tienen algunos por los de muy allá, nunca se acaban de perder en algunos puntos, ó de mundo ó de naturaleza, para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo, no mirando á lo que dirán ó qué parecerá: y así no podrán éstos decir: *Diréis que me he perdido*, pues no están perdidos á sí mismos en el obrar: todavía tienen vergüenza de confesar á Cristo por la obra delante de los hombres teniendo respeto á cosas no viven en Cristo de veras.

Que andando enamorada.

Conviene á saber, que andando obrando las virtudes enamorada de Dios.

Me hice perdidiza, y fui ganada.

§ Sabiendo el alma el dicho del Esposo en el Evangelio, conviene á saber, que ninguno puede servir á dos señores, sino que por fuerza ha de faltar al uno (Matt. VI, 24); dice ella aquí que por no faltar á Dios faltó á todo lo que no es Dios, que es á todas las demás cosas y á sí misma, perdiéndose á todo esto por su amor. * El que anda de veras enamorado, luego se deja perder á todo lo demás, por ganarse más en aquello que ama; y por eso el alma dice aquí que se hizo perdidiza ella misma, que es dejarse perder de industria. Y es en dos maneras: conviene á saber, á sí misma, no haciendo caso de sí en ninguna cosa sino del Amado, entregándose á él de gracia sin ningún interés, haciéndose perdidiza, no queriendo ganarse en nada para sí. Lo segundo, haciéndose perdidiza á todas las cosas no haciendo caso de ningunas, sino de las que tocan al Amado; y eso es hacerse perdidiza, que es tener gana que la ganen. Tal es el que anda enamorado de Dios, que no pretende ganancia ni premio, sino sólo perderlo todo y á sí mismo en su voluntad por Dios, y esa tiene por su ganancia. Y así lo es, según dice San Pablo, diciendo: *Mori lucrum*. (Philip. I, 21.) Esto es, mi morir por Cristo es mi ganancia espiritualmente á todas las cosas y á sí mismo. Y por eso dice el alma fui ganada; porque el que á sí no se sabe perder, no se gana, antes se pierde, según dice Nuestro Señor en el Evangelio, diciendo: El que quisiere ganar para sí su alma, ese la perderá; y el que la perdiere para consigo por mí, ese la ganará. (Matt. XVI, 25.) Y si queremos entender el dicho verso más espiritualmente y más á propósito que aquí se trata, es de saber: que cuando un alma en el camino espiritual ha llegado á tanto que se ha perdido á todos los caminos y vías naturales de proceder en el trato con Dios, que ya no le busca por consideraciones ni formas ni sentimientos, ni otros modos algunos de criaturas ni sentidos, sino que solamente, pasando sobre todo eso y sobre todo modo suyo, y sobre toda manera, trata y goza á Dios en Fe y amor: entonces se dice haberse de veras ganado á Dios; por-

que de veras se ha perdido á todo lo que no es Dios y á lo que ella es en sí.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Estando, pues, el alma ganada de esta manera, todo lo que obra es ganancia; porque toda la fuerza de sus potencias está convertida en trato espiritual con el Amado de muy sabroso amor interior; en el cual las comunicaciones interiores que pasan entre Dios y el alma, son de tan delicado y subido deleite, que no hay lengua mortal que lo pueda decir, ni entendimiento humano que lo pueda entender. Porque así como la desposada en el día de su desposorio no entiende en otra cosa sino en lo que es fiesta y deleite de amor, y en sacar todas sus joyas y gracias á luz, para con ellas deleitar y agradar al Esposo, y el Esposo ni más ni menos todas sus riquezas y excelencias le muestra para hacerle á ella fiesta y solaz; así aquí en este espiritual desposorio, donde el alma siente de veras lo que la Esposa dice en los *Cantares*, es á saber: Yo para mi Amado, y mi Amado para mí (VII, 10); las virtudes y gracias de la Esposa alma, y las magnificencias y gracias del Esposo Hijo de Dios salen á luz y se ponen en plato para que se celebren las bodas de este desposorio, comunicándose los bienes y deleites del uno en el otro con vino de sabroso amor en el Espíritu Santo; para muestra de lo cual, hablando con el Esposo, dice el alma esta Canción: *

CANCIÓN XXX

De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guiraldas,
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mío entretejidas.

DECLARACIÓN

En esta Canción vuelve la Esposa á hablar con el Esposo en comunicación y recreación de amor, y lo que en ella hace es tratar

del solaz y deleite que el alma Esposa y el Hijo de Dios tienen en la posesión de las riquezas de las virtudes y dones de entrambos, y el ejercicio de ellas, que hay del uno al otro, gozándolas entre sí en comunicación de amor; y por eso dice ella, hablando con él, que harán guirnalda¹s ricas de dones y virtudes adquiridas y ganadas en tiempo agradable y conveniente, hermo²seadas y graciosas en el amor que tiene él á ella, y sustentadas y conservadas en el amor que ella tiene á él; por eso llama á este gozar las virtudes, hacer guirnalda¹s de ellas; porque todas juntas como flores en guirnalda¹s las gozan entrambos en el amor común que el uno tiene al otro.

De flores y esmeraldas.

Las flores son las virtudes del alma, y las esmeraldas son los dones que tiene en Dios. Pues de estas flores y esmeraldas

En las frescas mañanas escogidas.

Es á saber, ganadas y adquiridas en las juventudes, que son las frescas mañanas de las edades. Y dice escogidas, porque las virtudes que se adquieren en este tiempo de juventud, son escogidas y muy aceptas á Dios, por ser el tiempo de juventud cuando hay más contradicción de parte de los vicios para adquirirlas, y de parte del natural más inclinación y prontitud para perderlas. Y también, porque comenzándolas á coger desde este tiempo de juventud, se adquieren más perfectas. Y llama á estas juventudes, frescas mañanas; porque así como es agradable la frescura de la mañana en la Primavera, más que las otras partes del día, así lo es la virtud de la juventud delante de Dios. Y aun puéden²se entender estas frescas mañanas por los actos de amor en que se adquieren las virtudes, los cuales son á Dios más agradables que las frescas mañanas á los hijos de los hombres. También se entiende aquí por las frescas mañanas las obras hechas en sequedad y dificultad del espíritu, las cuales son denotadas por el fresco de las mañanas del invierno, y estas obras hechas por Dios en sequedad de espíritu y dificultad, son muy preciadas de

Dios, porque en ellas grandemente se adquieren las virtudes y dones; y las que se adquieren de esta suerte y con trabajo, por la mayor parte son más escogidas y esmeradas y más firmes que si se adquiriesen sólo con el sabor y regalo del espíritu; porque la virtud en la sequedad y dificultad y trabajo echa raíces, según lo dijo Dios á San Pablo, diciendo: *Virtus in infirmitate perficitur*: esto es, la virtud en la flaqueza se hace perfecta (2 ad Cor. XII, 9.) Y por tanto, para encarecer la excelencia de las virtudes de que se han de hacer las guirnaldas para el Amado, bien está dicho: *En las frescas mañanas escogidas*. Porque de solas estas flores y esmeraldas de virtudes y dones escogidos y perfectos (1), y no de las imperfectas, goza bien el Amado, y por eso dice aquí el alma Esposa, que de ellas para él

Haremos las guirnaldas.

Para cuya inteligencia es de saber, que todas las virtudes y dones que el alma y Dios adquieren en ella, son en ella como una guirnalda de varias flores con que está admirablemente hermo­seada, así como de una vestidura de preciosa variedad. Y para mejor entenderlo, es de saber, que así como las flores materiales se van cogiendo las van en la guirnalda (que de ellas hacen) componiendo, de la misma manera, así como las flores espirituales de virtudes y dones se van adquiriendo, se van asentando en el alma; y acabadas de adquirir está ya la guirnalda de perfección en el alma, acabada de hacer, donde ella y el Esposo se deleitan, hermo­seados con esta guirnalda y adornados, bien así como en estado de perfección. Estas son las guirnaldas que dice han de hacer, que es ceñirse y cercarse de variedad de flores y esmeraldas de virtudes y dones perfectos, para parecer dignamente con este hermoso y precioso adorno delante de la cara del Rey, y merezca la iguale consigo, poniéndola como Reina á su lado; pues ella lo merece con la hermosura de su varie-

(1) Mss. de Barrameda y Jaén. El de Alba: «Escogidas y perfectos.» El de Burgos: «Escogidos y perfectas.»

dad: De donde, hablando David con Cristo en este caso, dice: *Astitit Regina à dextris tuis in vestitu deaurato: circumdata varietate*. Que quiere decir: estuvo la Reina á tu diestra en vestidura de oro, cercada de variedad (Ps. XLIV, 10); que es tanto como decir, estuvo á tu diestra vestida de perfecto amor y cercada de variedad de dones y virtudes perfectas. Y no dice haré yo las guiraldas solamente, ni harás-las tú tampoco á solas, sino harémoslas entrambos juntos; porque las virtudes no las puede obrar el alma ni alcanzarlas á solas sin ayuda de Dios, ni tampoco las obra Dios á solas en el alma sin ella; porque aunque es verdad que todo dado bueno y todo don perfecto sea de arriba descendido del Padre de las lumbres; como dice Santiago, (I, 17) todavía eso mismo no se recibe sin la habilidad y ayuda del alma que la recibe. De donde hablando la Esposa en los *Cantares* con el Esposo, dijo: *Trahe me, post te curremus*. Tráeme, después de tí correremos. (I, 3.) De manera que el movimiento para el bien, de Dios ha de venir (según aquí da á entender) solamente; mas el correr no dice que él solo ni ella sola, sino correremos entrambos, que es el obrar Dios y el alma juntamente.

Este versillo se entiendè harto propiamente de la Iglesia y de Cristo, en el cual la Iglesia Esposa suya habla con él, diciendo: *Haremos las guiraldas*. Entendiendo por guiraldas todas las almas santas engendradas por Cristo en la Iglesia, que cada una de ellas es como una guirnalda arreada de flores, de virtudes y de dones, y todas ellas juntas son una guirnalda para la cabeza del Esposo Cristo. Y también se puede entender por las hermosas guiraldas, que por otro nombre se llaman laureolas, hechas también en Cristo y la Iglesia, las cuales son en tres maneras. La primera de hermosura y blancas flores de todas las vírgenes, cada una con su laureola de virginidad, y todas ellas juntas serán una laureola para poner en la cabeza del Esposo Cristo. La segunda laureola de las resplandecientes flores de los santos doctores, y todas juntas, serán una laureola para sobreponer en las de las vírgenes en la cabeza de Cristo. La tercera, de los encarnados claveles de los mártires: cada uno también con su laureola de mártir, y todos ellos juntos serán una laureola para remate de la

del Esposo Cristo. Con las cuales tres guirnaldas estará él tan hermosado y tan gracioso de ver, que se dirá en el cielo aquello que dice la Esposa en los *Cantares*: Salid, hijas de Sión, y mirad al Rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón. (III, 11.) Haremos, pues, dice, estas guirnaldas,

En tu amor florecidas.

La flor que tienen las obras y virtudes, es la gracia y virtud que del amor de Dios tienen, sin el cual no solamente no estarían florecidas, pero todas ellas serían secas y sin valor delante de Dios, aunque humanamente fuesen perfectas; pero porque él da su gracia y amor, son las obras florecidas en su amor.

Y en un cabello mío entretejidas.

Este cabello suyo es su voluntad de ella y el amor que tiene al Amado, el cual amor tiene y hace el oficio que el hilo en la guirnalda. Porque así como en ella enlaza y ase las flores en la guirnalda, así el amor del alma enlaza y ase las virtudes en el alma, y allí las sustenta. Porque, como dice San Pablo (Coloss. III, 14), es la caridad el vínculo y atadura de la perfección. De manera que en este amor del alma están las virtudes y dones sobrenaturales tan necesariamente asidos, que si quebrase faltando á Dios, luego se desatarían todas las virtudes y faltarían del alma: así como quebrando el hilo en la guirnalda se caerían las flores. De manera, que no basta que Dios nos tenga amor para darnos virtudes, sino que también nosotros se le tengamos á él para recibirlas y conservarlas. Dice un cabello solo, y no muchos, para dar á entender que ya su voluntad está sola en él, desasida de todos los demás cabellos, que son los extraños y ajenos amores. En lo cual encarece bien el valor y precio de estas guirnaldas de virtudes; porque cuando el amor está único y sólido en Dios, cual aquí ella dice, también las virtudes están perfectas y

acabadas, y florecidas mucho en el amor de Dios; porque entonces es el amor que él tiene al alma inestimable, según el alma también lo siente.

§ Pero si yo quisiese dar á entender la hermosura del entretejimiento que tienen estas flores de virtudes y esmeraldas entre sí, ó decir algo de la fortaleza y majestad que el orden y compostura de ellas ponen en el alma, y el primor y gracia con que la atavía esta vestidura de variedad, no hallaría palabras y términos con que darlo á entender. Del demonio dice Dios en el libro de Job: Que su cuerpo es como escudos de metal colado, guarnecido con escamas tan apretadas entre sí, que de tal manera se junta una á otra, que no puede entrar el aire por ellas. (XLI, 6, 7.) Pues si el demonio tiene tanta fortaleza en sí, por estar vestido de malicias asidas y ordenadas unas con otras, las cuales son significadas por las escamas de su cuerpo, que se dice ser como escudos de metal colado, siendo todas las malicias en sí flaqueza; ¿cuánta será la fortaleza de esta alma, vestida toda de fuertes virtudes, tan asidas y entretejidas entre sí, que no puede haber entre ellas fealdad ninguna ni imperfección, añadiendo cada una con su fortaleza, fortaleza al alma, y con su hermosura, hermosura al alma, y con su valor y precio haciéndola rica, y con su majestad añadiéndole señorío y grandeza? ¡Cuán maravillosa, pues, será á la vista espiritual esta alma esposa en la apostura de estos dones á la diestra del Rey su Esposo! Hermosos son tus pasos en los calzados, hija del Príncipe, dice el Esposo de ella en los *Cantares* (VII, 1): Y dícele hija del Príncipe, para denotar el principado que aquí tiene. Y cuando la llama hermosa en el calzado, ¡cuál será en el vestido! Y porque no sólo admira la hermosura que ella tiene con la vestidura de estas flores, sino que también espanta la fortaleza y poder que con la compostura y orden de ellas, junto con la interposición de las esmeraldas, que de innumerables dones divinos tiene, dice también de ella el Esposo en los dichos *Cantares*: Terrible eres, ordenada como las huestes de los reales. (VI. 3.) Porque estas virtudes y dones de Dios, así como con su olor espiritual recrean, así también cuando están unidas en el alma, con su sustancia dan

fuerza. Que por eso, cuando la Esposa estaba flaca y enfermã de amor en los *Cantares*, por no haber llegado á unir y entretejer estas flores y esmeraldas en el cabello de su amor, deseando ella fortalecerse con la dicha unión y junta de ellas, la pedía por estas palabras, diciendo: Fortalecedme con flores, y aprestadme con manzanas, porque estoy desfallecida de amor (II, 5.) Entendiendo por las flores las virtudes y por las manzanas los demás dones. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Creo queda dado á entender cómo por el entretejimiento de estas guirnaldas y asiento de ellas en el alma quiere dar á entender esta alma Esposa la Divina unión de amor que hay entre ella y Dios en este estado. Pues que el Esposo es las flores: pues es la flor del campo y el lirio de los valles, como él dice (Ibid. II, 1): Y el cabello del amor del alma es, como habemos dicho, el que ase y une con ella esta flor de las flores. Pues como dice el Apóstol, el amor se ha de tener sobre todas las cosas, porque es la atadura de la perfección (Coloss. III, 14.) La cual es la unión con Dios, y el alma el hacecico donde se asientan estas guirnaldas: pues ella es el sujeto de esta gloria, no pareciendo el alma ya lo que antes era, sino la misma flor perfecta con perfección y hermosura de todas las flores; porque con tanta fuerza los ase á Dios y al alma este hilo del amor y los junta, que los transforma y hace uno por amor. De manera, que aunque en sustancia son diferentes, en gloria y parecer el alma parece Dios, y Dios el alma. Tal es la junta como ésta, es admirable, sobre todo lo que se puede decir: dáse algo á entender de ella por aquello que dice la Escritura de Jonatás y David en el primer libro de los Reyes, donde dice que era tan estrecho el amor que Jonatás tenía á David, que conglutinó el ánima de Jonatás con el ánima de David. (XVIII, 1.) De donde si el amor de un hombre para con otro hombre fué tan fuerte que pudo conglutinar un alma con otra, ¿qué será la conglutinación que hará del alma con el Esposo Dios el amor que el alma tiene al mismo Dios, mayormente siendo Dios aquí el principal

amante, que con la omnipotencia de su abisal amor absorbe al alma en sí con más eficacia y fuerza que un torrente de fuego á una gota del rocío de la mañana que suele volar resuelta en el aire? De donde el cabello que tal obra de juntura hace, sin duda conviene que sea muy fuerte y sutil, pues con tanta fuerza penetra las partes que ase, y por eso el alma declara en la siguiente canción las propiedades de este su hermoso cabello, diciendo: *

CANCIÓN XXXI

En solo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.

DECLARACIÓN

Tres cosas quiere decir el alma en esta Canción. La primera, es dar á entender que aquel amor en que están asidas las virtudes no es otro, sino sólo el amor fuerte: porque á la verdad, tal ha de ser para conservarlas. La segunda, dice, que Dios se prendó mucho de este su cabello de amor, viéndolo solo y fuerte. La tercera, dice, que estrechamente se enamoró Dios de ella, viendo la pureza y entereza de su fe; y dice así:

*En solo aquel cabello,
Que en mi cuello volar consideraste.*

El cuello significa la fortaleza, en la cual dice que volaba el cabello del amor en que están entretejidas las virtudes, que es amor en fortaleza; porque no basta que sea sólo para conservar las virtudes, sino que también sea fuerte, para que ningún vicio contrario la pueda por ningún lado de la guirnalda de la perfección quebrar; porque por tal orden están asidas en este cabello del amor del alma

las virtudes, que si en alguna quebrase, luego, como habemos dicho, faltarían en todas; porque las virtudes, así como donde está una están todas, así también donde una falta, faltan todas. Y dice que volaba en el cuello, porque en la fortaleza del alma vuela este amor de Dios con gran fortaleza y ligereza, sin detenerse en cosa alguna. Y así como en el cuello el aire menea y hace volar el cabello, así también el aire del Espíritu Santo mueve y altera el amor fuerte para que haga vuelos á Dios; porque sin este Divino viento, que mueve las potencias á ejercicio de amor Divino, no obran ni hacen sus efectos las virtudes, aunque las haya en el alma. Y en decir que el Amado consideró en el cuello volar este cabello, da á entender cuánto ama Dios al amor fuerte; porque considerar es mirar muy particularmente con atención y estimación de aquello que se mira, y el amor fuerte hace mucho á Dios volver los ojos á mirarle; y así se sigue:

Mirástele en mi cuello.

Lo cual dice para dar á entender el alma, que no sólo preció y estimó Dios este su amor viéndole solo, sino que también le amó viéndole fuerte; porque mirar Dios es amar Dios; así como el considerar Dios es, como habemos dicho, estimar lo que considera. Y vuelve á repetir en este verso el cuello, diciendo del cabello: *Mirástele en mi cuello*; porque, como está dicho, es esta la causa por qué le amó mucho, es á saber, verle en fortaleza; y así es como si dijera: amástele viéndole fuerte sin pusilanimidad ni temor, y sólo sin otro amor, y volar con ligereza y fervor. § Hasta aquí no había Dios mirado este cabello para prenderse de él, porque no le había visto solo y desasido de los demás cabellos, esto es, de otros amores y apetitos, aficiones y gustos, y así no volaba solo en el cuello de la fortaleza; mas después, que por las mortificaciones y trabajos, y tentaciones y penitencia se vino á desasir y á hacer fuerte, de manera que ni por cualquiera fuerza ni ocasión quiebra, entonces ya le mira Dios, y prende y ase en él las flores de estas guirnaldas; pues tiene fortaleza para tenerlas asidas en el alma. Mas cuáles y cómo sean

estas tentaciones y trabajos, y hasta dónde llegan al alma para poder venir á esta fortaleza de amor en que Dios se une con el alma, en la declaración de las cuatro Canciones, que comienzan: *Oh llama de amor viva*, está dicho algo de ello (1), por lo cual, habiendo pasado esta alma, ha llegado á tal grado de amor de Dios, que ha ya merecido la Divina unión, por lo cual dice luego: *

Y en él preso quedaste.

¡Oh cosa digna de toda acepción y gozo quedar Dios preso en un cabello! La causa de esta prisión tan preciosa es el haber Dios querido pararse á mirar el vuelo del cabello en el cuello, como dicen los versos precedentes; porque, como habemos dicho, el mirar de Dios es amar; porque si él por su gracia y misericordia no nos mirara y amara primero, como dice San Juan (1.^a, IV, 10), y se abajara, ninguna presa hiciera en él el vuelo del cabello de nuestro bajo amor, porque no tenía él tan alto vuelo que llegase á prender á esta Divina ave de las alturas, á mirarnos, y á provocar el vuelo y levantarlo de nuestro amor, dándole valor y fuerza para ello; por eso él mismo se prendó en el vuelo del cabello, esto es, él mismo se pagó y se agradó, por lo cual se prendó, y eso quiere decir: *Mirástele en mi cuello, y en él preso quedaste* Porque cosa muy creíble es que el ave de bajo vuelo pueda prender al águila real muy subida, si ella se viene á lo bajo queriendo ser presa; y síguese:

Y en uno de mis ojos te llagaste.

Entiéndese aquí por el ojo la Fe; y dice uno sólo, y que en él se llagó, porque si la Fe y fidelidad del alma para con Dios no fuese sola, sino mezclada con otro algún respeto ó cumplimiento, no llegaría á efecto de llagar á Dios de amor. Y así sólo un ojo ha de

(1) Este pasaje se añadía y variaba de este modo en las ediciones: «*Se ha dicho en la Noche oscura*, y en la declaración de las cuatro canciones que comienzan: *Oh llama de amor viva* se dice algo de ello.»

ser en que se llaga, como también un sólo cabello en que se prenda el Amado. Y es tan estrecho el amor con que el Esposo se prenda de la Esposa en esta fidelidad única que ve en ella, que si en el cabello de su amor se prenda, en el ojo de su Fe aprieta con estrecho nudo la prisión, que le hace llaga de amor por la gran ternura del afecto con que está aficionado á ella, lo cual es entrarla más en su amor.

Esto mismo del ojo y del cabello dice el Esposo en los Cantares hablando con la Esposa: Llagaste mi corazón, Hermana mía; llagaste mi corazón en uno de tus ojos y en un cabello de tu cuello. (IV, 9.) En lo cual dos veces repite haberle llagado el corazón: es á saber, en el ojo y en el cabello. § Y por eso el alma hace relación en la Canción del ojo y del cabello, porque en ello denota la unión que tiene con Dios, según el entendimiento y según la voluntad; porque á la Fe significada por el ojo, se sujeta en el entendimiento por fe y en la voluntad por amor. De la cual unión se gloria aquí el alma y regradia esta merced á su Esposo, como recibida de su mano, estimando en mucho haberse querido pagar y prender de su amor. En lo cual se podría considerar el gozo, alegría y deleite que el alma tendrá con este tal prisionero; pues tanto tiempo había que lo era ella de él, andando de él enamorada. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Grande es el poder y la porfía del amor, pues al mismo Dios prenda y llaga. Dichosa el alma que ama, pues tiene á Dios por prisionero rendido á todo lo que ella quisiere, porque tiene tal condición, que si le llevan por amor y por bien, le harán hacer cuanto quisieren; y si de otra manera, no hay hablarle ni poder con él aunque hagan extremos; pero por amor en un cabello le ligarán. Lo cual conociendo el alma, y que muy fuera de sus méritos le ha hecho tan grandes mercedes de levantarla á tan alto amor con tan ricas prendas de dones y virtudes, se lo atribuye todo á él en la siguiente Canción diciendo:

CANCIÓN XXXII

Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimían;
Por eso me adamabas,
Y en eso merecían
Los míos adorar lo que en tí vían.

DECLARACIÓN

Es propiedad del amor perfecto no querer admitir ni tomar nada para sí, ni atribuirse á sí nada, sino todo al Amado; que esto aun en los amores bajos lo hay, cuanto más en el de Dios, donde tanto obliga la razón. Y por tanto, porque en las dos Canciones pasadas parece se atribuía á sí alguna cosa la Esposa, tal, como decir que ella juntamente con el Esposo haría las guirnaldas y que se tejerían con el cabello de ella, lo cual es obra no de poco momento y estima; y después decir y gloriarse que el Esposo se había prendado en su cabello y llagado en su ojo, en lo cual parece también atribuirse á sí misma gran merecimiento, quiere ahora en la presente Canción declarar su intención y deshacer el engaño que en esto se puede entender, con cuidado y temor no se le atribuya á ella algún valor y merecimiento, y por eso se le atribuya á Dios menos de lo que se le debe y ella desea; atribuyéndolo todo á él, y regraciándosele juntamente, le dice: que la causa de prenderse él del cabello de su amor, y llagarse del ojo de su Fe, fué por haberle él hecho la merced de mirarla con amor, en lo cual la hizo graciosa y agradable á sí mismo; y que por esa gracia y valor que de él recibió, mereció su amor, y tener valor ella en sí para adorar agradablemente á su Amado, y hacer obras dignas de su gracia y amor. Siguese el verso.

Cuando tú me mirabas.

Es á saber, con afecto de amor: porque ya dijimos que el mirar de Dios aquí es amar.

Su gracia en mí tus ojos imprimían.

Por los ojos del Esposo entiende aquí su Divinidad misericordiosa; la cual inclinándose al alma con misericordia, imprime é infunde en ella su amor y gracia, con que la hermosea y levanta tanto, que la hace consorte de la misma Divinidad, y dice el alma viendo la dignidad y alteza en que Dios la ha puesto,

Por eso me adamabas.

Adamar es amar mucho, es más que amar simplemente, es como amar duplicadamente; esto es, por dos títulos, ó causas. Y así en este verso da á entender el alma los dos motivos y causas del amor que él tiene á ella; por los cuales no sólo la amaba prendado en su cabello, mas que la adamaba llagado en su ojo. Y la causa por qué la adamó de esta manera tan estrecha, dice ella en este verso, que era porque él quiso, con mirarla, darle gracia para agradarse de ella, dándole el amor de su cabello, informándole con su caridad la Fe de su ojo. Y así dice *Por eso me adamabas*. Porque poner Dios en el alma su gracia es hacerla digna y capaz de su amor; y así es tanto como decir: porque habías puesto en mí tu gracia, que eran prendas dignas de tu amor, por eso me adamabas; esto es, por eso me dabas más gracia. Esto es lo que dice San Juan: *Dat gratiam pro gratia*. Que quiere decir, da gracia por la gracia que ha dado (I, 16), que es dar más gracia; porque sin gracia no se puede merecer su gracia.

Es de notar para inteligencia de esto, que Dios, así como no ama cosa fuera de sí, así ninguna cosa ama más altamente que á sí, porque todo lo ama por sí. Y así el amor tiene la razón del fin; de donde no ama las cosas por lo que ellas son en sí. Por tanto, amar Dios al alma es meterla en cierta manera en sí mismo, igualándola consigo; y así ama al alma en sí consigo, con el mismo amor que él se ama; y por eso en cada obra, por cuanto la hace en Dios, merece el alma el amor de Dios; porque puesta en esta gracia y alteza, en cada obra merece al mismo Dios. Y por eso dice luego:

Y en eso merecían.

Es á saber, en este favor y gracia que los ojos de tu misericordia me hicieron, cuando tú me mirabas, haciéndome agradable á tus ojos y digna de ser vista de ti, merecieron

Los míos adorar lo que en tí vían.

Que es como decir, las potencias de mi alma, Esposo mío, que son los ojos con que de mí puedes ser visto, merecieron levantarse á mirarte; las cuales antes con la miseria de su baja operación y caudal natural estaban caídas y bajas; porque poder mirar el alma á Dios, es hacer obras en gracia de Dios, y así merecían las potencias del alma en el adorar, porque adoraban en gracia de su Dios, en la cual toda operación es meritoria. Adoraban, pues, alumbrados y levantados con su gracia y favor lo que en él ya veían, lo cual antes por su ceguera y bajeza no veían. ¿Qué era, pues, lo que ya veían? Veían grandeza de virtudes, abundancia de suavidad, bondad inmensa, amor y misericordia en Dios, beneficios innumerables que de él había recibido, ahora estando tan allegada á Dios, ahora cuando no lo estaba; todo esto merecían adorar ya con merecimiento los ojos del alma; porque estaban ya graciosos, y agradables al Esposo; lo cual antes, no sólo no merecían adorar, ni ver, pero ni aun considerar de Dios algo de ello; porque es grande la rudeza y ceguera del alma que está sin su gracia.

§ Mucho hay aquí que notar, y mucho de que se doler, ver cuán fuera está de hacer lo que es obligada el alma que no está ilustrada con el amor de Dios; porque estando ella obligada á conocer éstas y otras innumerables mercedes, así temporales como espirituales, que de él ha recibido y á cada paso recibe, y adorar y servir con todas sus potencias á Dios por ellas sin cesar; no sólo no lo hace, mas aun ni mirarlo y conocerlo merece, ni caer en la cuenta de ello; que hasta aquí llega la miseria de los que viven, ó por mejor decir, están muertos en pecado. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

Para más inteligencia de lo dicho y de lo que se sigue, es de saber que la mirada de Dios hace cuatro bienes en el alma, que son limpiarla, agraciarla, enriquecerla, y alumbrarla; así como el sol cuando envía sus rayos, que enjuga, y calienta, hermosea y resplandece. Y después que Dios pone en el alma estos tres bienes postremos, por cuanto por ellos le es el alma muy agradable, nunca más se acuerda de la fealdad y pecado que antes tenía, según lo dice por Ezequiel. (XVIII, 22.) Y así habiéndole quitado una vez ese pecado y fealdad, nunca más le da en cara con ello, ni por eso le deja de hacer más mercedes; porque él no juzga dos veces una cosa. (Nahum. I, 9, juxta 70.) Pero aunque Dios se olvida de la maldad y pecado, después de perdonado una vez, no por eso le conviene al alma echar en olvido sus pecados primeros diciendo el Sabio: Del pecado perdonado no quieras estar sin miedo (Eccli. V, 5); y esto por tres cosas: La primera, para tener siempre ocasión de no presumir. La segunda, para tener materia de siempre agradecer. La tercera, para que le sirva de más confiar, para más recibir; porque si estando en pecado recibí de Dios tanto bien, puesta en amor de Dios, y fuera de pecado, ¿cuánto mayores mercedes podrá esperar?

Acordándose, pues, el alma aquí de todas estas misericordias recibidas, y viéndose puesta junto á el Esposo con tanta dignidad, gózase grandemente con deleite de agradecimiento y amor, ayudándole mucho para esto la memoria de aquel estado suyo tan bajo y tan feo, que no sólo no merecía ni estaba para que la mirara Dios, mas ni aun para que tomara en la boca su nombre, según lo dice por su profeta David (Ps. XV, 4): De donde, viendo que de su parte ninguna razón hay ni la puede haber para que Dios la mirase y engrandeciese, sino sólo de parte de Dios, que es su bella gracia y mera voluntad (1); atribuyéndose á sí su miseria, y al Amado todos

(1) «*Misericordiosa voluntad.*» (Mss. 18.160 de la B. N.) El Ms. de Burgos dice: Su mera gracia y su mera voluntad.

los bienes que posee; viendo que por ellos ya merece lo que no merecía, toma ánimo y osadía para pedir la continuación de la Divina unión espiritual, en la cual le vaya multiplicando las mercedes, de todo lo que ella da á entender en la siguiente Canción.

CANCIÓN XXXIII

No quieras despreciarme,
Que si color moreño en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme
Después que me miraste,
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

DECLARACIÓN

Animándose ya la Esposa, y preciándose á sí misma en las prendas y precio que de su Amado tiene, viendo que por ser cosas de él, aunque ella de suyo sea de bajo precio y no merezca alguna estima, merece ser estimada por ellas, atrévase á su Amado, y dile que ya no la quiera tener en poco ni despreciarla; porque si antes merecía esto por la fealdad de su culpa y bajeza de su naturaleza, que ya después que él la miró la primera vez, en que la arreó con su gracia y vistió con su hermosura, que bien la puede ya mirar la segunda y más veces, aumentándole la gracia y hermosura, pues hay ya razón y causa bastante para ello, en haberla mirado cuando no lo merecía ni tenía partes para ello.

No quieras despreciarme.

§ No dice esto por querer la tal alma ser tenida en algo; porque antes los desprecios y vituperios son de grande estima y gozo para el alma que de veras ama á Dios; y porque ve que de su cosecha no merece otra cosa; sino por la gracia y dones que tiene de Dios, según ella va dando á entender diciendo: *

Que si color moreno en mí hallaste.

Es á saber; que si antes que me miraras graciosamente, hallaste en mí fealdad y negrura de culpas é imperfecciones, y bajeza de condición natural,

*Ya bien puedes mirarme
Después que me miraste.*

Después que me miraste, quitando de mí ese color moreno y desgraciado de culpa con que no estaba de ver, en que me diste la primera vez gracia, ya bien puedes mirarme; esto es, ya bien puedo yo y merezco ser vista, recibiendo más gracia de tus ojos; pues con ellos no sólo la primera vez me quitaste el color moreno, pero también me hiciste digna de ser vista; pues que con tu vista de amor

Gracia y hermosura en mí dejaste.

§ Lo que ha dicho el alma en los dos versos antecedentes, es para dar á entender lo que dice San Juan en el Evangelio, es á saber, que Dios da gracia por gracia (I, 16); porque cuando Dios ve al alma graciosa en sus ojos, mucho se mueve á hacerla más gracia, por cuanto mora en ella bien agradado. Lo cual conociendo Moisés, pidió á Dios más gracia, queriéndolo obligar por la gracia que ya de él tenía, diciendo á Dios: Tú dices que me conoces de nombre y que he hallado gracia delante de ti; pues luego si he hallado gracia en tu presencia, muéstrame tu cara, para que te conozca y halle gracia delante de tus ojos. (Exod. XXXIII, 12, 13.) Y porque con esta gracia está el alma delante de Dios engrandecida, honrada y hermo-seada, como habemos dicho, por eso es amada de él inefablemente. De manera que si antes que estuviese en su gracia por sí sólo la amaba, ahora que ya está en su gracia, no sólo la ama por sí, sino también por ella; y así enamorado él de su hermosura, mediante los afectos y obras de ella, ahora que no está sin ellos, siempre le va él

comunicando más amor y gracias, y como la va honrando y engrandeciendo más, siempre se va más prendando, y enamorando de ella. * Porque así lo da Dios á entender, hablando con su amigo Jacob por Isaías, diciendo: *Ex quo honorabilis factus es in oculis meis, et gloriosus, ego dilexi te*. Esto es, después que en mis ojos eres hecho honrado y glorioso, yo te he amado. (XLIII, 4.) Lo cual es tanto como decir: después que mis ojos te dieron gracia por su vista, por lo cual te hiciste glorioso y digno de honra en mi presencia, has merecido más gracia de mercedes mías; porque amar Dios más, es hacer más mercedes. Esto mismo da á entender la Esposa en los divinos *Cantares*, diciendo á las otras almas: *Nigra sum: sed formosa, filiae Jerusalem. Ideo dilexit me Rex, et introduxit me in cubiculum suum* (1). Morena soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén: por tanto me ha amado el Rey, y entrádomme en lo interior de su lecho. (I, 4.) § Lo cual es decir: almas, que no sabéis ni conocéis de estas mercedes, no os maravilléis porque el Rey celestial me las haya hecho á mí tan grandes, que haya llegado á meterme en lo interior de su amor; porque, aunque soy morena de mío, puso en mí él tanto sus ojos, después de haberme mirado la primera vez, que no se contentó hasta desposarme consigo, y llamarme hasta el interior lecho de su amor.

¿Quién podrá decir á dónde llega lo que Dios engrandece un alma cuando da en agradarse de ella? No hay poderlo decir ni aun imaginar; porque, en fin, lo hace como Dios, para mostrar que él es. Sólo se puede dar algo á entender por la condición que Dios tiene de ir dando más á quien más tiene, y lo que le va dando, es multiplicadamente según la proporción de lo que antes el alma tiene, según en el Evangelio lo da á entender, diciendo: A cualquiera que tuviere, se le dará más, hasta que llegue á abundar; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado (Matth. XIII, 12). Y así el dinero que tenía el siervo no en gracia de su señor, le fué quitado, y dado al que tenía más dineros que todos juntos en gracia de su señor

(1) La segunda parte de este texto está tomada del Breviario: por eso en las ediciones se decía: «Y añade la Iglesia en su nombre: *Ideo dilexit, etc.*»

(Ibid. XXV, 28). De donde los mejores y principales bienes de su casa, esto es, de su Iglesia, así militante como triunfante, acumula Dios en el que es más amigo suyo, y lo ordena para más honrarle y glorificarle; así como una luz grande absorbe en sí muchas luces pequeñas. Como también lo dió Dios á entender en la sobredicha autoridad de Isaías, según el sentido espiritual, hablando con Jacob, diciendo: Yo soy tu Señor Dios Santo de Israel, tu Salvador; á Egipto he dado por tu propiciación, á Etiopía y Saba por tí; y daré hombres por tí, y pueblos por tu alma (XLIII 3). *

Bien puedes, pues, ya, Dios, mirar y preciar mucho al alma que miras, pues con tu vista pones en ella precio y prendas de que tú te precias y prendas; y por eso no ya una vez sola, sino muchas, merece que la mires después que la miraste; pues como se dice en el libro de Ester por el Espíritu Santo: Digno es de tal honra á quien quiere honrar el Rey: *Hoc honore condignus est, quemcumque Rex voluerit honorare* (VI, 11).

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Los amigables regalos que el Esposo hace al alma en este estado, son inestimables; y las alabanzas y requiebros de Divino amor que con gran frecuencia pasan entre los dos, son inefables. Ella se emplea en alabar y regocijarse á él, él en regrandecer y alabar y regocijarse á ella, según es de ver en los Cantares, donde hablando él con ella, dice: Cata que eres hermosa, amiga mía, cata que eres hermosa, y tus ojos son de paloma (I, 14, 15). Y ella responde, y dice: cata que tú eres hermoso, amado mío, y bello; y otras muchas gracias y alabanzas que el uno al otro á cada paso se dicen en los *Cantares*. Y así ella en la Canción pasada acaba de despreciarse á sí, llamándose morena y fea; y de alabarlo á él de hermoso y gracioso, pues con su mirada le dió gracia y hermosura. Y él, porque tiene de costumbre de ensalzar al que se humilla, poniendo en ella los ojos como ella se lo ha pedido, en la Canción que se sigue se emplea en alabarla, llamándola, no morena, como ella se llamó, sino blanca

paloma, alabándola de las buenas propiedades que tiene como paloma, y tórtola; y así dice: *

CANCIÓN XXXIV

La blanca palomica

Al arca con el ramo se ha tornado,

Y ya la tortolica

Al socio deseado

En las riberas verdes ha hallado.

DECLARACIÓN

El Esposo es el que habla en esta Canción, cantando la pureza que ella tiene ya en este estado, y las riquezas y premio que ha conseguido por haberse dispuesto y trabajado por venir á él. Y también canta la buena dicha que ha tenido en hallar á su Esposo en esta unión; y da á entender el cumplimiento de los deseos suyos, y deleite y refrigerio que en él posee, acabados ya los trabajos de esta vida y tiempo pasado. Y así dice:

La blanca palomica.

Llama al alma blanca palomica por la blancura y limpieza que ha recibido de la gracia que ha hallado en Dios. § Y llámala paloma, porque así la llama en los *Cantares*, para denotar la sencillez y mansedumbre de condición y amorosa contemplación que tiene. Porque la paloma, no sólo es sencilla y mansa sin hiel, mas también tiene los ojos claros y amorosos; que por eso, para denotar el Esposo en ella esta propiedad de contemplación amorosa con que mira á Dios, dijo allí también que tenía los ojos de paloma (IV, 1): la cual dice que

Al Arca con el ramo se ha tornado.

Aquí compara al alma el Esposo, á la paloma del Arca de Noé, tomando por figura aquel ir y venir de la paloma al Arca, de lo que

al alma en este caso le ha acaecido. Porque así como la paloma iba y venía al Arca, porque no hallaba dónde descansase su pie entre las aguas del Diluvio, hasta que después se volvió á ella con un ramo de oliva en el pico, en señal de la misericordia de Dios en la cesación de las aguas que tenían anegada la tierra; así esta tal alma que salió de la arca de la omnipotencia de Dios, cuando la crió, habiendo andado por las aguas del Diluvio de los pecados y de las imperfecciones, no hallando donde descansase su apetito, andaba yendo y viniendo por los aires de las ansias de amor al Arca del pecho de su Criador, sin que de hecho la acabase de recoger en él, hasta que ya habiendo Dios hecho cesar las dichas aguas todas de imperfecciones sobre la tierra de su alma, ha vuelto con el ramo de oliva, que es la victoria que por la clemencia y misericordia de Dios tiene de todas las cosas, á este dichoso y acabado recogimiento del pecho de su Amado, no solamente con victoria de todos sus contrarios, sino con premio de sus merecimientos; porque lo uno y lo otro es denotado por el ramo de oliva. Y así la palomica del alma no sólo vuelve ahora al Arca de su Dios blanca y limpia, como salió de ella cuando la crió, mas aun con aumento del ramo del premio y paz conseguida en la victoria de sí misma.

Y ya la tortolica

Al socio deseado,

En las riberas verdes ha hallado.

También llama aquí el Esposo al alma, tortolica. Porque en este caso de buscar al Esposo, ha sido como la tórtola cuando no halla al consorte que desea. Para cuya inteligencia es de saber lo que de la tortolica se dice: que cuando no halla á su consorte, ni se asienta en ramo verde, ni bebe el agua clara ni fría, ni se pone debajo de la sombra, ni se junta con otra compañía; pero en juntándose con él, ya goza de todo esto. Todas estas propiedades tiene el alma, y es necesario que las tenga, para haber de llegar á esta unión y junta del Esposo; porque con tanto amor y solicitud le conviene andar, que no asiente el pie del apetito en ramo verde de algún deleite, ni quiera beber el

agua clara de alguna honra y gloria del mundo, ni la quiera gustar fría de algún refrigerio ó consuelo temporal, ni se quiera poner debajo de la sombra de algún favor y amparo de criaturas; no queriendo reposar nada en nada, ni acompañarse de otras aficiones, gimiendo por la soledad de todas las cosas hasta hallar á su Esposo con cumplida satisfacción.

Y porque esta tal alma, antes que llegase á este alto estado, anduvo con grande amor buscando á su Amado no se satisfaciendo de cosa sin él, canta aquí el mismo Esposo el fin de sus fatigas, y el cumplimiento de los deseos de ella, diciendo: que *«ya la tortolica al socio deseado en las riberas verdes ha hallado»*, que es tanto como decir: ya el alma Esposa se sienta en ramo verde, deleitándose en su Amado; y ya bebe el agua clara de muy alta contemplación y sabiduría de Dios, y fría de refrigerio y regalo que tiene en Dios, y también se pone debajo de la sombra de su amparo y favor que tanto ella había deseado; donde es consolada y apacentada, y refeccionada sabrosa y divinamente, según ella de ello se alegra en los *Cantares*, diciendo: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo*. Esto es, debajo de la sombra de aquel que habia deseado, me asenté, y su fruto es dulce á mi garganta. (II, 3.)

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Va prosiguiendo el Esposo, dando á entender el contento que tiene del bien que ha conseguido la Esposa por medio de la soledad en que antes quiso vivir, que es una estabilidad de paz y bien inmutable. Porque cuando el alma llega á confirmarse en la quietud del único y solitario amor del Esposo, como ha hecho esta de que hablamos aquí, hace tan sabrosos asientos de amor en Dios y Dios en ella, que no tiene necesidad de otros medios ni maestros que la encaminen á Dios; porque es ya Dios su gracia y su luz; porque cumple en ella lo que prometió por Oseas, diciendo: Yo la llevaré á la soledad, y allí hablaré á su corazón. (II, 14.) En lo cual da á entender que en la soledad se comunica y une él en el alma; porque

hablarle al corazón, es satisfacerle el corazón; el cual no se satisface con menos que Dios. Y así, dice el Esposo:

CANCIÓN XXXV

En soledad vivía,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía
A solas su querido,
También en soledad de amor herido.

DECLARACIÓN

Dos cosas hace en esta Canción el Esposo. La primera, alabar la soledad en que antes el alma quiso vivir, diciendo cómo fué medio para en ella hallar y gozar á su Amado á solas de todas las penas y fatigas que antes tenía; porque como ella se quiso sustentar en soledad de todo gusto y consuelo y arrimo de las criaturas, por llegar á la compañía y junta de su Amado, mereció hallar la posesión de la paz de la soledad en su Amado, en que reposa ajena y sola de todas las dichas molestias. La segunda, es decir que, por cuanto ella se ha querido quedar á solas de todas las cosas criadas por su querido, él mismo enamorado de ella por esta su soledad, se ha hecho cuidado de ella, recibéndola en sus brazos, apacentándola en sí de todos los bienes, guiando su espíritu á las cosas altas de Dios. Y no sólo dice que él es ya su guía, sino que á solas lo hace sin otros medios, ni de ángeles ni de hombres, ni de formas ni de figuras, por cuanto ella por medio de esta soledad tiene ya verdadera libertad de espíritu, que no se ata á alguno de estos medios, y dice el verso:

En soledad vivía.

La dicha tortolilla, que es el alma, vivía en soledad antes que hallase al Amado en este estado de unión; porque el alma que desea

á Dios, la compañía de ninguna cosa le hace consuelo; antes hasta hallarle, todo le hace y causa más soledad.

Y en soledad ha puesto ya su nido.

La soledad en que antes vivía, era querer carecer por su Esposo de todas las cosas y bienes del mundo, según habemos dicho de la tortolilla, procurando hacerse perfecta, adquiriendo perfecta soledad, en que se viene á la unión del Verbo, y por consiguiente á todo refrigerio y descanso. Lo cual es aquí significado por el nido que aquí dice, el cual significa descanso y reposo. Y así es como si dijera: en esa soledad que antes vivía, ejercitándose en ella con trabajo y angustia, porque no estaba perfecta, en ella ha puesto su descanso ya y refrigerio, por haberla ya adquirido perfectamente en Dios. De donde hablando espiritualmente David, dice: *Etenim passer invenit sibi domum, et turtur nidum sibi, ubi ponat pullos suos*. Esto es, de verdad que el pájaro halló para sí casa, y la tórtola nido donde criar sus pollicos: (Ps. LXXX, 4.) Esto es, asiento en Dios, donde satisfacer sus apetitos y potencias.

Y en soledad la guía.

Quiere decir: en esa soledad que el alma tiene de todas las cosas, en que está sola con Dios, él la guía, mueve y levanta á las cosas Divinas. Conviene á saber, su entendimiento en las Divinas inteligencias; porque ya está solo y desnudo de otras contrarias y peregrinas inteligencias. Y su voluntad se mueve libremente al amor de Dios; porque ya está sola y libre de otras aficiones. Y llena su memoria de Divinas noticias; porque también está ya sola y vacía de otras imaginaciones y fantasías. Porque luego que el alma desembaraza estas potencias, y las vacía de todo lo inferior y de la propiedad de lo superior, dejándolas á solas sin ello, inmediatamente se las emplea Dios en lo invisible y Divino, y es Dios el que la guía en esta soledad: que es lo que dice San Pablo de los perfectos: *Qui Spiritu Dei*

aguntur, etc. Que son movidos del Espíritu de Dios (Rom. VIII, 14), que es lo mismo que decir: *En soledad la guía*.

A solas su querido.

Quiere decir, que no sólo la guía en la soledad de ella, mas que él mismo á solas es el que obra en ella, sin otro algún medio; porque ésta es la propiedad de esta unión del alma con Dios en matrimonio espiritual, hacer Dios en ella, y comunicársele por sí solo; no ya por medio de ángeles ni por medio de la habilidad natural; porque los sentidos exteriores é interiores, y todas las criaturas, y aun la misma alma muy poco hacen al caso para ser parte, para recibir estas grandes mercedes sobrenaturales que Dios hace en este estado: no caen en habilidad y obra natural y diligencia del alma: él á solas las hace en ella. Y la causa es porque la halla á solas, como está dicho ya. Y así no la quiere dar otra compañía, aprovechándola y fiándola de otro que de sí solo. Y también es cosa conveniente, que pues el alma ya lo ha dejado todo y pasado por todos los medios, subiéndose sobre todo á Dios, que el mismo Dios sea la guía y el medio para sí mismo; y habiéndose el alma ya subido en soledad de todo sobre todo, ya todo no le aprovecha ni sirve para más subir, otra cosa que el mismo Verbo Esposo; el cual, por estar tan enamorado de ella, él á solas es el que la quiere hacer las dichas mercedes; y así dice luego:

También en soledad de amor herido.

Es á saber, de la Esposa; porque demás de amar el Esposo mucho la soledad del alma, está mucho más herido del amor de ella, por haberse ella querido quedar á solas de todas las cosas, por cuanto estaba herida de amor de él, y así él no quiso dejarla sola, sino que herido de ella por la soledad que por él tiene, viendo que no se contenta con otra cosa, él sólo la guía á sí mismo, trayéndola y absorbiéndola en sí, lo cual no hiciera él en ella, si no la hubiera hallado en soledad espiritual.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Es extraña esta propiedad que tienen los Amados en gustar mucho más de gozarse á solas de toda criatura, que con alguna compañía. Porque, aunque estén juntos, si tienen alguna extraña compañía que haga allí presencia, aunque no hayan de tratar ni de hablar más á excusas de ella que delante de ella, y la misma compañía extraña no hable ni trate nada, basta estar allí para que no se gocen á su sabor. La razón es, porque el amor, como es unidad de dos solos, á solas se quieren comunicar ellos. Puesta, pues, el alma en esta cumbre de perfección y libertad de espíritu en Dios, acabadas todas las repugnancias y contrariedades de la sensualidad, ya no tiene otra cosa en qué entender ni otro ejercicio en qué se emplear, sino en darse á deleite y gozos de intimo amor con el Esposo: como se escribe del santo Tobías, en su libro, donde dice, que después que había pasado por los trabajos de su pobreza y tentaciones, le alumbró Dios, y que todo lo demás de sus días pasó en gozo (XIV, 4): como ya lo pasa esta alma de que vamos hablando, por ser los bienes que en sí ve, de tanto gozo y deleite, como lo da á entender Isaías, del alma que habiéndose ejercitado en las obras de perfección, ha llegado al punto de perfección que vamos hablando. Dice, pues allí, hablando con el alma de esta perfección: Entonces, dice, nacerá en la tiniebla tu luz, y tus tinieblas serán como el medio día. Y darte há tu Señor Dios descanso siempre, y llenará de resplandores tu alma, y librárá tus huesos, y serás como un huerto de regadío, y como una fuente de aguas, cuyas aguas no faltarán. Edificarse han en ti las soledades de los siglos y los principios y fundamentos de una generación y de otra generación; resucitarás, y serás llamado edificador de los setos, apartando tus sendas y veredas á la quietud. Si apartares el trabajo tuyo de la holganza, y de hacer tu voluntad en mi santo día, y te llames holganza delicada y santa gloriosa del Señor, y le glorificares, no haciendo tus vías y no cumpliendo tu voluntad, entonces te deleitarás sobre el Señor, y ensalzarte he sobre las alturas

de la tierra, y apacentarte he en la heredad de Jacob (LVIII, 10). Hasta aquí son palabras de Isaías, donde la heredad de Jacob es el mismo Dios. Y por eso, como habemos dicho, esta alma ya no entiende sino en andar gozando de los deleites de este pasto: sólo le queda una cosa que desear, que es gozarle perfectamente en la vida eterna. Y así en la siguiente Canción, y en las demás que se siguen, se emplea en pedir al Amado este beatífico pasto en manifiesta visión de Dios. Y así dice: *

CANCIÓN XXXVI

Gocémonos, Amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte y al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos más adentro en la espesura.

DECLARACIÓN

Ya que está hecha la perfecta unión de amor entre el alma y Dios, quiérese emplear el alma y ejercitar en las propiedades que tiene el amor; y así ella es la que habla en esta Canción con el Esposo, pidiendo tres cosas que son propias del amor. La primera, quiere recibir el gozo y sabor del amor, y esa le pide cuando dice: *Gocémonos, Amado*. La segunda es desear hacerse semejante al Amado, y esa le pide cuando dice: *Vámonos á ver en tu hermosura*. Y la tercera es escudriñar y saber las cosas y secretos del mismo Amado, y esta le pide cuando dice: *Entremos más adentro en la espesura*.

Gocémonos, Amado.

Es á saber, en la comunicación de dulzura de amor, no sólo en la que ya tenemos en la ordinaria junta y unión de los dos, mas en la que redundá en el ejercicio de amor afectiva y actualmente, ahora con la voluntad en acto de afición, ahora exteriormente haciendo obras pertenecientes al servicio del Amado; porque como habemos

dicho, esto tiene el amor donde hace asiento, que siempre se quiere andar saboreando en sus gozos y dulzuras, que son el ejercicio de amar interior y exteriormente, como habemos dicho; todo lo cual hace por hacerse más semejante al Amado; y así dice luego:

Y vámonos á ver en tu hermosura.

Que quiere decir: hagamos de manera que por medio de este ejercicio de amor ya dicho, lleguemos hasta vernos en tu hermosura en la vida eterna; esto es, que de tal manera esté yo transformada en tu hermosura, que siendo semejante en hermosura, nos veamos entrambos en tu hermosura, teniendo yo ya tu misma hermosura; de manera que mirando el uno al otro, vea cada uno en el otro su hermosura, siendo la del uno y la del otro tu hermosura sola, absorba yo en tu hermosura; y así te veré yo á ti en tu hermosura, y tú á mi en tu hermosura, y yo me veré en ti en tu hermosura, y tú te verás en mí en tu hermosura; y así parezca yo tú en tu hermosura, y parezcas tú yo en tu hermosura, y mi hermosura sea tu hermosura, y tu hermosura mi hermosura; y así seré yo tú en tu hermosura, y serás tú yo en tu hermosura; porque tu misma hermosura será mi hermosura, y así nos veremos el uno al otro en tu hermosura. Esta es la adopción de los hijos de Dios, que de veras dirán á Dios lo que su Hijo mismo dijo por San Juan á su Eterno Padre: Todas mis cosas son tuyas y tus cosas son mías (XVII, 10); él por esencia, por ser Hijo natural, y nosotros por participación por ser hijos adoptivos. Y así lo dijo él no sólo por sí, que es la cabeza, sino por todo su cuerpo místico, que es la Iglesia. § La cual participará la misma hermosura del Esposo en el día de su triunfo, que será cuando vea á Dios cara á cara, que por eso pide aquí el alma que se vayan á ver ella y el Esposo en su hermosura. *

Al monte, y al collado.

Esto es, á la noticia matutina y esencial de Dios, que es conocimiento en el Verbo Divino; el cual por su alteza es aquí significado por el monte, como dice Isaías, provocando á que conozcan al Hijo

de Dios, diciendo: Venid, subamos al monte del Señor (II, 3.) Y otra vez. Estará aparejado el monte de la casa del Señor. (II, 2.) *Y al collado*. Esto es, á la noticia vespertina de Dios, que es sabiduría de él en sus criaturas y obras, y ordenaciones admirables; la cual es aquí significada por el collado, por cuanto es más baja sabiduría que la matutina; pero así la vespertina como la matutina pide aquí el alma, cuando dice: *Al monte, y al collado*.

En decir, pues, el alma al Esposo, vámonos á ver en tu hermosura al monte, es decir: transfórmame y aseméjame en la hermosura de la sabiduría Divina, que, como decíamos, es el Verbo Hijo de Dios. Y en decir al collado, es decirle también que le informe en la hermosura de esta otra sabiduría menor, que es en sus criaturas y misteriosas obras; lo cual también es hermosura del Hijo de Dios, en que desea el alma ser ilustrada.

No puede verse en la hermosura de Dios el alma, si no es transformándose en la sabiduría de Dios, en que se ve y posee lo de arriba y lo de abajo. § A este monte y collado deseaba venir la Esposa cuando dijo: Iré al monte de la mirra y al collado del incienso (Cant. IV, 6); entendiendo por el monte de la mirra la visión clara de Dios, y por el collado del incienso la noticia en las criaturas; porque la mirra en el monte es de más alta especie que el incienso en el collado. *

Do mana el agua pura.

Quiere decir: donde se da la noticia y sabiduría de Dios, que aquí llama agua pura, porque limpia y desnuda el entendimiento de accidentes y fantasías, y lo aclara sin nieblas de ignorancia. Este apetito tiene siempre el alma de entender clara y puramente las verdades Divinas; y cuanto más ama, más adentro de ellas apetece entrar, y por eso pide lo tercero, diciendo:

Entremos más adentro en la espesura.

En la espesura de tus maravillosas obras y profundos juicios, cuya multitud es tanta y de tantas diferencias, que se puede llamar espe-

suras, porque en ellos hay sabiduría abundante y tan llena de misterios, que no sólo la podemos llamar espesura, mas aun cuajada, según lo dice David, diciendo: *Mons Dei, mons pinguis. Mons coagulatus, mons pinguis*. Que quiere decir: el monte de Dios es monte grueso y monte cuajado. (Ps. LXVII. 16.) Y esta espesura de sabiduría y ciencia de Dios es tan profunda é inmensa, que aunque más el alma sepa de ella, siempre puede entrar más adentro, por cuanto es inmensa y sus riquezas incomprensibles, según exclama San Pablo, diciendo: ¡Oh alteza de riquezas de sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios é incomprensibles sus vías! (Rom. XI, 33.) Pero el alma en esta espesura é incomprensibilidad de juicios desea entrar, porque le mueve el deseo de entrar muy adentro en el conocimiento de ellos; porque el conocer en ellos es deleite inestimable que excede todo sentido. De donde hablando David del sabor de ellos, dijo: *Judicia Domini vera, justificata in semetipsa. Desiderabilia super aurum et lapidem pretiosum multum: et dulciora super mel et favum. Etenim servus tuus custodit ea*. Que quiere decir: los juicios del Señor son verdaderos y en sí mismos tienen justicia. Son más deseables y codiciados que el oro y que la preciosa piedra de grande estima, y son dulces sobre la miel y el panal; tanto, que tu siervo los amó y guardó. (Ps. XVIII, 10, 11.) Y por eso en gran manera desea el alma engolfarse en estos juicios, y conocer más adentro en ellos; y á trueque de esto le sería grande consuelo y alegría entrar por todos los aprietos y trabajos del mundo, y por todo aquello que le pudiese ser medio para esto, por dificultoso y penoso que fuese, y por las angustias y trances de la muerte, por verse más adentro en su Dios.

De donde también por esta espesura en que aquí el alma desea entrar, se entiende harto propiamente la espesura y multitud de los trabajos y tribulaciones en que desea esta alma entrar, por cuanto le es sabrosísimo y provechosísimo el padecer; porque el padecer le es medio para entrar más adentro en la espesura de la deleitable sabiduría de Dios; porque el más puro padecer trae más íntimo y puro entender, y por consiguiente más puro y subido gozar, porque es de

más adentro saber. Por tanto, no se contentando con cualquier manera de padecer, dice: *Entremos más adentro en la espesura*. Es á saber: hasta los aprietos de la muerte, por ver á Dios. De donde deseando el profeta Job este padecer por ver á Dios, dijo: *Quis det ut veniat petilio mea: et quod expecto, tribuat mihi Deus? et qui cœpit, ipse me conterat: solvat manum suam, et succidat me? et hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat*. Que quiere decir: ¿quién me dará que mi petición se cumpla, y que Dios me dé lo que espero, y que el que me comenzó ese me desmenuce, y desate su mano y me acabe, y tenga yo esta consolación, que afligiéndome con dolor no me perdone? (VI, 8.) ¡Oh si se acabase ya de entender, cómo no se puede llegar á la espesura y sabiduría de las riquezas de Dios, que son de muchas maneras, si no es entrando en la espesura del padecer de muchas maneras, poniendo en esto el alma su consolación y deseo! ¡Y cómo el alma que de veras desea sabiduría Divina, desea primero el padecer para entrar en ella, en la espesura de la cruz! § Que por eso San Pablo amonestaba á los de Éfeso, que no desfalleciesen en las tribulaciones, que estuviesen bien fuertes y arraigados en la caridad, para que pudiesen comprehender con todos los Santos, qué cosa sea la anchura y la longura, y la altura y la profundidad, y para saber también la supereminente caridad de la ciencia de Cristo: para ser llenos de todo henchimiento de Dios (III, 17.) Porque para entrar en estas riquezas de su sabiduría, la puerta es la cruz, que es angosta. Y desear entrar por ella es de pocos; mas desear los deleites á que se viene por ella, es de muchos. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Una de las cosas más principales por qué desea el alma ser desatada y verse con Cristo, es por verle allá cara á cara, y entender allí de raíz las profundas vías y misterios eternos de su Encarnación; que no es la menor parte de su bienaventuranza; porque, como dice el mismo Cristo por San Juan, hablando con el Padre: Esta es la vida eterna, que te conozcan á ti, un solo Dios verdadero, y á tu Hijo

Jesucristo, que enviaste (XVII, 4). Por lo cual, así como cuando una persona ha llegado de lejos, lo primero que hace es tratar y ver á quien bien quiere; así el alma lo primero que desea hacer, en llegando á la vista de Dios, es conocer y gozar los profundos secretos y misterios de la Encarnación, y las vías antiguas de Dios que de ella dependen. Por tanto, acabando de decir el alma que desea verse en la hermosura de Dios, dice luego esta Canción:

CANCIÓN XXXVII

Y luego á las subidas

Cavernas de la piedra nos iremos,

Que están bien escondidas,

Y allí nos entraremos,

Y el mosto de granadas gustaremos.

DECLARACIÓN

Una de las causas que más mueven al alma á desear entrar en esta espesura de sabiduría de Dios, y conocer muy adentro la hermosura de su sabiduría Divina, es, como habemos dicho, por venir á unir su entendimiento en Dios, según la noticia de los misterios de la Encarnación, como más alta y sabrosa sabiduría de todas sus obras. Y así dice la Esposa en esta Canción, que después de haber entrado más adentro en la sabiduría Divina, esto es, *más adentro del matrimonio espiritual que ahora posee, que será en la gloria, viendo á Dios cara á cara*, unida el alma con esta sabiduría Divina, que es el Hijo de Dios, conocerá el alma los subidos misterios de Dios y Hombre, que están muy subidos en sabiduría, escondidos en Dios, y que en la noticia de ellos se entrarán, engolfándose é infundiéndose el alma en ellos, y gustarán ella y el Esposo el sabor y deleite que causa el conocimiento de ellos, y de las virtudes y atributos de Dios, que por los dichos misterios se conocen en Dios, como son, justicia, misericordia, sabiduría, potencia y caridad, etc.

*Y luego á las subidas
Cavernas de la piedra nos iremos.*

La piedra que aquí dice, según dice San Pablo, es Cristo: *Petra autem erat Christus*. (1. ad Cor. X, 4.) Las subidas cavernas de esta piedra son los subidos y altos y profundos misterios de la sabiduría de Dios, que hay en Cristo sobre la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo Divino, y en la correspondencia que hay á ésta de la unión de los hombres en Dios, y en las conveniencias de justicia y misericordia de Dios sobre la salud del género humano en manifestación de sus juicios, los cuales por ser tan altos y profundos, bien propiamente los llama *subidas cavernas*: subidas, por la alteza de los misterios subidos y altos; y cavernas, por la hondura y profundidad de la sabiduría de Dios en ellos. Porque así como las cavernas son profundas y de muchos senos, así cada misterio de los que hay en Cristo es profundísimo en sabiduría, y tiene muchos senos de juicios suyos ocultos de predestinación y presciencia en los hijos de los hombres; por lo cual dice luego:

Que están bien escondidas.

Tanto, que por más misterios y maravillas que han descubierto los santos doctores, y entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo más por decir, y aun por entender; y así hay mucho que ahondar en Cristo, porque es una abundante mina con muchos senos de tesoros, que por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término; antes van hallando en cada seno nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá; que por eso dijo San Pablo del mismo Cristo, diciendo: *In quo sunt omnes thesauri sapientiæ, et scientiæ absconditi*. Esto es: en Cristo moran todos los tesoros y sabidurías escondidas (Coloss. II, 3), en las cuales el alma no puede entrar ni puede llegar á ellos, si, como habemos dicho, no pasa primero por la estrechura del padecer interior y exterior á la divina sabiduría. Porque aun á lo que en esta vida se puede alcanzar de estos misterios de Cristo, no se puede llegar sin haber padecido mucho y recibido

muchas mercedes intelectuales y sensitivas de Dios, y habiendo precedido mucho ejercicio espiritual, porque todas estas mercedes son más bajas que la sabiduría de los misterios de Cristo, porque todas son como disposiciones para venir á ella. De donde, pidiendo Moisés á Dios que le mostrase su gloria, le respondió que no podía verla en esta vida; mas que él le mostraría todo el bien (Exod. XXXIII, 20), es á saber, que en esta vida se puede. Y fué, que metiéndole en la caverna de la piedra, que como habemos dicho es Cristo, le mostró sus espaldas, que fué darle conocimiento de los misterios de la Humanidad de Cristo.

En estas cavernas, pues, de Cristo, desea entrarse bien de hecho el alma, para absorberse y transformarse y embriagarse bien en el amor de la sabiduría de ellos, escondiéndose en el pecho de su Amado; porque á estos agujeros la convida él en los *Cantares*, diciendo: *Surge, amica mea, speciosa mea, et veni: columba mea in foraminibus petræ, in caverna maceris*. Que quiere decir: levántate y date prisa, amiga mía hermosa mía, y ven en los agujeros de la piedra, y en la caverna de la cerca (II, 13): los cuales agujeros son las cavernas que aquí vamos diciendo, á las cuales dice luego el alma:

Y allí nos entraremos.

Allí, conviene á saber, en aquellas noticias y misterios Divinos nos entraremos; y no dice entraré yo sola, que parecía más conveniente, pues el Esposo no ha menester entrar de nuevo, sino entraremos, es á saber, yo y el Amado, para dar á entender que esta obra no la hace ella, sino el Esposo con ella; y además de ésto, por cuanto ya están Dios y el alma unidos en este estado de matrimonio espiritual en que vamos hablando, no hace el alma obra ninguna á solas sin Dios. § Y decir allí nos entraremos, es decir allí nos transformaremos; es á saber, yo en tí por el amor de estos dichos juicios Divinos y sabrosos; porque en el conocimiento de la predestinación de los justos y presciencia de los malos, en que previno el Padre á los justos en las bendiciones de su dulzura en su Hijo Jesucristo, subidísima y estrechísimamente se transforma el alma en amor de Dios

según estas noticias, agradeciendo y amando al Padre de nuevo con grande sabor y deleite, por su Hijo Jesucristo; y esto hace ella unida con Cristo, juntamente con Cristo; y el sabor de esta alabanza es tan delicado, que totalmente es inefable; y dícelo el alma en el verso siguiente, diciendo: *

Y el mosto de granadas gustaremos.

Las granadas significan aquí los misterios de Cristo y los juicios de la sabiduría de Dios, y las virtudes y atributos de Dios, que del conocimiento de estos misterios y juicios se conocen en Dios, que son innumerables. Porque así como las granadas tienen muchos granicos, nacidos y sustentados en aquel seno circular, así cada uno de los atributos y misterios y juicios y virtudes de Dios contiene en sí gran multitud de ordenaciones maravillosas y admirables efectos de Dios, contenidos y sustentados en el seno esférico de virtud y misterio, etc., que pertenecen á aquellos tales efectos. Y notamos aquí la figura circular ó esférica de la granada; porque cada granada entendemos aquí por cualquiera virtud y atributo de Dios, el cual atributo ó virtud de Dios es el mismo Dios, el cual es significado por la figura circular ó esférica, porque no tiene principio ni fin. § Que por haber en la sabiduría de Dios tan innumerables juicios y misterios, dijo la Esposa al Esposo en los *Cantares*: *Venter ejus eburneus, distinctus sapphiris*. Que quiere decir: tu vientre es de marfil, distinto en zafiros (V, 14): por los cuales zafiros son significados los dichos misterios y juicios de la Divina Sabiduría, que allí es significada por el vientre; porque zafiro es una piedra preciosa de color de cielo cuando está claro y sereno. *

El mosto, que dice aquí la Esposa que gustarán ella y el Esposo de estas granadas, es la fruición y deleite de amor de Dios, que en la noticia y conocimiento de ellos redunda en el alma. Porque así como de muchos granos de las granadas sale un solo mosto cuando se comen, así de todas estas maravillas y grandezas de Dios en el alma infundidas, redunda en ella una fruición y deleite de amor, que es bebida del Espíritu Santo; la cual ella luego ofrece á su Dios el Verbo

Esposo suyo con grande ternura de amor; porque esta bebida Divina le tenía ella prometida en los *Cantares*, si él la entrara en estas altas noticias, diciendo: *Ibi me docebis, et dabo tibi poculum ex vino condito, et mustum malorum granatorum meorum*. Que quiere decir: allí me enseñarás, y daréte yo á ti la bebida del vino adobado y el mosto de mis granadas (VIII, 2.): llamándolas tuyas, esto es, las Divinas noticias, aunque son de Dios, por habérselas él á ella dado. El gozo y fruición de las tales en el vino de amor da ella por bebida á su Dios; y eso quiere decir: *El mosto de granadas gustaremos*. Porque gustándolo él, lo da á gustar á ella; y gustándolo ella lo vuelve á dar á gustar á él, y así es gusto común de entrambos.

ANOTACIÓN PARA LA SIGUIENTE CANCIÓN

§ En estas dos Canciones pasadas ha ido cantando la Esposa los bienes que le ha de dar el Esposo en aquella felicidad eterna; conviene á saber, que la ha de transformar de hecho el Esposo en la hermosura de su sabiduría creada é increada. Y que allí la transformará también en la hermosura de la unión del Verbo con la humanidad, en que le conocerá, así por la faz como por las espaldas. Y ahora en la Canción siguiente dice dos cosas. La primera, dice la manera en que ella ha de gustar aquel Divino mosto de los zafiros ó granadas que ha dicho. En la segunda trae por delante al Esposo la gloria que le ha de dar de su predestinación. Y conviene aquí notar, que aunque estos bienes del alma los va diciendo por partes sucesivamente, todos ellos se contienen en una gloria esencial del alma. Dice, pues, así: *

CANCIÓN XXXVIII

Allí me mostrarías
 Aquello que mi alma pretendía,
 Y luego me darías
 Allí tú, vida mía,
 Aquello que me diste el otro día.

DECLARACIÓN

El fin porque el alma deseaba entrar en aquellas cavernas, era por llegar á la consumación de amor de Dios que ella siempre había pretendido, que es venir á amar á Dios con la pureza y perfección que ella es amada de él, para pagarse en esto la vez. Y así le dice en esta Canción al Esposo: que allí le mostrará él esto que tanto há siempre pretendido en todos sus actos y ejercicios, que es mostrarla á amar al Esposo con la perfección que él se ama. Y lo segundo que dice que allí le dará, es la gloria esencial para que él la predestinó desde el día de su eternidad. Y así dice:

*Alli me mostrarias
Aquello, que mi alma pretendia.*

Esta pretensión del alma es la igualdad de amor con Dios, que siempre ella natural y sobrenaturalmente apetece; porque el amante no puede estar satisfecho si no siente que ama cuanto es amado. Y como el alma ve que con la transformación que tiene en Dios en esta vida, aunque es inmenso el amor, no puede llegar á igualar con la perfección de amor con que de Dios es amada, desea la clara transformación de gloria, en que llegará á igualar con el dicho amor. Porque aunque en este alto estado que aquí tiene hay unión verdadera de voluntad, no puede llegar á los quilates y fuerza de amor que en aquella fuerte unión de gloria tendrá; porque así como, según dice San Pablo, conocerá el alma entonces como es conocida de Dios (1, ad Cor. XIII, 12), así entonces le amará también como es amada de Dios. Porque así como entonces su entendimiento será entendimiento de Dios, su voluntad será voluntad de Dios, y así su amor será amor de Dios. Porque aunque allí no está perdida la voluntad del alma, está tan fuertemente unida con la fortaleza de la voluntad de Dios con que de él es amada, que le ama tan fuerte y perfectamente como de él es amada, estando las dos voluntades unidas en una sola voluntad y un solo amor de Dios, y así ama el alma

á Dios con voluntad y fuerza del mismo Dios, unida con la fuerza misma de amor con que es amada de Dios; la cual fuerza es en el Espíritu Santo, en el cual está el alma allí transformada; que siendo él dado al alma para la fuerza de este amor, supone y suple en ella, por razón de la tal transformación de gloria, lo que falta en ella. Lo cual, aun en la transformación perfecta de este estado matrimonial á que en esta vida el alma llega, en que está toda revestida en gracia, en alguna manera ama tanto por el Espíritu Santo, que le es dado en la tal transformación.

Por tanto, es de notar que no dice aquí el alma que le dará allí su amor, aunque de verdad se lo da (porque en esto no daba á entender sino que Dios la amaría á ella), sino que allí le mostrará cómo le ha de amar ella con la perfección que pretende, por cuanto él allí le da su amor, y en el mismo le muestra á amarle como de él es amada; porque demás de enseñar Dios allí á amar al alma pura y libremente sin interese, como él nos ama, la hace amar con la fuerza que él la ama transformándola en su amor, como habemos dicho, en lo cual le da su misma fuerza con que puede amarle: que es como ponerle el instrumento en las manos y decirle cómo lo ha de hacer, haciéndolo juntamente con ella, lo cual es mostrarle á amar y darle la habilidad para ello. Hasta llegar á ésto no está el alma contenta, ni en la otra vida lo estaría, si (como dice Santo Tomás *in opusculo de Beatitudine*) no sintiese que ama á Dios tanto cuanto de él es amada (1). Y como queda dicho en este estado de matrimonio espiritual, de que vamos hablando, en esta sazón, aunque no haya aquella perfección de amor glorioso, hay empero un vivo viso é imagen de aquella perfección que totalmente es inefable.

*Y luego me darías
Allí tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día.*

(1) «Eamdem dilectio, dicit glosa, qua Pater diligit Filium, est in omnibus justis: per eandem enim anima glorificata diligit Deum et diligitur à Deo, alioquin anima, teste Augustino, quæ non quiescit nisi in Deum, ad quem facta est, *numquam vere et perfecte quiesceret, nisi Creatori suo vicem rependeret.....*» (Cap. II.)

§ Lo que aquí dice el alma que le daría luego, es la gloria esencial, que consiste en ver el ser de Dios. De donde, antes que pasemos adelante, conviene desatar aquí una duda, y es: ¿por qué, pues, la gloria esencial consiste en ver á Dios, y no en amar, dice aquí el alma que su pretensión era este amor, y no lo dice de la gloria esencial, y lo pone al principio de la Canción, y después, como cosa de que menos caso hace, pone la petición de lo que es gloria esencial? Es por dos razones. La primera, porque así como el fin de todo es el amor, que se sujeta en la voluntad, cuya propiedad es dar y no recibir; y la propiedad del entendimiento, que es sujeto de la gloria esencial, es recibir y no dar; estando el alma aquí embriagada del amor, no se le pone delante la gloria que Dios le ha de dar, sino darse ella á él en entrega de verdadero amor sin algún respeto de su provecho. La segunda razón es, porque en la primera pretensión se incluye la segunda, y ya queda presupuesta en las precedentes Canciones; porque es imposible venir á perfecto amor de Dios sin perfecta visión de Dios. Y así la fuerza de esta duda se desata en la primera razón; porque con el amor paga el alma á Dios lo que le debe, y con el entendimiento antes recibe de Dios.

Pero viniendo á la declaración, veamos qué día sea aquel otro que aquí dice, y qué es aquel *aquello* que en él le dió Dios, y se lo pide para después en la gloria. Por aquel otro día entiende el día de la eternidad de Dios, que es otro que este día temporal: en el cual día de la eternidad predestinó Dios al alma para la gloria, y en ese determinó la gloria que la había de dar, y se la tuvo dada libremente sin principio, antes que la criara. Y de tal manera es ya aquello propio de tal alma, que ningún caso ni contraste alto ni bajo bastará á quitárselo para siempre, sino que aquello para que Dios la predestinó sin principio, vendrá ella á poseer sin fin. Y esto es aquello que dice le dió el otro día, lo cual desea ella poseer ya manifiestamente en gloria. ¿Y qué será aquello que allí le dió? Ni ojo lo vió, ni oído lo oyó, ni en corazón de hombre cayó, como dice el Apóstol (I, ad. Cor. II, 9), Y otra vez dice Isaias: Ojo no vió, Señor, fuera de ti, lo que aparejaste, etc. (LXIV, 4). Que por no tener ello nombre, dice

aquí el alma *aquello*. Ello, en fin, es ver á Dios; pero qué le sea al alma ver á Dios, no tiene nombre más que *aquello*.

Pero porque no se deje de decir algo de aquello, digamos lo que dijo de ello Cristo á San Juan en el Apocalipsi por muchos términos y vocablos y comparaciones, en siete veces; por no poder ser comprendido aquello en un vocablo, ni en una vez, porque aun en todas aquellas se quedó por decir. Dice, pues, allí Cristo: El que venciére darle he á comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de mi Dios (II, 7). Mas porque este término no declara bien aquello, dice luego otro, y es: Sé fiel hasta la muerte, y darte he la corona de la vida (Ibid. 10). Pero porque tampoco este término lo declara, dice luego otro más oscuro y que más lo da á entender: Al que venciére le daré maná escondido y darle he un cálculo blanco (1), y en el cálculo un nombre nuevo escrito, que ninguno lo sabe sino el que le recibe (Ibid. 17). Y porque tampoco este término basta para decir aquello, luego dice otro el Hijo de Dios de grande poder y alegría: El que venciére, dice, y guardare mis obras hasta el fin, darle he potestad sobre las gentes, y regirlas ha en vara de hierro, y como un vaso de hierro se desmenuzarán, así como yo recibí también de mi Padre, y darle he la estrella matutina (Ibid. 26). Y no se contentando con estos términos, para declarar aquello, dice luego: El que venciére, de esta manera será vestido con vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre (Ibid. III, 5).

Mas, porque en todo lo dicho queda corto, luego dice muchos términos para declarar aquello, los cuales encierran en si majestad inefable y grandeza: Al que venciére, dice, hacerle he columna en el templo de mi Dios, y no saldrá fuera jamás, y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad nueva de Jerusalén de mi Dios, que descende del cielo de mi Dios, y también mi nombre nuevo (Ibid. 21). Y dice luego lo séptimo, para declarar aquello: Al que venciére, yo le daré que se siente conmigo en mi Trono,

(1) Cálculo es una piedra preciosa encendida como el ascua.

como yo venci y me senté con mi Padre en su Trono. El que tiene oídos para oír, oiga, etc. (Ibid. 21). Hasta aquí son palabras del Hijo de Dios, todas para dar á entender *aquello*: las cuales cuadran á aquello muy perfectamente, pero aún no lo declaran: porque las cosas inmensas esto tienen, que todos los términos excelentes y de calidad y grandeza y bien les cuadran, mas ninguno de ellos las declara, ni todos juntos.

Pues veamos ahora si dice David algo de aquel *aquello*. En un Salmo dice: Cuán grande es la multitud de tu dulzura, que escondiste á los que te temen (XXX, 20). Y por otra parte llama á aquello torrente de deleite, y dice: Del torrente de tu deleite les darás de beber (XXXV, 9). Y porque tampoco halla David igualdad en este nombre llámalo en otra parte prevención de las bendiciones de la dulzura de Dios (XV, 4). De manera, que nombre que al justo cuadre á aquello que aquí dice el alma, que es la felicidad para que Dios la predestinó, no se halla: pues quedémonos con el nombre que aquí le pone el alma de *aquello*, y declaremos el verso de esta manera: aquello que me diste, esto es, aquel peso de gloria en que me predestinaste ¡oh Esposo mío! en el día de tu eternidad, cuando tuviste por bien de determinar de criarme, me darás luego allí en el mi día de mi desposorio y mis bodas, y en el día mío de la alegría de mi corazón, cuando desatándome de la carne y entrándome en las subidas cavernas de tu tálamo, transformándome en ti gloriosamente, bebamos el mosto de las suaves granadas. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Pero por cuanto el alma en este estado de matrimonio espiritual que aquí tratamos, no deja de saber algo de *aquello*: pues por estar transformada en Dios pasa por ella algo de ello, no quiere dejar de decir algo de aquello cuyas prendas y rastro siente ya en sí: porque como se dice en el profeta Job: ¿Quién podrá contener la palabra que en si tiene concebida, sin decilla? (IV: 2). Y así en la siguiente Canción se emplea en decir algo de aquella fruición que entonces

gozará en la beatífica vista, declarando ella, en cuanto le es posible, qué sea y cómo sea aquello que allí será. *

CANCIÓN XXXIX

El aspirar del aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena.

DECLARACIÓN

§ En esta Canción dice el alma y declara aquello que dice le ha de dar el Esposo en aquella beatífica transformación, declarándolo con cinco términos. El primero dice que es la aspiración del Espíritu Santo de Dios á ella, y de ella á Dios. El segundo, la jubilación á Dios en la fruición de Dios. El tercero, el conocimiento de las criaturas y de la ordenación de ellas. El cuarto, pura y clara contemplación de la esencia Divina. El quinto, transformación total en el inmenso amor de Dios. Dice, pues, el verso: *

El aspirar del aire.

Este aspirar del aire es una habilidad que el alma dice que le dará Dios allí en la comunicación del Espíritu Santo: el cual, á manera de aspirar, con aquella su aspiración Divina muy subidamente levanta el alma, y la informa y habilita para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira con el Hijo, y el Hijo con el Padre, que es el mismo Espíritu Santo que á ella le aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación, para unirla consigo: porque no sería verdadera y total transformación si no se transformase el alma en las tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado. Y esta tal aspiración del Espíritu Santo en el alma, con que Dios la transforma en sí, le es á ella de tan subido, delicado y profundo deleite, que no hay decirlo por lengua mortal,

ni el entendimiento humano en cuanto tal puede alcanzar algo de ello: porque aun lo que en esta transformación temporal pasa acerca de esta comunicación en el alma, no se puede hablar; porque el alma unida y transformada en Dios, aspira en Dios á Dios la misma aspiración Divina que Dios, estando ella en él transformada, aspira en sí mismo á ella.

Y en la transformación que el alma tiene en esta vida, pasa esta misma aspiración de Dios al alma, y del alma á Dios con mucha frecuencia, con subidísimo deleite de amor en el alma, aunque no en revelado y manifiesto grado, como en la otra vida. Porque esto es lo que entiendo que quiso decir San Pablo, cuando dijo: *Quoniam autem estis filii, misit Deus spiritum Filii sui in corda vestra clamantem: Abba, Pater*. Esto es: por cuanto sois hijos de Dios, envió Dios en vuestros corazones el espíritu de su Hijo, clamando al Padre (Gal. IV, 6). Lo cual en los beatíficos de la otra vida y en los perfectos de ésta es las dichas maneras. Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta: que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella por modo participado. Porque dado que Dios le haga merced de unirla en la Santísima Trinidad, en que el alma se hace Deiforme y Dios por participación, ¿qué increíble cosa es que obre ella también su obra de entendimiento, noticia y amor, ó por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella, como la misma Trinidad? Pero por modo comunicado y participado, obrándolo Dios en la misma alma, porque esto es estar transformada en las tres Personas en potencia, y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma á Dios: y para que pudiese venir á esto, la crió á su imagen y semejanza. Y cómo esto sea, no hay más saber ni poder para decirlo, sino dar á entender cómo el Hijo de Dios nos alcanzó este alto estado y nos mereció este subido puesto de poder ser hijos de Dios, como dice San Juan: y así lo pidió al Padre Él mismo diciendo: *Pater, quos dedisti mihi, volo, ut ibi sum ego, et illi sint mecum, ut videant claritatem meam quam dedisti mihi*. Que quiere decir: Padre, quiero que los que me has dado, que donde yo estoy también ellos estén conmigo, para que vean la claridad que me

diste (XVII, 24): es á saber, que hagan por participación en nosotros la misma obra que yo por naturaleza, que es aspirar el Espíritu Santo. Y dice más: No ruego, Padre, solamente por estos presentes, sino también por aquellos que han de creer por su doctrina en mí: que todos ellos sean una misma cosa, de la manera que tú, Padre, estás en mí y yo en tí, así ellos en nosotros sean una misma cosa. Y yo la claridad que me has dado, he dado á ellos para que sean una misma cosa, como nosotros somos una misma cosa. Yo en ellos y tú en mí: porque sean perfectos en uno; porque conozca el mundo que tú me enviaste, y los amaste como me amaste á mí (Ibid. 20), que es comunicándoles el mismo amor que al Hijo, aunque no naturalmente como al Hijo, sino como habemos dicho, por unidad y transformación de amor; como tampoco se entiende aquí, quiere decir el Hijo al Padre, que sean los santos una cosa esencial y naturalmente, como lo son el Padre y el Hijo, sino que lo sean por unión de amor, como el Padre y el Hijo están en unidad de amor. De donde las almas estos mismos bienes poseen por participación, que él por naturaleza: por lo cual verdaderamente son Dioses por participación, iguales y compañeros suyos de Dios. De donde San Pedro dijo: Gracia y paz sea cumplida y perfecta en vosotros en el conocimiento de Dios y de Jesucristo nuestro Señor, de la manera que nos son dadas todas las cosas de su Divina virtud para la vida y la piedad, por el conocimiento de aquel que nos llamó con su propia gloria y virtud, por el cual muy grandes y preciosas promesas nos dió, para que por estas cosas seamos hechos compañeros de la Divina naturaleza (2. Petr. I, 2). Hasta aquí son palabras de San Pedro, en las cuales da claramente á entender, que el alma participará al mismo Dios, que será obrando en él acompañadamente con él la obra de la Santísima Trinidad, de la manera que habemos dicho, por causa de la unión sustancial entre el alma y Dios: lo cual aunque se cumple perfectamente en la otra vida, todavía en ésta, cuando se llega al estado perfecto, como decimos ha llegado aquí el alma, se alcanza gran rastro y sabor de ello, al modo que vamos diciendo; aunque, como habemos dicho, no se pueda decir. ¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas

llamadas!, ¿qué hacéis? ¿en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma; pues para tanta luz estáis ciegos, y para tan grandes voces sordos, no viendo que en tanto que buscáis grandezas y gloria, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes é indignos! Siguese lo segundo que el alma dice para dar á entender aquello, es á saber:

El canto de la dulce filomena.

Lo que nace en el alma de aspirar del aire, es la dulce voz de su Amado á ella, en la cual ella hace á él su sabrosa jubilación: y lo uno y lo otro llama aquí *canto de filomena*. Porque así como el canto de filomena, que es el ruiseñor, se oye en la primavera, pasados ya los frios, lluvias y variedades del invierno, y hace melodía al oído y al espíritu recreación, así en esta actual comunicación y transformación de amor que tiene ya la Esposa en esta vida, amparada ya y libre de todas las turbaciones y variedades temporales, y desnuda y purgada de las imperfecciones, penalidades y nieblas, así del sentido como del espíritu, siente nueva primavera en libertad, y anchura y alegría de espíritu, en la cual siente la dulce voz del Esposo, que es su dulce filomena, con la cual voz renovando y refrigerando la sustancia de su alma, como á alma ya bien dispuesta para caminar á vida eterna, la llama dulce y sabrosamente, sintiendo ella la sabrosa voz que dice: Levántate, date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; porque ya ha pasado el invierno, la lluvia se ha ya ido muy lejos. Las flores han aparecido en nuestra tierra; el tiempo de podar es llegado, y la voz de la tórtola se oye en nuestra tierra (Cant. II, 10). En la cual voz del Esposo, que se le habla en lo interior del alma, siente la Esposa fin de males y principio de bienes, en cuyo refrigerio y amparo y sentimiento sabroso, ella también como dulce filomena da su voz con nuevo canto de jubilación á Dios, juntamente con Dios que la mueve á ello. Que por eso él da su voz á ella, para que ella en uno la dé junto con él á Dios: porque esa es la pretensión y deseo de él, que el alma entone su voz espiritual en jubilación á Dios, según

también el mismo Esposo se lo pide á ella en los *Cantares*, diciendo: Levántate, date priesa, amiga mía, paloma mía, en los agujeros de la piedra, en la caverna de la cerca, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos (II, 13). Los oídos de Dios significan aquí los deseos que tiene Dios de que el alma le dé esta voz de jubilación perfecta: la cual voz, para que sea perfecta, pide el Esposo que la dé y suene en las cavernas de la piedra: esto es, en la transformación que dijimos de los misterios de Cristo: que porque en esta unión el alma jubila y alaba á Dios con el mismo Dios (como decíamos), el amor es alabanza muy perfecta y agradable á Dios; porque estando el alma en esta perfección hace las obras muy perfectas: y así esta voz de jubilación es dulce para Dios y dulce para el alma. Que por eso dijo el Esposo: Tu voz es dulce (Cant. II, 14): es á saber, no sólo para ti, sino también para mí, porque estando conmigo en uno, das tu voz en uno de dulce filomena para mí conmigo. § En esta manera es el canto que pasa en el alma en la transformación que tiene en esta vida, el sabor de la cual es sobre todo encarecimiento. Pero por cuanto no es tan perfecto como el cantar nuevo de la vida gloriosa, saboreada el alma por este que aquí siente, rastreando por la alteza de este canto la excelencia que tendrá en la gloria, cuya ventaja es mayor sin comparación, hace memoria de él, y dice que aquello que le dará, será el canto de la dulce filomena; y dice luego: *

El Soto, y su donaire.

Esta es la tercera cosa que dice el alma le ha de dar el Esposo. Por el Soto, por cuanto cría en sí muchas plantas y animales, entiende aquí á Dios en cuanto cría y da ser á todas las criaturas, las cuales en él tienen su vida y raíz, lo cual es mostrarla Dios (1) y dársele á conocer en cuanto es Criador. Por el donaire de este Soto, que también pide al Esposo el alma aquí para entonces, pide la gracia y sabiduría, y la belleza que de Dios tiene, no sólo cada una de las criaturas, así

(1) Ms. de Jaén. El código de Alba dice: «Monstrarla á Dios.» El de Burgos: «Monstrársele á Dios.»

terrestres como celestes, sino también la que hacen entre sí en la correspondencia sabia, ordenada, grandiosa y amigable de unas á otras, así de las inferiores entre sí, como de las superiores también entre sí, y entre las superiores y las inferiores: que es cosa que hace al alma gran donaire y deleite conocerla. Síguese lo cuarto, y es:

En la noche serena.

Esta noche es la contemplación en que el alma desea ver estas cosas: llámala noche, porque la contemplación es oscura, que por eso se llama por otro nombre mística teología, que quiere decir, sabiduría de Dios secreta ó escondida, en la cual, sin ruido de palabras, y sin ayuda de algún sentido corporal ni espiritual, como en silencio y quietud, á oscuras de todo lo sensitivo y natural, enseña Dios ocultísima y secretísimamente al alma sin ella saber cómo; lo cual algunos espirituales llaman *entender no entendiendo*; porque esto no se hace en el entendimiento que llaman los filósofos activo, cuya obra es en las formas y fantasías, y aprehensiones de las potencias corporales; mas hácese en el entendimiento, en cuanto posible y pasivo: el cual sin recibir las tales formas, etc., sólo pasivamente recibe inteligencia sustancial desnuda de imagen, la cual le es dada sin ninguna obra ni oficio suyo activo; § y por eso llama á esta contemplación noche, con la cual en esta vida conoce el alma por medio de la transformación que ya tiene, altísimamente este Divino Soto, y su donaire. Pero por más alta que sea esta noticia, todavía es noche oscura en comparación de la beatífica que aquí pide; y por eso dice, pidiendo clara contemplación, que este gozar del Soto y su donaire, y las demás cosas que ha dicho, sea *en la noche ya serena*: esto es, en la contemplación clara y beatífica: de manera que deje ya de ser noche en la contemplación oscura acá, y se vuelva en contemplación de vista clara y serena de Dios allá. Y así, decir *en la noche serena*, es decir, en contemplación ya clara y serena de la vista de Dios. De donde David, de esta noche de contemplación, dice: La noche serena es mi iluminación en mis deleites (Ps. CXXXVIII, 11): que es como si dijera: cuando esté en mi deleite de vista esencial de

Dios, ya la noche de contemplación habrá amanecido en día y luz de mi entendimiento. * Síguese lo quinto:

Con llama que consume, y no da pena.

§ Por la llama entiende aquí el amor del Espíritu Santo. El consumir significa aquí acabar y perficionar. El decir, pues, el alma que todas las cosas que ha dicho en esta Canción, se las ha de dar el Amado, y las ha ella de poseer con consumado y perfecto amor, absortas todas, y ella con ellas en amor perfecto y que no dé pena, lo cual es para dar á entender la perfección entera de este amor: porque para que lo sea, estas dos propiedades ha de tener, conviene á saber: que consuma y transforme el alma en Dios, y que no dé pena la inflamación y transformación de esta llama en el alma. Lo cual no puede ser sino en el estado beatífico, donde ya esta llama es amor suave; porque en la transformación del alma en ella hay conformidad y satisfacción beatífica de ambas partes: y por tanto no da pena de variedad en más ó menos, como hacia antes que el alma llegase á la capacidad de este perfecto amor. Porque habiendo llegado á él, está el alma en tan conforme y suave amor con Dios, que con ser Dios (como dice Moisés), fuego consumidor (Deuter. IV, 24): ya no le sea sino consumidor y reficionador, que no es ya como la transformación que tenia en esta vida el alma, que aunque era muy perfecta y consumadora en amor, todavía le era algo consumidora y detractiva, á manera del fuego en el ascua, que aunque está transformada y conforme con ella, sin aquel humear (1) que hacia antes que en si la transformarse, todavía, aunque la consumaba en fuego, la consumía y resolvía en ceniza. Lo cual acaece en el alma que en esta vida está transformada con perfección de amor, que aunque hay conformidad, todavía padece alguna manera de pena y detrimento: lo uno, por la transformación beatífica, que siempre echa menos en

(1) Los Mss. de Barrameda, Bujalance, Loeches, Valladolid y la edición de Bruselas, dicen: «Humear y *respendar*.» Este último verbo no existe en el Diccionario de la lengua española. Debe significar lo mismo que restallar, chisporrotear, etc.

el espíritu. Lo otro, por el detrimento que padece el sentido flaco y corruptible con la fortaleza y alteza de tanto amor; porque cualquiera cosa excelente es detrimento y pena á la flaqueza natural; porque según está escrito: *Corpus enim quod corrumpitur, aggravat animam* (Sap. IX, 15). Pero en aquella vida beatifica ningún detrimento ni pena sentirá, aunque su entender será profundísimo, y su amar muy inmenso: porque para lo uno le dará Dios habilidad, y para lo otro fortaleza, consumando Dios su entendimiento con su sabiduría, y su voluntad con su amor.

Y porque la Esposa ha pedido en las precedentes Canciones y en la que vamos declarando, inmensas comunicaciones y noticias de Dios, con que ha menester fortísimo y altísimo amor por amar según la grandeza y alteza de ellas, pide aquí que todas ellas sean en este amor consumado, perfectivo y fuerte. *

CANCIÓN XL

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendía.

DECLARACIÓN Y ANOTACIÓN

§ Conociendo, pues, aquí la Esposa que ya el apetito de su voluntad está desasido de todas las cosas y arrimado á su Dios con estrechísimo amor, y que la parte sensitiva del alma con todas sus fuerzas, potencias y apetitos está conformada con el espíritu, acabadas ya y sujetadas sus rebeldías: y que el demonio por el vario y largo ejercicio y lucha espiritual está ya vencido y apartado muy lejos: y que su alma está unida y transformada en Dios con abundancias de riquezas y dones celestiales; y que según esto, está ya bien dispuesta, aparejada y fuerte, arrimada á su Esposo (Cant. VIII, 5), para subir por el desierto de la muerte, abundando en deleites, á los asientos y sillas gloriosas de su esposo; con deseo que el Esposo concluya

ya este negocio, pónale delante para más moverle á ello todas estas cosas en esta última Canción, en la cual dice cinco cosas. * La primera, que ya su alma está desasida y ajena de todas las cosas. La segunda, que ya está vencido y ahuyentado el demonio. La tercera, que ya están sujetas las pasiones y mortificados los apetitos naturales. La cuarta y la quinta, que ya está la parte sensitiva é inferior reformada y purificada, y que está conformada con la parte espiritual; de manera que no sólo no estorbará para recibir aquellos bienes espirituales, mas antes se acomodará á ellos: porque aun de los que ahora tiene, participa según su capacidad. Y dice así:

Que nadie lo miraba.

Lo cual es como si dijera: mi alma está ya tan desnuda, desasida, sola y ajenada de todas las cosas criadas de arriba y de abajo, y tan adentro entrada en el interior recogimiento contigo, que ninguna de ellas alcanza ya de vista el íntimo deleite que en tí poseo: es á saber, á mover mi alma á gusto con su suavidad, ni á disgusto y molestia con su miseria y bajeza; porque estando mi alma tan lejos de ella y en tan profundo deleite contigo, ninguna de ellas lo alcanza de vista; y no sólo eso, pero

Aminadab tampoco parecía.

El cual Aminadab en la Escritura Divina significa el demonio, hablando espiritualmente, adversario del alma: el cual la combatía y turbaba siempre con la innumerable munición de su artillería, porque ella no se entrase en esta fortaleza y escondrijo del interior recogimiento con el Esposo, donde ella estando ya puesta, está tan favorecida, tan fuerte y tan victoriosa con las virtudes que allí tiene, y con el favor del brazo de Dios, que el demonio no solamente no osa llegar, pero con grande pavor huye muy lejos, y no osa parecer: y porque también por el ejercicio de las virtudes, y por razón del estado perfecto que ya tiene, de tal manera le tiene ya ahuyentado y vencido el alma, que no parece más delante de ella. Y así Aminadab

tampoco parecía con algún derecho para impedirme este bien que pretendo.

El cerco sosegaba.

Por el cual cerco entiende aquí el alma sus pasiones y apetitos: los cuales, cuando no están vencidos y amortiguados, la cercan en rededor, combatiéndola de una parte y de otra, por lo cual los llama *cerco*: el cual dice que también está ya sosegado, esto es, las pasiones ordenadas en razón, y los apetitos mortificados. § Que, pues así es, no deje de comunicarle las mercedes que le ha pedido, pues el dicho cerco ya no es parte para impedirlo. Esto dice, porque hasta que el alma tiene ordenadas sus cuatro pasiones á Dios, y tiene mortificados y purgados los apetitos, no está capaz de ver á Dios. Y siguese *

Y la caballeria

A vista de las aguas descendía.

Por las aguas entiende aquí los bienes y deleites espirituales que en este estado goza el alma en este interior con Dios. Por la caballería entiende aquí los sentidos corporales de la parte sensitiva, así interiores como exteriores; porque ellos traen en sí las fantasmas y figuras de sus objetos. Los cuales en este estado dice aquí la Esposa que descenden á vista de las aguas espirituales; porque de tal manera está ya en este estado de matrimonio espiritual purificada y en alguna manera espiritualizada la parte sensitiva é inferior del alma, que ella con sus potencias sensitivas y fuerzas naturales se recogen á participar y gozar en su manera de las grandezas espirituales que Dios está comunicando al alma en lo interior del espíritu, según lo dió á entender David cuando dijo: Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo (Ps. LXXXIII, 3).

Y es de notar, que no dice aquí la Esposa que la caballeria descendía á gustar las aguas, sino á vista de ellas; porque esta parte sensitiva con sus potencias no tiene capacidad para gustar esencial y propiamente los bienes espirituales, no sólo en esta vida, pero ni

aun en la otra, sino por cierta redundancia del espíritu reciben sensitivamente recreación y deleite de ellos, por el cual deleite estos sentidos y potencias corporales son atraídos al recogimiento interior, donde está bebiendo el alma las aguas de los bienes espirituales: lo cual más es descender á la vista de ellas, que á *beberlas* (1) y gustarlas como ellas son. Y dice aquí el alma que descendían, y no dice que iban ni otro vocablo, para dar á entender que en esta comunicación de la parte sensitiva á la espiritual, cuando se gusta la dicha bebida de las aguas espirituales, bajan de sus operaciones naturales, cesando de ellas, al recogimiento espiritual.

Todas estas perfecciones y disposiciones antepone la Esposa á su Amado, el Hijo de Dios, con deseo de ser por él trasladada del matrimonio espiritual, á que Dios la ha querido llegar en esta Iglesia militante, al glorioso matrimonio de la triunfante, al cual sea servido llevar á todos los que invocan su nombre del dulcísimo Jesús, Esposo de las fieles almas, al cual es honra y gloria, juntamente con el Padre y Espíritu Santo *in sæcula sæculorum*. Amen.

FIN DEL CÁNTICO ESPIRITUAL

(1) Ms. de Burgos. Las ediciones antiguas y el manuscrito de Alba dicen: «*A verlas.*»

Llama de amor viva

por el

Místico Doctor San Juan de la Cruz.



¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!....



Introducción á la Llama de amor viva.

I

Resumen de este Tratado.

LA Llama de amor viva tiene por objeto cantar y declarar algunos de los admirables efectos que el alma enamorada experimenta en la íntima unión con Dios. El fuego del amor divino que prendió en su corazón en la Subida del Monte Carmelo, y la purificó hasta de sus más pequeñas imperfecciones en la Noche oscura, y vino á transformarla en Dios en el Cántico espiritual, se ha sustanciado aquí ya más en ella, y está por consiguiente, como dice el Místico Doctor, más *calificado y perfeccionado*. Esta amorosa llama ya no le es esquivia como antes, sino que, expelidos de ella todos los accidentes que á sus propiedades eran contrarios, se le comunica amigable y generosamente, y penetra hasta lo más íntimo de su ser, dejándola con esta comunicación toda inflamada en amor divino, *inundada de deleites, bañado en dulzura y alegría su paladar y revertiendo ríos de gloria hasta lo íntimo de su sustancia*. Hácela parecer esto que se halla ya tan cerca de su bienaventuranza, que no la separa de ella sino la tenue y delgada tela de su vida natural, la que piensa se va á romper cada vez que la llama la embiste con fuerza, causándola profunda y grave herida de amor. Y queda de esta herida con tan vivos deseos de contemplar cara á cara á su Amado, que dirigiéndose á la misma llama, la suplica con vehemencia que rompa en uno de sus embestimientos esa delgada tela que la impide tanto bien, y acabe así de darle lo que cada vez que la hiere parece le quiere dar.

No le cumple el Señor sus peticiones, mas satisface en parte las ansias que tiene de verle comunicándosele más íntimamente, y dispensándola altísimos favores. Hácela sobre todo tres muy señalados, que la conceden las tres Divinas Personas de la Santísima Trinidad, los que ella canta y engrandece en la segunda de sus Canciones. El Espíritu Santo la cauteriza y llaga toda con fuego de amor, dejándola tan abrasada, que se siente estar ardiendo sobre todos los ardores del mundo. El Hijo, con toque sumamente delicado, la toca en el profundo de su sustancia, *absorbiéndola toda en sí en divinos modos de deleites y suavidades, jamás oídas en tierra de Canaán ni vistas en Teman, que tienen para ella sabor de vida eterna.* El Padre, asentando en ella su blanda mano, la transforma admirablemente en sí, lo que es una preciosa y rica dádiva con que la remunera superabundantemente todos los trabajos que ha padecido por su amor y servicios que le ha hecho.

Esta viva llama de amor no sólo penetra en lo íntimo de su corazón, abrasándole en infinitos ardores, sino también en lo profundo de su entendimiento, bañándole en resplandores eternos. A tan altas mercedes corresponde el alma, dando luz y calor á su Amado con los mismos extraños primores con que de él una y otro recibe, bien así como el límpido cristal trasmite los rayos del sol con la misma claridad que éste se los envía. Las místicas comunicaciones de Dios al alma y del alma á Dios que aquí se encierran, son el objeto de la canción tercera y de su explanación. Diserta particularmente el Místico Doctor en el verso tercero sobre la *capacidad de las profundas cavernas de las potencias del alma*, las cuales no se satisfacen menos que con el infinito. En el mismo verso hace una digresión acerca de los Maestros espirituales, notabilísima por el calor y energía con que está escrita. Dirígesse en primer lugar á las almas privilegiadas, y las amonesta miren en cuyas manos se ponen y los bienes inestimables que pierden si no escogen confesor experimentado que las sepa guiar á lo puro del espíritu. Se vuelve luego á los Directores, y con palabras vivas y eficaces razones, nacidas de un corazón que se abrasa en celo por la gloria de Dios, les exhorta á que no tomen á su cargo ó alcen la mano en la dirección de las personas de aventajada santidad, si no creen tener la virtud y experiencia que se requiere para encaminarlas á lo alto de la perfección, á que Dios pretende elevarlas. Pasa después á reprender á los malos confesores, que en vez de ayudar á las almas á allegarse á Dios, las apartan de él. Son objeto especial de sus enérgicas reprensiones, en primer lugar, los que, por

estar muy pagados de sus talentos, de tal manera las atan á su dirección que no las permiten salir de ella ni aun siquiera consultar á otros confesores; en segundo lugar, los que: ignorando las vías del espíritu, y no sabiendo sino martillar como herrero, mandan que mediten y hagan actos como los principiantes las personas á quienes el Señor ha puesto en el silencio y ocio santo de la contemplación; estorbando así la delicadísima unción con que las estaba ungiendo el Espíritu Santo; y, finalmente, los que por temor, humanos respetos ó interés dificultan, dilatan ó impiden la entrada en religión á personas á quien el Señor llama para sí.

Terminada esta larga digresión prosigue explicando las soberanas mercedes que recibe de Dios el alma que ha llegado á tan encumbrada santidad, mencionando especialmente dos muy singulares que se contienen en la última de las canciones: es la primera un recuerdo manso y amoroso que hace en su seno: y la segunda un aspirar sabroso de bien y gloria lleno. Explica el recuerdo diciendo que *es un movimiento que hace el Verbo Divino en la sustancia del alma, de tanta grandeza y señorío y gloria, y de tan íntima suavidad, que le parece que todos los bálsamos y especies odoríferas y flores del mundo se trabucan y menean para darle suavidad; y que todos los reinos y señoríos del mundo, y todas las potestades y virtudes, sustancias, perfecciones y gracias de todas las cosas criadas hacen á una y en uno el mismo movimiento*. En lo cual se le da altísima noticia de las criaturas, conociéndolas, no ya en sí mismas, sino en el mismo Dios. El *aspirar sabroso*, no quiere explicar qué cosa sea: toda lengua, toda expresión quedarían muy cortos para dar á entender algo de lo que es: contentase con decir, que *es una aspiración, que Dios hace al alma, en que la absorbe profundísimamente en el Espíritu Santo, enamorándola con primor y delicadez Divina y llenándola de bien y gloria sobre toda lengua y sentido*.

Tal es, ligeramente esbozada, la Llama de amor viva, obra, sin disputa alguna, la más profunda y sublime del Cantor dulcísimo del Carmelo (1), y superior, con mucha ventaja, á cuantas producciones

(1) *El Cántico Espiritual* es más hermoso, y también de estilo más aliñado y correcto: en este sentido hemos dicho que es la obra más perfecta de San Juan de la Cruz bajo el punto de vista literario. Le excede, sin embargo, la *Llama* en la altura de pensamientos y profundidad de la doctrina. Tiene también sobre él la excelencia de mostrarnos completamente la hermosa alma de su venerable Autor. En el *Cántico* vació sus grandes dotes intelectuales; en la *Llama* el entendimiento y corazón. En aquél habla la inteligencia y apenas si articula una que otra palabra el corazón. En ésta los dos hablan á la par: el entendimiento despidе vivísimos fulgores, que le comunica la clarísima luz con que está unido, y con ellos ilumina los más profundos senos del alma, y el corazón prorrumpe en ardientes exclamaciones, que son llamaradas de fuego que se escapan de la encendida hoguera en que se abrasa.

místicas posee la humana literatura (1). Ha levantado aquí tan alto el vuelo su Venerable Autor, y ha penetrado tan hondamente en las secretísimas y amorosas comunicaciones que Dios tiene con las almas que forman las delicias de su corazón, y las ha descrito tan bellamente y con tanta viveza y claridad, que á través de sus admirables conceptos se transparenta el cielo; al leer sus incomparables páginas presentimos algo de lo que será aquel divino infierno en que se abrasan los bienaventurados (2); nos formamos una idea de los místicos y estrechos abrazos que se darán eternamente el alma y la Divinidad; y parece gustamos anticipadamente las dulzuras de la gloria. Ir más allá que lo hace San Juan de la Cruz, sería correr completamente el velo del *Sancta Sanctorum* de la bienaventuranza.

II

Las dos Llamas.

En los Preliminares de estas Obras he afirmado que San Juan de la Cruz redactó dos veces la *Llama de amor viva*, y ahora corresponde demostrarlo.

Examinando con atención los manuscritos de este Tratado, adviértese al punto que unos traen el texto uniformemente de una manera, y otros de otra; de lo cual se colige, que su autor hizo dos redacciones distintas de él. La distinción entre una y otra no es tan marcada como la que existe entre los dos Cánticos, pues no varia, como en éstos, la colocación de las estrofas, pero sí lo bastante para asegurar que las diferencias no pueden provenir de los amanuenses. Estas no son de simple cambio ó supresión de alguna que otra palabra ó cláusula, sino que atañen á trozos y párrafos importantes; no se refieren tampoco á sólo unos cuantos pasajes, sino que corren por toda la obra desde las primeras páginas hasta la última. En el principio las variantes no son muy notables; mas al llegar hacia la mitad de la explicación del verso 3.º de la primera estrofa, empieza la segunda escritura

(2) La única obra que puede ponerse en parangón con la Llama es el libro de las Moradas de Nuestra Madre Santa Teresa de Jesús. Es, sin embargo, inferior en el sentido que venimos hablando. Al fin el Santo no sólo tenía gran talento y experiencia como la Mística Doctora, sino que además poseía profundos conocimientos teológicos, escriturarios y filosóficos.

(2) Santa Teresa de Jesús, *Exclamación XVII*.

explicar con mayor amplitud y claridad y con más abundancia de conceptos el texto de la primera, redactándole para ello unas veces de un modo distinto, y añadiendo otras párrafos enteramente nuevos. De esta manera continúa hasta el fin, resultando de esto que la Llama segunda es más voluminosa y más correcta y profunda que la primera.

No cabe la menor duda de que este segundo texto procede, lo mismo que el primero, de la áurea pluma de San Juan de la Cruz, como lo evidencian el estilo y lo elevado y profundo de sus doctrinas; y lo confirman más y más los manuscritos que de él se han conocido y conocen. Uno de los que actualmente existen es de tanta autoridad, que basta por sí sólo para probar nuestra aserción, por haber certeza de que remonta su antigüedad á la época del Místico Doctor, según lo manifiesta el carácter de letra y lo asegura el Catálogo de la Biblioteca Nacional, el cual escribe á continuación de su título: «Letra de la época» (1). Los otros, si bien no acusan tanta antigüedad, no son de fecha muy posterior.

Y no se nos diga en contra de ésto que bien pudo ser que algún contemporáneo del Santo, venida á sus manos la *Llama*, sacara traslado, introduciendo en él las referidas mudanzas, y que de éste procedan los manuscritos que decimos pertenecer á la segunda escritura. Tales suposiciones, á más de ser gratuitas, rayan en la imposibilidad. Concíbese que alguien se tomara la libertad de corregir el estilo del Santo: mas no que hubiera persona de tanto atrevimiento que osara introducir en su obra mudanzas de tanta consideración. Se puede también admitir sin mucha dificultad que algún místico de entonces poseyera saber bastante para explicar con más claridad y profundidad que San Juan de la Cruz una, ó varias si se quiere, de las cuestiones místicas que resuelve en su primera Llama; pero que pudiera hacerlo en la mayor parte de ellas, ¿quién lo podrá creer? Quién sería ese sabio que había penetrado más en los profundos arcanos de la Teología Mística que el que por todo el mundo es reputado como Príncipe de esta ciencia?

No cabe tampoco, para explicar el hecho de que se viene tratando, suponer que la Llama considerada por nosotros como primera, es un compendio de la segunda, hecho por alguno de los primeros copistas. En este caso, ¿cómo se explicaría que se encuentren en todos los manuscritos de aquélla dos párrafos que no se hallan en los de ésta?

(1) Perteneció este manuscrito á las Carmelitas Descalzas de Sevilla, y según conjeturas de Fray Andrés de la Encarnación, estuvo en poder del mismo San Juan de la Cruz. (Códice 3.653 de la B. N.)

Habría que recurrir á una nueva y gratuita suposición, diciendo que son de cosecha del que hizo el traslado. Pruébese, por otra parte, no ser compendio por las muchas diferencias accidentales que tiene con la segunda Llama. Si el copiante intentaba hacer un resumen, no había para qué cambiar la redacción de esos pasajes, ni para qué mudar tantas palabras en lugares que ni abrevia, ni corrige, ni pone más en claro.

Debemos, pues, afirmar, sin temor de equivocarnos, que las dos *Llamas*, lo mismo que los dos *Cánticos*, son obra de San Juan de la Cruz (1).

III

Fecha de la composición de este Tratado.

Embrollada por demás se halla la cuestión de que ahora voy á ocuparme, relativa á la fecha de la composición de la Llama de amor viva. Pretender precisarla con exactitud, sería vano empeño, faltando como faltan los datos. Intento, por tanto, solamente llegar á una conclusión lo más próxima á la verdad, según mi parecer.

En otra parte afirmé que este libro se escribió en el mismo año que el Cántico espiritual (1584), y algún tiempo antes que él. No es esta una conclusión cierta; mas tampoco es opinión destituida de fundamento, como ahora se verá.

Que se escribiera primero que el Cántico de la segunda escritura es cosa indisputable, como lo evidencian unas palabras que en él se hallan, y dicen así á la letra: «Mas cuales y como sean estas tentaciones y trabajos y hasta donde llegan al alma para poder venir á esta fortaleza de amor en que Dios se une con el alma, en la Declaración de las cuatro canciones, que comienzan: «Oh Llama de amor viva», está dicho dicho algo de ello.» (Canc. 31, verso 3.º) La prueba no puede ser más terminante.

Investiguemos ahora en qué año se compuso dicho Cántico. Que se compusiera antes de 1588 no cabe la menor duda, puesto que en él dice el Santo espera saldrán presto á luz las Obras de Nuestra Santa

(1) El historiador más diligente de su vida, asegura que *corrigió y añadió la Llama de amor viva* cuando se retiró á prepararse para morir al Convento de la Peñuela. (Fray Jerónimo de San José, *Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, libro VII, cap. 7, núm. 5). Lo cual confirma todo lo que en este párrafo hemos escrito.

Madre Teresa de Jesús (1), las cuales se imprimieron el referido año. Todavía podemos adelantar con bastante certidumbre la fecha de su composición. En Junio de 1586 salió de Granada para la fundación de Madrid Ana de Jesús; y siendo tradición muy fundada que el manuscrito de Jaén se lo entregó dicha Venerable á Isabel de la Encarnación, parece innegable que para esta fecha ya se había escrito (2).

Aún nos es dado pasar adelante y establecer como cosa muy probable que se escribió en 1584. En dos razones se apoya esta opinión: 1.^a En que todos los manuscritos llevan esta fecha (3). Y 2.^a Que afirma el Padre Salvador de la Cruz haberle entregado la Madre Ana de Jesús el manuscrito de Jaén á la referida Isabel de la Encarnación cuando era novicia en Granada, la cual profesó en el dicho año de 1584.

Resulta de todo esto que es probable haberse escrito el Cántico segundo en el mismo año que el primero; y por consiguiente, también lo es, que en la misma fecha se compuso la Llama de amor viva.

A idéntica conclusión llegamos con las razones que ahora vamos á exponer, y que indudablemente son de más peso.

Primera razón.—Es innegable que las Canciones de la Llama estaban ya compuestas en 1584. El manuscrito 17.950 de la Biblioteca Nacional, cuya autoridad arriba se ponderó, afirma que se compusieron en este mismo año (4); y el borrador del primer Cántico, escrito como se sabe en la referida fecha, las trae al fin, á continuación de las ocho estrofas de la Subida del Monte Carmelo (5). Estando, pues, escritas en dicha época, no puede retrasarse mucho la fecha de su Declaración; pues aunque el Santo dice que esperó á que se le diera, para declararlas, el mismo espíritu que le animaba cuando las compuso, no creemos que se dilatara mucho la visitación del Señor. Y sabiendo que en solos quince días las declaró, no es mucho coloquemos su fecha dentro del mismo año de 1584.

(1) Canc. 13, verso 2.*

(2) En 1586 la Madre Isabel de la Encarnación se hallaba en Granada, y es de creer que allí mismo lo recibió de propias manos de la referida Religiosa. Esta es también la tradición.

(3) Esta razón no me persuade gran cosa: Habiéndose escrito en primer Cántico el 1584, es fácil que conservara el Santo esta fecha en el segundo, por razón de ser una misma obra. Lo mismo opina Muñoz y Garnica. (*Ensayo histórico sobre San Juan de la Cruz*, pág. 282.) No advirtió, sin embargo, este autor, la notable diferencia que existe entre ambos Cánticos.

(4) Podía referirse también la fecha que trae este manuscrito al año en que se declararon las Canciones, lo cual confirmaría más nuestra opinión.

(5) Hallábanse también en el manuscrito del primer Cántico que el Santo dió á la Venerable Ana de Jesús, como se prueba por la edición de Bruselas (1627) que por él se gobernó. Encuéntranse ocupando el mismo lugar al fin del manuscrito de Jaén, el cual, según repetidas veces se ha dicho, contiene el texto del segundo Cántico.

Segunda razón.—El Padre José de Jesús María (1), á quien sigue Muñoz y Garnica (2), dice que empezó á escribir esta obra en Granada, y dá á entender que fué por el mismo tiempo que el Cántico espiritual (3). Es verdad que en este punto Fray Jerónimo de San José es de distinto parecer; mas á pesar de su gran autoridad, no podemos seguirle por contener sus palabras, á nuestro juicio, dos inexactitudes. Su texto es como sigue: «Siendo, dice, Vicario Provincial y estando ya ella (D.^a Ana), muy aprovechada, y guiándola el Santo Padre á más pura y levantada unión con Dios, la comunicó unas Canciones que había hecho á este propósito, donde como en cifra y misteriosamente, encerró el estado más alto de la unión divina. Con esta ocasión, la piadosa señora le rogó muchas veces escribiese una declaración de aquel celestial Cántico» (4). Los dos yerros que en esto hallamos, son los siguientes: 1.^o Dice que D.^a Ana no conoció las Canciones de la Llama hasta el tiempo en que el Santo era Vicario Provincial, lo cual no se puede admitir; pues habiéndolas escrito éste á petición suya, como afirma en el Prólogo de la Declaración (5), no pudo menos de dárselas á conocer enseguida. Y 2.^o Da á entender que dichas Canciones no las compuso el Santo á ruegos de la referida señora.

Tercera razón.—Según opina Fr. Andrés de la Encarnación, las canciones que cita el Santo en el Prólogo de la Llama, son las de la Noche oscura. Y siendo así que en el Cántico trata también de la materia de que allí habla, al no citarle es un indicio de que quizá el primer Cántico todavía no estaba escrito.

Cuarta razón.—En la Llama, hablando de los trabajos porque pasan las almas antes de venir á la trasformación de amor, cita la Noche oscura y nada dice del Cántico, y aunque es verdad que en

(1) *Historia del Venerable Padre Fr. Juan de la Cruz*, págs. 708 y 709 de la edición de Bruselas, 1628.

(2) *Ensayo histórico sobre San Juan de la Cruz*, pág. 224.

(3) No estamos conformes con lo que añade, es á saber, que ambos libros los continuó y terminó en otras partes. Por lo que toca á la Llama, no puede ser, pues sabemos que la compuso en solos quince días. (Véase la pág. XXIII del tomo I de estas obras). Por lo que respecta al Cántico, tampoco damos gran fe á la noticia: en primer lugar, porque, tanto Fray Jerónimo de San José como la M. Magdalena del Espíritu Santo, afirman simplemente que le escribió en Granada (*Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, libro V, cap. 16 y pág. XXIV del tomo I de estas Obras); y en segundo lugar, porque no creemos tardara tanto el Místico Doctor en escribirle. Alega en su favor el referido historiador unas cartas del Santo escritas á la Venerable Ana de Jesús y á D.^a Ana de Peñalosa. Como quiera que éstas no existan ni cite sus palabras, no podemos juzgar si las interpretó bien ó mal.

(4) *Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, pág. 596.

(5) «Quizá como se hicieron para vuestra merced, querrá Su Majestad que para vuestra merced se declaren».

éste no se ocupa de intento de dicha materia, por lo menos la toca algunas veces.

Estas razones no las tenemos por concluyentes; mas no dejamos de creer que tengan bastante fuerza para dar probabilidad á nuestra opinión.

Hasta ahora hemos tratado de la fecha de la composición de la primera Llama. Acerca del año en que se escribió la segunda, no tenemos otras noticias que las que arriba mencionamos, donde dijimos, con la autoridad de Fray Jerónimo de San José, que hallándose el Santo en la Peñuela al fin de su vida, corrigió y añadió el tratado de que venimos hablando.





Advertencia.

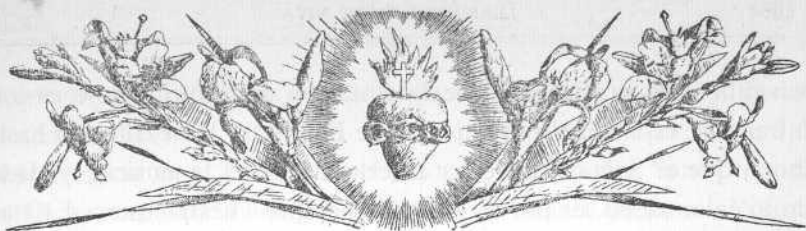
La Llama que aquí reproducimos es la segunda que escribió el Místico Doctor. Jamás ha visto la luz pública, por lo cual se ve la grande importancia que tiene su publicación. Nos hemos valido para corregir su texto, de los tres manuscritos siguientes: 1.º Uno que poseen los Carmelitas Descalzos de Burgos, el cual es copia sacada por Fray Andrés de la Encarnación de un códice muy antiguo que tenían las Carmelitas de Palencia. 2.º El códice 17.950 de la Biblioteca Nacional, que en otro tiempo, según mis noticias, perteneció á las Carmelitas Descalzas de Sevilla. De su antigüedad ya hemos hablado más de una vez. Y 3.º El manuscrito 8.795 de la misma Biblioteca. Perteneció á las Carmelitas de Baeza, quienes le cedieron para nuestro archivo general (1).

También hemos consultado la Mística Teología del Padre Bretón, pues el trozo que plagió de la Llama de amor viva, lo copió de un manuscrito de la segunda escritura. (Véase la pág. XLVIII y 21 del tomo I). Algunas veces hemos juzgado necesario acudir á traslados de la primera Llama.

Los párrafos que el Santo añadió y corrigió en la segunda redacción que hizo de este Tratado, van entre comillas para que así el lector los conozca á primera vista. Advertimos que no se notan las diferencias de menor importancia. Lo mucho que se omitió y mudó en las ediciones, no lo anotamos aquí á fin de evitar confusiones: lo haremos en el texto de la primera Llama, que va como apéndice de este volumen.



(1) En el mismo archivo existía otra copia de la segunda Llama. (Nota del manuscrito de Burgos.) Ignoramos su actual paradero.



Declaración de las Canciones

que tratan de la muy íntima y calificada unión y transformación del alma en Dios, por el Padre Fray Juan de la Cruz, á petición de D.^a Ana de Peñalosa, compuestas en la oración por el mismo, año 1584 (1).

PRÓLOGO

ALUNA repugnancia he tenido, muy noble y devota señora (2), en declarar estas cuatro canciones que vuestra merced me ha pedido, por ser de cosas tan interiores y espirituales, para las cuales comunmente falta lenguaje; porque lo espiritual excede al sentido, y

(1) Tomamos este título del manuscrito de Sevilla. Los otros códices le traen algo distinto y no ponen además fecha alguna.

(2) D.^a Ana de Peñalosa era una noble señora, natural de la ciudad de Segovia. Estuvo casada con D. Juan de Guevara, de quien quedó viuda el año de 1579. Arrebatóla también la muerte la única hija que había tenido en su matrimonio. Libre con esto de todo lazo de carne, no pensó ya en otra cosa que en servir á Dios y ejercitarse en obras de caridad.

Hallándose el año de 1581 en la ciudad de Granada tuvo la dicha de conocer á San Juan de la Cruz y de ponerse bajo su dirección espiritual. El año siguiente contribuyó no poco á la fundación de Carmelitas Descalzas de la misma ciudad. Diólas en primer lugar su propia casa para que habitaran, retirándose ella á la de su hermano D. Luis de Mercado, Oidor entonces de aquella Cancillería, y después del Consejo de Castilla y del Supremo de la Inquisición. Las proveyó además, todo el tiempo que en ella vivieron, que fué por espacio de seis ó siete meses, de todo lo necesario para su sustento. (*Fundación del Convento de Granada*, por la Venerable Madre Ana de Jesús, y *Relación de la fundación del mismo Monasterio*, publicada por las Carmelitas de París en el tomo 4.^o, pág. 542 y sig. de las *Ævres complètes*

con dificultad se dice algo de la sustancia del espíritu si no es con entrañable espíritu. Y por el poco que hay en mí lo he diferido hasta ahora, que el Señor parece ha abierto un poco la noticia, y dado algún calor (debe ser por el santo deseo que vuestra merced tiene, que quizá como se hicieron por su devoción (1) querrá su Majestad que para vuestra merced se declaren), me he animado, sabiendo cierto que de mi cosecha, nada que haga al caso diré en nada, cuanto más en cosas tan subidas y sustanciales. Por eso no será mío sino lo malo y errado que en ello hubiere; y por eso lo sujeto todo á mejor parecer y al juicio de nuestro Santa Madre Iglesia Católica Romana, con cuya regla nadie yerra. Y con este presupuesto, arrimándome á la Escritura Divina, y como se lleve entendido que todo lo que dijere es tanto menos de lo que allí hay, como lo es lo pintado de lo vivo, me atreveré á decir lo que supiere.

Y no hay que maravillar haga Dios tan altas y subidas y extrañas mercedes á las almas que él da en regalar; porque si consideramos que es Dios, y que se las hace como Dios, y con infinito amor y bondad, no nos parecerá fuera de razón; pues él dijo, que en el que

de Sainte Térèse de Jesús.) Unos años más tarde (1586), á petición del Santo, labró á sus expensas un Convento para Carmelitas Descalzos en su ciudad natal.

Fué tanta la devoción que tuvo con el Santo Padre, que no paró hasta conseguir que se trasladara su venerable cuerpo al Convento que ella había fundado en la ciudad de Segovia, teniendo la dicha de venerarle y de quedarse con un brazo de él al pasarle por Madrid, donde ella á la sazón residía en compañía de su hermano. (Garnica; *Ensayo Histórico sobre San Juan de la Cruz*, pág. 299, y Fray José de Jesús María, *Historia del Venerable Padre Fray Juan de Cruz*, lib. 3.º, cap. 32.)

El alto grado de perfección á que esta señora llegó, se colige de la íntima comunicación que tuvo con San Juan de la Cruz, el cual la guiaba á la suprema desnudez del espíritu. En conformidad de esto, refiere el hecho siguiente una de las primeras Religiosas del Convento de Granada: «Una vez, dice, me enviaron á hablar al Santo Padre Fray Juan de la Cruz, que por no estar puesta la clausura en el Convento, entraba como Prelado á decirnos Misa, y hallé á D.^a Ana de Peñalosa á sus pies como otra Magdalena, bañada en lágrimas, y el Santo el rostro al Cielo como elevado; y en un rato que estuve, no le oí otra cosa sino fué: *nada, nada, nada*, hasta dar un pellejo y otro por Cristo, etc.» (Jerónimo de San José, *Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, lib. 5.º, cap. 16, n.º 3.º) Buen indicio es también de su santidad el haber compuesto y declarado, á petición suya, el Místico Doctor las Canciones de su Obra más admirable.

(1) «Se hicieron para vuestra merced.» (Mss. de Burgos y Alba.)

le amase vendrían el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, y harían morada en él (Joan. XIV, 23): lo cual había de ser haciéndole á él vivir y morar en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo en vida de Dios, como da á entender el alma en estas Canciones. Porque aunque en las Canciones que arriba declaramos hablamos del más perfecto grado de perfección á que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios, todavía estas canciones tratan del amor ya más calificado y perficionado en este mismo estado de transformación; porque aunque es verdad que lo que aquéllas y éstas dicen es todo un estado de transformación, y no se puede pasar de allí en cuanto tal; pero puede con el tiempo y ejercicio, calificarse, como digo, y sustanciarse mucho más en el amor; bien así como aunque habiendo entrado el fuego en el madero le tenga trasformado en sí y esté ya unido con él, todavía afervorándose más el fuego y dando más tiempo en él, se pone mucho más candente é inflamado, hasta centellear fuego de sí y llamear. Y en este encendido grado se ha de entender que habla el alma aquí, ya tan trasformada, y tan calificada interiormente en fuego de amor, que no sólo está unida con este fuego, sino que hace ya viva llama en ella. Y ella así lo siente, y así lo dice en estas canciones, con íntima y delicada dulzura de amor, ardiendo en su llama; encareciendo en estas canciones algunos efectos, que hace en ella; los cuales iré declarando por el orden que en las demás: que las pondré primero juntas, y luego, poniendo cada canción, la declararé brevemente; y después, poniendo cada verso, le declararé de por sí (1).

FIN DEL PRÓLOGO

(1) El Ms. 17.950 de la B. N. añade aquí: «Fray Juan de la Cruz, Descalzo Carmelita.»

CANCIONES QUE HACE EL ALMA

EN LA ÍNTIMA UNIÓN DE DIOS

- 1.^a—¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquivia,
Acaba ya si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.
- 2.^a— ¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.
- 3.^a— ¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba obscuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su querido!
- 4.^a— ¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras:
Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno
Cuán delicadamente me enamoras!

La compostura de estas liras son como aquéllas, que en
Boscán están, vueltas á lo divino, que dicen:

*«La soledad siguiendo,
Llorando mi fortuna,
Me voy por los caminos, que se ofrecen», etc.,*

en las cuales hay seis pies, y el cuarto suena con el primero, y el quinto con el segundo, y el sexto con el tercero (1).

(1) Esta especie de nota se halla en todos los manuscritos, lo cual es una poderosa razón para afirmar que es original de San Juan de la Cruz. Si se encontrara solamente en los traslados de una de las dos redacciones de esta obra, se podría quizá decir que el primer copista la introdujo en el texto, y que de su copia pasó á los otros manuscritos; mas encontrándose en los de ambas, no hay lugar para tal hipótesis; porque no es de creer que fuera el mismo sujeto quien sacó el primer traslado de la primera y segunda Llama, y más habiéndose escrito éstas en distintos años y lugares.

Se sabe, además, que por orden de D.^a Ana de Peñalosa trasladó esta Obra un criado suyo; y siendo éste regularmente el primer trasunto que se sacó, no es probable que tal sujeto se ocupara en poner esta advertencia. Que el Santo la pusiera nada tiene de extraño: la familiaridad con que trataba á D.^a Ana le permitía descender á las menudencias de advertirla, que las estrofas de este Libro eran de distinta construcción que las que antes había escrito en la *Subida del Monte Carmelo* y *Cántico espiritual*, que no otro es, á mi ver, el objeto de la nota. Que por otra parte conociera las obras del Boscán y de Garcilaso, no parece pueda ponerse en duda. El género de versificación que emplea en sus más bellas poesías, es el que medio siglo antes habían introducido estos celebrados poetas en el Parnaso español. La famosa lira de cinco versos que con tanto acierto usó en nuestra lengua el toledano Garcilaso, esa es la que sirve de *fermosa cobertura* á sus elevadas concepciones místicas de la *Subida del Monte Carmelo*, *Cántico espiritual* y de aquella incomparable poesía que lleva por título *Ansia el alma estar con Cristo*. Todo lo cual es no leve indicio de que las obras de dichos poetas no le eran desconocidas.

Se colige por otra parte que el Santo debía conocerlas, por razón de que había estudiado la Poética en su juventud, y no dejarían sus maestros de darle noticia de los dos genios que habían causado una verdadera revolución en la poesía de nuestra patria, y cuyos libros corrían entonces de mano en mano.

Ahora debemos notar que la poesía que cita no es del Boscán, sino de Garcilaso. (Véase la segunda de sus canciones). Este no es un error; en primer lugar, porque escribe simplemente que "están en Boscán,, sin decir que las liras sean suyas; y en segundo lugar, porque las obras del malogrado poeta toledano corrían impresas con las del Boscán. (Menéndez y Pelayo, *Antología de Poetas líricos castellanos*, tomo I, pág. XV, y tomo II, pág. 54).

Antes de terminar esta nota no podemos menos de parar la atención en aquellas palabras que dice: *que en Boscán están, vueltas á lo divino*. Podía aludir aquí al arreglo que Sebastián de Córdoba hizo de las obras del Boscán y Garcilaso, *volviéndolas á lo divino*. En la fecha en que escribía el Santo ya se habían publicado dos ediciones de este singular trabajo, una en Granada, 1575, y otra en Zaragoza, 1577. (Menéndez y Pelayo, *Antología de Poetas líricos castellanos*, tomo XIII, pág. 395.) Dos cosas, sin embargo, parece dificultan el que á tal libro se haga alusión; la primera es, que la canción que cita el Santo no la volvió á lo divino el referido escritor, como hemos tenido ocasión de ver por un ejemplar, existente en la Biblioteca Nacional, de la edición de 1575; y la segunda es, que aun dado caso la

CANCIÓN I

¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

DECLARACIÓN

Sintiéndose ya el alma toda inflamada en la divina unión, y ya su paladar todo bañado en gloria y amor, y que hasta lo íntimo de su sustancia está revertiendo no menos que ríos de gloria, abundando en deleites, sintiendo correr de su vientre los ríos de agua viva, que dijo el Hijo de Dios que saldrían en semejantes almas (Joan. VII, 38), parécele, que pues con tanta fuerza está trasformada en Dios, y tan altamente de él poseída, y con tan ricas riquezas de dones y virtudes arreada, que está tan cerca de la bienaventuranza, que no la divide sino una leve y delicada tela; y como ve que aquella llama delicada de amor, que en ella arde, cada vez que la está embistiendo, la está como glorificando con suave y fuerte gloria: tanto, que cada vez que la absorbe y embiste le parece que le va á dar la gloria y vida eterna, y que va á romper la tela de la vida mortal; y que falta muy poco, y que por esto poco no acaba de ser glorificada esencialmente, dice con gran deseo á la llama, que es el Espíritu Santo, que rompa ya la vida mortal por aquel dulce encuentro, en que de veras la acabe de comunicar lo que cada vez parece

volviera y la publicara en su segunda edición, San Juan de la Cruz, sin embargo, la cita como la escribió Garcilaso. Por esto creo que las palabras del Místico Doctor se deben puntuar de este modo: "Como aquellas que en Boscán están, vueltas á lo divino,.. Así se explicaría mejor lo que quieren decir. En este caso, las liras que están vueltas á lo divino, no son las de Garcilaso, sino las de nuestro autor. De modo que querría decir que las liras de la Llama están construidas á imitación de aquéllas; mas que su asunto no es el mismo, pues es enteramente divino.

que va á darla y á hacer cuando la encuentra, que es glorificarla entera y perfectamente; y así la dice:

Oh llama de amor viva.

Para encarecer el alma el sentimiento y aprecio con que habla en estas cuatro canciones, pone en todas ellas estos términos: *Oh*, y *Cuán*, que significan encarecimiento afectuoso: los cuales, cada vez que se dicen dan á entender del interior más de lo que se dice por la lengua. Y sirve el *Oh* para mucho desear, y para mucho rogar persuadiendo; y para entrambos efectos usa el alma de él en esta Canción; porque en ella encarece é intima el gran deseo, persuadiendo á el amor, que la desate de la carne mortal.

Esta llama de amor es el espíritu de su Esposo, que es el Espíritu Santo, á el cual siente ya el alma en sí, no sólo como fuego que la tiene consumida y trasformada en suave amor, sino como fuego, que demás de eso, arde en ella, y echa llama, como dije; y aquella llama, cada vez que llamea, baña á el alma en gloria, y la refresca en temple de vida divina; y esta es la operación del Espíritu Santo en el alma trasformada en amor, que los actos que hace interiores, es llamear, que son inflamaciones de amor, en que unida la voluntad del alma, ama subidísimamente, hecha un amor con aquella llama. Y así estos actos de amor del alma son preciosísimos (1), y merece más en uno, y vale más que cuanto había hecho toda la vida, sin esta transformación, por más que ello fuese. Y la diferencia que hay entre el hábito y el acto, hay entre la trasformación en amor y la llama de amor, que es la que hay entre el madero inflamado y la llama de él; que la llama es efecto del fuego que allí está. De donde el alma que está en este estado de trasformación de amor, podemos decir que es un ordinario hábito, y es como el madero, que siempre está embestido en fuego; y los actos de esta alma son la llama, que nace del fuego del amor, que tan vehementemente sale, cuanto es más intenso el fuego de la unión, en la cual llama se unen y suben los actos de la

(1) «Son purísimos.» (Ms. de Burgos.)

voluntad arrebatada y absorta en la llama del Espíritu Santo, que es como el Ángel que subió á Dios en la llama del sacrificio de Manué (Judic. XIII, 20). Y así en este estado no puede el alma hacer actos, que el Espíritu Santo los hace todos, y la mueve á ellos: y por eso todos los actos de ella son divinos, pues es hecha y movida por Dios. De donde á el alma le parece, que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amar con sabor y temple divino, le está dando vida eterna, pues la levanta á operación de Dios en Dios. Y este es el lenguaje y palabras que habla y trata Dios en las almas purgadas y limpias, que son todas ellas encendidas como dijo David: Tu palabra es encendida vehementemente (Ps. CXVIII, 140); y el profeta Jeremías: *Numquid non verba mea sunt quasi ignis?* ¿Por ventura mis palabras no son como fuego? (XXIII, 29). Las cuales palabras, como él mismo dice por San Juan (VI, 64), son espíritu y vida: las cuales sienten las almas que tienen oídos para oírlas, que como digo, son las limpias y enamoradas, que las que no tienen el paladar sano, sino que gustan otras cosas, no pueden gustar el espíritu y vida de ellas, antes les hacen sinsabor. Y por eso cuanto más altas palabras decía el Hijo de Dios, tanto más algunos se desabrían por su impureza, como fué cuando predicó aquella tan sabrosa y amorosa doctrina de la Sagrada Eucaristía, que muchos de ellos volvieron atrás (Ibid. 67). Y no porque los tales no gusten este lenguaje de Dios, que habla dentro, han de pensar que no le gustarán otros, como aquí se dice, como lo gustó San Pedro en el alma cuando dijo á Cristo: *Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes.* ¿Dónde iremos, Señor, que tienes palabras de vida eterna? (Ibid. 69). Y la Samaritana olvidó el agua, y el cántaro por la dulzura de las palabras de Dios (Id. IV, 28). Y así estando esta alma tan cerca de Dios, que está transformada en llama de amor, en que se le comunica el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, ¿qué increíble cosa se dice que guste un rastro de vida eterna, aunque no perfectamente, porque no lo lleva la condición de esta vida? Mas es tan subido el deleite, que aquel llamear del Espíritu Santo hace en ella, que la hace saber á qué sabe la vida eterna, que por eso la llama á la llama *viva*; no porque no sea siempre viva, sino

porque le hace tal efecto, que la hace vivir en Dios espiritualmente, y sentir vida de Dios (1), al modo que dice David: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*. Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo (Ps. LXXXIII, 3): No porque sea menester decir que sea Dios *vivo*, pues siempre lo está, sino para dar á entender, que el espíritu y sentido vivamente gustaban á Dios, hechos vivos en Dios: lo cual es gustar á Dios vivo; y esto es vida en Dios, y vida eterna. Ni dijera David allí: *Dios vivo*, sino porque vivamente le gustaba, aunque no perfectamente, sino como un viso de vida eterna. Y así en esta llama siente el alma tan vivamente á Dios, y le gusta con tanto sabor y suavidad, que dice: *Oh llama de amor viva*

Que tiernamente hieres.

Esto es, que con tu ardor tiernamente me tocas. Que por cuanto esta llama es llama de vida divina, hiere al alma con ternura de vida de Dios, y tanto y tan entrañablemente la hiere y la enternece, que la derrite en amor, porque se cumpla en ella lo que en la Esposa en los Cantares, que se enterneció tanto, que se derritió; y así dice ella allí: Luego que el Esposo habló, se derritió mi alma (V, 6). Porque el habla de Dios ese es el efecto que hace en el alma.

Mas ¿cómo se puede decir que la hiere, pues en el alma no hay cosa ya por herir, estando ya ella toda cauterizada con fuego de amor? Es cosa maravillosa, que como el amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento, como la llama está siempre echando llamaradas acá y allá; y el amor, cuyo oficio es herir para enamorar y deleitar, como en la tal alma está en viva llama, estale arrojando sus heridas como llamaradas ternísimas de delicado amor, ejercitando jocunda y festivamente las artes y juegos del amor, como en el palacio del amor y de sus bodas (como Asuero con su esposa Ester) (II, 18), mostrando allí sus gracias, descubriéndola allí sus riquezas y la gloria de su grandeza, para que se cumpla en esta alma lo que dijo en los

(1) «Y vivir vida de Dios». (Ms. B.).

Proverbios, diciendo: Deleitábame yo por todos los días, jugando delante de él todo el tiempo, jugando en la redondez de las tierras, y mis deleites es estar con los hijos de los hombres (Prov. VIII, 30 y 31); es á saber, dándoselos á ellos. Por lo cual estas heridas, que son sus juegos, son llamaradas de tiernos toques, que á el alma tocan por momentos de parte del fuego del amor, que no está ocioso, los cuales dice acaecen y hieren

De mi alma en el más profundo centro.

Porque en la sustancia del alma, donde ni entra el sentido, ni el demonio puede llegar, pasa esta fiesta del Espíritu Santo; y por tanto, tanto más segura, sustancial y deleitable es, cuanto más interior ella es; porque cuanto más deleitable é interior es, es más pura; y cuanto hay más de pureza, tanto más abundante y frecuente y generalmente se comunica Dios, y así es tanto más el deleite y el gozar del alma y del espíritu; porque es Dios el obrero de todo, sin que el alma haga de suyo nada: que por cuanto el alma no puede de suyo obrar nada sino es por el sentido corporal, ayudada de él, del cual en este caso está ella muy libre y muy lejos, su negocio es ya sólo recibir de Dios, el cual sólo puede en el fondo del alma y en lo íntimo, sin ayuda de los sentidos, hacer obra, y mover el alma en ella. Y así todos los movimientos de la tal alma son divinos, y aunque son suyos de él, de ella lo son también, porque los hace Dios en ella con ella, que da su voluntad y consentimiento.

Y porque en decir que *hiere en el más profundo centro* de su alma da á entender que tiene el alma otros centros no tan profundos, conviene advertir cómo sea esto.

Y cuanto á lo primero, es de saber, que el alma, en cuanto espíritu, no tiene alto, ni bajo, ni más profundo, ni menos profundo en su ser, como tienen los cuerpos cuantitativos: que pues en ella no hay partes, ni tiene más diferencia dentro, que fuera, que toda ella es de una manera, y no tiene centro de hondo y menos hondo cuantitativo; porque no puede estar en una parte más ilustrada que en otra, como los cuerpos físicos, sino toda de una manera en más ó en

menos, como el aire que todo está de una manera ilustrado ó no ilustrado en más ó en menos.

En las cosas, aquéllo llamamos centro más profundo, que es á lo que más puede llegar su ser y virtud, y la fuerza de su operación y movimiento, y no puede pasar de allí: así como el fuego y la piedra, que tienen virtud y movimiento natural, y fuerza para llegar al centro de su esfera, y no pueden pasar de allí, ni dejar de llegar ni de estar allí, si no es por algún impedimento contrario y violento. Según esto diremos, que la piedra, cuando en alguna manera está dentro de la tierra, aunque no sea en lo más profundo de ella, está en su centro en alguna manera; porque está dentro de la esfera de su centro y actividad, y movimiento; pero no diremos que está en el más profundo centro, que es el medio de la tierra; y así siempre le queda virtud y fuerza é inclinación para bajar y llegar hasta este más último y profundo centro, si se le quita el impedimento de delante: y cuando llegare, y no hubiere de suyo más virtud é inclinación para más movimiento, diremos que está en el más profundo centro suyo.

El centro del alma es Dios, á el cual cuando ella hubiere llegado según la capacidad de su ser, y según la fuerza de su operación é inclinación, habrá llegado á su último y más profundo centro suyo en Dios, que será cuando con todas sus fuerzas entienda y ame y goce á Dios; y cuando no ha llegado á tanto como esto, "cual acaece en esta vida mortal, en que no puede llegar el alma á Dios según todas sus fuerzas,, aunque esté en este su centro, que es Dios, por gracia, y por la comunicación suya, que con ella tiene, por cuanto todavía tiene movimiento y fuerza para más, y no está satisfecha; aunque esté en el centro, no empero en el más profundo, pues puede ir á más profundo de Dios (1). "Es pues de notar, que el amor es la inclinación del alma, y la fuerza y virtud que tiene para ir á Dios, porque mediante el amor se une el alma con Dios; y así cuantos más grados de amor tuviere, tanto más profundamente entra en Dios, y se concentra con él; de donde podemos decir, que cuantos grados de amor el alma

(1) Profundo en Dios. (Ms. de Sevilla).

puede tener, tantos centros puede tener en Dios, uno más adentro que otro; porque el amor más fuerte, es más unitivo. Y de esta manera podemos entender las muchas mansiones, que dijo el Hijo de Dios haber en la casa de su Padre (Joan. XIV, 2). De manera que para que el alma esté en su centro, que es Dios, según lo que habemos dicho, basta que tenga un grado de amor, porque por uno sólo se une con él por gracia,, (1); y si tuviese dos grados, habrá unidose y concentrándose con Dios otro centro más adentro; y si llegase á tres, concentrarse como tres; y si llegase hasta el último grado, llegará á herir el amor de Dios hasta el más profundo centro del alma, que será trasformarla, y esclarecerla según todo el ser y potencia y virtud de ella, según es capaz de recibir, hasta ponerla que parezca Dios: bien así, como cuando el cristal limpio y puro es embestido de la luz, que cuantos más grados de luz va recibiendo, tanto más se va en él reconcentrando la luz, y tanto más se va esclareciendo; y puede llegar á tanto por la copiosidad de luz que recibe, que venga él á parecer todo luz, y no se divise entre la luz, estando él esclarecido en ella todo lo que puede recibir de ella, que es venir á parecer como ella.

Y así en decir el alma aquí que la llama de amor hiere en su más profundo centro, es decir, que cuanto alcanza la sustancia, virtud y fuerza del alma, la hiere y embiste el Espíritu Santo, "lo cual dice, no porque quiera dar á entender aquí que sea ésta tan sustancial y enteramente como en la beatífica vista de Dios en la otra vida, porque aunque el alma llegue en esta vida mortal á tan alto estado de perfección como aquí va hablando, no llega, ni puede llegar, al estado perfecto de gloria; aunque por ventura por vía de paso acaezca hacerla Dios alguna merced semejante; pero dícelo para dar á entender la copiosidad y abundancia de deleite y gloria que en esta manera de comunicación en el Espíritu Santo siente: el cual deleite es mayor, y más tierno, cuanto más fuerte y más sustancialmente está trasformada, y reconcentrada en Dios el alma: que por ser tanto

(1) Variado.—A fin de que los lectores conozcan á primera vista cuáles son los párrafos que el Santo añadió y cuáles los que varió al escribir segunda vez la Llama, procuraremos indicarlo.

como lo más á que en esta vida se puede llegar (aunque como decimos, no tan perfecto como en la otra), lo llama el más profundo centro; aunque por ventura el hábito de la Caridad puede el alma tener en esta vida tan perfecto como en la otra; mas no la operación ni el fruto; aunque el fruto y la operación del amor crecen tanto de punto en este estado, que es muy semejante á la otra; tanto, que pareciéndole á el alma ser así, osa decir, lo que solamente se osa decir de la otra; es á saber, *en el más profundo centro de mi alma*. Y porque las cosas raras y de que hay poca experiencia, son más maravillosas, y menos creíbles, cual es la que vamos diciendo del alma en este estado, no dudo sino que algunas personas, no lo entendiendo por ciencia, ni sabiéndolo por experiencia, ó no lo creerán, ó lo tendrán por demasía; ó pensarán que no es tanto como ello es en si; mas á todos estos yo respondo, que el padre de las lumbres, cuya mano no es abreviada, y con abundancia se difunde sin aceptación de personas, do quiera que halla lugar, como el rayo del sol, mostrándose también á ellos en los caminos y vías alegremente, no duda, ni tiene en poco tener sus deleites con los hijos de los hombres de mancomún en la redondez de la tierra. Y no es de tener por increíble, que á un alma ya examinada, y probada y purgada en el fuego de tribulaciones, y trabajos, y variedad de tentaciones, y hallada fiel en el amor, deje de cumplirse en esta fiel alma en esta vida lo que el Hijo de Dios prometió, conviene á saber: que si alguno le amase vendría la Santísima Trinidad en él, y morarían de asiento en él (Joan XIV, 23), lo cual es ilustrándole el entendimiento divinamente en la sabiduría del Hijo, y deleitándole la voluntad en el Espíritu Santo, y absorbiéndola el Padre poderosa y fuertemente en el abismo de su dulzura. Y si esto usa con algunas almas, como es verdad que lo usa de hacer, de creer es, que esta de que vamos hablando, no se quedará atrás en estas mercedes de Dios; pues lo que de ella vamos diciendo, según la operación del Espíritu Santo, que en ella hace, es mucho más que en la comunicación (1) y trasformación de amor que

(1) «Es mucho mayor que la que en la comunicación, etc.» (Ms. 8.795 de la B. N.)

decimos pasa; porque lo uno es como ascua encendida; lo otro, según habemos dicho, como ascua en que tanto se afervora el fuego, que no solamente está encendida, sino echando llama viva. Y así estas dos maneras, de unión solamente, y de amor y unión con inflamación de amor,, (1), son en cierta manera comparadas al fuego de Dios, que dice Isaías, que está en Sión, y al horno de Dios, que está en Jerusalén (XXXI, 9), que lo uno-significa á la Iglesia militante, en que está el fuego de la caridad no en extremo encendido; y la otra significa visión de paz, que es la triunfante, donde este fuego está como en horno encendido en perfección de amor: que aunque, como habemos dicho, esta alma no ha llegado á tanta perfección como está en el cielo, todavía en comparación de la unión común, es como horno encendido, con visión tanto más pacífica y gloriosa y tierna, cuanto la llama es más clara y resplandeciente, que es el fuego en el carbón. Por tanto, sintiendo el alma que esta viva llama del amor vivamente le está comunicando todos los bienes, porque este divino amor todo lo trae consigo, dice: *¡Oh llama de amor viva, que tiernamente hieres!*, que es como si dijera: ¡Oh encendido amor, que con tus amorosos movimientos regaladamente estás glorificándome, según la mayor capacidad y fuerza de mi alma!, es á saber, dándome inteligencia divina, según toda la habilidad y capacidad de mi entendimiento; y comunicándome el amor, según la mayor fuerza de mi voluntad, y deleitándome en la sustancia del alma, con el torrente de tu deleite en tu divino contacto y junta sustancial, según la mayor pureza de mi sustancia y capacidad y anchura de mi memoria. Y esto acaece así, y más de lo que se puede y alcanza á decir, á el tiempo que se levanta en el alma esta llama de amor; que por cuanto el alma, según su sustancia y potencias, memoria, entendimiento y voluntad, está bien purgada y pura, la Sabiduría divina, que, como dice el Sabio, toca en todas las partes por su limpieza (Sap. VII, 24), profunda y sutil y subidamente con su divina llama la absorbe en sí, y en aquel absorbimiento del alma en la sabiduría,

(1) Añadido.

el Espíritu Santo ejercita los vibramientos gloriosos de su llama; y por ser tan suave dice el alma luego:

Pues ya no eres esquiva.

Es á saber, pues ya no afliges, ni aprietas, ni fatigas como antes hacías; porque conviene saber, que esta llama de Dios, cuando el alma estaba en estado de purgación espiritual, que es cuando va entrando en contemplación, no le era tan amigable y suave, como ahora lo es en este estado de unión (1). Y en declarar como esto sea, nos habemos de detener algún tanto.

En lo cual es de saber, que antes que este divino fuego de amor se introduzca y se una en la sustancia del alma por acabada y perfecta purgación y pureza, esta llama, que es el Espíritu Santo, está hiriendo en el alma, gastándole y consumiéndole las imperfecciones de sus malos hábitos; y ésta es la operación del Espíritu Santo, en la cual la dispone para la debida unión y trasformación de amor en Dios. Porque es de saber, que el mismo fuego de amor, que después se une con el alma, glorificándola, es el que antes la embiste purgándola; bien, así como el mismo fuego que entra en el madero es el que primero le está embistiendo é hiriendo con su llama, enjugándole y desnudándole de sus feos accidentes, hasta disponerle con su calor, tanto, que pueda entrar en él, y trasformarle en sí: y esto llaman los espirituales via purgativa. En el cual ejercicio el alma padece mucho detrimento, y siente graves penas en el espíritu, que de ordinario redundan en el sentido, siéndole esta llama muy esquiva;

(1) Casi toda la explicación de este verso se omitió en la primera edición de estas Obras, y ha continuado omitiéndose en todas las que hasta el presente se han publicado. La razón que hubo para dejar de imprimirla no fué otra, que repetir aquí el Santo lo que ya había escrito en la Noche oscura. Razón por cierto insuficiente: en primer lugar, porque no lo dice al mismo propósito; en segundo lugar, porque esta doctrina sirve para confirmar y aclarar la que enseñó en dicho Tratado; y en tercer lugar, porque cita precisamente el Santo este mismo pasaje en el *Cántico espiritual* (pág. 327). Publicamos este trozo en «El Monte Carmelo» (15 de Noviembre de 1910), revista que dirigen los Carmelitas Descalzos de Burgos. Advertimos después que estaba impreso, aunque sin decir que era del Santo, en la *Mística Teología* del Padre Bretón. (Véase la pág. XLIX del tomo I de estas Obras.)

porque en esta disposición de purgación no le es esta llama clara, sino oscura; “que si alguna luz le dá es para ver sólo y sentir sus miserias y defectos,,; ni le es suave, sino penosa, porque aunque alguna vez le pega calor de amor es con tormento, y aprieto; y no le es deleitable, sino seca, “porque aunque algunas veces por su benignidad le da algún gusto para esforzarla y animarla, antes y después que acaece, lo lasta y paga con otro tanto trabajo,,; ni le es refici-nadora y pacífica, sino consumidora y argüidora, “haciéndola desfallecer y penar en el conocimiento propio,,; y así no le es gloriosa, porque antes la pone miserable y amarga en la luz espiritual que le da de propio conocimiento, enviando Dios fuego (como dice Jeremias en los Trenos) en sus huesos, y enseñándola (I, 13); y, como también dice David, examinándola en fuego (Ps. XVI, 3). Y así en esta sazón padece el alma acerca del entendimiento grandes tinieblas; acerca de la voluntad grandes sequedades y aprietos; y en la memoria grave noticia de sus miserias, por cuanto el ojo espiritual está muy claro en el conocimiento propio; y en la sustancia del alma padece desamparo y suma pobreza (1); seca y fría, y á veces caliente, no hallando en nada alivio, ni aun pensamiento que la consuele (2), ni aun poder levantar (3) el corazón á Dios, habiéndosele puesto esta llama tan esquiva, como dice Job, que en este ejercicio hizo Dios con él, diciendo: Mudado te me has en cruel. (XXX, 21.) “Porque cuando estas cosas juntas padece el alma, le parece verdaderamente que Dios se ha hecho cruel contra ella y desabrido,,.

“No se puede encarecer lo que el alma padece en este tiempo, es á veces muy poco menos que el purgatorio. Y no sabría yo ahora dar á entender esta esquividad cuanta sea, ni hasta donde llega lo que en ella se pasa y siente, sino con lo que á este propósito dice Jeremias con estas palabras,,: Yo varón que veo mi pobreza en la vara

(1) *Profunda* pobreza. (Ms. de Burgos.)

(2) «Ni *un* pensamiento que la consuele.» (Ms. de Baeza.) Ni un solo pensamiento que la consuele. (Ms. de Alba y el P. Bretón).

(3) Ni poder levantar. (Mss. de Alba, Benedictinos de Burgos y Carmelitas Descalzas de Toledo.) El P. Bretón: «Ni *un* poder levantar».

de su indignación. Hame amenazado, y trájome á las tinieblas, y no á la luz. Tanto ha vuelto y convertido su mano contra mí. Hizo envejecer mi piel y mi carne, y desmenuzó mis huesos; cercóme en derredor, y rodeóme de hiel y trabajo; en tenebrosidades me colocó como los muertos sempiternos; edificó en derredor de mí, porque no salga; agravóme las prisiones. Y demás de esto, cuando hubiere dado voces y rogado, ha excluido mi oración. Cerróme mis caminos con piedras cuadradas, y trastornó mis pisadas, y mis sendas. (Thren. III, 1-9.) Todo esto dice Jeremías, y va allí diciendo mucho más: que por cuanto en esta manera está Dios medicinando y curando al alma en sus muchas enfermedades para darle la salud, por fuerza ha de penar según su dolencia en la tal purga y cura; porque aquí le pone Tobías el corazón sobre las brasas, para que en él se extrique, y desenvuelva todo género de demonios (VI, 8); “y así aquí van saliendo á luz todas sus enfermedades, poniéndoselas en cura Dios, y delante de sus ojos á sentir. Y las flaquezas y miserias, que antes el alma tenía asentadas, y encubiertas en sí (las cuales antes no veía, ni sentía), ya con la luz, y calor del fuego divino las ve y las siente; así como la humedad, que había en el madero, no se conocía hasta que dió en él el fuego, y le hizo sudar y humear y resplandecer; y así se há el alma imperfecta cerca de esta llama; porque, ¡oh cosa admirable!, levántanse en el alma á esta sazón, contrarios contra contrarios: los del alma contra los de Dios, que embisten en el alma; y, como dicen los filósofos, unos relucen cerca de los otros; y hacen la guerra en el sujeto del alma, padeciéndola ella, procurando los unos expeler á los otros, por reinar ellos en ella, conviene á saber, las virtudes y propiedades de Dios en extremo perfectas, contra los hábitos y propiedades del sujeto del alma en extremo imperfectas, padeciendo ella dos contrarios en sí. Porque como esta llama es de extremada luz, embistiendo ella en el alma, su luz luce en las tinieblas del alma, que también son extremadas; y el alma entonces siente sus tinieblas naturales y viciosas, que se oponen contra la sobrenatural luz. Y no siente la luz sobrenatural, porque no la tiene en sí como sus tinieblas, que las tiene en sí, y las tinieblas no comprenden la luz; y así estas

tinieblas tuyas sentirá en tanto que la luz las embistié (porque no pueden las almas ver sus tinieblas, sino embistié en ellas la divina luz), y hasta que expeliéndolas la luz divina, quede ilustrada el alma y trasformada, y vea en sí á la luz, habiendo sido limpiado, y fortalecido el ojo espiritual por la luz divina.,

“Porque inmensa luz en vista impura y flaca, totalmente le hará tinieblas, sujetando el eminente sensible la potencia: y así érale esta llama esquiva en la vista del entendimiento. Y porque esta llama, de suyo en extremo es amorosa y tierna, tierna y amorosamente embiste en la voluntad; y como la voluntad de suyo es seca y dura en extremo (y lo duro se siente cerca de lo tierno, y la sequedad cerca del amor), embistiendo ésta llama amorosa y tiernamente en la voluntad, siente la voluntad su natural dureza y sequedad para con Dios; y no siente el amor y ternura de la llama, (estando ella prevenida con dureza y sequedad, en que no caben estos otros contrarios de ternura y amor), hasta que siendo expelidos por ellos, reine en la voluntad amor y ternura de Dios. Y de esta manera era esta llama esquiva á la voluntad, haciéndola sentir y padecer su dureza y sequedad. Y ni más, ni menos, porque esta llama es amplísima é inmensa, y la voluntad es estrecha y angosta, siente su estrechura y angostura la voluntad en tanto que la llama la embiste, hasta que dando en ella, la dilate y ensanche, y haga capaz de sí misma; y también, porque esta llama es sabrosa y dulce, y la voluntad tenía el paladar del espíritu destemplado, con humores de destempladas aficiones, érala desabrida y amarga, y no podía gustar el dulce manjar del amor de Dios. Y de esta manera siente también la voluntad su aprieto y sinsabor, cerca de esta amplísima y sabrosísima llama, y no siente el sabor de ella, porque no le tiene en sí, sino lo que tiene en sí, que es su miseria; y finalmente, porque esta llama es de infinitas riquezas, y bondad, y deleites, y el alma de suyo es pobrísima, y no tiene bien ninguno con que satisfaga, conoce y siente claramente sus miserias y pobreza y malicia cerca de estas riquezas y bondad y deleites; y no conoce las riquezas y bondad y deleites de la llama (porque la malicia no comprende á la bondad, ni

la pobreza á las riquezas, etc.), hasta tanto que esta llama acabe de purificar al alma, y con su trasformación la enriquezca, glorifique y deleite. De esta manera le era antes esquivada esta llama á el alma sobre lo que se puede decir, peleando en ella unos contrarios contra otros, Dios, que es todas las perfecciones, contra todos los hábitos imperfectos de ella, hasta que trasformándola en sí la suavice, y pacifique, y aclarezca, como el fuego hace al madero cuando ha entrado en él.,

“Esta purgación en pocas almas acaece tan fuerte: sólo en aquéllas que el Señor quiere levantarlas á más alto grado de unión; porque á cada una dispone con purga más ó menos fuerte, según el grado á que la quiere levantar, y según también la impureza é imperfección de ella,, (1), y así esta pena se parece á la del purgatorio; porque así como allí se purgan los espíritus para poder ver á Dios, por la clara visión en la otra vida, así en su manera se purgan aquí las almas, para poder trasformarse en él por amor, en esta unión. La intensión de esta purgación, y cómo es en más, y cómo en menos; y cuándo es según el entendimiento, y cuándo según la voluntad; y cómo según la memoria; y cuándo y cómo también según la sustancia del alma; y también, cuándo según todo; y la purgación según la parte sensitiva; y cómo se conocerá cuándo lo es la una y la otra, y á qué tiempo, y punto y sazón del camino espiritual comienza, porque lo tratamos en la *Noche oscura* de la *Subida del Monte Carmelo*, y no hace ahora á nuestro propósito, no lo digo. Basta saber ahora, que el mismo Dios, que quiere entrar en el alma por unión y trasformación de amor, es el que antes está embistiendo en ella y purgándola con la luz y calor de su divina llama; así como el mismo fuego que entra en el madero, es el que le dispone antes que entre, como hemos dicho; y así la misma que ahora le es suave estando dentro embestida en ella, le era antes esquivada estando fuera embistiendo en ella. Y esto es lo que quiere dar á entender cuando le dice el alma

(1) Todo este pasaje está bastante diferente y más compendiado en la primera Llama. Tiene ésta aquí, sin embargo, un párrafo que no se halla en los manuscritos de la segunda escritura. (Véase).

el presente verso: *Pues ya no eres esquivia*, que en suma es como si dijera: pues ya no solamente no me eres obscura como antes, pero eres la divina lumbre de mi entendimiento, con que te puedo ya mirar; y no solamente no haces desfallecer mi flaqueza, mas antes eres la fortaleza de mi voluntad, con que te puedo amar y gozar, estando toda convertida en divino amor; y ya no eres pesadumbre y aprieto para la sustancia de mi alma, mas antes eres la gloria y deleite y anchura de ella: pues que de mí se puede decir lo que se canta en los divinos Cantares diciendo: ¿Quién es ésta, que sube del desierto abundante en deleites, estribando sobre su amado, acá y allá vertiendo amor? (VIII, 5). Pues esto es así,

Acaba ya si quieres.

Es á saber, acaba ya de consumir conmigo perfectamente el matrimonio espiritual con tu beatífica vista; “porque ésta es la que aquí pide el alma,, que aunque es verdad que en este estado tan alto, está el alma tanto más conforme, y satisfecha, cuanto más trasformada en amor, y para sí ninguna cosa sabe, ni acierta á pedir, sino todo para su Amado, pues la caridad, como dice San Pablo (1. ad Cor. XIII, 5), no pretende para sí sus cosas, sino para el amado todavía, por cuanto vive en esperanza, en que no se puede dejar de sentir vacío, tiene tanto de gemido, aunque suave y regalado, cuanto le falta para la acabada posesión de la adopción de los hijos de Dios, donde consumándose su gloria, se quietará su apetito, el cual aunque acá más juntura tenga con Dios, nunca se hartará, ni quietará, hasta que parezca su gloria (Ps. XVI, 15), mayormente, teniendo ya el sabor y golosina de ella, como aquí se tiene, que es tal, que si Dios no tuviese aquí favorecida también la carne, amparando el natural con su diestra, como hizo con Moisés en la piedra (Exod. XXXIII, 22), para que sin morir se pudiese ver su gloria; á cada llamarada de éstas, se rompería el natural, y moriría, no teniendo la parte inferior vaso para sufrir tanto y tan subido fuego de gloria. Y por esto este apetito, y la petición de él, no es aquí con pena, que no está aquí el alma capaz de tenerla, sino con deseo suave, y deleitable, pidiendo la conformi-

dad de su espíritu y sentido, que por eso dice en el verso: *Si quieres*; porque está la voluntad y apetito tan hecho uno con Dios, que tiene por su gloria cumplirse lo que Dios quiere. Pero son tales las asomadas de gloria y amor que en estos toques se traslucen quedar por entrar á la puerta del alma, no cabiendo por la angostura de la casa terrestre, que antes sería poco amor no pedir entrada en aquella perfección y cumplimiento de amor. Porque además de esto ve allí el alma que en aquella fuerza deleitable, y comunicación del Esposo, la está el Espíritu Santo provocando y convidando “en aquella inmensa gloria, que le está proponiendo ante sus ojos,, con maravillosos modos y suaves afectos, diciéndole en su espíritu lo que en los Cantares á la Esposa, lo cual refiere ella diciendo: Mirad lo que me está diciendo mi Esposo: levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; pues que ya ha pasado el invierno y la lluvia se fué y alejó; y las flores han aparecido en nuestra tierra; y ya ha llegado el tiempo de podar, y la voz de la tortolilla se ha oído en nuestra tierra; la higuera ha producido sus frutos; las floridas viñas han dado su olor; levántate, amiga mía, graciosa mía, y ven paloma mía en los horados de la piedra, en la caverna de la cerca: muéstrame tu rostro suave, suéne tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso (II, 10-14). Todas estas cosas siente el alma, y las entiende distintísimamente, en subido sentido de gloria, que la está mostrando el Espíritu Santo, en aquel tierno y suave llamear “con gana de entrarla en aquella gloria,,; y por eso ella aquí provocada responde diciendo: *acaba ya si quieres*; en lo cual le pide al Esposo aquellas dos peticiones, “que él nos enseñó en el Evangelio, conviene á saber: *Adveniat regnum tuum; fiat voluntas tua* (Matt. VI, 10); y es así, como si dijera: *acaba*, es á saber, de darme este reino; *si quieres*, esto es, según es tu voluntad., Y para que así sea

Rompe la tela de este dulce encuentro.

“La cual tela es la que impide este tan grande negocio: porque es fácil cosa llegar á Dios, quitados los impedimentos, y rompidas las telas que dividen la junta entre el alma y Dios. Las telas que

pueden impedir esta junta, y que se han de romper para que se haga, y posea perfectamente el alma á Dios, podemos decir que son tres,, conviene á saber: temporal, en que se comprenden todas las criaturas; natural, en que se comprenden las operaciones é inclinaciones puramente naturales. La tercera sensitiva, en que se comprende la unión del alma con el cuerpo, que es vida sensitiva y animal, de que dice San Pablo: Sabemos que si esta nuestra casa terrestre se desata, tenemos habitación de Dios en los cielos (2. ad Cor. V, 1). Las dos primeras telas de necesidad se han de haber rotpido para llegar á esta posesión de unión de Dios, en que todas las cosas del mundo estén negadas y renunciadas, y todos los apetitos, y afectos naturales mortificados, y las operaciones del alma de naturales ya hechas divinas. Todo lo cual se rompió é hizo en el alma por los encuentros esquivos de esta llama, cuando era ella esquivia; porque con la purgación espiritual que arriba hemos dicho acaba el alma de romper con estas dos telas (1), y de ahí viene á unirse con Dios, como aquí está, y no queda de romper más que la tercera de la vida sensitiva, que por eso dice aquí *tela*, y no *telas*, porque no hay más que ésta que romper, la cual por ser tan sutil y delgada, y espiritualizada con esta unión de Dios, no la encuentra la llama rigurosa y esquivamente, como á las otras dos hacía, sino sabrosa y dulcemente: “que por eso dice aquí y llama *dulce encuentro*, el cual es tanto más dulce y sabroso, cuanto más le parece que le va á romper la tela de la vida: donde es de saber, que el morir natural de las almas que llegan á este estado, aunque la condición de su muerte, cuanto al natural es semejante á las demás, pero en la causa y en el modo de la muerte hay mucha diferencia, porque si las otras mueren muerte causada por enfermedad, ó por longura de días, éstas, aunque en enfermedad mueran, ó en cumplimiento de edad, no las arranca el alma sino algún impetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados, y más poderoso y valeroso, pues pudo romper la tela y llevarse la joya del alma,, (2). Y así la muerte de semejantes

(1) *Acábanse en* el alma de romper las dos telas. (Ms. B.) (2) Añadido.

almas es muy suave, y muy dulce, más que les fué la vida espiritual toda su vida; pues que mueren con más subidos ímpetus, y encuentros sabrosos de amor, siendo ellas como el Cisne, que canta más dulcemente cuando se muere, que por eso dijo David: Que era preciosa la muerte de los santos en el acatamiento de Dios (Ps. CXV, 15), “porque por aquí vienen en uno á juntarse todas las riquezas del alma,,; y van allí á entrar los ríos del amor del alma en la mar, los cuales están allí tan anchos, y represados, que parecen ya mares; juntándose allí lo primero y lo postrero de sus tesoros, para acompañar al justo, que va y parte para su reino, oyéndose las alabanzas desde los fines de la tierra, que, como dice Isaias, son glorias del justo (XXIV, 16). Sintiendo, pues, el alma á la sazón de estos gloriosos encuentros tan al canto de salir (1) á poseer acabada y perfectamente su reino, en las abundancias de que se ve estar enriquecida (porque aquí se conoce pura y rica y llena de virtudes y dispuesta para ello); porque en este estado deja Dios al alma ver su hermosura, y fíale los dones y virtudes que le ha dado, porque todo se le vuelve en amor y alabanzas, sin toque de presunción ni vanidad, no habiendo ya levadura de imperfección que corrompa la masa, y como ve que no le falta más que romper esta flaca tela de vida natural en que se siente enredada, presa é impedida su libertad, con deseo de ser desatada y verse con Cristo, haciéndole lástima que una vida tan “baja y flaca la impida otra tan alta y fuerte, pide que se rompa diciendo: *Rompe la tela deste dulce encuentro,,*. Y llámala tela por tres cosas: la primera, por la travazón que hay entre el espíritu y la carne; la segunda, porque divide entre Dios y el alma; la tercera, porque, así como la tela no está tan opaca (2) y condensa que no se pueda traslucir lo claro por ella, así en este estado parece esta travazón tan delgada tela, por estar ya muy espiritualizada é ilustrada y adelgazada, que no se deja de traslucir la Divinidad en ella. Y como siente el alma la fortaleza de la otra vida, echa de ver la flaqueza de

(1) Mss. de Sevilla, Baeza, Alba y Toledo.—El de Burgos dice: «Tan al *cabo* de subir.

(2) «Tan *tupida*.» (Ms. de Sevilla.)

estotra. Y parécele mucho delgada tela, y aun tela de araña, como la llama David, diciendo: *Anni nostri sicut aranea meditabuntur*. Nuestros años como la araña meditarán (Ps. LXXXIX, 9). Y aún es mucho menos delante del alma que así está engrandecida; porque como está puesta en el sentir de Dios, siente las cosas como Dios, delante del cual, como también dice David, mil años son como el día de ayer que pasó (Ps. LXXXIX, 4); y según Isaías, todas las gentes son como si no fuesen ante él (XL, 17). Y ese mismo tomo tienen delante del alma, que todas las cosas le son nada, y ella es para sus ojos nada: sólo su Dios para ella le es el todo.

Pero hay aquí que notar ¿por qué razón pide aquí más que rompa la tela, que la corte ó que la acabe, pues todo parece una cosa? Podemos decir que por cuatro cosas: la primera por hablar con más propiedad, porque más propio es del encuentro romper, que cortar y que acabar; la segunda, porque el amor es amigo de fuerza de amor y de toque fuerte é impetuoso: lo cual se ejercita más en el romper que en el cortar y acabar; la tercera, porque el amor apetece que el acto sea brevísimo, porque se cumpla más presto (1); y tiene tanta más fuerza y valor cuanto es más breve y más espiritual. Porque la virtud unida más fuerte es que la esparcida, é introdúcese el amor al modo que la forma en la materia, que se introduce en un instante, y hasta entonces no había acto, sino disposiciones para él. Y así los actos espirituales, como en un instante se hacen en el alma, “porque son infusos de Dios; pero los demás que el alma de suyo hace, más se pueden llamar disposiciones de deseos y afectos sucesivos, que nunca llegan (2) á ser actos perfectos de amor ó contemplación, sino algunas veces cuando (como digo) Dios los forma y perfecciona con gran brevedad en el espíritu; por lo cual dijo el sabio que el fin de la oración es mejor que el principio; y lo que comunmente se dice, que la oración breve penetra los cielos,, (3). De donde el alma

(1) «Se acabe más presto.» (Ms. de Sevilla).

(2) Los manuscritos de la primera Llama dicen: «Que muy pocos llegan.»

(3) Añadido y corregido.

que ya está dispuesta, muchos más y más intensos actos puede hacer en breve tiempo que la no dispuesta en mucho, “y aun por la gran disposición que tiene se suele quedar por mucho tiempo en el acto de amor ó contemplación,, (1), y á la que no está dispuesta todo se le va en disponer el espíritu, y aun después se suele quedar el fuego por entrar en el madero, “ahora por la mucha humedad de él, ahora por el poco calor que dispone, ahora por lo uno y por lo otro,,; mas en el alma dispuesta por momentos entra el acto de amor, porque la centella á cada toque prende en la enjuta yesca; y así el alma enamorada más quiere la brevedad del romper que el espacio del cortar y acabar. La cuarta es, porque se acabe más presto la tela de la vida, porque el cortar y acabar hácese con más acuerdo, porque se espera que la cosa esté sazónada ó acabada ó algún otro término; y el romper no espera al parecer madurez ni nada de eso. “Y esto quiere el alma enamorada, que no sufre dilaciones de que se espere á que naturalmente se acabe la vida ni á que en tal ó tal tiempo se corte,, (2), porque la fuerza del amor y la disposición que en sí ve la hacen querer y pedir se rompa luego la vida con algún encuentro ó impetu sobrenatural de amor. Sabe muy bien aquí el alma que es condición de Dios llevar antes de tiempo consigo las almas “que él mucho ama, perfeccionando en ellas en breve tiempo por medio de aquel amor,, (3), lo que en mucho tiempo por su ordinario paso pudieran ir ganando; porque esto es lo que dice el Sabio: El que agrada á Dios es hecho amado, y viviendo entre los pecadores fué trasladado y arrebatado, porque la malicia no mudara su entendimiento ó la ficción no engañara su alma. Consumido en breve, cumplió muchos tiempos. Porque era su alma agradable á Dios, por tanto se apresuró á sacarle de en medio, etc. (Sap. IV, 10-14.) “Hasta aquí son palabras del Sabio, en las cuales se verá con cuánta propiedad y razón usa el alma de aquel término *romper*. Pues en ellas usa el Espíritu Santo de estos dos términos, *arrebatar* y *apresurar*, que son ajenos de toda dilación en lo que hace. En apresurarse Dios da á entender la prisa

(1) Añadido.

(2) Añadido.

(3) Añadido.

con que hizo perfeccionar en breve el amor del justo; y en el arrebatarse da á entender llevarle antes de su tiempo natural,, (1).

Por eso es gran negocio para el alma ejercitar en esta vida los actos de amor, porque consumándose en breve, no se detenga mucho acá ó allá sin ver á Dios.

Pero veamos ahora por qué también á este embestimiento interior del Espíritu Santo le llama *encuentro* más que otro nombre alguno. Y es la razón, porque sintiendo el alma en Dios infinita gana, como habemos dicho, de que se acabe la vida, y que como no ha llegado el tiempo de su perfección, no se hace, echa de ver que para consumarla y llevarla de la carne, hace él en ella estos embestimientos divinos y gloriosos á manera de encuentros, “que como son á fin de purificarla y sacarla de la carne,, verdaderamente son encuentros con que siempre penetra, endiosando la sustancia del alma, haciéndola divina. En lo cual absorbe al alma “sobre todo ser,, el ser de Dios. Y la causa es, porque la encontró Dios y la traspasó en el Espíritu Santo vivamente, cuyas comunicaciones son impetuosas, cuando son afervoradas, como lo es este encuentro, al cual, porque el alma vivamente gusta de Dios, llama *dulce*; no porque otros muchos toques y encuentros que en este estado recibe, dejen de ser dulces, sino por la eminencia que tiene sobre todos los demás; porque lo hace Dios, como habemos dicho, á fin de desatarla y glorificarla presto: de donde á ella le nacen alas para decir: *Rompe la tela*, etc.

Resumiendo, pues, ahora toda la canción, es como si dijera: ¡Oh llama del Espíritu Santo que tan íntima y tiernamente traspasas la sustancia de mi alma y la cauterizas con tu glorioso ardor!, pues ya estás tan amigable que te muestras con gana de dárteme en vida eterna; si antes de ahora mis peticiones no llegaban á tus oídos, cuando con ansias y fatigas de amor, en que penaba mi sentido y espíritu por la mucha flaqueza é impureza mía y poca fortaleza de amor que tenía, te rogaba me desatasés y llevases contigo, porque con deseo te deseaba mi alma, porque el amor impaciente no me

(1) Añadido.

dejaba conformar tanto con esta condición de vida que tú querías que aún viviese; y si los pasados impetus de amor no eran bastantes, “porque no eran de tanta calidad para alcanzarlo,, ahora que estoy tan fortalecida en el amor, que no sólo no desfallece mi sentido y espíritu en ti, mas antes fortalecidos de ti, mi corazón y mi carne se gozan en Dios vivo (Ps. LXXXIII, 2) con grande conformidad de las partes: donde lo que tú quieres que pida, pido; y lo que tú no quieres, no quiero, ni aun puedo, ni me pasa por pensamiento querer; y pues son ya delante de tus ojos más validas y estimadas mis peticiones, pues salen de ti y “tú me mueves á ellas,, y con sabor y gozo en el Espíritu Santo te lo pido, saliendo ya mi juicio de tu rostro (Ps. XVI, 2), que es cuando los ruegos precias y oyes, rompe la tela delgada de esta vida y no la dejes llegar á que la edad y años naturalmente la corten, para que te pueda amar desde luego con la plenitud y hartura que desea mi alma sin término ni fin.

CANCIÓN II

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado!

DECLARACIÓN

En esta canción da á entender el alma cómo las tres personas de la Santísima Trinidad Padre é Hijo y Espíritu Santo son los que hacen en ella esta divina obra de unión. Y así la *mano* y el *cauterio* y el *toque*, en sustancia son una misma cosa, y pónelos estos nombres por cuanto por el efecto que hace cada una les conviene. El *cauterio* es el Espíritu Santo; la *mano* es el Padre; y el *toque* el Hijo. Y así engrandece aquí el alma al Padre é Hijo y Espíritu Santo, encareciendo tres grandes mercedes y bienes que en ella hacen, por haberla

trocado su muerte en vida, trasformándola en sí. La primera es *llaga regalada*, y ésta atribuye al Espíritu Santo; y por eso la llama *cauterio suave*. La segunda es *gusto de vida eterna*, y ésto atribuye al Hijo; y por eso la llama *toque delicado*. La tercera es haberla trasformado en sí, que es dádiva con que queda bien pagada el alma, y ésta atribúyese al Padre; y por eso la llama *mano blanda*. Y aunque aquí nombra las tres, por causa de las propiedades de los efectos, sólo con uno habla, diciendo: *En vida la has trocado*, porque todos ellos obran en uno, y así todo lo atribuye á uno, y todo á todos. Síguese el verso:

¡Oh cauterio suave!

“Este cauterio, como habemos dicho, es aquí el Espíritu Santo, porque como,, dice Moisés en el Deuteronomio: Nuestro Señor Dios es fuego consumidor (IV, 24); es á saber, fuego de amor, el cual como sea de infinita fuerza, inestimablemente puede consumir y transformar en sí á el alma que tocara. Pero á cada una abrasa “y absorbe,, como la halla dispuesta: á una más, y á otra menos; y esto cuanto él quiere, y cómo y cuando quiere. Y como él sea infinito fuego de amor, cuando él quiere tocar á el alma algo apretadamente, es el ardor del alma en tan sumo grado de amor, que le parece á ella que está ardiendo sobre todos los ardores del mundo; que por eso “en esta junta llama ella al Espíritu Santo,, *cauterio*; porque “asi como en el cauterio,, es donde está el fuego más intenso y vehemente y hace mayor efecto que en los demás ignitos, “así al acto de esta unión, por ser de inflamado fuego de amor más que todos los otros, por eso le llama *cauterio* respecto de ellos,, Y por cuanto este divino fuego, en este caso, tiene trasformada el alma en sí, no solamente siente *cauterio*, mas toda ella está hecha un cauterio de vehemente fuego. Y es cosa admirable y digna de contar, que con ser este fuego de Dios tan vehemente y consumidor, que con mayor facilidad consumiría mil mundos que el fuego de acá una raspa de lino, no consume y acabe “el alma en que arde de esta manera, ni menos le dé pesadumbre alguna, sino que antes á la medida de la fuerza del

amor la endiosa y deleita, abrasando y ardiendo en ella suavemente,, (1). Y esto es así, por la pureza y perfección del espíritu en que arde (2) en el Espíritu Santo, como acaeció en los *Actos de los Apóstoles*, donde viniendo este fuego con grande vehemencia abrasó á los discípulos (II, 3), los cuales, como dice San Gregorio (Hom. 30 in Evang.) interiormente ardieron en amor suavemente; y esto es lo que da á entender la Iglesia, cuando dice al mismo propósito: Vino fuego del cielo, no quemando, sino resplandeciendo; no consumiendo, sino alumbrando. (In officio feriæ 2.^a Pent.) Porque en estas comunicaciones, como el fin de Dios es engrandecer al alma, no la fatiga y aprieta, sino ensánchala y deléitala; “no la oscurece ni enceniza, como el fuego hace al carbón, sino,, clarificala y enriquécela, que por eso le dice ella *cauterio suave*.

Y así la dichosa alma que por grande ventura á este cauterio llega, todo lo sabe, todo lo gusta, todo lo que quiere hace, y se prospera, y ninguno prevalece delante de ella, ni le toca; porque esta alma es de quien dice el Apóstol: El espiritual todo lo juzga, y él de ninguno es juzgado (1. ad Cor. II, 15). *Et iterum*: El espiritual todo lo rastrea, hasta lo profundo de Dios (Ibid. 10). Porque esta es la propiedad del amor, escudriñar todos los bienes del Amado. ¡Oh gran gloria de almas que merecéis llegar á este estado de sumo fuego, en el cual, pues, hay infinita fuerza para consumiros y aniquilaros, está claro que no consumiéndoo, inmensamente os consuma en gloria!

No os maravilléis que Dios llegue á algunas almas altamente hasta aquí, pues que el sol se particulariza (3) en hacer algunos efectos maravillosos, el cual, como dice el Espíritu Santo, de tres maneras abraza los montes “esto es, de los santos,,.

Siendo, pues, este cauterio tan suave como aquí se ha dado á entender, ¿cuán regalada creemos que estará el alma que de él fuere tocada?: queriéndolo ella decir no lo dice, sino quédase “con la

(1) Añadido.

(2) Ms. de Sevilla: «Con que arde.»

(3) «Singulariza.» (Mss. de Baeza y Burgos.)

estimación en el corazón y con el encarecimiento en la boca,, por este término *Oh*, diciendo: ¡*Oh cauterio suave!*

¡*Oh regalada llaga!*

“Habiendo el alma hablado con el cauterio, habla ahora con la llaga que hace el cauterio; y como el cauterio era *suave*, según se ha dicho, la llaga según razón ha de ser conforme al cauterio. Y así llaga de cauterio suave será *llaga regalada*, porque siendo el cauterio de amor *suave*, ella será *llaga de amor suave*, y así será regalada suavemente.,,

“Y para dar á entender cómo sea esta llaga con quien ella aquí habla, es de saber, que el cauterio del fuego material, en la parte do asienta siempre hace llaga, y tiene esta propiedad, que si se asienta sobre otra llaga que no era de fuego, la hace que sea de fuego: y eso tiene este cauterio de amor, que en el alma que toca, ahora esté llagada de otras llagas de miserias y pecados, ahora esté sana, luego la deja llagada de amor; y ya las que eran llagas de otra causa, quedan hechas llagas de amor. Pero en esto hay diferencia de este amoroso cauterio al del fuego material, que éste la llaga que hace no la puede volver á sanar, sino se aplican otros medicables. Pero la llaga del cauterio de amor no se puede curar con otra medicina, sino que el mismo cauterio que la hace, la cura, y el mismo que la cura, curando, la hace (1), porque cada vez que toca el cauterio de amor con la llaga de amor, hace mayor llaga de amor; y así cura y sana más, por cuanto llaga más; porque el amante, cuanto más llagado, está más sano, y la cura que hace el amor es llagar y herir sobre lo llagado, hasta tanto que la llaga sea tan grande que toda el alma venga á resolverse en llaga de amor. Y de esta manera ya toda cauterizada y hecha una llaga de amor, está toda sana en amor, porque está transformada en amor. Y en esta manera se entiende la llaga de que aquí habla el alma, toda llagada, y toda sana. Y porque, aunque está

(1) «Curando la cura, la hace.» (Ms. de Sevilla.)

toda llagada y toda sana, el cauterio de amor no deja de hacer su oficio, que es tocar y herir de amor, por cuanto ya está todo regalado y todo sano, el efecto que hace es regalar la llaga, como suele hacer el buen médico: por eso dice bien aquí el alma: *Oh llaga regalada*.

“¡Oh, pues, llaga tanto más regalada, cuanto es más alto y subido el fuego de amor que la causa, porque habiéndola hecho el Espíritu Santo solo á fin de regalar, y como su deseo y voluntad de regalar á el alma sea grande, grande será esta llaga, porque grandemente será regalada! ¡Oh dichosa llaga, hecha por quien no sabe sino sanar! ¡Oh venturosa, y mucho dichosa llaga, pues no fuiste hecha sino para regalo, y la calidad de tu dolencia es regalo y deleite del alma llagada! Grande eres ¡oh deleitable llaga! porque es grande el que te hizo; y es grande tu regalo, pues el fuego de amor, que es infinito, según tu capacidad y grandeza te regala. ¡Oh, pues, regalada llaga, y tanto más subidamente regalada, cuanto más en el íntimo centro de la sustancia del alma tocó el cauterio, abrasando todo lo que se pudo abrasar, para regalar todo lo que se puede regalar!,, (1).

Este cauterio y esta llaga podemos entender que es el más alto grado que en este estado puede ser, porque hay otras muchas maneras de cauterizar Dios á el alma, que ni llegan aquí ni son como ésta, porque ésta es toque sólo de la divinidad en el alma, sin forma ni figura alguna intelectual ni imaginaria. “Pero otra manera de cauterizar al alma con forma intelectual suele haber muy subida y es en esta manera: Acaescerá que estando el alma inflamada en amor de Dios (aunque no esté tan calificada como aquí habemos dicho, pero harto conviene que lo esté para lo que aquí quiero decir), que sienta embestir en ella un Serafin con una flecha ó dardo encendidísimo en fuego de amor, traspasando á esta alma que ya está encendida como ascua, ó, por mejor decir, como llama, y cauterizarla subidamente; y entonces en este cauterizar traspasándola con aquella saeta, apresúrase la llama del alma y sube de punto con vehemencia, al modo que un encendido horno ó fragua, cuando le hornaguean ó

(1) Añadido.

trabucan el fuego, se afervora la llama; y entonces, al herir de este encendido dardo, siente la llaga el alma en deleite soberano (1); porque demás de ser ella toda removida en gran suavidad al trabucamiento y moción impetuosa causada por aquel serafin, en que siente grande ardor y derretimiento de amor, siente la herida fina y la yerba, con que vivamente iba templado el hierro, como una viva punta en la sustancia del espíritu, como en el corazón del alma traspasado. Y en este íntimo punto de la herida, que parece que da en la mitad del corazón del espíritu, que es donde se siente lo fino del deleite, ¿quién podrá hablar como conviene? porque siente el alma allí como un grano de mostaza muy mínimo, vivísimo y encendidísimo, el cual de sí envía en circunferencia un vivo y encendido fuego de amor; el cual fuego, naciendo de la sustancia y virtud de aquel punto vivo, donde está la sustancia y virtud de la yerba, se siente difundir sutilmente por todas las espirituales y sustanciales venas del alma, según su potencia y fuerza, en lo cual siente ella convalescer y crecer tanto el ardor,, (2); y en ese ardor afinase tanto el amor que parecen en ella mares de fuego amoroso, que llega á lo alto y bajo de las máquinas, llenándolo todo el amor. “En lo cual parece al alma que todo el universo es un mar de amor en que ella está engolfada, no echando de ver término ni fin donde se acabe ese amor, sintiendo en sí, como habemos dicho, el vivo punto y centro de el amor,, (3). Y lo que aquí goza el alma, no hay más que decir, sino que allí siente cuán bien comparado está en el Evangelio el reino de los cielos al grano de mostaza, que por su gran calor, aunque tan pequeño, crece en árbol grande. (Matt. XIII, 31.) Pues que el alma se ve hecha como un inmenso fuego de amor, “que nace de aquel punto encendido del corazón del espíritu.,,

Pocas almas llegan á tanto como esto; más algunas han llegado, mayormente las de aquellos cuya virtud y espíritu se había de difundir en la sucesión de sus hijos, dando Dios la riqueza y valor á las

(1) «Sobre manera.» (Ms. de Sevilla.) «Sobre todo encarecimiento.» (Ms. de la primera Llama.)

(2) Variado.

(3) Añadido.

cabezas en las primicias del espíritu, según la mayor ó menor suceso que habían de tener en su doctrina y espíritu.

Volvamos, pues, á la obra que hace aquel serafin, que verdaderamente es llagar y herir “interiormente en el espíritu., Y así, si alguna vez da Dios licencia para que salga algún efecto afuera en el sentido corporal, al modo que hirió dentro, sale la herida y llaga fuera, como acaeció cuando el Serafin hirió (1) al Santo Francisco, que llagándole el alma de amor “en las cinco llagas, también salió en aquella manera el efecto de ellas al cuerpo, imprimiéndolas también en el cuerpo, y llagándole también, como las había impreso en su alma, llagándola de amor., (2). Porque Dios “ordinariamente., ninguna merced hace al cuerpo que primero y principalmente no la haga en el alma, y entonces cuanto mayor es el deleite y fuerza de amor que causa la llaga dentro en el alma, tanto mayor es el dolor de fuera en la llaga del cuerpo; y creciendo lo uno crece lo otro; lo cual acaesce así, porque estando estas almas purificadas y fuertes en Dios, lo que á su corruptible carne es causa de dolor y tormento, en el espíritu fuerte y sano le es dulce y sabroso. Y así es cosa maravillosa sentir crecer el dolor con el sabor; la cual maravilla echó bien de ver Job en sus llagas, cuando dijo á Dios: *Reversusque, mirabiliter me crucias*. Volviéndote á mí, maravillosamente me atormentas (X, 16). Porque maravilla grande es, y cosa digna de la abundancia de la suavidad y dulzura que tiene Dios escondida para los que le temen (Ps. XXX, 20), hacer gozar tanto más sabor y dulzura, cuanto más dolor y tormento se siente (3). Pero cuando el llagar es “solamente., en el alma sin que se comunique fuera, puede ser el deleite más intenso y más subido, porque como la carne tenga enfrenado el espíritu, cuando los bienes espirituales de él se comunican también á ella, ella tira la rienda y enfrena la boca á este ligero caballo del espíritu y apágale su gran brio, “porque si él usa de su fuerza, la rienda se ha de romper; pero hasta que ella se rompa, no deja de

(1) «Llago» (Ms. de Burgos y los de la 1.^a Llama.) (2) Añadido.

(3) Los manuscritos de la 1.^a Llama añaden aquí un parráfillo. (Véase.)

tenerle oprimido de su libertad, porque como el Sabio dice,, (1): El cuerpo corruptible agrava el alma; y la terrena habitación oprime el sentido espiritual que de suyo comprende muchas cosas. (Sap. IX, 15.) “Esto digo para que entiendan, que el que siempre se quisiere ir arrimando á la habilidad y discurso natural para ir á Dios, no será muy espiritual, porque hay algunos que piensan que á pura fuerza y operación del sentido, que de suyo es bajo y no más que natural, pueden venir á llegar á las fuerzas y alteza del espíritu sobrenatural, á que no se llega sin que el sentido corporal con su operación sea negado y dejado aparte. Pero otra cosa es cuando del espíritu se deriva efecto espiritual en el sentido, porque cuando así es, antes puede acaescer (2) de mucho espíritu, como se ha dado á entender en lo que habemos dicho de las llagas, que de la fuerza interior salen afuera,, (3) y como en San Pablo, que del gran sentimiento que tenia de los dolores de Cristo “en el alma,, le redundaba en el cuerpo, según él dá á entender á los de Galacia, diciendo: Yo en mi cuerpo traigo las heridas de mi Señor Jesús. (VI, 17.)

“Del cauterio y de la llaga basta lo dicho, los cuales, siendo tales como aquí se han pintado, ¿cuál creemos que será la mano con que se da este cauterio y cuál el toque? El alma lo muestra en el verso siguiente, más encareciéndolo que declarando, diciendo así,,

¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado!

“La cual mano, según habemos dicho, es el piadoso y omnipotente Padre. La cual habemos de entender,, (4) que pues es tan generosa y dadivosa cuanto poderosa y rica, ricas y poderosas dádivas dará al alma cuando se abre para hacerla mercedes, y así la llama *mano blanda*, que es como si dijera: ¡oh mano tanto más blanda para esta mi alma, que tocas asentándola blandamente, cuanto si la asentases algo pesada hundirías todo el mundo: pues de tu solo mirar la tierra se extremece (Ps. CIII, 32), las gentes se desatan y desfallecen y los

(1) Añadido.

(3) Añadido y variado.

(2) «Suele acaecer.» (Ms. de Burgos.)

(4) Añadido.

montes se desmenuzan (Habac. III, 6)! ¡Oh, pues, otra vez *blanda mano*, pues que así como fuiste dura y rigurosa para Job (XIX, 21), tocándole tantico asperamente, para mí eres tanto más amigable y suave, que para él fuiste dura, cuanto más amigable y graciosa y blandamente de asiento tocas en mi alma; porque tú haces morir y tú haces vivir, y no hay quien rehuya de tu mano! Mas tú, oh divina vida, nunca matas, sino para dar vida, así como nunca llagas sino es para sanar. “Cuando castigas, suavemente (1) tocas, y eso basta para consumir el mundo; pero cuando regalas, muy de propósito asientas; y así del regalo de tu dulzura no hay número,, (2). Llagásterme para sanarme (Deuter. XXXII, 39) ¡oh divina mano! y mataste en mí lo que me tenía muerta sin la vida de Dios en que ahora me veo vivir. Y esto hiciste tú con la liberalidad de tu generosa gracia de que usaste conmigo en el toque con que me tocaste del resplandor de tu gloria y figura de tu sustancia (Hebr. I, 3), que es tu Unigénito Hijo, en el cual, siendo él tu sabiduría, tocas fuertemente desde un fin hasta otro fin (Sap. VIII, 1); “y este Unigénito Hijo tuyo, ¡oh mano misericordiosa del Padre!, es el toque delicado con que me tocaste en la fuerza de tu cauterio y me llagaste,, (3).

¡Oh, pues, tu toque delicado, Verbo Hijo de Dios, que por la delicadez de tu ser divino penetras sutilmente la sustancia de mi alma, y tocándola toda delicadamente, en tí la absorbes toda en divinos modos de deleites y suavidades nunca oídos en la tierra de Canaán ni vistas en Teman (Baruc. III, 22)! ¡Oh, pues, mucho, y en grande manera mucho delicado toque del Verbo, para mí tanto más, cuanto habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Oreb con la sombra de tu poder y fuerza que iba delante de tí, te diste “más suave y fuertemente,, á sentir al profeta en el silbo de aire delicado (3. Reg. XIX, 11-12)! Oh aire delgado, como eres aire delgado y delicado, di: ¿cómo tocas delgada y delicadamente, Verbo, Hijo de Dios, siendo tan terrible y poderoso? ¡Oh dichosa, y

(1) «Levemente.» (Mss. de Baeza y Burgos.)

(2) Añadido.

(3) Añadido.

muy mucho dichosa, el alma á quien tocares delgada y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso! Di esto al mundo; “mas no se lo quieras decir al mundo,, porque no sabe él de aire delgado y no te sentirá (1), porque no te puede recibir ni te puede ver (Joan. XIV, 17), ¡oh Dios mío y vida mía!; sino aquéllos te verán, y sentirán tu toque delgado que enajenándose del mundo se pusieren en delgado, conviniendo delgado con delgado, “y así te podrán sentir y gozar: á los cuales,, tanto más delgadamente tocas, cuanto por estar ya adelgazada y pulida y purificada la sustancia de su alma, enajenada de toda criatura y de todo rastro “y de todo toque de ella,, estás tú escondido morando muy de asiento en ella: y en eso les abscondes á ellos en el escondrijo de tu rostro (que es el Verbo) de la conturbación de los hombres (Ps. XXX, 21). ¡Oh, pues, otra vez, y muchas veces delicado toque, tanto más fuerte y poderoso, cuanto más delicado; pues que con la fuerza de tu delicadez deshaces y apartas el alma de todos los demás toques “de las cosas criadas,, y la adjudicas y unes sólo para tí, y tan delicado efecto y dejo dejas en ella, que todo otro toque de todas las cosas altas y bajas le parece grosero y bastardo, si al alma toca, y le ofende aun mirarle, y le es pena y grave tormento tratarle y tocarle!

Y es de saber, que tanto más ancha y capaz es la cosa, cuanto más delgada es en sí; y tanto más difusiva y comunicativa es, cuanto es más sutil y delicada. “El Verbo es inmensamente sutil y delicado, que es el toque que toca al alma. El alma es el vaso ancho y capaz, por la delgadez y purificación grande que tiene en este estado. ¡Oh, pues, toque delicado!, que tanto más copiosa y abundantemente te infundes en mi alma, cuanto tienes de más sutileza y mi alma de más pureza,,

“Y también es de saber que cuanto más sutil y delicado es el toque, tanto más deleite y regalo comunica donde toca; cuanto menos, menos tomo y bulto tiene el toque. Este toque divino ningún bulto ni tomo tiene, porque el Verbo que le hace es ajeno de todo

(1) «No te *recibirá*.» (Ms. de Sevilla.)

modo y manera y libre de todo tomo, de forma, y figura, y accidentes, que es lo que suele ceñir y poner raya y término á la sustancia; y así este toque de que aquí se habla, por cuanto es sustancial (es á saber de la divina sustancia) es inefable,, (1): Oh, pues, finalmente, toque inefablemente delicado de el Verbo, pues no se hace en el alma menos que con tu simplicísima sustancia y con tu íntimo ser (2), el cual como es infinito, infinitamente es delicado, y por tanto tan sutil y amorosa y eminentemente y delicadamente toca.

Que á vida eterna sabe.

Que aunque no es en perfecto grado, es en efecto cierto sabor de vida eterna, como arriba queda dicho, que se gusta en este toque de Dios. Y no es increíble que sea así, creyendo, como se ha de creer, que este toque es toque de sustancia, es á saber, de sustancia de Dios en sustancia del alma, al cual en esta vida han llegado muchos santos. De donde la delicadez del deleite que en este toque se siente, es imposible decirse, ni yo querría hablar en ello, porque no se entienda que aquello no es más de lo que se dice, que no hay vocablos para declarar y nombrar cosas tan subidas de Dios como en estas almas pasan, de las cuales el propio lenguaje es entenderlo para sí, y sentirlo para sí, y callarlo y gozarlo el que lo tiene. Porque echa de ver el alma aquí en cierta manera ser estas cosas como el cálculo que dice San Juan que se daría al que venciese, y en el cálculo un nombre escrito que ninguno le sabe sino el que le recibe (Apoc. II, 17); y así sólo se puede decir y con verdad, *que á vida eterna sabe*, que aunque en esta vida no se goza perfectamente como en la gloria, con todo eso, este toque, por ser toque de Dios, á vida eterna sabe. Y así gusta el alma aquí de todas las cosas de Dios, comunicándosele la fortaleza, sabiduría y amor, hermosura, gracia y bondad, etc. Que como Dios sea todas estas cosas, gústalas el alma en un sólo toque

(1) Añadido y variado.

(2) «Con tu simplicísimo y sincerísimo ser.» (Ms. de Burgos.) «Con tu sencillísimo y simplicísimo ser.» (Ms. de Baeza.)

de Dios; y así el alma, según sus potencias y su sustancia goza. Y de este bien de que el alma goza, á veces redundan en el cuerpo “la unción del Espíritu Santo,, y goza toda la sustancia sensitiva, y todos los miembros y huesos y médulas, no tan remisamente como comunmente suele acaecer, sino con sentimiento de grande deleite y gloria, que se siente hasta en los últimos artejos de pies y manos. Y siente el cuerpo tanta gloria en la del alma, que en su manera engrandece á Dios sintiéndole en sus huesos, conforme aquello que David dice: *Omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi?* Todos mis huesos dirán: Dios, ¿quién habrá semejante á ti? (Ps. XXXIV, 10). Y porque todo lo que de esto se puede decir es menos, por eso basta decir así de lo corporal como de lo espiritual *que á vida eterna sabe.*

Y toda deuda paga.

“Esto dice el alma, porque en el sabor de vida eterna que aquí gusta, siente la retribución de los trabajos que ha pasado para venir á este estado, en el cual no solamente se siente pagada y satisfecha al justo, pero con grande exceso premiada. De manera que entiende bien la verdad de la promesa del Esposo en el Evangelio que daría ciento por uno (Matth. XIX, 23). De manera que no hubo tribulación, ni tentación, ni penitencia, ni otro cualquier trabajo que haya pasado, á que no corresponda ciento tanto de consuelo y deleite en esta vida. De manera que puede muy bien decir ya el alma: *Y toda deuda paga,,* (1).

“Y para saber cómo y cuáles sean estas deudas de que aquí el alma se siente pagada, es de notar, que de vía ordinaria ningún alma puede llegar á este alto estado y reino del desposorio,, (2), que no pase primero por muchas tribulaciones y trabajos; porque como se dice en los *Actos de los Apóstoles*, por muchas tribulaciones conviene entrar en el reino de los cielos (XIV, 21), las cuales ya en este estado son pasadas; porque de aquí adelante, porque el alma está purificada, no padece.

(1) Añadido.

(2) Variado.

“Los trabajos, pues, que padecen los que han de venir á este estado, son en tres maneras, conviene á saber: trabajos y desconsuelos, temores y tentaciones de parte del siglo, y esto de muchas maneras; tentaciones y sequedades y aflicciones de parte del sentido; tribulaciones, tinieblas, aprietos, desamparos, tentaciones y otros trabajos de parte del espíritu. Porque de esta manera se purifique según las partes, espiritual y sensitiva, de la manera que dijimos en la declaración del cuarto verso de la primera canción. Y la razón por qué son necesarios estos trabajos para llegar á este estado, es, porque así como un subido licor no se pone sino en un vaso fuerte, preparado y purificado, así esta altísima unión (1) no puede caer en el alma que no sea fortalecida con trabajos y tentaciones, y purificada con tribulaciones, tinieblas y aprietos; porque por lo uno se purifica y fortalece el sentido, y por lo otro se adelgaza y purifica y dispone el espíritu; porque así como para unirse con Dios en gloria los espíritus impuros, pasan por las penas del fuego en la otra vida; así para la unión de perfección en ésta, han de pasar por el fuego de estas dichas penas, el cual en unos obra más y en otros menos fuertemente,, (2); en unos más largo tiempo, en otros menos, según el grado de unión á que Dios los quiere levantar, y conforme á lo que ellos tienen que purgar.

Por estos trabajos en que Dios pone al alma y sentido, va ella cobrando virtudes, fuerza y perfección con amargura: porque la virtud en la flaqueza se perfecciona (2. ad Cor. XII, 9), y en el ejercicio de pasiones se labra: porque no puede servir y acomodarse el hierro en la inteligencia del artífice sino es por fuego y martillo, según del fuego dice Jeremías que le puso en inteligencia, diciendo: Envió fuego en mis huesos y enseñóme (I, 13). Y del martillo dice también Jeremías: Castigáste me, Señor, y quedé enseñado (XXXI, 18). Por lo cual dice el Eclesiástico: El que no es tentado, ¿qué puede saber? y el que no es experimentado, pocas cosas conoce (XXXIV, 3).

Y aquí nos conviene notar la causa por qué hay tan pocos que lleguen á tan alto estado de perfección de unión de Dios: en lo cual

(1) Altísima *unción*. (Ms. de Burgos.)

(2) Añadido.

es de saber que no es, porque Dios quiera que haya pocos espíritus levantados (1), que antes querría que todos fuesen perfectos, sino que halla pocos vasos que sufran tan alta y subida obra, que como los prueba en lo menos, y los halla flojos, de suerte que luego huyen de la labor, no queriendo sujetarse al menor desconsuelo y mortificación, obrando con maciza paciencia, de aquí es que no hallándolos fuertes y fieles en aquello poco que les hacía merced de comenzarlos á desbastar y labrar, “echa de ver que lo serán mucho menos en lo mucho,, , y así no va adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra, por la labor de la mortificación, para la cual era menester mayor constancia y fortaleza que ellos muestran. “Y así hay muchos que desean pasar adelante y con gran continuación piden á Dios los traiga y pase á este estado de perfección; y cuando Dios los quiere comenzar á llevar por los primeros trabajos y mortificaciones, según es necesario, no quieren pasar por ellas, y hurtan el cuerpo, huyendo el camino angosto de la vida, buscando el ancho de su consuelo, que es el de la perdición; y así no dan lugar á Dios para recibir lo que le piden, cuando él se lo comienza á dar, y así se quedan como vasos inútiles; porque queriendo ellos llegar al estado de los perfectos, no quisieron ser llevados por el camino de los trabajos de ellos; pero ni aun casi comenzar á entrar en él, sujetándose á lo que era menos, que era lo que comunmente se suele padecer,, (2). Puédese responder á éstos aquello de Jeremías que dice: Si corriendo tú con los que iban á pie, trabajaste, ¿cómo podrás contender á atenerte con los caballos?; y como hayas tenido quietud en la tierra de paz ¿qué harás en la soberbia del Jordán? (XII, 5). Lo cual es como si dijera: Si con los trabajos que á pie llano ordinaria y humanamente acaecen á todos los vivientes, por tener tú tan corto paso tenías tú tanto trabajo, que te parecía que corrías, ¿cómo podrás igualar con el paso del caballo, que es ya trabajos más que ordinarios y comunes para que se requiere mayor fuerza y ligereza que de

(1) «No es porque no quiera que hubiese muchos de los espíritus levantados.» (Ms. B.)

(2) Añadido.

hombre? Y si tú no has querido dejar de conservar la paz y gusto de tu tierra, que es tu sensualidad, no queriendo armar guerra ni contradecirla en alguna cosa, no sé yo cómo querrás entrar en las impetuosas aguas de tribulaciones y trabajos del espíritu que son de más adentro.

¡Oh almas que queréis andar seguras y consoladas “en las cosas del espíritu! si supiéredes cuánto os conviene padecer sufriendo para venir á esa seguridad y consuelo, y cómo sin ésto no se puede venir á lo que el alma desea, sino antes volver atrás, en ninguna manera buscárades consuelo, ni de Dios, ni de las criaturas; mas antes llevaríades la cruz, y puestos en ella querriades beber allí la hiel y vinagre puro,, (1), y lo habríades á gran dicha, viendo como muriendo así al mundo y á vosotras mismas, viviríades á Dios en deleites de espíritu; y así sufriendo con paciencia y fidelidad lo poco exterior, mereceríades que pusiese Dios los ojos en vosotras para purgaros y limpiaros más adentro, por algunos trabajos espirituales más de adentro, para daros bienes más de adentro. Porque muchos servicios han de haber hecho á Dios, y mucha paciencia y constancia han de haber tenido, y muy aceptos han de haber sido delante de él en su vida y obras á los que él hace tan señalada merced de tentarlos más adentro, “para aventajarlos en dones y merecimientos,, como lo hizo con el Santo Tobías, á quien dijo San Rafael, que por haber sido acepto á Dios, le había hecho aquella merced de enviarle la tentación que le probase más, para engrandecerle más (XII, 13). Y así todo lo que le quedó de vida después de aquella tentación lo tuvo en gozo, como dice la Escritura Divina. Ni más ni menos vemos en el Santo Job, que en aceptando que aceptó Dios sus obras delante de los espíritus buenos y malos, luego le hizo merced de enviarle aquellos grandes trabajos para engrandecerle “después mucho más, como lo hizo multiplicándole los bienes en lo espiritual y temporal (I, II, et XLII, 12). De la misma manera lo hace Dios con los que quiere aventajar según la ventaja principal: que les hace y deja tentar, para

(1) Variado.

levantarlos todo lo que puede ser, que es llegar á la unión con la sabiduría divina, la cual, como dice David, es plata examinada con fuego, probada en la tierra (Ps. XI, 7), es á saber, de nuestra carne, y purgada siete veces, que es lo más que puede ser. Y no hay para qué detenernos más aquí en decir qué siete purgaciones sean éstas y cuál cada una de ellas, para venir á esta sabiduría, y cómo les responden siete grados de amor en esta sabiduría, la cual todavía en esta vida le es al alma como esta plata que dice David, aunque más unión en ella tenga; mas en la otra le será como oro,, 1).

Conviénele mucho, pues, al alma estar en gran paciencia y constancia en todas las tribulaciones y trabajos que la pusiere Dios de fuera y de dentro, espirituales y corporales, mayores y menores, tomándolo todo como de su mano para su bien y remedio, y no huyendo de ellos, pues son sanidad para ella: tomando en esto el consejo del Sabio que dice: *Si spiritus potestatem habentis ascenderit super te, locum tuum ne dimiseris: quia curatio faciet cessare peccata maxima*. Si el espíritu del que tiene la potestad descendiere sobre tí, no desampares tu lugar (Eccl. X, 4), esto es, el lugar y puesto de tu probación, que es aquel trabajo que te envía; porque la curación, dice, hará cesar muy grandes pecados, esto es, cortarte há las raíces de tus pecados é imperfecciones, que son los hábitos malos; “porque el combate de los trabajos, aprietos y tentaciones apagan los hábitos malos é imperfectos del alma y la purifican y fortalecen. Por lo cual el alma ha de tener en mucho cuando Dios le envía trabajos interiores y exteriores, entendiendo que son muy pocos los que merecen ser consumados por pasiones, padeciendo á fin de venir á tan alto estado,, (2).

Volviendo, pues, á nuestra declaración: conociendo aquí el alma que todo le ha salido bien y que ya *sicut tenebræ ejus ita et lumen ejus* (Ps. CXXXVIII, 12); y que como fué participante de las tribulaciones, lo es ahora de las consolaciones y del reino (2. ad Cor. I, 7), habiéndole muy bien respondido á los trabajos interiores y exte-

(1) Variado y añadido.

(2) Mudado.

riores con bienes divinos del alma y del cuerpo, sin haber trabajo que no tenga su correspondencia de grande galardón, confiésalo como ya bien satisfecha, diciendo: *Y toda deuda paga*. Dando á Dios gracias en este verso, como tambien hizo David en el suyo por haberle sacado de los trabajos, diciendo: ¡Cuántas tribulaciones me mostraste muchas y malas, y de todas ellas me libraste, y de los abismos de la tierra otra vez me sacaste; multiplicaste tu magnificencia, y volviéndote á mi, me consolaste! (LXX, 20-21). Asi esta alma, que antes que llegase á este estado, estaba fuera (sentada como Mardoqueo á las puertas del palacio llorando en las plazas de Susan el peligro de su vida, vestido de silicio, no queriendo recibir la vestidura de la reina Ester (Ester. IV, 1), ni habiendo recibido algún galardón por los servicios hechos al rey, y la fe que habia tenido en defender su honra y vida), en un día, como al mismo Mardoqueo, la pagan aquí todos sus trabajos y servicios, haciéndola no sólo entrar dentro del palacio y que esté delante del rey vestida con vestiduras reales, sino que también se le ponga la corona y el cetro y silla real, con posesión del anillo del rey, para que todo lo que quisiere haga, y lo que no quisiere no haga, en el reino de su Esposo; porque los de este estado todo lo que quieren alcanzan. “En lo cual no solamente queda pagada, más aún quedan muertos los judíos sus enemigos, que son los apetitos imperfectos, que le andaban quitando la vida espiritual, en que ya ella vive según sus potencias y apetitos,, (1); que por eso dice ella luego:

Matando, muerte en vida la has trocado.

Porque la muerte no es otra cosa sino privación de la vida, en viniendo la vida no queda rastro de muerte. Acerca de lo espiritual, dos maneras hay de vida: una es beatifica, que consiste en ver á Dios, y ésta se ha de alcanzar por muerte corporal y natural, como dice San Pablo, diciendo: Sabemos que si esta nuestra casa de barro se desatare, tenemos morada de Dios en los cielos (2. ad

(1) Variado.

Cor. V, 1). La otra es vida espiritual perfecta, que es posesión de Dios por unión de amor; y ésta se alcanza por la mortificación de todos los vicios y apetitos y de su misma naturaleza totalmente. Y hasta tanto que esto se haga, no se puede llegar á la perfección de esta vida espiritual de unión con Dios, según también lo dice el Apóstol por estas palabras diciendo: Si viviéredes según la carne, moriréis; pero si con el espíritu mortificáredes los hechos de la carne, viviréis (Rom. VIII, 13). De donde es de saber que lo que aquí el alma llama muerte es todo el hombre viejo, que es el uso de las potencias memoria, entendimiento y voluntad, ocupado y empleado en cosas del siglo, y los apetitos y gustos de criaturas. Todo lo cual es ejercicio de vida vieja, la cual es muerte de la nueva, que es la espiritual, en la cual no podrá vivir el alma perfectamente sino muere también perfectamente al hombre viejo, como el Apóstol lo amonesta, diciendo: Que se desnuden el hombre viejo y se vistan del hombre nuevo, que según el omnipotente Dios es criado en justicia y santidad (Ephes. IV, 22). En la cual vida nueva, que es cuando ha llegado á esta perfección de unión con Dios, como aquí vamos tratando, todos los apetitos del alma y sus potencias según sus inclinaciones y operaciones (que de suyo eran operación de muerte y privación de vida espiritual) se truecan en divinas. Y como quiera que cada viviente viva por su operación, como dicen los filósofos, teniendo el alma sus operaciones en Dios por la unión que tiene con Dios, vive vida de Dios; y así se ha trocado su muerte en vida, que es vida animal (1) en vida espiritual. Porque el entendimiento, que antes de esta unión entendía naturalmente con la fuerza y vigor de su lumbre natural por la vida de los sentidos corporales, es ya movido é informado de otro más alto principio de lumbre sobrenatural de Dios, dejados aparte los sentidos; y así se ha trocado en divino, porque por la unión su entendimiento y el de Dios todo es uno. Y la voluntad, que antes amaba baja y muertamente sólo con su afecto natural, ahora ya se ha trocado en vida de amor divino, porque ama altamente

(1) «Vida natural.» (Ms. de Burgos.)

con afecto divino, movida por la fuerza y virtud del Espíritu Santo, en que ya vive vida de amor (1); porque por medio de esta unión ya la voluntad de él y la de ella sola es una voluntad. Y la memoria, que de suyo percibía sólo las figuras y fantasmas de las criaturas, es trocada por medio de esta unión á tener en la mente los años eternos que dice David (Ps. LXXVI, 6). Y el apetito natural, que sólo tenía habilidad y fuerza para gustar el sabor de criatura, que obra muerte, ahora está trocado en gusto y sabor divino, movido y satisfecho ya por otro principio, donde está más á lo vivo, que es el deleite de Dios; porque está unido con él; y así ya sólo es apetito de Dios. Y finalmente, todos los movimientos y operaciones é inclinaciones que antes el alma tenía del principio y fuerza de su vida natural, ya en esta unión son trocados en movimientos divinos, “muertos á su operación é inclinación, y vivos en Dios,,. Porque el alma, como ya verdadera hija de Dios, en todo es movida por el Espíritu de Dios, como enseña San Pablo, diciendo: Que los que son movidos por el Espíritu de Dios, son hijos del mismo Dios (Rom. VIII, 14). De manera, que, según lo que está dicho, el entendimiento de esta alma es entendimiento de Dios, y la voluntad suya es voluntad de Dios, y su memoria memoria eterna de Dios, y su deleite deleite de Dios. Y la sustancia de esta alma, aunque no es sustancia de Dios, porque no puede sustancialmente convertirse en él, pero estando unida como aquí está con él y absorba en él, es Dios (2) por participación de Dios; lo cual acaesce en este estado perfecto de vida espiritual, aunque no tan perfectamente como en la otra. Y de esta manera está muerta el alma á todo lo que era en sí, que esto era muerte para ella, y viva á lo que es Dios en sí; y por eso hablando ella de sí dice bien en el verso (3): *Matando, muerte en vida la has trocado*.

De donde puede el alma muy bien decir aquí aquello de San Pablo: Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo (Gal. II, 20). De esta manera está trocada la muerte de esta alma en vida de Dios, y le

(1) Vida de Dios. (Ms. de Burgos.)

(2) Y asimismo absorba, está hecha Dios. (Ms. de Sevilla.)

(3) Añadido.

cuadra también el dicho del Apóstol que dice: *Absorta est mors in victoria* (1, ad Cor. XV, 54), con el que dice también el Profeta Oseas en persona de Dios diciendo: *Ero mors tua, oh mors!* ¡Oh muerte!, yo seré tu muerte (XIII, 14); que es como si dijera: yo que soy la vida, siendo muerte de la muerte, la muerte quedará absorta en vida; de esta suerte está el alma absorta en vida divina, agenada de todo lo que es secular, temporal y apetito natural, introducida en la secreta morada del rey, donde se goza y alegra en su amado, acordándose de sus pechos sobre el vino, diciendo: Aunque soy morena, soy hermosa, hijas de Jerusalén, porque mi negrura natural se trocó en hermosura del rey celestial (1) (Cant. I, 3, 4). En este estado de vida tan perfecta siempre el alma anda interior y exteriormente como de fiesta y trae con gran frecuencia en el paladar de su espíritu un júbilo de Dios grande, como un cantar siempre nuevo, envuelto en alegría y en amor y en conocimiento de su feliz estado. A veces anda con gozo y fruición, diciendo en su espíritu aquellas palabras de Job, que dicen: Mi gloria se innovará siempre, y como palma multiplicaré yo los días (XXIX, 20); que es como decir: Dios, que permaneciendo en sí siempre de una manera, todas las cosas innova, como dice el sabio, estando ya siempre unido en mi gloria, siempre innovará mi gloria; esto es, no la dejará volver á vieja, como antes lo era; y multiplicaré los días como la palma; esto es, mis merecimientos hacia el cielo, como la palma hacia él envía sus enhiestas. “Porque los merecimientos del alma que está en este estado, son ordinariamente grandes en número y calidad, y también anda comunmente cantando á Dios en su espíritu,, (2) todo lo que dice David en el salmo que comienza *Exaltabo te, Domine, quoniam suscepisti me* (XXIX), particularmente en aquellos dos versos postreros que dicen: *Convertisti planctum meum in gaudium mihi, etc., conscidisti saccum meum, et circumdedisti me letitia*. Para que te cante mi gloria y ya no sea compungido; Señor Dios mío, y para siempre te

(1) Aquí añade la primera Llama un párrafo bastante notable. (Véase atrás.)

(2) Añadido.

alabaré (Ps. XXIX, 12). “Y no es de maravillar que el alma con tanta frecuencia ande en estos gozos, júbilo y fruición y alabanzas de Dios, porque además del conocimiento que tiene de las mercedes conocidas y recibidas,, (1), siente á Dios aquí tan solícito en regalarla con tan preciosas y delicadas y encarecidas palabras, y de engrandecerla con unas y otras mercedes, que le parece al alma que no tiene él otra en el mundo á quien regalar, ni otra cosa en que se emplear, sino que todo es para ella sola; y sintiéndolo así lo confiesa como la esposa en los Cantares diciendo: *dilectus meus mihi et ego illi* (II, 16).

CANCIÓN III

¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba oscuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su querido!

DECLARACIÓN

“Dios sea servido de dar aquí su favor, que cierto es menester mucho, para declarar la profundidad de esta canción; y el que la leyere habrá menester advertencia, porque si no tiene experiencia quizá le será algo oscura y prolija, como también si la tuviere por ventura, le sería clara y gustosa,,.

“En esta canción el alma encarece y agradece á su Esposo las grandes mercedes que de la unión que con él tiene recibe, por medio de la cual dice aquí que recibe muchas y grandes noticias de sí mismo, todas amorosas, con las cuales alumbradas y enamoradas las potencias y sentido de su alma, que antes de esta unión estaba oscuro y ciego, puedan ya estar esclarecidas y con calor de amor, como lo están, para poder dar luz y amor al que las esclareció y enamoró; porque el verdadero amante entonces está contento cuando

(1) Añadido.

todo lo que él es en sí y vale y tiene y recibe, lo emplea en el amado; y cuanto más ello es, tanto más gusto recibe en darle; y de eso se goza aquí el alma, porque de los resplandores y amor que recibe pueda ella resplandecer delante de su amado y amarle,, (1). Siguese el verso.

¡Oh lámparas de fuego.

Cuanto á lo primero es de saber que las lámparas tienen dos propiedades, que son lucir y dar calor. “Para entender qué lámparas sean éstas que aquí dice el alma y cómo lucen y arden en ella dándole calor,, es de saber, que Dios en su único y simple ser es todas las virtudes y grandezas de sus atributos; porque es omnipotente, es sabio, es bueno, es misericordioso, es justo, es fuerte y amoroso, etc., y otros infinitos atributos y virtudes que no conocemos. Y siendo él todas estas cosas en su simple ser, estando él unido con el alma, cuando él tiene por bien de abrirle la noticia, echa ella de ver distintamente en él todas estas virtudes y grandezas, conviene á saber, omnipotencia, sabiduría y bondad, misericordia, etc.; y como cada una de estas cosas sea el mismo ser de Dios en un solo supuesto suyo, que es el Padre ó el Hijo, ó el Espíritu Santo, siendo cada atributo de éstos el mismo Dios, y siendo Dios infinita luz é infinito fuego divino, como arriba queda dicho, de aquí es que en cada uno de estos atributos (que como dijimos son innumerables) y virtudes suyas, luzca y dé calor como Dios: “y así cada uno de estos atributos es una lámpara que luce al alma y da calor de amor. Y por cuanto en un solo acto de esta unión recibe el alma las noticias de los atributos, juntamente le es al alma el mismo Dios muchas lámparas, que distintamente le lucen en sabiduría y dan calor; pues de cada una tiene distinta noticia, y de ella es inflamada de amor. Y así en todas estas lámparas particularmente el alma anda inflamada de cada una, y de todas ellas juntamente; porque todos estos atributos son un ser, como habemos dicho, y así todas estas lámparas son una lámpara que según sus vir-

(1) Variado y añadido al fin.

tudes y atributos luce y arde como muchas lámparas: por lo cual el alma en un solo acto de la noticia de estas lámparas ama por cada una, y en eso ama por todas juntas, llevando en aquel acto calidad de amor para cada una, y de cada una, y de todas juntas, y por todas juntas; porque el resplandor que le da esta lámpara del ser de Dios en cuanto es omnipotente, le da luz y calor de amor de Dios en cuanto es omnipotente. Y según esto ya Dios le es al alma lámpara de omnipotencia que le da luz, amor y toda noticia según este atributo; y el resplandor que le da esta lámpara según el ser de Dios, en cuanto es sabiduría, le hace luz y calor de amor de Dios en cuanto es sabio; y según esto ya le es Dios lámpara de sabiduría,, (1). Y el resplandor que le da esta lámpara de Dios en cuanto es bondad, le hace al alma luz y calor de amor de Dios en cuanto es bueno; y según esto ya le es Dios lámpara de bondad. Y ni más ni menos le es lámpara de justicia, y de fortaleza, y misericordia, y de todos los demás atributos que allí á el alma juntamente se le representan en Dios. Y la luz que juntamente de todos ellos recibe la comunica el calor de amor de Dios con que ama á Dios, porque es todas estas cosas; y de esta manera en esta comunicación y muestra que Dios hace de si al alma, que á mi ver es la mayor que le puede hacer en esta vida, le es innumerables lámparas que de Dios le dan noticia y amor. Estas lámparas vió Moisés en el monte Sinai, donde pasando Dios apresuradamente delante de él, se postró en la tierra y comenzó á clamar y decir algunas de ellas, diciendo así: Emperador, Señor Dios misericordioso, clemente, paciente, de mucha miseración, verdadero y que guardas misericordia en millares, que quitas los pecados del mundo y maldades y delitos, que ninguno hay inocente de suyo delante de tí (Exod. XXXIV, 6-7). En lo cual se ve que Moisés, los más atributos y virtudes que allí conoció en Dios fueron los de la omnipotencia, señorío, deidad, misericordia, justicia, verdad y rectitud de Dios, que fué altísimo conocimiento de Dios; y porque según el conocimiento de Dios, fué también el amor que se le comunicó, fué subidísimo el

(1) Este párrafo está casi enteramente distinto en la 1.^a Llama.

deleite de amor y fruición que allí tuvo. De donde es de notar; que el deleite que el alma recibe en el arrobamiento de amor, comunicado por el fuego de la luz de estas lámparas, es admirable é inmenso, porque es tan copioso como de muchas lámparas, que cada una abraza en amor, y ayudando también el calor de la una al calor de la otra, y la llama de la una á la llama de la otra, así como también la luz de la una á la luz de la otra, "porque por cualquier atributo se conoce el otro,, y así todas ellas están hechas una luz y un fuego, y cada una una luz y un fuego. Y aquí el alma inmensamente absorba en delicadas llamas, llagada sutilmente de amor en cada una de ellas, y en todas ellas juntas más llagada y viva en amor de vida de Dios; echando ella muy bien de ver, que aquel amor es de vida eterna, la cual es juntura de todos los bienes, como aquí en cierta manera lo siente el alma, conoce bien aquí el alma la verdad de aquel dicho del Esposo en los Cantares, cuando dijo que las lámparas del amor eran lámparas de fuego y de llamas (VIII, 6). ¡Hermosa eres en tus pisadas y calzado, hija del príncipe! (Cant. VII. 1). ¿Quién podrá contar la magnificencia y extrañez de tu deleite y majestad en el admirable resplandor y amor de tus lámparas?

"Cuenta la Escritura divina que una de estas lámparas pasó delante de Abrahám antiguamente, y le causó grandísimo horror tenebroso, porque la lámpara era de la justicia rigurosa que había de hacer adelante, de los *cananeos* (Gen. XV, 12-17). Pues todas estas lámparas de noticias de Dios que amigable y amorosamente lucen á tí, ¡oh alma enriquecida, cuanta más luz y deleite de amor te causarán, que causó aquélla de horror y tiniebla en Abrahám! ¡Y cuánto, y cuán aventajado, y de cuántas maneras será tu deleite, pues en todas y de todas recibes fruición y amor, comunicándose Dios á tus potencias según sus atributos y virtudes, porque cuando uno ama y hace bien á otro, hácele bien y ámale según su condición y sus propiedades; y así tu Esposo, estando en tí como quien él es, te hace las mercedes,, (1), porque siendo él omnipotente, hácete bien y ámate con

(1) Mudado.

omnipotencia; y siendo sabio, sientes que te hace bien y ama con sabiduría, y siendo infinitamente bueno, sientes que te ama con bondad; siendo santo, sientes que te ama y hace merced con santidad; y siendo justo, sientes que te ama y hace mercedes justamente; siendo misericordioso, piadoso y clemente, sientes su misericordia, piedad y clemencia; y siendo él fuerte y subido y delicado ser, sientes que te ama fuerte, subida y delicadamente; y como sea limpio y puro, sientes que con pureza y limpieza te ama; y como sea verdadero, sientes que te ama de veras, y como él sea liberal (Sap. VI, 17), conoces que te ama y hace mercedes con liberalidad sin algún interés, sólo por hacerte bien; y como él sea la virtud de la suma humildad, con suma humildad y con suma estimación te ama, é igualándote consigo, mostrándosete en estas vías de sus noticias él mismo alegremente, con este su rostro lleno de gracias y diciéndote en esta unión suya, no sin gran júbilo tuyo: yo soy tuyo y para ti, y gusto de ser tal cual soy para ser tuyo y para darme á ti. ¿Quién dirá, pues, lo que sientes, ¡oh dichosa alma!, conociéndote así amada y con tal estimación engrandecida? Tu vientre, que es tu voluntad, es como el de la esposa, semejante al montón de trigo que está cubierto y cercado de lirios (Cant. VII, 2). Porque en esos granos de pan de vida que tú juntamente estás gustando, los lirios de las virtudes que te cercan, te están deleitando; “porque estas son las hijas del rey que dice David, que te deleitaron con la mirra y el ámbar y las demás especies aromáticas, porque las noticias que te comunica el Amado de sus gracias y virtudes son sus hijas, en las cuales,, (1) estás tú tan engolfada é infundida que eres también el pozo de las aguas vivas que corren con ímpetu del monte Líbano, que es Dios (Cant. IV, 15). En lo cual eres maravillosamente letificada, según toda la armonía de tu alma, y aun la de tu cuerpo, “hecha toda un paraíso de regadío divino,, porque se cumpla también en ti el dicho del salmo que dice: *Fluminis impetus lætificat civitatem Dei*. El ímpetu del río letifica la ciudad de Dios (Ps. XLV, 5). ¡Oh admirable cosa, que á este tiempo está el alma

(1) Mudado.

rebotando aguas divinas (Joan. IV, 14); en ellas ella revertida como una abundosa fuente, que por todas partes rebosa aguas divinas; porque aunque es verdad que esta comunicación que vamos diciendo es luz y fuego de estas lámparas de Dios, pero es este fuego aquí, como habemos dicho, tan suave, que con ser fuego inmenso, es como aguas de vida que hartan la sed del espíritu con el impetu que él desea. De manera que estas lámparas de fuego son aguas vivas del Espíritu Santo, como las que vinieron sobre los Apóstoles (Act. II, 3), que aunque eran lámparas de fuego, también eran aguas puras y limpias, porque así las llama el profeta Ezequiel, cuando profetizó aquella venida del Espíritu Santo, diciendo: Infundiré, dice allí Dios, sobre vosotros agua limpia, y pondré mi espíritu en medio de vosotros (XXXVI, 25). Y así, aunque es fuego, también es agua, porque este fuego es figurado por el fuego del sacrificio, que escondió Jeremías en la cisterna, el cual en cuanto estuvo escondido era agua, y cuando le sacaban afuera para sacrificar era fuego (2. Machab. I, 20-22).

Y así este espíritu de Dios, en cuanto está escondido en las venas del alma, está como agua suave y deleitable hartando la sed al espíritu; y en cuanto se ejercita en sacrificio de amor á Dios, es llamas vivas de fuego (que son las lámparas del acto de la dilección) y de las llamas que arriba alegamos del Esposo en los Cantares (VIII, 6). “Y por eso aquí el alma las nombra llamas, porque no sólo las gusta en sí como aguas, sino también las ejercita en amor de Dios como llamas. Y por cuanto en la comunicación del espíritu de estas lámparas es el alma inflamada y puesta en ejercicio de amor, en acto de amor, antes las llama lámparas que aguas, diciendo,,: *Oh lámparas de fuego.*

Todo lo que se puede en este caso (1) decir es menos de lo que hay, porque la transformación del alma en Dios es indecible. Todo se dice en esta palabra, y es que el alma está hecha Dios de Dios por participación de él y de sus atributos, que son los que aquí llama lámparas de fuego,, (2).

(1) «En esta canción.» (Mss. de Sevilla y Baeza.)

(2) Variado.

En cuyos resplandores.

“Y para que se entienda qué resplandores son éstos de las lámparas que aquí dice el alma, y cómo el alma resplandece en ellos, es de saber, que estos resplandores son las noticias amorosas que las lámparas de los atributos de Dios dan de sí al alma, en los cuales ella unida según sus potencias, ella también resplandece como ellos, trasformada en resplandores amorosos. Y esta ilustración de resplandores en que el alma resplandece con calor de amor no es como la que hacen las lámparas materiales que con sus llamaradas alumbran las cosas que están alrededor, sino como las que están dentro de las llamas, porque el alma está dentro de estos resplandores, que por eso dice: *En cuyos resplandores*, que es decir dentro. Y no sólo eso, sino, como habemos dicho, trasformada y hecha resplandores; y así diremos, que es como el aire que está dentro de la llama, encendido y trasformado en la llama,, (1), porque la llama no es otra cosa que aire inflamado, y los movimientos y resplandores que aquella llama hace ni son sólo del aire, ni sólo del fuego de que está compuesta, sino junto del aire y fuego, y el fuego los hace hacer á el aire que en si tiene inflamado. A este talle entenderemos que el alma con sus potencias está esclarecida dentro de los resplandores de Dios; y los movimientos de esta llama divina (que son los vibramientos y llamaradas que habemos arriba dicho), no las hace sola el alma trasformada en las llamas del Espíritu Santo, ni las hace sólo él, sino él y el alma juntos, moviendo al alma, como hace el fuego al aire inflamado. Y así estos movimientos de Dios y el alma juntos, no sólo son resplandores, sino también glorificaciones en el alma, porque estos movimientos y llamaradas son los juegos y fiestas alegres que en el segundo verso de la primera canción decíamos que hacía el Espíritu Santo en el alma, en los cuales parece que siempre está queriendo acabar de darle la vida eterna y acabarla de trasladar á su perfecta gloria, entrándola ya de veras en sí; porque todos los bienes prime-

(1) Variado.

ros y postreros, mayores y menores que Dios hace al alma, siempre se los hace con motivo de llevarla á vida eterna; bien así como la llama todos los movimientos y llamaradas que hace con el aire inflamado son á fin de llevarle consigo al centro de su esfera; y todos aquellos movimientos que hace es un porfiar por llevarle más á sí; más así como porque el aire está en su propia esfera no le lleva, así, aunque estos movimientos del Espíritu Santo son eficacísimos en absorber al alma en mucha gloria, todavía no acaba hasta que llegue el tiempo en que salga de la esfera del aire desta vida de carne, y pueda entrar en el centro del espíritu de la vida perfecta en Cristo.

Pero es de saber, que estos movimientos de la llama más son movimientos del alma que movimientos de Dios, “porque Dios no se mueve,,. Y así estos visos de gloria que se dan al alma son estables, perfectos y continuos, con firme serenidad en Dios; lo cual también será en el alma después sin alteración de más y menos, y sin interpolación de movimientos; y entonces verá el alma claro, cómo aunque le parecía que acá se movía Dios en ella, en sí mismo no se mueve, como el fuego tampoco se mueve en su esfera; “y cómo por no estar ella perfecta en gloria tenía aquellos movimientos y llamaradas en el sentimiento de gloria,,.

“Por lo que está dicho, y por lo que ahora diremos, se entenderá más claro cuánta sea la excelencia de los resplandores de estas lámparas que vamos diciendo, porque estos resplandores, por otro nombre se llaman obumbraciones,, (1). Para inteligencia de lo cual es de saber, que obumbración quiere decir tanto como hacimiento de sombra, y hacer sombra es tanto como amparar y favorecer y hacer mercedes, porque cubriendo la sombra, es señal que cada persona, cuya es, está cerca para favorecer y amparar. Y por eso aquella gran merced que hizo Dios á la Virgen Maria de la concepción del Hijo de Dios, la llamó el ángel San Gabriel *obumbración del Espíritu Santo*, diciendo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te hará sombra (Luc. I, 35). Para entender bien cómo sea este haci-

(1) Notablemente variado.

miento de sombra de Dios, ú obumbramiento ó resplandores (1), que todo es uno, es de saber, que cada cosa tiene y hace la sombra conforme al talle y propiedad de la misma cosa: si la cosa es opaca y oscura, hace sombra oscura, y si la cosa es clara y sutil, hace la sombra clara y sutil (2); “y así la sombra de una tiniebla hará otra tiniebla al talle de aquella tiniebla; y la sombra de una luz será otra luz al talle de aquella luz.,,

Pues como quiera que estas virtudes y atributos de Dios sean lámparas encendidas y resplandecientes, estando tan cerca del alma, como habemos dicho, no podrán dejar de tocarla con sus sombras, las cuales también han de ser encendidas y resplandecientes al talle de las lámparas que las hacen; y así estas sombras serán resplandores. De manera que según esto, la sombra que hace al alma la lámpara de la hermosura de Dios, será otra hermosura al talle y propiedad de aquella hermosura de Dios; y la sombra que la hace la fortaleza, será otra fortaleza al talle de la de Dios; y la sombra que la hace la sabiduría de Dios, será otra sabiduría de Dios al talle de la de Dios, y así de las demás lámparas, ó por mejor decir, será la misma sabiduría y la misma hermosura y la misma fortaleza de Dios en sombra, porque el alma acá perfectamente no lo puede comprender. La cual sombra, por ser ella tan al talle y propiedad de Dios, que es el mismo Dios, en sombra conoce bien el alma la excelencia de Dios. Según esto, ¿cuáles serán las sombras que hará el Espíritu Santo á esta alma de las grandezas de sus virtudes y atributos, estando tan cerca de ella, que no sólo la toca en sombras, mas está unido con ella en sombras y resplandores, entendiendo y gustando en cada una de ellas á Dios, según la propiedad y talle de él en cada una de ellas? Porque entiende y gusta la omnipotencia divina en sombra de omnipotencia; y entiende y gusta la sabiduría divina en sombra de sabiduría divina; y entiende y gusta la bondad infinita en sombra que le cerca de bondad infinita, etc. Finalmente gusta la gloria de

(1) «Sombra de Dios ú obumbramiento de grandes resplandores.» (Ms. de Sevilla.)

(2) La primera Llama añade aquí un parrafillo.

Dios en sombra de gloria, que hace saber la propiedad y talle de la gloria de Dios, pasando todo esto en claras y encendidas sombras de aquellas claras y encendidas lámparas todas en una lámpara de un solo y sencillo ser de Dios que á tal alma le resplandece de todas estas maneras. ¡Oh, pues, qué sentirá aquí el alma, que experimentando aquí la noticia y comunicación de aquella figura que vió Ezequiel (*I per totum*) en aquel animal de cuatro caras, y en aquella rueda de cuatro ruedas, viendo cómo el aspecto suyo es como de carbones encendidos y como aspecto de lámparas, y viendo la rueda que es la sabiduría de Dios llena de ojos de dentro y fuera, que son las noticias divinas y resplandores de sus virtudes! Y sintiendo en su espíritu aquel sonido que hacían en su paso, que era como sonido de multitud y de ejércitos, que significan muchas grandezas de Dios, que aquí el alma, en un solo sonido de un paso que Dios da por ella distintamente conoce. Y finalmente, gustando aquel sonido del batir de sus alas, que dice el profeta era como el sonido de muchas aguas, y como sonido del altísimo Dios, las cuales significan el ímpetu que habemos dicho de las aguas divinas, que en el alzar del Espíritu Santo en la llama de amor, letificando á él el alma, la embisten, gozando aquí la gloria de Dios en su semejanza y favor de su sombra, como también este profeta dice, que la visión de aquel animal y rueda era semejanza de la gloria del Señor,,.

“Cuán elevada se sienta aquí esta dichosa alma; cuán engrandecida se conozca; cuán admirada se vea en hermosura santa, ¿quién lo podrá decir? Viéndose ella de esta manera embestida con tanta copiosidad en las aguas de estos divinos resplandores, echa de ver que el Padre Eterno la ha concedido con larga mano el regadio superior é inferior, como hizo á Axa su Padre, cuando ella suspiraba; pues estas aguas á el alma y cuerpo, que es la parte superior é inferior, regando penetran,,.

“¡Oh admirable excelencia de Dios!, que con ser estas lámparas de los atributos divinos un simple ser, y en él sólo se gusten, se vean y gusten distintamente tan encendida cada una como la otra, y siendo cada una sustancialmente la otra. ¡Oh abismo de deleites!,

que tanto más abundante eres cuanto están tus riquezas más recogidas en unidad y simplicidad infinita de tu único ser. Donde de tal manera se conoce y gusta lo uno, que no impide al conocimiento y gusto perfecto de lo otro, antes cada cual gracia y virtud que hay en tí, es luz que hay de cualquiera otra grandeza tuya, porque por tu limpieza, ¡oh sabiduría divina!, muchas cosas se ven en tí, viéndose una; porque tú eres el depósito de los tesoros del Padre (Sap. VII, 26). El resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla é imagen de su bondad,, (1). *En cuyos resplandores.*

VERSO III

Las profundas cavernas del sentido.

§ I

Estas cavernas son las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, las cuales son tan profundas cuanto de grandes bienes son capaces, pues no se llenan con menos que infinito; las cuales por lo que padecen, cuando están vacías, echaremos en alguna manera de ver, lo que se gozan y deleitan cuando de su Dios están llenas: pues que por un contrario se da luz del otro. Cuanto á lo primero es de notar, que estas cavernas de las potencias, cuando no están vacías y purgadas y limpias de toda afición de criatura, no sienten el vacío grande de su profunda capacidad. Porque en esta vida cualquiera cosilla que á ellas se pegue basta para tenerlas tan embarazadas y embelesadas que no sientan su daño ni echen menos sus inmensos bienes, ni conozcan su capacidad. Y es cosa admirable, que con ser capaces de infinitos bienes, baste el menor de ellos á embarazarlas de manera que no los puedan recibir hasta de todo punto vaciarse, como luego diremos. Pero cuando están vacías y limpias es intolerable la sed y hambre y ansia del sentido espiritual; porque como son profundos los estómagos de estas cavernas, profun-

(1) Mudado.

damente penan, porque el manjar que echan menos también es profundo; que, como digo, es Dios. Y este tan grande sentimiento comunmente acaece hacia los fines de la iluminación y purificación del alma, antes que llegue á la unión donde ya se satisface aquel apetito espiritual; porque como el apetito espiritual está vacío y purgado de toda criatura y afección de ella, y perdido el temple natural, está templado á lo divino y tiene ya el vacío dispuesto, y como todavía no se le comunica lo divino en unión de Dios, llega el penar de este vacío y sed más que á morir, mayormente cuando por algunos visos ó resquicios se le trasluce algún rayo divino, y no se lo comunica Dios. Y estos son los que penan con amor impaciente, que no pueden estar mucho sin recibir ó morir.

§ II

Cuanto á la primera caverna que aquí ponemos, que es el entendimiento, su vacío es sed de Dios, y ésta es tan grande “cuando él está dispuesto,, que la compara David á la de el ciervo (no hallando otra mayor á qué compararla), que dicen es vehementísima, diciendo: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus*. Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi alma desea á tí, Dios (Ps. XLI; 1); y esta sed es de las aguas de la sabiduría de Dios, que es el objeto del entendimiento.

La segunda caverna es la voluntad, y el vacío de ésta es hambre de Dios tan grande, que hace desfallecer al alma, según lo dice también David, diciendo: Codicia y desfallece mi alma á los tabernáculos del Señor (Ps. LXXXIII, 3). Y esta hambre es la perfección de amor que el alma pretende.

La tercera caverna es la memoria, y el vacío de ésta es deshacimiento y derretimiento del alma por la posesión de Dios, como lo nota Jeremías diciendo: *Memoria memor ero et tabescet in me anima mea; hæc recolens in corde meo, ideo sperabo*. Esto es, como con memoria me acordaré y de él mucho me acordaré, y derretirse ha mi

alma en mí, revolviendo estas cosas en mi corazón, viviré en esperanza de Dios (Thren. III, 20). Es, pues, profunda la capacidad de estas cavernas, porque lo que en ellas puede caber, que es Dios, es profundo é infinito, y así será en cierta manera su capacidad infinita; y así su sed es infinita; su hambre también es profunda é infinita; su deshacimiento y pena es muerte infinita, que aunque no se padece tan intensamente como en la otra vida, pero padécese una viva imagen de aquella privación infinita, por estar el alma en cierta disposición para recibir su lleno. Aunque este penar es de otro temple, porque es en los senos del amor de la voluntad, que no es el que alivia la pena, pues cuanto mayor es el amor, es tanto más impaciente por la posesión de su Dios, á quien espera por momentos de intensa codicia.

§ III

Pero válgame Dios, pues que es verdad que cuando el alma desea á Dios con entera verdad, tiene ya al que ama, como dice San Gregorio sobre San Juan: ¿cómo pena por lo que ya tiene? (Hom. 30 in Ev.), porque en el deseo, que dice San Pedro (1.^a, I, 12), que tienen los ángeles de ver al Hijo de Dios no hay alguna pena ni ansia, porque ya le poseen. Y así parece que si el alma, cuanto más desea á Dios, más le posee, y la posesión de Dios da deleite y hartura al alma (como en los ángeles que estando cumpliendo su deseo, en la posesión se deleitan, estando siempre hartando su alma con el apetito, sin fastidio de hartura; por lo cual, porque no hay fastidio, siempre desean, y porque hay posesión, no penan), tanto más de hartura y deleite había el alma de sentir aquí en este deseo, cuanto mayor es el deseo, pues tanto más tiene á Dios, y no de dolor y pena. En esta cuestión viene bien notar la diferencia que hay en tener á Dios por gracia en sí solamente, y en tenerle también por unión, que lo uno es bien querer, y lo otro es también comunicarse, que es tanta la diferencia como la que hay entre el desposorio y el matrimonio, porque en el desposorio sólo hay un igualado sí, y una sola voluntad de ambas

partes, y joyas y ornato de desposada, que se las da graciosamente el desposado; mas en el matrimonio hay también comunicación de las personas y unión; y en el desposorio, aunque algunas veces hay visitas del Esposo á la esposa, y le da dádivas, como decimos; pero no hay unión de las personas, que es el fin del desposorio. Ni más ni menos cuando el alma ha llegado á tanta pureza en si y en sus potencias, que la voluntad esté muy pura y purgada de otros gustos y apetitos extraños, según la parte inferior y superior, y enteramente dado el si acerca de todo esto en Dios. Siendo ya la voluntad de Dios y del alma una en un consentimiento pronto y libre (1), ha llegado á tener á Dios por gracia de voluntad, "todo lo que puede por vía de voluntad y gracia,, y esto es haberle Dios dado en el *si* de ella su verdadero *si* y entero de su gracia. Y este es un alto estado de desposorio espiritual del alma con el Verbo Dios, en el cual el Esposo la hace grandes mercedes y la visita amorosísimamente muchas veces, en que ella recibe grandes favores y deleites; pero no tienen que ver con los del matrimonio, porque todos aquellos son disposiciones para la unión del matrimonio, que aunque es verdad que esto pasa en el alma que está purgadísima de toda afección de criatura, porque no se hace el desposorio espiritual (como decimos) hasta esto, todavía há menester el alma otras disposiciones positivas de Dios, de sus visitas y dones en que la va más purificando y hermozeando y adelgazando para estar decentemente dispuesta para tan alta unión. Y en esto pasa tiempo, en unas más y en otras menos, porque lo va Dios haciendo al modo del alma; y esto es figurado por aquellas doncellas que fueron escogidas para el rey Asuero (Esther. II, 12), que aunque las habian ya sacado de sus tierras y de las casas de sus padres, todavía antes que las llegasen al lecho del rey, las tenían un año (aunque en el palacio) encerradas; de manera que el medio año se estaban disponiendo con ciertos ungüentos de mirra y otras especies; y el otro medio año con otros ungüentos más subidos; y después de esto iban al lecho del rey.

En el tiempo, pues, de este desposorio y espera del matrimonio

(1) «*Propio* y libre.» (Mss. de Baeza y Sevilla.)

en las unciones del Espíritu Santo, cuando son ya más altos ungüentos de disposiciones para la unión de Dios, suelen ser las ansias de las cavernas del alma extremadas y delicadas; porque como aquellos ungüentos son ya más próximamente dispositivos para la unión de Dios, porque son más allegados á Dios, y por eso saborean al alma y la engolosinan más delicadamente de Dios, es el deseo más delicado y profundo; porque el deseo de Dios es disposición para unirse con Dios.

§ IV

¡Oh qué buen lugar era éste para avisar á las almas que Dios llega á estas delicadas unciones, que miren lo que hacen y en cuyas manos se ponen, porque no vuelvan atrás, sino que es fuera del propósito á que vamos hablando. Mas es tanta la mancilla y lástima que cae en mi corazón ver volver las almas atrás, no solamente no se dejando ungir, de manera que pase la unción adelante, sino aun perdiendo los afectos de la unción de Dios, que no tengo de dejar de avisarlas aquí acerca de esto lo que deben hacer para evitar tanto daño, aunque nos detengamos un poco en volver al propósito que yo volveré luego á él. Aunque todo hace á la inteligencia de la propiedad de estas cavernas, y por ser muy necesario, no sólo para estas almas que van tan prósperas, sino también para todas las demás que andan en busca de su amado, lo quiero decir.

Cuanto á lo primero, es de saber, que si el alma busca á Dios, mucho más la busca su amado Dios á ella; y si ella le envía á él sus amorosos deseos, que le son á él tan olorosos como la virgúlica del humo que sale de las especies aromáticas de la mirra y del incienso (Cant. III, 6), él á ella le envía el olor de sus ungüentos con que la atrae y hace correr hacia él, que son sus divinas inspiraciones y toques, los cuales siempre que son suyos van ceñidos y regulados con motivo de la perfección de la ley de Dios y de la fe, por cuya perfección ha de ir el alma siempre llegándose más á Dios. Y así ha de entender el alma, que el deseo de Dios, en todas las mercedes que

le hace en las unciones y olores de sus ungüentos, es disponerla para otros más subidos y delicados ungüentos, más hechos al temple de Dios; hasta que venga en tan delicada y pura disposición que merezca la unión de Dios y transformación sustancial en todas sus potencias.

Advirtiendo, pues, el alma que en este negocio es Dios el principal agente y el mozo de ciego que la ha de guiar por la mano á donde ella no sabría ir (que es á las cosas sobrenaturales, que no puede su entendimiento ni voluntad ni memoria saber como son), todo su principal cuidado ha de ser mirar que no ponga obstáculo “al que la guía según el camino que Dios le tiene ordenado en perfección de amor de Dios y de la ley de Dios y la fe,, como decimos. Y este impedimento le puede venir si se deja llevar y guiar de otro ciego; y los ciegos que la podrían sacar del camino son tres. Conviene á saber: el maestro espiritual, y el demonio, y ella misma. “Y porque entienda el alma cómo esto sea, trataremos un poco de cada uno de estos ciegos,, (1).

Cuanto á lo primero, grandemente le conviene al alma que quiere ir adelante en el recogimiento y perfección, mirar en cuyas manos se pone; porque cual fuere el maestro, tal será el discípulo, y cual el padre tal el hijo. Y adviértase que para este camino, á lo menos para lo más subido de él y aun para lo mediano, apenas se hallará una guía cabal según todas las partes que ha menester; porque demás de ser sabio y discreto es menester que sea experimentado; porque para guiar el espíritu, aunque el fundamento es el saber y la discreción, si no hay experiencia de lo que es puro y verdadero espíritu, no atinará á examinar la alma en él, cuando Dios se lo da, ni aun lo entenderá.

Desta manera muchos maestros espirituales hacen mucho daño á muchas almas, porque no entendiendo ellos las vías y propiedades del espíritu, de ordinario hacen perder á las almas la unción destos delicados ungüentos con que el Espíritu Santo les va ungiendo y disponiendo para sí, instruyéndolas ellos por otros modos rateros que

(1) Añadido.

ellos han usado ó leído por ahí, que no sirven más que para principiantes, que no sabiendo ellos más que para éstos, y aun eso plega á Dios, no quieren dejar las almas pasar (aunque Dios las quiera llevar), á más de aquellos principios y modos discursivos é imaginarios, para que nunca excedan y salgan de la capacidad natural, con que el alma puede hacer muy poca hacienda,, (1).

§ V

Y para que mejor entendamos esta condición de principiantes, es de saber, que el estado y ejercicio de los principiantes es de meditar y hacer actos y ejercicios discursivos con la imaginación. En este estado necesario le es al alma que se le dé materia para que medite y discurra, y le conviene que de suyo haga actos interiores y se aproveche del sabor y jugo sensitivo en las cosas espirituales, porque cebando el apetito con sabor de las cosas espirituales se desarraiga del sabor de las cosas sensuales y desfallece en las cosas del siglo. Mas cuando ya el apetito está algo cebado y habituado á las cosas del espíritu en alguna manera, con alguna fortaleza y constancia, luego comienza Dios, como dicen, á destetar el alma y ponerla en estado de contemplación, lo cual suele ser en algunas personas muy en breve, mayormente en gente religiosa, porque más en breve, dejadas las cosas del siglo, acomodan á Dios el sentido y el apetito, y pasan su ejercicio al espíritu, obrando Dios en ellos. Lo cual es cuando ya cesan los actos discursivos y meditaciones de la propia alma y los jugos y fervores primeros sensitivos, no pudiendo ya discurrir como antes, ni hallar nada de arrimo para el sentido; este sentido, quedando en sequedad, por cuanto le mudan el caudal á el espíritu, que no cae en sentido. Y como quiera que naturalmente todas las operaciones que puede de suyo hacer el alma no sean sino por el sentido, de aquí es que ya Dios en este estado es el agente, y el alma es la

(1) Algo variado y añadido.

paciente; porque ella sólo se ha como el que recibe y como en quien se hace, y Dios como el que da y como el que en ella hace, dándole los bienes espirituales en la contemplación, que es noticia y amor divino junto, esto es, noticia amorosa, sin que el alma use de sus actos y discursos naturales (porque no puede ya entrar en ellos como antes).

§ VI

De donde en este tiempo totalmente se ha de llevar el alma, por modo contrario del primero; que si antes le daban materia para meditar y meditaba, que ahora antes se la quiten y que no medite (porque como digo), no podrá, aunque quiera, y en vez de recogerse se distraerá; y si antes buscaba jugo y amor y fervor, y le hallaba, ya no le quiera ni le busque, porque no sólo no le hallará por su diligencia, mas antes sacará sequedad, porque se divierte del bien pacífico y quieto que secretamente le están dando en el espíritu, por la obra que él quiere hacer por el sentido. Y así, perdiendo lo uno, no hace lo otro, pues ya no se le dan los bienes por el sentido como antes. Y por eso en este estado en ninguna manera la han de imponer en que medite y se ejercite en actos, ni procure sabor ni fervor, porque sería poner obstáculo al principal agente, que (como digo), es Dios, el cual oculta y quietamente anda poniendo en el alma sabiduría y noticia amorosa, sin especificación de actos, aunque algunas veces los hace especificar en el alma con alguna duración. Y así entonces el alma también se ha de andar sólo con advertencia amorosa á Dios, sin especificar actos. Habiéndose, como habemos dicho, pasivamente sin hacer de suyo diligencias, con la determinación y advertencia amorosa, simple y sencilla, como quien abre los ojos con advertencia de amor. Que, pues, Dios entonces en el modo de dar trata con ella con noticia sencilla y amorosa, también el alma trate con él en modo de recibirlo con noticia y advertencia sencilla y amorosa, para que así se junten noticia con noticia y amor con amor,

porque conviene que el que recibe se haya al modo de lo que recibe, y no de otra manera, para poderlo recibir y retener como se lo dan. Porque como dicen los filósofos, cualquiera cosa que se recibe está en el recipiente al modo que sea el recipiente. De donde está claro, que si el alma entonces no dejase su modo activo natural, no recibiría aquel bien sino á modo natural, y así no le recibiría sino quedarse hía solamente con acto natural; porque lo sobrenatural no cabe en el modo natural, ni tiene que ver en ello. Y así totalmente, si el alma quiere entonces obrar de suyo habiéndose de otra manera más que con la advertencia amorosa pasiva (que habemos dicho), muy pasiva y tranquilamente sin hacer acto natural (si no es como cuando Dios la uniere en algún acto), pondría impedimento á los bienes que sobrenaturalmente le está Dios comunicando en la noticia amorosa. Lo cual al principio acaesce en ejercicio de purgación interior en que padece, como habemos dicho arriba, y después, en suavidad de amor. La cual noticia amorosa, si como digo (y así es la verdad), se recibe pasivamente en el alma al modo de Dios sobrenatural, y no al modo del alma natural: síguese que para recibirla ha de estar esta alma “muy aniquilada en sus operaciones naturales,, y estar desembarazada, ociosa, quieta y pacífica y serena al modo de Dios; bien así como el aire que cuanto más limpio está de vapores y cuanto más sencillo y quieto, más le clarifica y calienta el sol. De donde el alma no ha de estar asida á nada, no á ejercicio de meditación, ni discurso; no á sabor alguno, ahora sea sensitivo ahora espiritual; no á otras cualesquier operaciones, porque se requiere el espíritu tan libre y aniquilado acerca de todo, que cualquiera cosa de pensamiento ó discurso ó gusto á que entonces el alma se quiera arrimar, la impediría é inquietaría y haría ruido en el profundo silencio que conviene que haya en el alma, según el sentido y el espíritu, para tan profunda y delicada audición, que habla Dios al corazón en esta soledad, que dijo por Oseas (II, 4), en suma paz y tranquilidad, escuchando y oyendo el alma lo que habla el Señor Dios en ella, como dice David (Ps. LXXXIV, 9), porque habla esta paz en esta soledad.

§ VII

Por tanto, cuando acaesciere que de esta manera se siente el alma poner en silencio y escucha aún el ejercicio de la advertencia amorosa, que dije, ha de olvidar, para que se quede libre para lo que entonces la quiere el Señor; porque de aquella advertencia amorosa sólo ha de usar cuando no se siente poner en soledad, ú ociosidad interior (1), ú olvido ó escucha espiritual: lo cual para que lo entienda siempre que acaesce es con algún sosiego pacífico y absorbimiento interior.

Por tanto, en toda sazón y tiempo, ya que el alma ha comenzado á entrar en este sencillo y oscuro estado de contemplación, que acaesce cuando ya no puede meditar ni acierta á hacerlo, no ha de querer traer delante de sí meditaciones ni arrimarse á jugos ni sabores espirituales, sino estar desarrimada, en pie, el espíritu desasido del todo sobre todo eso, como dijo Habacuc (II, 1), que había él de hacer para oír lo que le dijese el Señor: Estaré, dice, en pie sobre mi guarda, y afirmaré mi paso sobre mi munición, y contemplaré lo que se me dijere. “Es como si dijera, levantaré mi mente sobre todas las operaciones y noticias que pueden caer en mis sentidos y lo que ellos puedan guardar y retener en sí, dejándolo todo abajo; y afirmaré el paso de la munición de mis potencias, no dejándolas dar paso de operación propia, para que pueda recibir por contemplación lo que se me comunicare de parte de Dios, porque ya hemos dicho que la contemplación pura consiste en recibir.

No es posible que esta altísima sabiduría y lenguaje de Dios, cual es la contemplación, se pueda recibir menos que en espíritu callado y desarrimado de sabores y noticias discursivas, porque así lo dice Isaías por estas palabras, diciendo: ¿A quién enseñará ciencia y á quién hará oír Dios su audición? (XXVIII, 9.) Y él responde: A los destetados de la leche, esto es, de los jugos y gustos, y á los desarrimados

(1) «Con toda ociosidad interior.» (Ms. de Sevilla.)

de los pechos, esto es, de las noticias y aprehensiones particulares.

Quita, oh alma espiritual, las motas y pelos y las nieblas, y limpia el ojo, y luciráte el sol claro y verás *claro*. Pon el alma en paz, sacándola y libertándola del yugo y servidumbre de la flaca operación de su capacidad, que es el cautiverio de Egipto, donde todo es poco más que juntar pajas para cocer tierra, y guíala, oh maestro espiritual, á la tierra de promisión que mana leche y miel, y mira que para esa libertad y ociosidad santa de hijos de Dios llámala Dios al desierto, en el cual ande vestida de fiesta y con joyas de oro y plata ataviada, habiendo ya dejado á Egipto, dejándole vacío de sus riquezas, que es la parte sensitiva; y no sólo eso, sino ahogados los gigantes en la mar de la contemplación, donde el gitano del sentido, no hallando pie ni arrimo, se ahoga y deja libre al hijo de Dios, que es el espíritu, salido de los límites y servidumbre de la operación de los sentidos, que es su poco entender, su bajo sentir, su pobre amar y gustar, para que Dios le dé el suave maná (Sap. XVI, 20), cuyo sabor, aunque tiene todos esos sabores y gustos, en que tú quieres traer trabajando el alma, con todo eso, por ser tan delicado que se deshace en la boca, no se sentirá, si con otro gusto ó con otra cosa se juntare,, (1). Pues cuando el alma va llegando á este estado, procura desarrimarla de todas las codicias de jugos, sabores, gustos y meditaciones espirituales; y no la desquieten con cuidados y solicitud alguna de arriba, y menos de abajo, poniéndola en toda enajenación y soledad posible; porque cuanto más ésto alcanzare, y cuanto más presto llegare á esta ociosa tranquilidad, tanto más abundantemente se le va infundiendo el espíritu de la divina sabiduría, que es amoroso, tranquilo, solitario, pacífico, suave y embriagador del espíritu, en el cual se siente llagado y robado tiernamente y blandamente, sin saber de quién, ni de dónde, ni cómo. Y la causa es, porque se comunicó sin su operación propia.

Y un poquito de esto que Dios obra en el alma en este santo ocio

(1) Algo variado.

y soledad es inestimable bien, á veces mucho más que el alma ni el que la trata pueden pensar. Y aunque entonces no se echa tanto de ver, ello lucirá á su tiempo. A lo menos lo que el alma podía alcanzar á sentir es una enajenación y extrañez, unas veces más que otras, acerca de todas las cosas, con inclinación á soledad y tedio de todas las criaturas del siglo, con respiro suave de amor y vida en el espíritu. En lo cual, todo lo que no es esta extrañez, se le hace desabrido, porque, como dicen, gustando el espíritu, desabrida está la carne.

§ VIII

Pero los bienes que esta callada comunicación y contemplación deja impresos en el alma, sin ella sentirlo entonces (como digo), son inestimables porque son unciones secretísimas, y por tanto delicadísimas, del Espíritu Santo, que secretamente llenan el alma de riquezas, dones y gracias espirituales, porque siendo Dios el que lo hace, hácelo no menos que como Dios.

Estas unciones, pues, y matices son delicados y subidos del Espíritu Santo, que por su delgadez y por su sutil pureza, ni el alma ni el que la trata las entiende (sino sólo el que las pone para agradarse más de ella), con grandísima facilidad, no más que con el menor acto que entonces el alma quiera hacer de suyo, de memoria, ó entendimiento, ó voluntad, ó aplicar el sentido, ó apetito, ó noticia, ó jugo, ó gusto, se deturban ó impiden en el alma. Lo cual es grave daño, y dolor y lástima grande. ¡Oh grave caso y mucho para admirar, que no pareciendo el daño, ni casi nada lo que se interpuso en aquellas santas unciones, es entonces mayor el daño y de mayor dolor y mancilla que haber de turbar y echar á perder muchas almas de estas otras comunes, que no están en puesto de tan subido esmalte y matiz, bien así como si en un rostro de extremada y delicada pintura tocase una tosca mano con bajos y toscos colores, sería el daño mayor y más notable y de más lástima que si borrasen muchos rostros de pintura común, porque aquella mano tan delicada,

que era del Espíritu Santo, que aquella tosca mano deturbó, ¿quién la acertará á asentar?

Y con ser este daño más grave y grande que se puede encarecer, es tan común y frecuente, que apenas se hallará un maestro espiritual que no le haga en las almas que comienza Dios á recoger en esta manera de contemplación. Porque cuantas veces está Dios ungiendo al alma contemplativa con alguna unción muy delgada de noticia amorosa, serena, pacífica, solitaria, muy ajena del sentido y de lo que se puede pensar, con la cual no puede meditar, ni pensar en cosa alguna, ni gustar de cosa de arriba ni de abajo, por cuanto la trae Dios ocupada en aquella unción solitaria é inclinada á ocio y soledad, y vendrá un maestro espiritual que no sabe sino martillar y macear con las potencias como herrero, y por que él no enseña más que aquello y no sabe más que meditar, dirá: Andad, dejáos de esos reparos, que es ociosidad y perder tiempo, sino tomá y meditá y haced actos interiores, porque es menester que hagáis de vuestra parte lo que en vos es; que esotros son alumbramientos y cosas de bausanés.

“Y así, no entendiendo éstos los grados de oración ni vías del espíritu, no echan de ver que aquellos actos que ellos dicen que haga el alma, y que el quererla hacer caminar con discurso está ya hecho, pues ya aquella alma ha llegado á la negación y silencio del sentido y del discurso; y que ha llegado á la vida del espíritu, que es la contemplación, en la cual cesa la operación del sentido y del discurso propio del alma, y sólo Dios es el agente y el que habla entonces secretamente al alma solitaria, callando ella, y que si entonces el alma, habiendo llegado al espíritu desta manera que decimos, la quieren hacer caminar todavía con el sentido, que ha de volver atrás y distraerse. Porque el que ha llegado al término, si todavía se pone á caminar para llegar al término, demás de ser cosa ridícula, por fuerza se ha de alejar del término; y así habiendo llegado por la operación de las potencias al recogimiento quieto que todo espiritual pretende, en el cual cesa la operación de las mismas potencias, no sólo será cosa vana volver á hacer actos con las mismas potencias

para llegar al dicho recogimiento, sino le sería dañoso, por cuanto le serviría de distracción, dejando el recogimiento que ya tenía.

No entendiendo, pues, como digo, estos maestros espirituales qué cosa sea recogimiento y soledad espiritual del alma y sus propiedades, en la cual soledad asienta Dios en el alma estas subidas unciones, sobreponen ellos ó entreponen otros ungüentos de más bajo ejercicio espiritual, que es hacer obrar al alma como habemos dicho. De lo cual hay tanta diferencia á lo que el alma tenía, como de obra humana á obra divina, y de natural á sobrenatural; porque en la una manera obra Dios sobrenaturalmente en el alma, y en la otra sólo obra el alma naturalmente (1). Y lo peor es que por ejercitar su operación natural, pierde la soledad y recogimiento interior, y por el consiguiente la subida obra que en el alma Dios pintaba: y así todo es dar golpes en la herradura, dañando en lo uno, y no aprovechando en lo otro,, (2).

§ IX

Adviertan estos tales que guían estas almas, y consideren que el principal agente y guía y movedor de las almas en este negocio no son ellos sino el Espíritu Santo, que nunca pierde cuidado dellas; y que ellos sólo son instrumentos para enderezarlas en la perfección por la fe y ley de Dios, según el espíritu que Dios va dando á cada una. Y así todo su cuidado sea no acomodarlas á su modo y condición propia de ellos, sino mirando si saben el camino, por donde Dios las lleva, y si no lo saben, déjenlas y no las perturben. Y conforme al camino y espíritu por donde Dios las lleva, procuren enderezarlas en mayor soledad y tranquilidad y libertad de espíritu, dándolas anchura para que no aten el sentido corporal y espiritual á cosa particular interior ni exterior, cuando Dios las lleva por esta soledad. Y no se penen ni se soliciten pensando que no se hace

(1) «Solamente ella hace obra no más que natural.» (Ms. de Burgos.) «Ella hace obra no más que natural.» (Ms. de Baeza.)

(2) Variado y añadido.

nada; “porque aunque el alma entonces no lo hace, Dios lo hace en ella. Procuren ellos desembarazar el alma y ponerla en soledad y ociosidad, de manera que no esté atada á alguna noticia particular de arriba ó de abajo, ó con codicia de algún jugo ó gusto, ó de alguna aprehensión. De manera que esté vacía, en negación pura de toda criatura, puesta en pobreza espiritual. Y esto es lo que el alma ha de hacer de su parte, como lo aconseja el Hijo de Dios, diciendo: El que no renunciare á todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo. Lo cual se entiende no sólo de la renunciación de las cosas corporales y temporales según la voluntad, más también del desapropio de las espirituales, en que se incluye la pobreza espiritual, en que pone el Hijo de Dios la bienaventuranza (Math. V, 3). Y vacando desta manera el alma á todas las cosas, llegando á estar vacía y desapropiada acerca de ellas, que es (como habemos dicho), lo que puede hacer el alma, es imposible, cuando hace lo que es de su parte, que Dios deje de hacer lo que es de la suya en comunicársele, á lo menos en secreto silencioso,, (1). Más imposible es esto que dejar de dar el rayo del sol en lugar sereno y descombrado; pues que así como el sol está madrugando para entrarse en tu casa, si destapas la ventana para entrar; así Dios que no duerme en guardar á Israel (Ps. CXX, 4), ni dormita, entrará en el alma vacía y la llenará de bienes divinos.

Dios está como el sol sobre las almas para comunicarse á ellas. Conténtense los que las guían con disponerlas para esto, según la perfección evangélica, que es la desnudez y vacío del espíritu, y no quieran pasar adelante en edificar, que ese oficio es sólo del Padre de las lumbres, de donde descende toda dádiva buena y don perfecto (Jacob. I, 17), porque si el Señor, como dice David, no edifica la casa, en vano trabaja el que la edifica (Ps. CXXVI, 11). “Y pues él es el artífice sobrenatural, él edificará naturalmente en cada alma el edificio que quisiere, si tú se la dispusieres, procurando aniquilarla acerca de sus operaciones y afecciones naturales, con las cuales ella

(1) Añadido.

no tiene habilidad ni fuerza para el edificio sobrenatural. Antes en esta sazón se estorba más que se ayuda, y esa preparación es de tu oficio ponerla en el alma, y de Dios (como dice el sabio) (Prov. XVI, 1-9), es enderezar su camino, conviene saber, á los bienes sobrenaturales, y por modos y maneras que ni el alma ni tú entiendes. Por tanto no digas: ¡Oh! que no va el alma adelante, porque no hace nada; porque si ello es verdad que no hace nada, por el mismo caso que no hace nada, te probaré yo aquí que hace mucho. Porque si el entendimiento se va vaciando de inteligencias particulares, ahora naturales, ahora espirituales, adelante va, y cuanto más vacare á la inteligencia particular y á los actos de entender, tanto más adelante va el entendimiento caminando al sumo bien sobrenatural,,.

“¡Oh!, dirás que no entiende nada distintamente, y así no podrá ir adelante. Antes, te digo, que si entendiese distintamente, no iría adelante. La razón es, porque Dios, á quien va el entendimiento, excede al mismo entendimiento. Y así es incomprehensible é inaccesible al entendimiento, y por tanto, cuando el entendimiento va entendiendo, no se va llegando á Dios, sino antes apartándose. Y así antes se ha de apartar el entendimiento de sí mismo y de su inteligencia para llegarse á Dios, caminando en fe, creyendo y no entendiendo. Y de esa manera llega el entendimiento á la perfección, porque por fe y no por otro medio se junta con Dios. Y á Dios más se llega el alma no entendiendo que entendiendo. Y por tanto no tengas de eso pena, que si el entendimiento no vuelve atrás (que sería si se quisiese emplear en noticias distintas y otros discursos y entenderes, sino que se quiera estar ocioso), adelante va, pues que se va vaciando de todo lo que en él podía caer, porque nada de ello era Dios (pues como habemos dicho) Dios no puede caber en el corazón ocupado; y en este caso de perfección, el no volver atrás, es ir adelante, y el ir adelante el entendimiento, es irse más poniendo en fe, y así es irse más oscureciendo; porque la fe es tiniebla para el entendimiento. De donde, porque el entendimiento no puede saber cómo es Dios, de necesidad ha de caminar á él rendido; y así por

eso va no entendiendo; y así para bien ser le conviene eso que tú condenas, conviene saber, que no se emplee en inteligencias distintas, pues con ellas no puede llegar á Dios, sino antes embarazarse para ir á él,, (1).

§ X

¡Oh!, dirás que si el entendimiento no entiende distintamente, la voluntad estará ociosa y no amará, que es lo que siempre se ha de huir en el camino espiritual. La razón es, porque la voluntad no puede amar sino es lo que entiende el entendimiento. Verdad es esto, mayormente en las operaciones y actos naturales del alma en que la voluntad no ama sino lo que distintamente entiende el entendimiento. “Pero en la contemplación de que vamos hablando, por la cual Dios (como habemos dicho) infunde de sí en el alma, no es menester que haya noticia distinta, ni que el alma haga actos de inteligencia; porque en un acto la está Dios comunicando luz y amor juntamente, que es noticia sobrenatural amorosa, que podemos decir es como luz caliente, que calienta, porque aquella luz juntamente enamora; y esta es confusa y oscura para el entendimiento, porque es noticia de contemplación, la cual (como dice San Dionisio), es rayo de tiniebla al entendimiento: por lo cual, al modo que es la inteligencia en el entendimiento es también el amor en la voluntad. Que como en el entendimiento, esta noticia que le infunde Dios es general y oscura, sin distinción de inteligencia, también la voluntad ama generalmente (2), sin distinción alguna de cosa particular entendida. Que por cuanto Dios es divina luz y amor, en la comunicación que hace de sí al alma, igualmente informa en el alma estas dos potencias, entendimiento y voluntad, con inteligencia y amor; y como el mismo no sea inteligible en esta vida, la inteligencia es oscura (como digo) y á este talle es el amor en la voluntad,, (3); aunque

(1) Variado y añadido.

(2) «En general» (Ms. de Burgos.)

(3) Variado.

algunas veces, en esta delicada comunicación se comunica Dios más y hiere más en la una potencia que en la otra, porque algunas veces se siente más la inteligencia que el amor, y otras veces, más amor que inteligencia, y á veces también todo inteligencia, sin ningún amor, y á veces todo amor sin ninguna inteligencia. Por tanto digo, que en lo que es hacer el alma actos naturales con el entendimiento, no puede amar sin entender; mas en las que Dios hace é infunde en ella, como hace en la que vamos tratando, es diferente, porque se puede comunicar Dios en la una potencia sin la otra; y así puede inflamar la voluntad con el toque del calor de su amor, aunque no entienda el entendimiento; bien así como una persona podrá ser calentada del fuego aunque no vea el fuego (1).

De esta manera, muchas veces se sentirá la voluntad inflamada ó enternecida y enamorada sin saber ni entender cosa más particular que antes, ordenando Dios en ella el amor, como lo dice la Esposa en los Cantares, diciendo: Entróme el rey en la cela vinaria y ordenó en mí la caridad (II, 4). De donde no hay que temer la ociosidad de la voluntad en este caso, que si de suyo deja de hacer actos de amor sobre particulares noticias, hácelos Dios en ella, embriagándola secretamente en amor infuso, ó por medio de la noticia de contemplación, ó sin ella (como acabamos de decir), los cuales son tanto más sabrosos y meritorios que los que ella hiciera, cuanto es mejor el movedor é infusor de este amor, que es Dios.

“Este amor infunde Dios en la voluntad, estando ella vacía y desasida de otros gustos y aficiones particulares de arriba y de abajo., Por eso téngase cuidado que la voluntad esté vacía y desasida de sus aficiones, que si no vuelve atrás, queriendo gustar algún jugo ó gusto, aunque particularmente no le sienta en Dios, adelante va, subiendo sobre todas las cosas á Dios, pues de ninguna cosa gusta; y á Dios (aunque no le guste muy en particular y distintamente, ni le ame con tan distinto acto), gústale en aquella infusión general oscura y secretamente más que á todas las cosas distintas, pues

(1) Véanse las págs. 91 y 299 de este tomo.

entonces ve ella claro que ninguna le da tanto gusto como aquella quietud solitaria; y ámale sobre todas las cosas amables, pues que todos los otros jugos y gustos de todas ellas tiene desechados y le son desabridos. Y así no hay que tener pena, que si la voluntad no puede reparar en jugos y gustos de actos particulares, adelante va, pues el no volver atrás abrazando algo sensible, es ir adelante á lo inaccesible, que es Dios. Y así no es maravilla que no le sienta. Y así la voluntad para ir á Dios, más ha de ser desarrimándose de toda cosa deleitosa y sabrosa, que arrimándose; y así cumple bien el precepto de amor, que es amarle sobre todas las cosas, lo cual no puede ser sin desnudez y vacío espiritual en todas ellas.

Ni tampoco hay que temer en que la memoria vaya vacía de sus formas y figuras, que pues Dios no tiene forma ni figura, segura va vacía de formas y figuras, y más acercándose á Dios; porque cuanto más se arrimare á la imaginación, más se aleja de Dios y en más peligro va, pues que Dios, siendo como es incogitable, no cabe en la imaginación.

§ XI

No entendiendo, pues, estos maestros espirituales las almas que van ya en esta contemplación quieta y solitaria, por no haber ellos llegado á ella, ni sabido qué cosa es salir de discursos de meditaciones (como he dicho), piensan que están ociosas y así les estorban é impiden la paz de la contemplación sosegada y quieta, que de suyo les estaba Dios dando, haciéndoles ir por el camino de meditación y discurso imaginario, y que hagan actos interiores, en lo cual hallan entonces las dichas almas grande repugnancia, sequedad y distracción, porque se querrian ellas estar en su ocio santo y recogimiento quieto y pacífico: en el cual, como el sentido no halla de qué gustar, ni de qué asir, ni qué hacer, persuádenlas éstos también á que procuren jugos y fervores (como quiera que les habían de aconsejar lo contrario), lo cual, no pudiendo ellas hacer ni entrar en ello como antes (porque ya pasó ese tiempo y no es su camino), desasosiéganse

doblado, pensando que van perdidas, y aun ellos se lo ayudan á creer, y sécanlas el espíritu y quitanlas las unciones preciosas que en la soledad y tranquilidad Dios las ponía (que como dije es grande daño), y pónenlas del duelo y del lodo; pues en lo uno pierden, y en lo otro sin provecho penan. No saben éstos qué cosa es espíritu. Hacen á Dios grande injuria y desacato metiendo su tosca mano donde Dios obra, porque le ha costado mucho á Dios llegar á estas almas hasta aquí, y precia mucho haberlas llegado á esta soledad y vacío de sus potencias y operaciones, para poderles hablar al corazón, que es lo que él siempre desea, tomando ya él la mano, siendo él ya el que en el alma reina con abundancia de paz y sosiego, haciendo desfallecer los actos naturales de las potencias (con que trabajando toda la noche no hacían nada), apacentándolas ya el espíritu sin operación del sentido ni su obra; porque el sentido, ni su obra, no es capaz del espíritu. Y cuánto él precie esta tranquilidad y adormecimiento ó ajenación (1) del sentido, échase bien de ver en aquella conjuración tan notable y eficaz que hizo en los Cantares, diciendo: *Adjuro vos, filiæ Jerusalem, per capreas cervosque camporum, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilecta, donec ipsa velit.* Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y ciervos campesinos, que no recordéis ni hagáis velar á mi amada hasta que ella quiera (V, 3). En lo cual da á entender cuánto ama el adormecimiento y olvido solitario, pues interpone estos animales tan solitarios y retirados. Pero estos espirituales no quieren que el alma repose ni quiete, sino que siempre trabaje y obre de manera que no dé lugar á que Dios obre, y que lo que él va obrando se deshaga y borre con la operación del alma, hechos las raposillas que demuelen la florida viña del alma, y por eso se queja el Señor por Isaías, diciendo: *Vos enim depasti estis vineam.* Vosotros habéis despacido mi viña (III, 14).

Pero éstos por ventura yerran con buen celo, porque no llega á más su saber, pero no por eso quedan excusados en los consejos que temerariamente dan, sin entender primero el camino y espíritu que

(1) Aniquilación (Mss. de Burgos y Toledo).

lleva el alma, y no entendiéndola, entremeter su tosca mano en cosa que no entienden, no dejándola á quien la entienda; que no es cosa de pequeño peso y culpa hacer á un alma perder inestimables bienes, y á veces dejarla muy bien extragada por su temerario consejo. Y así, el que temerariamente yerra, estando obligado á acertar, como cada uno lo está en su oficio, no pasará sin castigo, según fué el daño que hizo; porque los negocios de Dios con mucho tiento y muy á ojos abiertos se han de tratar, mayormente cosas (1) de tanta importancia y en negocio tan subido como es el de estas almas, donde se aventura casi infinita ganancia en acertar, y casi infinita pérdida en errar.

§ XII

Pero ya que quieras decir que todavía tienes alguna excusa (aunque yo no la veo), á lo menos no me podrás decir que la tiene el que tratando un alma, jamás la deja salir de su poder, allá por los respetos é intentos vanos que él se sabe, que no quedarán sin castigo: pues que está cierto que habiendo el alma, que ha venido aquí, aprovechando en el camino espiritual, á que siempre Dios la ayuda, ha de mudar del estilo y modo de oración y ha de tener necesidad de otra doctrina ya más alta que la suya y otro espíritu, porque no todos saben para todos los sucesos y términos que hay en el camino espiritual, ni tienen espíritu tan cabal que conozcan cómo en cualquier estado de la vida espiritual ha de ser el alma llevada y regida; á lo menos no ha de pensar que no le falta á él nada, ni que Dios querrá dejar de llevar aquel alma más adelante. No cualquiera que sabe desbistar el madero, sabe entallar la imagen, ni cualquiera que sabe entallarla, sabe perfilarla y pulirla; y no cualquiera que sabe pulirla, sabrá pintarla; ni cualquiera que sabe pintarla, sabrá poner la última mano y perfección. Porque cada uno destos no pueden hacer en la imagen más de lo que saben, y si quisieren pasar ade-

(1) «En caso.» (Mss. de Baeza y Burgos.)

lante, sería echarla á perder. Pues veamos si tú, siendo no más que desbastador, que es poner el alma en el desprecio del mundo y mortificación de sus pasiones y apetitos; ó cuando mucho entallador, que será ponerla en santas meditaciones, y no sabes más, ¿cómo llegarás esa alma hasta la última perfección de delicada pintura, que ya no consiste en desbastar, ni entallar, ni aun en perfilar, sino en la obra que Dios en ella ha de ir haciendo? Y así cierto está que si en tu doctrina, que siempre es de una manera, la haces siempre estar atada, que ó ha de volver atrás, ó á lo menos no ir adelante, porque ¿en qué parará (ruégote) la imagen si siempre has de ejercitar en ella no más que el martillar y desbastar, que en el alma es el ejercicio de las potencias? ¿Cuándo se ha de acabar esta imagen? ¿Cuándo ó cómo se ha de dejar á que la pinte Dios? ¿Es posible que tú tienes todos estos oficios, y que te tienes por tan consumado que nunca esa alma habrá menester más que á ti?; y dado caso que tengas para alguna alma, porque quizá no tendrá talento para pasar más adelante, es como imposible que tú tengas para todas las que tú no dejas salir de tus manos, porque á cada una lleva Dios por diferentes caminos: que apenas se hallará un espíritu que en la mitad del modo que lleva convenga con el modo del otro. ¿Porque quién habrá como San Pablo que tenga para hacerse todo á todos, para ganarlos á todos? Y tú de tal manera tiranizas las almas; y de suerte las quitas la libertad y adjudicas para tí la anchura de la doctrina evangélica, que no sólo procuras que no te dejen, mas, lo que peor es, que si acaso alguna vez sabes que alguna haya ido á tratar alguna cosa con otro (que por ventura no convendría tratarla contigo, ó la llevaría Dios para que la enseñase lo que tú no la enseñaste) te hayas con ella (que no lo digo sin vergüenza) con las contiendas de celos que tienen entre sí los casados; los cuales no son celos que tienes de la honra de Dios ó provecho de aquella alma (pues que no conviene que presumas que en faltarte de esa manera faltó á Dios) sino celos de tu soberbia y presunción, ó de otro imperfecto motivo tuyo (XXXIV, 3 y 10).

Grandemente se indigna Dios contra estos tales y promételes castigo por Ezequiel diciendo: Comíades la leche de mi ganado y

cubriades os con su lana, y mi ganado no apacentábades: yo pediré, dice, mi ganado de vuestra mano.

Deben, pues, los maestros espirituales dar libertad á las almas, y están obligados á mostrarlas buen rostro cuando ellas quisieren buscar mejoría, porque no saben ellos por dónde Dios querrá aprovechar á aquella alma, mayormente cuando ya no gusta de su doctrina, que es señal que no le aprovecha, porque ó la lleva Dios adelante, ó por otro camino que el maestro lleva, ó el maestro espiritual ha mudado estilo, y los mismos maestros se lo han de aconsejar, y lo demás nace de necia soberbia y presunción ó de alguna otra pretensión.

§ XIII

Pero dejemos ahora esta manera, y digamos otra más pestífera que éstos tienen, ú otros peores que ellos usan, porque acaecerá que anda Dios ungiendo algunas almas con ungüentos de santos deseos y motivos de dejar el mundo y mudar la vida y estado y servir á Dios, despreciando el siglo, lo cual lo tiene Dios en mucho de haber acabado con ellas de llegarlas hasta esto (porque las cosas del siglo no son de la voluntad de Dios); y ellos allá con unas razones humanas ó respetos harto contrarios á la doctrina de Cristo y de su humildad y desprecio de todas las cosas, estribando, ó en su propio interés ó gusto, ó por temer donde no hay que temer, ó se lo dificultan, ó se lo dilatan, ó, lo que peor es, por quitárselo del corazón trabajan, que teniendo ellos el espíritu poco devoto, muy vestido del mundo, y poco ablandado en Cristo, como ellos no entran por la puerta estrecha de la vida, tampoco dejan entrar á los otros; á los cuales amenaza Nuestro Salvador por San Lucas, diciendo: ¡Ay de vosotros! que tomasteis la llave de la ciencia, y no entráis vosotros, ni dejáis entrar á los demás (XI, 52), porque éstos, á la verdad, están puestos como por tranca y tropiezo de la puerta del cielo, impidiendo que no entren los que les piden consejo; sabiendo que les tiene Dios mandado, no sólo que los dejen y ayuden á entrar, sino que aun los

compelan á entrar, diciendo por San Lucas: Porfía, hazlos entrar para que se llene mi casa de convidados (XIV, 23). Ellos por el contrario están compeliendo que no entren.

De esta manera es él un ciego que puede estorbar la vía del alma, que es el Espíritu Santo, lo cual acaece en los maestros espirituales de muchas más maneras que aquí queda dicho, unos sabiendo, otros no sabiendo. Mas los unos y los otros no quedarán sin castigo, porque teniéndolo por oficio, están obligados á saber y mirar lo que hacen.

§ XIV

El segundo ciego que dijimos que podría empachar al alma en este género de recogimiento, es el demonio, que quiere que como él es ciego, que también el alma lo sea. El cual en estas altísimas soledades en que se infunden las delicadas unciones del Espíritu Santo, en lo cual él tiene grave pesar y envidia, porque ve que no solamente se enriquece el alma, sino que se le va de vuelo y no la puede coger en nada, “por cuanto está el alma sola desnuda, y ajena de toda criatura y rastro della,, , procúrale poner en este enajenamiento algunas cataratas de noticias y nieblas de jugos sensibles, á veces buenos, para cebar más el alma y hacerla volver así al trato “distinto y obra del sentido, y que mire en aquellos jugos y noticias buenas que la representa,, y las abraza, á fin de ir á Dios arrimada á ellas; y en esto facilísimamente la distrae y saca de aquella soledad y recogimiento, en que (como habemos dicho), el Espíritu Santo está obrando aquellas grandezas secretas; porque como el alma de suyo es inclinada á sentir y gustar, mayormente si lo anda pretendiendo y no entiende el camino que lleva, facilísimamente se pega á aquellas noticias y jugos que la pone el demonio, y se quita de la soledad en que Dios “la ponía; porque como ella en aquella soledad y quietud de las potencias del alma,, no hacía nada, parecele que estotro es mejor, pues ya en ello hace algo. Y aquí es grande lástima que no

entendiéndose el alma, por comer un bocadillo “de noticia particular ó jugo,, se quita que la coma Dios á ella toda, “porque así lo hace Dios en aquella soledad en que la pone,, (1), porque la absorbe en sí por medio de aquellas unciones espirituales solitarias.

De esta manera, por poco más que nada, causa el demonio gravísimos daños, haciendo al alma perder grandes riquezas, sacándola con un poquillo de cebo (como al pez) del golfo de las aguas sencillas del Espíritu Santo, á donde estaba engolfada y anegada en Dios sin hallar pie ni arrimo, y en esto la saca á la orilla dándole estribo y arrimo, y que halle pie, y se vaya por su pie, por tierra, con trabajo, y no nade por las aguas de Siloe que van con silencio, bañada en las unciones de Dios. Y hace el demonio tanto caso de esto, que es para admirar, que con ser mayor un poco de daño en esta parte que hacer muchos en otras almas muchas (como habemos dicho), apenas hay alma que vaya por este camino que no la haga grandes daños y haga caer en grandes pérdidas; porque este maligno se pone aquí con grande aviso en el paso que hay del sentido al espíritu, como siempre lo há de costumbre, porque no pase del sentido al espíritu engañando y cebando á las almas con el mismo sentido, atravesando (como habemos dicho) cosas sensibles, porque se detenga en ellas, y no se le escape; y el alma con grandísima facilidad, luego se detiene como no sabe más que aquello, y no piensa que hay en aquello pérdida, por lo cual deja de entrar en lo interior del Esposo, quedándose á la puerta á ver lo que pasa afuera en la parte sensitiva. Todo lo alto ve (dice Job) el demonio (XLI, 25), es á saber, la alteza espiritual de las almas para impugnarla. De donde si acaso algún alma se le entra en el alto recogimiento, “ya que de la manera que habemos dicho no pueda distraerla, á lo menos,, con horrores, temores ó dolores corporales, ó con sonidos y ruidos exteriores, trabaja por poderla hacer advertir al sentido, para sacarla fuera y divertirla del interior espíritu, hasta que no pudiendo más, la deja. Mas es con tanta facilidad las riquezas que estorba y extraga á estas

(1) Añadido.

preciosas almas, que con preciarlo él más que derribar muchas de otras, no lo tiene en mucho por la facilidad con que lo hace y lo poco que le cuesta.

§ XV

Porque á este propósito podemos entender lo que de él dijo Dios á Job: *Ecce absorbebit fluvium, et non mirabitur; et habet fiduciam quod influat Jordanis in os ejus! In oculis ejus quasi hamo capiet eum, et in sudibus perforabit nares ejus.* (XL, 18.) Es á saber: Absorberá un río y no se maravillará, y tiene confianza que el Jordán caerá en su boca (que se entiende por lo más alto de la perfección). En sus mismos ojos le cazará como con anzuelo, y con leznas le horadará las narices, esto es, con las puntas de las noticias con que le está hiriendo, la divertirá el espíritu, porque el aire que sale por las narices recogido, estando horadadas, se divierte por muchas partes. Y adelante dice: Debajo de él estarán los rayos del sol, y derramará el oro debajo de sí como el lodo. (XLI, 21.) Porque admirables rayos de divinas noticias hace perder á las almas ilustradas, y precioso oro de matices divinos quita y derrama á las almas ricas. Oh, pues, almas, cuando Dios os va haciendo tan soberanas mercedes, que os lleva por estado de soledad y recogimiento, apartándoos de vuestro trabajoso sentir, no os volváis al sentido; dejad vuestras operaciones; que si antes os ayudaban para negar al mundo y á vosotras mismas, cuando érades principiantes, ahora que Dios os hace merced de ser el obrero, os serán obstáculo grande y embarazo; que como tengáis cuidado de no poner vuestras potencias en cosa ninguna, desasiéndolas de todo y no embarazándolas, que es lo que de vuestra parte habéis de hacer en este estado solamente, junto con la advertencia amorosa, sencilla, que dije arriba, de la manera que allí lo dije, que es cuando no os hiciere desgana tenerla, porque no habéis de hacer ninguna fuerza al alma si no fuere en desasirla de todo y libertarla, porque no la turbéis y alteréis la paz y tranquilidad, Dios os la cebará de refección celestial, pues que no se la embarazáis.

§ XVI

El tercer ciego es la misma alma, la cual, no entendiéndose (como habemos dicho), ella misma, se perturba y se hace el daño, porque como ella no sabe obrar sino por el sentido y discurso de pensamiento, cuando Dios la quiere poner en aquel vacío y soledad donde no puede usar de las potencias ni hacer actos, como ve que ella no hace nada, procura hacerlo, y así se distrae y se llena de sequedad y disgusto el alma, la cual estaba gustando de la ociosidad de la paz y silencio espiritual en que Dios la estaba de secreto poniendo á gusto. Y acaecerá que Dios esté porfiando por tenerla en aquella callada quietud, y ella porfiando también con la imaginación y con el entendimiento á querer obrar por sí misma, en lo cual es como el muchacho que, queriéndole llevar su madre en brazos, él va gritando y pateando por irse por su pie; y así, ni anda él, ni deja andar á la madre; ó como cuando queriendo el pintor pintar una imagen, y otro se la estuviese meneando, que no se haría nada, ó se borraría la pintura. Ha de advertir el alma en esta quietud que, aunque ella entonces no se sienta caminar ni hacer nada, camina mucho más que si fuese por su pie, porque la lleva Dios en sus brazos. Y así, aunque camina al paso de Dios, ella no siente el paso; y aunque ella misma no obra nada con las potencias de su alma, mucho más se hace que si ella lo hiciese, pues es Dios el obrero. Y que ella no lo eche de ver no es maravilla, porque lo que Dios obra en el alma á este tiempo no lo alcanza el sentido, porque es en silencio: que como dice el Sabio, las palabras de la sabiduría óyense en silencio. Déjese el alma en las manos de Dios y no se ponga en sus propias manos ni en las de estos dos ciegos, que como esto sea, y ella no ponga las potencias en algo, segura irá (1).

(1) La primera Llama añade aquí unas palabras.

§ XVII

Pues volvamos ahora al propósito de estas profundas cavernas de las potencias del alma, en que decíamos que el padecer del alma suele ser grande, cuando la anda Dios ungiendo y disponiendo con los más subidos ungüentos del Espíritu Santo para unirla consigo, los cuales son ya tan sutiles y de tan delicada unción, que penetrando ellos la íntima sustancia del fondo del alma, la disponen y la saborean, de manera que el padecer y desfallecer en deseo y con inmenso vacío de estas cavernas es inmenso. Donde habemos de notar, que si los ungüentos que disponían á estas cavernas del alma para la unión del matrimonio espiritual con Dios, son tan subidos como habemos dicho, ¿cuál pensamos que será la posesión “de inteligencia, de amor y gloria que tienen ya en la dicha unión con Dios el entendimiento, voluntad y memoria?,, (1). Ciertó que conforme á la sed y hambre que tenían estas cavernas, será ahora la satisfacción y hartura y deleite de ellas; y conforme á la delicadez de las disposiciones, será el primor de la posesión del alma y fruición de su sentido. Por el sentido del alma entiende aquí la virtud y fuerza que tiene la sustancia del alma para sentir y gozar los objetos de las potencias espirituales, con “que gusta la sabiduría y amor y comunicación de Dios. Y por eso á estas tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, las llama el alma en este verso *cavernas del sentido profundas*; porque por medio de ellas y en ellas siente y gusta el alma profundamente las grandezas de la sabiduría y excelencias de Dios,, (2). Por lo cual harto propriamente las llama aquí el alma *cavernas profundas*, porque como siente que en ellas caben las profundas inteligencias y resplandores de las lámparas del fuego, conoce que tiene tanta capacidad y senos, cuantas cosas distintas recibe de inteligencias, de sabores, de gozos, de deleites, etc., de Dios. Todas las cuales cosas se reciben y asientan

(1) Añadido.

(2) Añadido.

“en este sentido del alma, que como digo, es la virtud y capacidad que tiene el alma para sentirlo, y poseerlo y gustarlo todo, administrándose las cavernas de las potencias; así como al sentido común de la fantasía acuden con las formas de sus objetos los sentidos corporales, y él es el receptáculo y archivo de ellas: por lo cual este sentido común del alma, que está hecho receptáculo y archivo de las grandezas de Dios, está tan ilustrado y tan rico cuanto alcanza de esta alta y esclarecida posesión,, (1).

Que estaba oscuro y ciego.

“Conviene á saber, antes que Dios le esclareciese y alumbrase, como está dicho. Para inteligencia de lo cual es de saber, que,, (2) por dos cosas puede el sentido de la vista dejar de ver: ó porque está á oscuras, ó porque está ciego. Dios es la luz y el objeto del alma. Cuando ésta no le alumbrá, á oscuras está, aunque la vista tenga muy subida: cuando está en pecado ó emplea el apetito en otras cosas, entonces está ciega. Y aunque entonces la embista la luz de Dios, como está ciega, no la ve la oscuridad del alma, que es la ignorancia del alma, la cual, antes que Dios la alumbrase por esta transformación, estaba oscura é ignorante de tantos bienes de Dios, como dice el Sabio que lo estaba él antes que la sabiduría le alumbrase, diciendo: *Ignorantias meas illuminavit*. Mis ignorancias alumbró (L, 26) (3). Hablando espiritualmente, una cosa es estar á oscuras y otra estar en tinieblas; porque estar en tinieblas es estar ciego (como habemos dicho), en pecado; pero el estar á oscuras puédelo estar sin pecado, y esto de dos maneras, conviene á saber: acerca de lo natural, no teniendo luz de algunas cosas naturales; y acerca de lo sobrenatural, no teniendo luz de algunas cosas sobrenaturales. Y acerca de estas dos cosas dice aquí el alma que estaba oscuro su sentido antes de esta preciosa unión (4), porque hasta que el Señor dijo:

-
- (1) Variado y añadido. (2) Añadido.
 (3) Véase la pág. 88, nota segunda.
 (4) El Ms. de Sevilla dice: «Preciosa unción».

Fiat lux, estaban las tinieblas sobre la haz del abismo de la caverna del sentido del alma, el cual cuanto es más abisal y de más profundas cavernas, tanto más abisales y profundas cavernas, y tanto más profundas tinieblas hay en él acerca de lo sobrenatural, cuando Dios, que es su lumbré, no le alumbrá; y así esle imposible alzar los ojos á la divina luz ni caer en su pensamiento, porque no sabe cómo es no habiéndola visto; y por eso ni la podrá apetecer; antes apetecerá tinieblas, porque sabe cómo son, é irá de una tiniebla en otra, guiado por aquella tiniebla; porque no puede guiar una tiniebla sino á otra tiniebla, pues, como dice David: El día rebosa en el día, y la noche enseña ciencia á la noche (Ps. XVIII, 3). Y así un abismo llama á otro abismo, conviene á saber: un abismo de luz llama á otro abismo de luz, y un abismo de tinieblas á otro abismo de tinieblas, llamando cada semejante á su semejante y comunicándose. Y así la luz de la gracia (que Dios antes había dado á esta alma con que le había alumbrado el ojo del abismo de su espíritu, abriéndosele á la divina luz y haciéndola en esto agradable á sí), llamó otro abismo de gracia, que es esta transformación divina del alma en Dios, con que el ojo del sentido queda tan esclarecido y agradable á Dios, que podemos decir que la luz de Dios y del alma toda es una, unida la luz natural del alma con la sobrenatural de Dios, y luciendo ya la sobrenatural solamente; así como la luz que Dios crió se unió con la luz del sol, y luce ya la del sol solamente sin faltar la otra (1).

Y también estaba ciego en tanto que gustaba de otra cosa, porque la ceguedad del sentido racional y superior es el apetito, que, como catarata y nube, se atraviesa y pone sobre el ojo de la razón, para que no vea las cosas que están delante; y así en tanto que proponía en el sentido algún gusto, estaba ciego para ver las grandezas de riquezas y hermosura divina que estaban tras de la catarata.

(1) Habla aquí el Místico Doctor de la luz que fué creada en el primer día, y parece ser de la opinión de aquellos teólogos que dijeron que consistía ó dimanaba de una nube lúcida, la cual se unió después con el astro del día. (Véase Santo Tomás. *Summa Theologica* part. 1.^a, q. 68, art. 4.^o, y el P. Juan Mir, S. J. *La Creación*. Cap. XIII, art. 2.^o)

Porque así como poniendo sobre el ojo una cosa, por pequeña que sea, basta para tapar la vista que no vea otras cosas que están delante, por grandes que sean; así un leve apetito y ocioso acto que tenga el alma, basta para impedirla todas estas grandezas divinas, que están después de los gustos y apetitos que el alma quiere.

¡Oh, quién pudiera decir aquí cuán imposible le es al alma que tiene apetitos, juzgar de las cosas de Dios como ellas son; porque para acertar á juzgar de las cosas de Dios como ellas son, totalmente se ha de echar el apetito y gusto fuera, y no las ha de juzgar con él, porque infaliblemente vendrá á tener las cosas de Dios, por no de Dios, y las no de Dios, por de Dios; porque estando aquella catarata y nube del apetito sobre el ojo del juicio, no ve sino catarata, unas veces de un color, y otras de otro, como ellas se le ponen, y piensa que la catarata es Dios, porque, como digo, no ve más que catarata que está sobre el sentido, y Dios no cae en el sentido.

Y de esta manera el apetito y gustos sensitivos impiden el conocimiento de las cosas altas. Lo cual da bien á entender el Sabio por estas palabras, diciendo: El engaño de la vanidad oscurece los bienes; y la inconstancia de la concupiscencia trastorna el sentido sin malicia (Sap. IV, 12), es á saber, el buen juicio. Por lo cual, los que no son tan espirituales que estén purgados de los apetitos y gustos, sino que todavía estén algo animales en ellos, crean que las cosas que son más viles y bajas del espíritu, que son las que más se llegan al sentido, según el cual todavía ellos viven, las tendrán por gran cosa, y las que son máspreciadas y más altas para el espíritu, que son las que más se apartan del sentido, las tendrán en poco y no las estimarán, y aun á veces las tendrán por locura, como lo da bien á entender San Pablo, diciendo: El hombre animal no percibe las cosas de Dios; son para él locura, y le son muy dificultosas de entender (1. ad Cor. II, 14) (1). Por hombre animal se entiende aquí aquel que todavía vive con apetitos y gustos naturales, porque aunque algunos gustos nacen del espíritu en el sentido, si el hombre se quiere asir á

(1) Varios manuscritos dicen: «Y no las puede entender.»

ellos con su natural apetito, ya son apetitos no más que naturales; que poco hace al caso que el objeto ó motivo sea sobrenatural, si el apetito sale de motivo natural, teniendo su raíz y fuerza en el natural, para que deje de ser apetito natural, pues que tiene la misma sustancia y naturaleza que si fuera cerca de motivo y materia natural.

Dirásme, pues: “¿luego síguese que cuando el alma apetece á Dios, no le apetece sobrenaturalmente, y así aquel apetito no será meritorio delante de Dios?,,

Respondo que verdad es que no es aquel apetito, cuando el alma apetece á Dios, siempre sobrenatural, sino cuando Dios le infunde, dando él la fuerza del tal apetito; “y este es muy diferente del natural. Y hasta que Dios le infunde, muy poco ó nada se merece. Y así cuando tú de tuyo quieres tener apetito de Dios, no es más que apetito natural, ni será más hasta que Dios la quiera informar sobrenaturalmente. De donde, cuando tú de tuyo quieres apegar el apetito á las cosas espirituales, y te quieres asir al sabor de ellas, ejercitas el apetito tuyo natural,, (1) y entonces cataratas pones en el ojo y no dejas de ser animal (2). Y así no podrás entender ni juzgar de lo espiritual, que es sobre todo sentido y apetito natural. Y si tienes más dudas, no sé qué te diga, sino que lo vuelvas á leer, que quizá lo entenderás, que dicha está la sustancia de la verdad y no se sufre aquí en esto alargarme más.

Este sentido, pues, del alma que antes estaba oscuro sin esta divina luz de Dios, y ciego con sus apetitos y afecciones, ya no solamente con sus profundas cavernas está ilustrado y claro por medio de esta altísima y divina unión con Dios; “pero aun hecho ya como una resplandeciente luz con las cavernas de sus potencias, tanto que,, (3)

*Con extraños primores
Calor y luz da junto á su querido.*

(1) Variado.

(2) «Y animal eres.» (Mss. de Baeza y Burgos).

(3) Añadido.

Porque estando estas cavernas de las potencias ya tan miríficas y maravillosamente infundidas en los admirables resplandores de aquellas lámparas (como habemos dicho) que en ella están ardiendo, están ellas enviando á Dios en Dios (de más de la entrega que de sí hacen á Dios) esos mismos resplandores que tienen recibidos, con amorosa gloria, inclinadas ellas á Dios en Dios, hechas también ellas más encendidas lámparas en los resplandores de las lámparas divinas, dando al amado la misma luz y calor de amor que reciben de él. Porque aquí de la misma manera que lo reciben, lo están dando al que lo recibe y lo ha dado con los mismos primores que él se los da, como el vidrio hace cuando le embiste el sol, que echa también resplandores; aunque estotro es en más subida manera, por entrevenir en ello el ejercicio de la voluntad. *Con extraños primores.* Es á saber, extraños y ajenos de todo común pensar y de todo encarecimiento y de todo modo y manera; porque conforme al primor con que el entendimiento recibe la sabiduría divina, hecho el entendimiento uno con el de Dios, es el primor con que lo da el alma, porque no lo puede dar sino al modo que se lo dan; y conforme al primor con que la voluntad está unida en la bondad, es el primor con que ella da á Dios en Dios la misma bondad, porque no lo recibe sino para darlo. Y ni más ni menos, según el primor con que en la grandeza de Dios conoce, estando unida en ella, luce y da calor de amor; y según los primores de los demás atributos divinos que comunica allí él al alma de fortaleza, hermosura, justicia, etc., son los primores con que el sentido gozando, está dando á su querido en su querido, es á saber, esa misma luz y calor que está recibiendo de su querido, porque estando ella aquí hecha una misma cosa con él, en cierta manera es ella Dios por participación, que aunque no tan perfectamente como en la otra vida, es (como dijimos) como sombra de Dios. Y á este talle, siendo ella por medio de esta sustancial trasformación sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios, lo que él hace en ella por sí mismo, al modo que él lo hace; porque la voluntad de los dos es una. “Y así la operación de Dios y de ella es una., De donde como Dios se le está dando con libre y graciosa voluntad, así también

ella, teniendo la voluntad tanto más libre y generosa, cuanto más unida en Dios, está dando á Dios al mismo Dios en Dios. Y es verdadera y entera dádiva del alma á Dios, porque allí ve el alma que verdaderamente Dios es suyo, y que ella le posee con posesión hereditaria, con propiedad de derecho, como hijo de Dios adoptivo, por la gracia que Dios le hizo de dársele á sí mismo; y que, como cosa suya, le puede dar y comunicar á quien ella quisiere de voluntad. Y así ella da á su querido, que es el mismo Dios que se le dió á ella, en lo cual paga ella á Dios todo lo que le debe, por cuanto de voluntad le da otro tanto como de él recibe; y porque en esta dádiva que hace el alma á Dios, le da al Espíritu Santo como cosa suya con entrega voluntaria, para que en él se ame como él merece, tiene el alma como inestimable deleite y fruición, porque ve que da ella á Dios cosa suya propia que cuadra á Dios según su infinito ser. Que aunque es verdad que el alma no puede de nuevo dar al mismo Dios á sí mismo, pues él en sí siempre se es el mismo; pero el alma de suyo perfecta y verdaderamente lo hace, dando todo lo que él le había dado para pagar el amor, que es dar tanto como le dan. Y Dios se paga con aquella dádiva del alma (que con menos no se pagaría) y la toma Dios con agradecimiento, como cosa que de suyo le da el alma, y en esta entrega de Dios ama el alma también como de nuevo; y él de nuevo libremente se entrega al alma, y en eso ama el alma (1), y así entre Dios y el alma está actualmente formado un amor recíproco en conformidad de la unión y entrega matrimonial, en que los bienes de entrambos, que son la divina esencia, poseyéndolos cada uno libremente por razón de la entrega voluntaria del uno al otro, los poseen entrambos juntos, diciendo el uno al otro lo que el Hijo de Dios dijo al Padre por San Juan, es á saber: *Omnia mea tua sunt, et tua, mea sunt et clarificatus sum in eis*. Esto es, todos mis bienes son tuyos y tus bienes son míos, y clarificado soy en

(1) Como cosa que de suyo le da el alma; y en esa misma dádiva ama él de nuevo al alma, y en esa reentrega de Dios al alma, ama el alma también como de nuevo. (Mss. de Baeza y Sevilla.)

ellos (Luc. XV, 31). Lo cual en la otra vida es sin intermisión en la fruición perfecta; pero en este estado de unión acaece cuando Dios excita (1) en el alma el acto de esta transformación, aunque no con la perfección que en la otra. Y que pueda el alma hacer aquella dádiva tan grande aunque es de más entidad que su capacidad y ser, está claro, porque también lo está que el que tiene muchas gentes y reinos por suyos, que son de mucho más entidad que él, los puede dar á quien él quisiere.

Esta es la gran satisfacción y contento del alma, ver que da á Dios más que ella en si es y vale, dando con tanta liberalidad á Dios á si mismo como cosa suya, con aquella misma luz divina y calor divino que se lo dan; lo cual en la otra vida es por medio de la lumbre de gloria, y en esta por medio de la fe ilustradísima. De esta manera, *las profundas cavernas del sentido, con extraños primores calor y luz dan junto á su querido*. Junto dice, porque junta es la comunicación del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en el alma, que son luz y fuego de amor en ella.

Pero los primores con que el alma hace esta entrega hemos de notar brevemente aquí. Acerca de lo cual se ha de advertir que, como quiera que el alma goce cierta imagen de fruición causada de la unión del entendimiento y del afecto con Dios, deleitada ella en si y obligada por esta tan gran merced, hace la dicha entrega de Dios y de si á Dios con maravillosos modos. Porque acerca del amor se ha el alma con Dios *con extraños primores*. Y acerca de este rastro de fruición, ni más ni menos, y acerca de la alabanza también; y por el semejante acerca del agradecimiento.

1. Cuanto á lo primero tiene tres primores principales de amor; el primero es que aquí ama el alma á Dios no por sí, sino por él mismo; lo cual es admirable primor, porque ama por el Espíritu Santo, como el Padre y el Hijo se aman, como el mismo Hijo lo dice por San Juan, diciendo: La dilección con que me amaste esté en ellos y yo en ellos (Joan XVII, 27).

(1) Mss. de Baeza y Sevilla dicen: «Cuando Dios se ejercita.»

2. El segundo primor es amar á Dios en Dios, porque en esta unión vehemente, se absorbe el alma en amor de Dios, y Dios con gran vehemencia se entrega al alma.

3. El tercer primor de amor principal es amarle allí por quien él es, porque no le ama sólo porque para sí misma es largo, bueno y glorioso, etc., sino mucho más fuertemente, porque en sí es todo esto esencialmente. Y acerca de esta imagen de fruición tiene otros tres primores maravillosos, preciosos y principales.

1. El primero, que el alma goza allí á Dios por el mismo Dios; porque como el alma une aquí el entendimiento en la omnipotencia, sapiencia, bondad, etc., aunque no claramente como será en la otra vida, grandemente se deleita en todas estas cosas entendidas distintamente, como arriba dijimos.

2. El segundo primor principal de esta delectación es deleitarse ordenadamente sólo en Dios, sin ninguna otra mezcla de criatura.

3. El tercer deleite es gozarle sólo por quien él es, sin mezcla alguna de gusto propio.

Acerca de la alabanza que el alma tiene á Dios en esta unión, hay otros tres primores de alabanza.

1. El primero hacerlo de oficio, porque ve el alma que para su alabanza la crió Dios, como dice por Isaías, diciendo: Este pueblo formé para mí, cantará mis alabanzas (Isai. XLIII, 21).

2. El segundo primor de alabanza es por los bienes que recibe y deleite que tiene en alabarle.

3. El tercero es por lo que Dios es en sí, porque aunque el alma ningún deleite recibiese, le alabaría por quien él es.

Acerca del agradecimiento tiene otros tres principales primores.

1. El primero agradecer los bienes naturales y espirituales que ha recibo y los beneficios.

2. El segundo es la deleitación grande que tiene en alabar á Dios, porque con gran vehemencia se absorbe en esta alabanza.

3. El tercero es alabanza sólo por lo que Dios es, la cual es mucho más fuerte y deleitable.

CANCIÓN IV

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras:
Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno
Cuán delicadamente me enamoras!

DECLARACIÓN

Conviértese el alma aquí á su Esposo con mucho amor, estimándole y agradeciéndole dos efectos admirables que á veces en ella hace por medio de esta unión, notando también el modo con que hace cada uno, y también el efecto que en ella redunda en este caso.

El primer efecto es recuerdo de Dios en el alma, y el modo con que éste se hace es de mansedumbre y amor.

El segundo es de aspiración de Dios en el alma, y el modo de éste es de bien y gloria que se le comunica en la aspiración, y lo que de aquí en el alma redunda es enamorarla delicada y tiernamente. Y así es como si dijera: El recuerdo que haces, oh Verbo esposo, en el centro y fondo de mi alma, que es la pura é íntima sustancia de ella, en que secreta y calladamente sólo como solo señor de ella moras, no sólo como en tu casa, ni sólo como en tu mismo lecho, sino también como en mi propio seno, íntima y estrechamente unido, ¡Cuán mansa y amorosamente le haces!; esto es, grandemente manso y amoroso. Y en la sabrosa aspiración que con ese recuerdo tuyo haces, sabrosa para mí, que está llena de bien y gloria, ¡con cuánta delicadez me enamoras y aficionas á ti! En lo cual toma el alma la semejanza del que cuando recuerda de su sueño respira. Porque á la verdad ella aquí así lo siente.

Siguese el verso:

*Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno.*

Muchas maneras de recuerdos hace Dios al alma, tantos, que si hubiésemos de ponernos á contarlos nunca acabaríamos. Pero este recuerdo que aquí quiere dar á entender el alma que le hace el Hijo de Dios, es, á mi ver, de los más levantados y que mayor bien hacen al alma; porque este recuerdo es un movimiento que hace el Verbo en la sustancia del alma, de tanta grandeza y señorío y gloria, y de tan íntima suavidad, que le parece al alma que todos los bálsamos y especies odoríficas y flores del mundo se trabucan y menean, revolviéndose para dar su suavidad; y que todos los reinos y señoríos del mundo y todas las potestades y virtudes de cielo se mueven. Y que no sólo eso, sino que también todas las criaturas, virtudes y sustancias y perfecciones y gracias de todas las cosas criadas relucen y hacen el mismo movimiento; todo á una y en uno; que por cuanto, como dice San Juan (I, 3 y 4), todas las cosas en él son vida, y en él viven y son y se mueven, como también dice el Apóstol (Actuum. XVII, 28). De aquí es, que moviéndose este tan gran Emperador en el alma, cuyo principado, como dice Isaías (IX, 6), trae sobre su hombro, que son las tres máquinas celeste, terrestre é infernal, y las cosas que hay en ellas, sustentándolas todas (como dice San Pablo) con el verbo de su virtud (Hebr. I, 3), todas á una parecen moverse, **al modo que al movimiento de la tierra se mueven todas las cosas naturales que hay en ella, como si no fuesen nada** (1). Así es cuando se mueve este príncipe, que trae

(1) Este pasaje se varió en las ediciones, poniéndole de esta manera: «Al modo que si se moviese la tierra, se moverían todas las cosas naturales que hay en ella». Los manuscritos, tanto de la primera como de la segunda Llama, le traen uniformemente como aquí se publica. De su obvio y genuino sentido aparece claro, que San Juan de la Cruz admitía el movimiento de la tierra, lo cual es para él una gloria singular, que le hará brillar de aquí en adelante con nuevos fulgores ante el mundo científico. Y tanto más, cuanto que se adelantó al famoso Galileo, acérrimo defensor de este sistema. No quiero decir con esto, ni que San Juan de la Cruz descubriera esta verdad, ni que él fuera el único que en su tiempo la defendió, pues no ignoro que en la antigüedad fué defendida por los pitagóricos; y que en el primer tercio del siglo XVI la expuso el Canónigo Copérnico en su inmortal libro *De revolutionibus corporum caelestium*, siguiendo su opinión otros sabios de su tiempo.

Este precioso dato es importantísimo para la historia de la ciencia de nuestra Patria; pues se descubre por él que no faltaban en el siglo XVI, en España, parti-

sobre sí su corte y no la corte á él. Aunque esta comparación es harto impropia, porque acá no sólo parecen moverse, sino que también todos descubren las bellezas de su ser, virtud y hermosura y gracias, y la raíz de su duración y vida; porque echa allí de ver el alma cómo todas las criaturas de arriba y de abajo tienen su vida y fuerza y duración en él, y ve claro lo que él dice en el libro de los Proverbios, diciendo: Por mí reinan los reyes y por mí gobiernan los príncipes, y los poderosos ejercitan justicia, y la entienden (VIII, 15-16). Y aunque es verdad que echa allí de ver el alma que estas cosas son distintas de Dios en cuanto tienen ser criado, y las ve en él con su fuerza, raíz y vigor, es tanto lo que conoce ser Dios en su ser con infinita eminencia todas estas cosas, que las conoce mejor en su ser que en las mismas cosas; y este es el deleite grande de este recuerdo, conocer por Dios las criaturas, y no por las criaturas á Dios, que es conocer los efectos por su causa y no la causa por los efectos, que es conocimiento postrero y ese otro es esencial.

Y cómo sea este movimiento en el alma, como quiera que Dios sea inmovible, es cosa maravillosa, porque aunque entonces Dios no se mueve realmente, al alma le parece que en verdad se mueve, porque como ella es la innovada y movida por Dios para que vea esta sobrenatural vista, y se le descubre con tanta novedad aquella divina vida y el ser y armonía de todas las cosas y criaturas en ella con sus movimientos en Dios, parécele es Dios el que se mueve, y que toma la causa el nombre del efecto que hace. Según el cual efecto pode-

darios del sistema Copernicano, porque de creer es que el Santo lo aprendió de labios de alguno de sus Maestros.

No podemos menos de notar sobre este mismo punto, el que Fr. Diego de Jesús, C. D., primer editor de estas obras, y que tantas cosas suprimió de ellas, no suprimiera por completo este pasaje, y que admitiera hipotéticamente el movimiento de la tierra; cosa tanto más de extrañar, cuanto que dos años antes que él publicara su edición, había sido condenada la doctrina de Galileo por la Inquisición Romana. Este proceder del P. Diego prueba, á nuestro juicio, que los sabios no tenían dicha condenación por absoluta, como ya han notado varios escritores, sino que se rechazaba la teoría, en tanto que no se demostrase con sólidos argumentos. (Véase el P. Cámara, *Contestación á la Historia del conflicto entre la Religión y la Ciencia*, de Juan Guillermo Draper, pág. 256, edic. de 1879; Almeida, *Recreación Filosófica*, pág. 236 y sig. del tom. 6.º, y otros escritores que han tratado esta materia.)

mos decir que Dios se mueve, según el Sabio dice: que la sabiduría es más movable que todas las cosas movibles (VII, 24); y es, no porque ella se mueva, sino porque es el principio y raíz de todo movimiento; y permaneciendo en sí estable (como dice luego), todas las cosas innova. Y así lo que allí quiere decir es, que la sabiduría es más activa que todas las cosas activas. Y así debemos aquí decir, que el alma en este movimiento es la movida y la recordada del sueño de vista natural á vista sobrenatural. Y por eso le pone bien propriamente nombre de *recuerdo*. Pero Dios siempre se está así, como el alma lo echa de ver, moviendo, rigiendo y dando ser y virtud y gracias y dones á todas las criaturas, teniéndolas todas en sí virtual, y presencial, y sustancialmente, viendo el alma lo que Dios es en sí y lo que es en sus criaturas en sola una vista; así como quien abriéndole un palacio ve en un acto la eminencia de la persona que está dentro, y ve juntamente lo que está haciendo. Y así lo que yo entiendo, cómo se haga este recuerdo y vista del alma, es que estando el alma en Dios sustancialmente (como lo está toda criatura) quitale de delante algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos, para poderle ver como él es. Y entonces traslúcese y viséase algo entre oscuramente (porque no se quitan todos los velos) aquel rostro suyo lleno de gracias, el cual como todas las cosas está moviendo con su virtud, parécese juntamente con él lo que está haciendo, y parece moverse él en ellas y ellas en él con movimiento continuo. Y por eso le parece al alma que él se movió y recordó, siendo ella la movida y la recordada; que esta es la bajeza de esta nuestra condición de vida, que como nosotros estamos, pensamos que están los otros, y como somos, juzgamos á los demás, saliendo el juicio y comenzando de nosotros mismos y no de fuera. Y así el ladrón piensa que los otros también hurtan; y el lujurioso piensa que de su condición son los demás (1); y el malicioso que también los otros son maliciosos, saliendo aquel juicio de su malicia; y el bueno piensa bien de los demás, saliendo aquel juicio de la bondad

(1) «Que los otros también lo son.» (Mss. de Baeza y Burgos.)

que él tiene en sí concebida. El que es descuidado y dormido, parécele que los otros lo son; y de aquí es, que cuando nosotros estamos descuidados y dormidos delante de Dios, nos parezca que Dios es el que está dormido y descuidado de nosotros, como se ve en el salmo cuarenta y tres, donde dice David á Dios: Levántate, Señor, ¿por qué duermes?, levántate. Poniendo en Dios lo que había en los hombres, que siendo ellos los dormidos y caídos, dicen á Dios que él sea el que se levante y el que despierte: como quiera que nunca duerme el que guarda á Israel. Pero á la verdad, como quiera que todo bien del hombre venga de Dios y el hombre de suyo ninguna cosa pueda que sea buena, con verdad se dice que nuestro recuerdo es recuerdo de Dios, y nuestro levantamiento es levantamiento de Dios; y así es como si dijera David: Levántanos dos veces y recuérdanos, porque estamos dormidos y caídos de dos maneras. De donde porque el alma estaba dormida en sueño de quo ella jamás por sí misma no pudiera recordar, y sólo Dios es el que la pudo abrir los ojos y hacer este recuerdo, muy propiamente le llama *recuerdo de Dios* á éste, diciendo: *Recuerdas en mi seno*. Recuérdanos tú y alumbranos, Señor mío, para que reconozcamos y amemos los bienes que siempre nos tienes propuestos, y conoceremos que te moviste á hacernos mercedes, y que te acordaste de nosotros.

Totalmente es indecible lo que el alma conoce y siente en este recuerdo de la excelencia de Dios, porque siendo comunicación de la excelencia de Dios en la sustancia del alma, que es el seno suyo, que aquí dice suena en el alma una potencia inmensa en voz de multitud de excelencias, de millares de millares de virtudes, nunca numerables, de Dios; en éstas el alma estancando, queda terrible y sólidamente en ellas ordenada como haces de ejércitos y suavizada y agraciada con todas las suavidades y gracias de las criaturas.

Pero será la duda, cómo puede sufrir el alma tan fuerte comunicación en la flaqueza de la carne, que en efecto no hay sujeto y fuerza en ella para sufrir tanto sin desfallecer, pues que solamente de ver la reina Ester al rey Asuero en su trono con sus vestiduras reales y resplandeciendo en oro y piedras preciosas, temió tanto de verle

tan terrible en su aspecto, que desfalleció, como ella lo confiesa allí diciendo, que por el temor que le hizo su grande gloria (porque le pareció como un ángel, y su rostro lleno de gracias) desfalleció (Esther. XV, 16). Porque la gloria oprime al que la mira cuando no le glorifica. ¿Pues, cuánto más había el alma de desfallecer aquí, pues no es ángel al que echa de ver sino á Dios, con su rostro lleno de gracias de todas las criaturas y de terrible poder y gloria y voz de multitud de excelencias, de la cual dice Job, que cuando oyéremos tan sólo una partecita de su voz, quién podrá sufrir la grandeza de su trueno? Y en otra parte dice: No quiero que entienda y trate conmigo con mucha fortaleza, porque por ventura no me oprima con el peso de su grandeza. Pero la causa por qué el alma no desfallece ni teme en aqueste recuerdo tan poderoso y glorioso es por dos cosas. La primera, porque estando ya el alma en estado de perfección (como aquí está), en el cual está la parte inferior muy purgada y conforme con el espíritu, no siente el detrimento y pena que en las comunicaciones espirituales suele sentir el espíritu y sentido no purgado y dispuesto para recibirlas; aunque no basta esto para dejar de recibir detrimento delante de tanta grandeza y gloria, por cuanto, aunque esté el natural muy puro, todavía, porque excede al natural, le corrompería como hace el excelente sensible á la potencia; que á este propósito se entiende lo que alegamos de Job, sino que la segunda causa es la que hace al caso, que es la que en el primer verso dice aquí el alma, que es mostrarse manso y amoroso. Porque así como Dios muestra al alma esta grandeza y gloria para regalarla y engrandecerla, así la favorece para que no reciba detrimento, amparando el natural, mostrando al espíritu su grandeza con blandura y amor á escusa del natural, no sabiendo el alma si pasa en el cuerpo ó fuera de él. Lo cual puede muy bien hacer el que con su diestra amparó á Moisés para que viese su gloria. Y así tanta mansedumbre y amor siente el alma en él, cuanto poder y señorío y grandeza, porque en Dios todo es una misma cosa; y así es el deleite fuerte y el amparo fuerte en mansedumbre y amor, para sufrir fuerte deleite. Y así antes el alma queda poderosa y fuerte, que desfallecida; que si Ester se

desmayó fué porque el rey se le mostró al principio no favorable, sino (como allí dice) los ojos ardientes, le mostró el furor de su pecho; pero luego que le favoreció extendiendo su cetro y tocándola con él y abrazándola, volvió en sí, habiéndola dicho que él era su hermano, que no temiese. Y así habiéndose aquí el rey del cielo desde luego con el alma amigablemente como su igual y su hermano, desde luego no teme el alma, porque mostrándole en mansedumbre, y no en furor, la fortaleza de su poder y el amor de su bondad, le comunica fortaleza y amor de su pecho, saliendo á ella de su trono del alma, como esposo de su tálamo, donde estaba escondido, inclinado á ella y tocándola con el cetro de su majestad, y abrazándola como hermano. Y allí las vestiduras reales y fragancia de ellas, que son las virtudes admirables de Dios; allí el resplandor del oro, que es la caridad; allí el lucir las piedras preciosas de las noticias de las sustancias superiores é inferiores; allí el rostro del Verbo lleno de gracias, que embisten y visten á la reina del alma, de manera que transformada ella en estas virtudes del rey del cielo, se vea hecha reina, y que se pueda con verdad decir de ella lo que dice David de ella en el salmo XLIV, 10, es á saber: La reina estuvo á tu diestra en vestidura de oro y cercada de variedad. Y porque todo esto pasa en la íntima sustancia del alma, dice luego ella.

Donde secretamente solo moras.

Dice que en su seno mora secretamente, porque (como habemos dicho) en el fondo de la sustancia del alma es hecho este dulce abrazo.

Es de saber, que Dios en todas las almas mora secreto y encubierto en la sustancia de ellas, porque si esto no fuese no podrían ellas durar; pero hay diferencia en este morar y mucha; porque en unas mora solo, y en otras no mora solo; en unas mora agradado, y en otras mora desagradado; en unas mora como en su casa, mandándolo y rigiéndolo todo, y en otras mora como extraño en casa ajena; donde no le dejan mandar nada ni hacer nada. El alma donde

menos apetitos y gustos propios moran, es donde él más sólo y más agrado y más como en casa propia mora, rigiéndola y gobernándola; y tanto más secreto mora, cuanto más solo. Y así en esta alma en que ya ningún apetito, ni otras imágenes, ni formas, ni afecciones de alguna cosa criada moran, secretísimamente mora el Amado, con tanto más íntimo é interior y estrecho abrazo, cuanto ella, como decimos, está más pura y sola de otra cosa que Dios; y así está secreto, porque á este puesto y abrazo no puede llegar el demonio, ni el entendimiento del hombre á saber cómo es. “Pero á la misma alma en esta perfección no le está secreto, que siempre siente en sí este íntimo abrazo; pero según estos recuerdos, no siempre, porque cuando los hace el Amado, le parece al alma que recuerda él en su seno, donde antes estaba como dormido, porque aunque le sentia y gustaba, era como al amado dormido en su seno; que cuando uno de los dos está dormido, no se comunican las inteligencias y amores de entrambos, hasta que ambos están recordados.

¡Oh cuán dichosa es esta alma que siempre siente estar Dios descansando en ella y reposando en su seno! Oh cuánto le conviene apartarse de cosas, huir de negocios y vivir con inmensa tranquilidad, porque aun con la más mínima motica (1) ó bullicio no inquiete ni remueva el seno del Amado. Está él allí de ordinario como dormido en este abrazo con la esposa, en la sustancia de su alma, al cual ella muy bien siente y de ordinario goza. Porque si estuviese siempre en ella recordando, comunicándole las noticias y los amores, ya sería estar en la gloria; porque si una vez que recuerda tantico abriendo el ojo, pone tal al alma, como habemos dicho, ¿qué sería si de ordinario estuviese en ella, para ella bien despierto?

En otras almas que no han llegado á esta unión, aunque no está desagradado, porque en fin están en gracia; pero por cuanto aun no están bien dispuestas, aunque mora en ellas, mora secreto para ellas, porque no le sienten de ordinario, sino cuando él las hace algunos recuerdos sabrosos, aunque no son del género ni metal de éste, ni

(1) Mínima *noticia*. (Mss. de Baeza y Burgos.)

tienen que ver con él, ni al entendimiento ajeno, ni al demonio les es tan secreto como este otro, porque todavía podrían entender algo por los movimientos del sentido, por cuanto hasta la unión no está bien aniquilado, que todavía tiene algunas acciones y movimientos acerca de lo espiritual, por no ser ello totalmente todo espiritual. Mas en este recuerdo, que el Esposo hace en esta alma perfecta, todo lo que pasa y se hace es perfecto, porque lo hace él todo; y entonces aquel aspirar y recordar es al modo de como cuando uno recuerda y respira, y siente el alma un extraño deleite en la aspiración del Espíritu Santo en Dios, en quien soberanamente ella se glorifica y enamora, y por eso dice los versos siguientes (1):

*Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno
¡Cuán delicadamente me enamoras!*

“En la cual aspiración, llena de bien y gloria y delicado amor de Dios para el alma, yo no querría hablar, ni aun quiero, porque veo claro que no lo tengo de saber decir, y no parecería tanto como ello es, si lo dijese; porque es una aspiración que hace al alma Dios, en que por aquel recuerdo del alto conocimiento de la Deidad la aspira el Espíritu Santo con la misma proporción que fué la inteligencia y noticia de Dios, en que la absorbe profundísimamente en el Espíritu Santo, enamorándola con primor y delicadez divina, según aquello que vió en Dios; porque siendo la aspiración llena de bien y gloria, en ella llenó el Espíritu Santo al alma de bien y gloria, en que la enamoró de sí sobre toda lengua y sentido en los profundos de Dios: al cual sea dada honra y gloria, *in sæcula sæculorum, amen*, (2).

FIN DE LA LLAMA DE AMOR VIVA

(1) Algo variado y añadido.

(2) Variado y añadido.

El primer Cántico Espiritual

del

Místico Doctor San Juan de la Cruz.



Dos palabras sobre el primer Cántico espiritual.

QUEDA dicho en otra parte, dónde, cuándo (1) y con qué motivo escribió San Juan de la Cruz su primer Cántico Espiritual. Réstanos tratar aquí de su autógrafo, y dar algunas noticias interesantes acerca del Códice que me ha servido para la presente edición.

Por lo que al original se refiere, afirmo desde luego que no se conoce, y abrigo la convicción de que no se conserva, pues de existir, hubiera sin duda aparecido en las diligentes pesquisas que durante varios años se hicieron en el siglo XVIII. Existen, sin embargo, varios manuscritos, á los que se ha querido dar honores de autógrafos. Estos son: uno que poseen las Carmelitas Descalzas de Bujalance; otro que se halla en las de Loeches, y el código 17.558 de la Biblioteca Nacional, antes perteneciente á D. Pascual Gayangos, á cuyas manos vino, á no dudarlo, de algún archivo carmelitano. El primero lo confrontó, á mediados del siglo XVIII, el Padre Juan de San Elías, Superior del Convento de Bujalance, con el autógrafo de los *Avisos*, y afirmó que estaba escrito por la misma mano. Su opinión, á pesar de haberla autenticado un notario, no debió convencer ni aun á las mismas religiosas poseedoras del manuscrito, puesto que toda-

(1) En la pág. 137 aduje un testimonio del Padre Manrique, en el que asegura que el Santo explanó en el Calvario desde la 17 hasta la 27 de sus canciones. Considerada después con reflexión dicha autoridad, háme parecido que no tiene fuerza de probación, por el motivo que ahora diré: Dicha noticia la tomó indudablemente el autor citado del Padre José de Jesús Maria, cuya *Historia del Santo Padre* él mismo imprimió en Bruselas. Ahora bien; diciendo éste una cosa muy distinta de lo que aquél escribe, síguese que la noticia carece de fundamento. Demuestren sus palabras mi aserción: «Parece, dice, que á este tiempo habemos de reducir lo que de este estado (del Desposorio espiritual) dice en el tratado que comienza: *A dónde te escondiste. Amado, y me dejaste*, desde la canción 17 hasta la 27.» (*Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, pág. 562 de la edición de Bruselas.) Como se ve, no dice otra cosa sino que el Místico Doctor entró por aquel tiempo en el grado de perfección llamado por los místicos *Desposorio espiritual*. (Véase todo el párrafo.) Mas nada indica de que entonces explicara las canciones que tratan de ese estado. Es por otra parte muy extraño que declarara dichas estrofas, no habiendo declarado las anteriores. Y aunque diga un testigo presencial como la Madre Magdalena del Espíritu Santo, que estando en el susodicho monasterio interpretó algunas canciones consultado por las religiosas de Veas, es de creer que no serían precisamente las referidas, sino que cada Monja le pediría explicación de aquella que le pareciera encerrar más misterios. Estas mismas interpretaciones entiendo que después las ampliaría en Granada, donde es cierto que comenzó á escribir ordenadamente toda la obra. (Véase el título y el Prólogo.)

vía, en un papel que le sirve de envoltorio, se dice únicamente que se *presume* ser de letra del Santo, y que si se llegare á probar, se tendrá con más veneración. Nunca le han tributado ésta las monjas (como lo prueba el tenerle hoy desencuadrado) lo cual es señal inequívoca de que jamás han estado convencidas de que sea el original. No lo es, en efecto, como lo demuestra (aparte de otras razones que no es necesario exponer) el carácter de su escritura distinto del de los verdaderos originales. El segundo manuscrito lo examinó atentamente un crítico (que entiendo fué el Padre Fray Andrés de la Encarnación), y con sólidas razones probó ser un simple traslado antiguo. Del tercero se escribe lo que sigue en su correspondiente papeleta de la Biblioteca Nacional: «Letra del siglo XVI, y al parecer original de San Juan de la Cruz.» Sospechamos que quien esto escribió habla por solas conjeturas; si hubiera conocido autógrafos del Místico Doctor, opinara sin duda de distinto modo; pues la semejanza entre éstos y el códice salta á la vista de cualquiera (1).

Otro importantísimo manuscrito conservan las Carmelitas Descalzas de Sanlúcar de Barrameda, que si bien no es el original, merece tanto crédito como si lo fuera. Está escrito con mucho esmero, todo por la misma mano, y es de hermosa letra. Contiene no solamente el *Cántico*, sino también diecisiete de las poesías del Místico Doctor. En su portada se ve una curiosa nota de puño del Santo que dice así: «Este es el borrador de que ya se sacó en limpio.—Fray Juan de la Cruz.» De la misma letra se encuentran en todo él, tanto entre renglones, como en las márgenes, varias correcciones, adiciones y notas (2). En las primeras, que son muy raras, corrige los descuidos del copista; en las segundas, añade algunas palabras y conceptos al texto; y en las terceras, ora le explica con más amplitud, ora apunta brevemente alguna nueva idea, ora pone

(1) En las Carmelitas Descalzas de Ocaña se venera como verdadero autógrafo la hoja de un manuscrito del primer Cántico, el cual se repartió entre varios Conventos. No sólo según mi juicio, sino también según el parecer del Padre Fray Andrés de la Encarnación, debe considerarse como una mera copia. Así lo persuade tanto la forma de letra como la ortografía, distintas una y otra de la auténtica del Místico Doctor. Quizás dicho manuscrito lo regalara el Santo á alguna religiosa, y de ahí nació el tenerle por original.

(2) No cabe la menor duda de que tanto la nota como las enmiendas y adiciones son autógrafas del Santo. La simple comparación de ellas con otros originales del Místico Doctor, bastará para convencer á los lectores. (Véase el grabado de los *Avísos*, pág. 152 y los que reproducimos en la estrofa 37 de este Cántico.) Por esto juzgamos innecesario transcribir aquí el dictamen del tantas veces citado crítico Fray Andrés de la Encarnación, y el de otros excelentes calígrafos de Madrid que él consultó, los cuales también aseguraron que la letra era original de San Juan de la Cruz.

en compendio al margen, el pensamiento capital que desarrolla. Dichas adiciones y notas no se hallan ni en la edición de Bruselas ni en otros varios manuscritos del primer Cántico. En los que contienen el texto del Cántico segundo si suelen encontrarse, aunque, por lo general, está más ampliado el pensamiento. Esto es sin duda una demostración patente de lo que en otro lugar he afirmado, á saber, que en el referido manuscrito fué apuntando San Juan de la Cruz algunos de los conceptos que quería añadir en la segunda redacción que meditaba de su libro.

Ahora debemos decir en qué sentido le llama *borrador*. El Padre Fray Andrés de la Encarnación opina que le considera como tal respecto del Cántico segundo. No se puede admitir fácilmente esta hipótesis. Y es la razón, porque en el dicho Cántico segundo se encuentran muchos y largos párrafos que en el códice ni siquiera se apuntan; y se introducen otras variaciones, de las que tampoco en él se hallan vestigios. Decir que es el *borrador* del primer Cántico (en el sentido que ordinariamente se da á dicha palabra), ofrece también sus dificultades. En este caso tendríamos que admitir, que el Santo no escribió su obra de propio puño, sino que la dictó á algún amanuense, lo cual no parece muy probable (1). No es esto, por otra parte, muy creíble si se consideran los caracteres del manuscrito; en primer lugar, porque está escrito con mucha limpieza, siendo rarísima la vez que el copiante tacha la palabra escrita y la sustituye por otra; y en segundo lugar, porque al principiar la declaración de cada estrofa y también la de muchos versos, adorna el copiante la primera letra con un dibujo, en lo cual parece no se entretendría si fuera escribiendo lo que otro le dictara. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que el manuscrito merece la autoridad de original. El Santo lo ha leído todo él y ha enmendado hasta los más leves descuidos del copista, los cuales, á decir verdad, son menos que los que se hallan en cuantas copias hemos visto de estas Obras.

Dadas estas noticias, réstanos decir por qué razón publicamos el primer Cántico, siendo así que la doctrina de él se halla toda en el Cántico de la segunda escritura, atrás impreso. Publicámosle por varias razones: 1.^a Porque una edición de la índole de la nuestra necesariamente lo exigía; 2.^a Porque es en cierto modo, como arriba se probó, un tratado distinto del Cántico segundo, y contiene algu-

(1) Si pudiera probarse que el Santo dictó sus escritos, se resolvería la dificultad de que no se hayan encontrado los autógrafos.

nos párrafos que no se encuentran en él (1); 3.^a Porque es completamente desconocido tal como nosotros le editamos (2), y 4.^a Porque así se conocerá el génesis del segundo Cántico, y se patentizará cómo realmente su autor escribió dos veces este libro.

Por lo que respecta al código de que me sirvo para su publicación, digo que es únicamente el referido *borrador*. La suma corrección con que está escrito, y el haberle enmendado el Místico Doctor, le dan autoridad de verdadero original; á él, por tanto, hay que atenerse en todo. Conservo las palabras tal como el autor las empleaba; mas no la ortografía con que están escritas; en primer lugar, porque no es la del Santo, pues como se ha dicho, no le escribió él, y en segundo lugar, porque esto, por lo general, no se acostumbra hoy día, ni aun en aquellos escritos antiguos que se reproducen con el mismo lenguaje de sus autores. Las adiciones que hizo el Santo las distingo poniéndolas de letra cursiva, y á continuación noto la página del segundo Cántico en que se hallan, á fin de que el lector pueda cerciorarse de mis afirmaciones. Las notas marginales se imprimen en la margen inferior, indicando que son del Santo, para que no haya lugar á confusión.

(1) Estos párrafos irán entre los signos siguientes: § *. Advertimos que sólo notaremos aquellos que tengan alguna importancia. También hacemos notar que en el Cántico segundo no se ha indicado absolutamente todo lo que tiene más que el primero; y que tampoco, por el contrario, todos los párrafos que se han puesto como añadidos lo son enteramente. Estos son muy contados.

(2) Podíamos añadir que, aun quitados los aditamentos que ahora por primera vez se imprimen, no es conocido en España el genuino primer Cántico. La primera impresión que de él se publicó se hizo en el extranjero, como varias veces hemos repetido. Esta edición era bastante correcta, aunque no tanto como la que al presente se publica. Imprimióse tres años después en nuestra nación; mas salió con no pocas diferencias, y así continuó imprimiéndose luego hasta que vió la luz pública el Cántico segundo. Dichas diferencias provienen, parte del editor, y parte sin duda del manuscrito de que se valió para hacer la edición. Consisten las primeras en introducir algunas palabras que atenúen ó expliquen ciertas expresiones del Santo. El proceder sistemático por una parte, y el faltar por otra las referidas palabras en los manuscritos, es prueba evidente de que, como hemos afirmado, son de propia cosecha del editor. Las segundas (que son en mayor número), consisten en suprimir algunos párrafos y compendiar otros de los que salieron en la edición de Bruselas. Hay fundamento para asegurar que esto proviene del código: en primer lugar, porque dichos pasajes no ofrecen dificultad, y en segundo lugar, porque los manuscritos de Bujalance y Loeches suelen tener casi en todo las mismas supresiones y abreviaciones. No sabemos de dónde tiene esto origen: quizá el Santo añadió y amplió esos pasajes después de sacarse alguna copia de su primer Cántico, ó quizá el copista (lo que no me atrevo á creer), por descuido ó de intento dejó de transcribir lo que falta. Opínese sobre esto lo que se quiera, es lo cierto que los aludidos párrafos son auténticos, pues no sólo se hallan en la edición de Bruselas, sino también en el *borrador* y en un excelente código antiguo que poseen las Carmelitas Descalzas de Valladolid.

DECLARACION

Delas cançiones, que tratan del exercicio de
amor entre el alma y el esposo Christo.
en la qual se tocan y declaran algu
nos puntos y effeitos de co
necion: apetecion: Dela
madre Anna

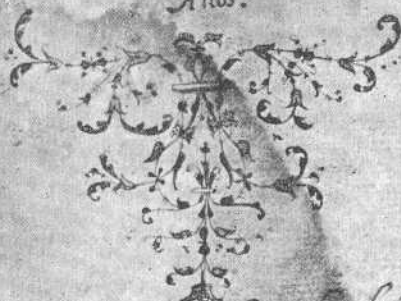
De Jo.

sus priora delas Descalças en sant

Joseph de Granada A

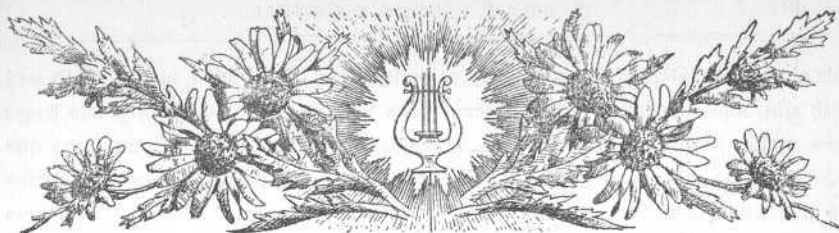
ño de 1534

Años.



*Este libro es el Gormán de q. yate
saco en limpio*

(Esta nota que se ve en la parte inferior es autógrafa del Santo.)



PRÓLOGO ⁽¹⁾

POR cuanto estas Canciones, religiosa madre, parecen ser escritas con algún fervor de amor de Dios, cuya sabiduría y amor es tan inmenso, que (como se dice en el libro de la Sabiduría) toca desde un fin hasta otro fin, y el alma que de él es informada y movida, en alguna manera esa misma abundancia é ímpetu lleva en su decir. No pienso yo ahora declarar toda la anchura y copia que el espíritu fecundo del amor en ellas lleva, antes sería ignorancia pensar que los dichos de amor en inteligencia mística (cuales son los de las presentes Canciones) con alguna manera de palabras se puedan bien explicar. Porque el Espíritu del Señor que ayuda nuestra flaqueza (como dice San Pablo): Morando en nosotros, pide por nosotros con gemidos inefables lo que nosotros no podemos bien entender ni comprender por lo manifestar (Rom. VIII, 26). Porque quién podrá escribir lo que á las almas amorosas, donde él mora, hace entender? ¿y quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? ¿y quién, finalmente, lo que las hace desear? Ciertamente nadie lo puede; cierto ni ellas mismas, por quien pasa, lo pueden. Que esta es la causa por qué con figuras, comparaciones y semejanzas, antes rebosan algo de lo que sienten, y de la abundancia del espíritu vierten secretos misterios, que con razones lo declaran. Las cuales semejanzas, no leídas con la sencillez del espíritu de amor é inteligencia que ellas llevan, antes parecen dislates, que dichos puestos en razón; según es de ver en los divinos Cánticos de Salomón, y en otros libros de la Escritura divina; donde no pudiendo el Espíritu Santo dar á entender la abundancia de su sentido por términos vulgares y usados, habla misterios en extrañas figuras y semejanzas. De donde se sigue, que los santos Doctores, aunque mucho dicen y más digan, nunca pueden acabar de declararlo por palabras; así como tampoco por palabras se pudo ello decir, y así lo que dello se declara ordinariamente, es lo menos que contiene en sí. Por haberse, pues, estas Canciones compuesto en amor

(1) En la primera edición italiana (1627), aparece dedicado este libro á Santa Teresa de Jesús (Fray Jerónimo de San José, *Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, lib. V, cap. 16); mas es ciertísimo que el Santo habla con la Madre Ana de Jesús.

de abundante inteligencia mística, no se podrán declarar al justo, ni mi intento será tal; sino sólo dar alguna luz en general (pues V. R. así lo ha querido), y esto tengo por mejor: porque los dichos de amor, es mejor dejarlos en su anchura, para que cada uno, de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu, que abreviarlos á un sentido, á que no se acomode todo paladar. Y así aunque en alguna manera se declara, no hay para qué atarse á la declaración; porque la sabiduría Mística (la cual es por amor, de que las presentes Canciones tratan) no há menester distintamente entenderse, para hacer efecto de amor y afición en el alma, porque es á modo de la Fe, en la cual amamos á Dios sin entenderle. Por tanto será bien breve; aunque no podrá ser menos de alargarme en algunas partes, donde lo pidiere la materia, y donde se ofreciere ocasión de tratar y declarar algunos puntos y efectos de oración; que por tocarse en las Canciones muchos, no podrá ser menos de tratar algunos. Pero dejando los más comunes, notaré brevemente los más extraordinarios, que pasan por los que han pasado, con el favor de Dios, de principiantes; y esto por dos cosas. La una, porque para los principiantes hay muchas cosas escritas: La otra, porque en ello hablo con V. R. por su mandado, á la cual Nuestro Señor ha hecho merced de haberla sacado de estos principios, y llevádola más adentro de el seno de su amor divino. Y así espero, que aunque se escriben aquí algunos puntos de Teología Escolástica, acerca del trato interior del alma con su Dios, no será en vano haber hablado algo á lo puro del espíritu, en tal manera; pues aunque á V. R. le falte el ejercicio de Teología Escolástica, con que se entienden las verdades divinas, no le falta el de la Mística, que se sabe por amor, en que no solamente se saben, mas juntamente se gustan.

Y porque todo lo que dijere (lo cual quiero sujetar al mejor juicio, y totalmente al de la Santa Madre Iglesia), haga más fe, no pienso afirmar cosa de mío, fiándome de experiencia, que por mí haya pasado, ni de lo que en otras personas espirituales haya conocido, ó de ellas oído (aunque de lo uno y de lo otro me pienso aprovechar) sin que con autoridades de la Escritura divina vaya confirmado y declarado, á lo menos en lo que pareciere más dificultoso de entender. En las cuales llevaré este estilo: que primero las pondré la sentencia de su latín, y luego las declararé al propósito de lo que se trayeren.

Y pondré primero juntas todas las Canciones, y luego por su orden iré puniendo cada una de por sí para habella de declarar; de las cuales declararé cada verso poniéndole al principio de su declaracion.

FIN DEL PRÓLOGO

CANCIONES ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO

ESPOSA

- 1.—¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y eras ido.
- 2.—Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al Otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decilde que adolezco, peno y muero.
- 3.—Buscando mis amores.
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

PREGUNTA A LAS CRIATURAS

- 4.—¡Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado!

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

- 5.—Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura.

ESPOSA

- 6.—¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.
- 7.—Y todos cuantos vagan,
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.
- 8.—Mas, ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en tí concibes?
- 9.—¿Por qué pues, has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?
- 10.—Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre dellos,
Y sólo para tí quiero tenellos.
- 11.—¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!
- 12.—Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

EL ESPOSO

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

LA ESPOSA

- 13.—Mi Amado las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonorosos,
El silbo de los aires amorosos;
- 14.—La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora.
- 15.—Nuestro lecho florido
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.
- 16.—A zaga de tu huella
Las jóvenes discurren al camino
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.
- 17.—En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí que antes seguía.
- 18.—Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
A mí, sin dejar cosa,
Allí le prometí de ser su esposa.
- 19.—Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio;
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.
- 20.—Pues ya si en el egido
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido;

- Que andando enamorada,
Me hice perdidiza, y fui ganada.
- 21.—De flores y esmeraldas,
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mío entretejidas.
- 22.—En sólo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.
- 23.—Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimían;
Por eso me adamabas,
Y en eso merecían
Los míos adorar lo que en tí vían.
- 24.—No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme,
Después que me miraste,
Que gracia y hermosura en mí dejaste.
- 25.—Cogednos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montaña.
- 26.—Detente, cierzo muerto,
Ven, Austro, que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran sus olores,
Y pacerá el Amado entre las flores.

ESPOSO

- 27.—Entrado se ha la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.

- 28.—Debajo del manzano,
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te dí la mano,
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.
- 29.—A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores
Y miedos de las noches veladores.
- 30.—Por las amenas lirás,
Y canto de Serenas os conjuro,
Que cesen vuestras iras,
Y no toquéis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro.

ESPOSA

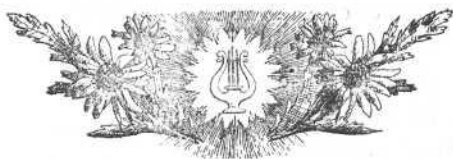
- 31.—Oh ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no queráis tocar nuestros umbrales.
- 32.—Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las compañías
De la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO

- 33.—La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.
- 34.—En soledad vivía,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía
A solas su querido,
También en soledad de amor herido.

ESPOSA

- 35.—Gocémonos, Amado,
Y vámonos á ver en tu hermosa
Al monte ó al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos más adentro en la espesura.
- 36.—Y luego á las subidas
Cavernas de la piedra nos iremos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de granadas gustaremos.
- 37.—Allí me mostrarías
Aquello que mi alma pretendía,
Y luego me darías
Allí tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día.
- 38.—El aspirar del aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena.
- 39.—Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendía.





Comienza la declaración

de las

Canciones entre la Esposa y el Esposo.

CANCIÓN I

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido:
Sálí tras tí clamando y eras ido.

DECLARACIÓN

En esta primera Canción, el alma enamorada del Verbo Hijo de Dios su Esposo, deseando unirse con él por clara y esencial visión, propone sus ansias de amor, querellándose á él de la ausencia: mayormente que estando ella herida de su amor, por el cual ha salido de todas las cosas y de sí misma, todavía haya de padecer la ausencia de su Amado, no desatándola ya de la carne mortal, para poderle gozar en gloria de eternidad; y así dice:

¿A dónde te escondiste.

Y es como si dijera: Verbo, Esposo mío, muéstrame el lugar do estás escondido. En lo cual le pide la manifestación de su divina esencia; porque el lugar do está escondido el Hijo de Dios, es, como dice San Juan, el seno del Padre (I, 18), que es la esencia divina, la cual es ajena y escondida de todo ojo mortal, y de todo entendimiento. Lo cual quiso decir Esafas, cuando dijo: Verdaderamente tú eres Dios escondido (XLV, 15). Donde es de notar, que por grandes comunicaciones y presencias, y altas y subidas noticias de Dios que una alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios, ni tiene que ver con él; porque todavía en la verdad le está al alma escondido; y siempre le conviene á el alma sobre todas esas grandezas, tenerle por escondido, y buscarle escondido, diciendo: *¿A dónde te escondiste?* Porque ni

la alta comunicación y presencia sensible es más testimonio de su presencia, ni la sequedad y carencia de todo eso en el alma es menos testimonio de su presencia en ella. Por lo cual dice el Profeta Job: *Si venerit ad me, non videbo eum; et si abierit, non intelligam* (IX, 11). Que quiere decir: si viniere á mí (es á saber Dios) no le veré, y si se fuere no lo entenderé. En lo cual se ha de entender, que si el alma sintiere grande comunicación ó noticia de Dios, ú otro algún sentimiento, no por eso se ha de persuadir, á que aquello sea tener más á Dios, ó estar más en Dios; ni tampoco que aquello que siente, ó entiende, sea esencialmente Dios, aunque más ello sea; y que si todas esas comunicaciones sensibles é inteligibles le faltaren, no ha de pensar que por eso le falta Dios, pues que realmente ni por lo uno puede saber de cierto estar en su gracia, ni por lo otro estar fuera de ella, diciendo el Sabio: *Nemo scit utrum amore an odio dignus sit* (Eccles. IX, 1). Que quiere decir: ningún hombre mortal puede saber si es digno de gracia ó aborrecimiento de Dios. De manera, que el intento de la alma en este presente verso, no es pedir sólo la devoción afectiva y sensible, en que no hay certeza ni claridad de la posesión graciosa del Esposo en esta vida, sino también la presencia y clara visión de su esencia, con que desea estar certificada y satisfecha en la gloria. Esto mismo quiso decir la Esposa en los Cantares divinos, cuando deseando la unión y junta de la divinidad del Verbo Esposo suyo, la pidió al Padre diciendo: *Indica mihi, ubi pascas, ubi cubes in meridie* (Cant. I, 6). Que quiere decir: muéstrame dónde te apacientes, y dónde te recuestes al medio día. Porque en pedirle donde se apacentaba, era pedir le mostrase la esencia del Verbo divino; porque el Padre no se gloría ni apacienta en otra cosa que en el Verbo, su único Hijo; y en pedir le mostrase dónde se recostaba al medio día, era pedirle lo mismo: porque el Padre no se recuesta, ni cabe en otro lugar que en su Hijo, en el cual se recuesta, comunicándole toda su esencia, al medio día, que es en la eternidad, donde siempre le engendra. Este pasto, pues, donde el Padre se apacienta, y este lecho florido del Verbo divino, donde se recuesta escondido de toda criatura mortal, pide aquí el alma Esposa, cuando dice: *¿A dónde te escondiste?*

Y es de notar, para saber hallar este Esposo (cual en esta vida se puede), que el Verbo, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, está esencialmente en el íntimo centro de la alma escondido. Por tanto, el alma, que por unión de amor le ha de hallar, conviéndole salir de todas las cosas criadas según la voluntad, y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma, comunicándose allí con Dios en amoroso y afectuoso trato, estimando todo lo que hay en el mundo como si no fuese. Que por eso San Agustín, hablando en los Soliloquios con Dios, decía: no te hallaba yo, Señor, de fuera, porque mal te buscaba de fuera á tí, que estabas dentro. Está, pues, en el alma escondido, y allí le ha de buscar el buen contemplativo, diciendo: *¿A dónde te escondiste*

Amado, y me dejaste con gemido?

Llámale *Amado* para más moverle é inclinarle á su ruego; porque cuando Dios es amado de veras, con gran facilidad oye los ruegos de su amante. Y entonces se puede de verdad llamar *Amado*, cuando el alma está entera con él, no teniendo su corazón en otra cosa alguna fuera de él. De donde algunos llaman al Esposo *Amado*, y no es su *Amado* de veras, porque no tienen con él entero su corazón; y así su petición no es en la presencia del Esposo de tanto valor.

Y en lo que dice luego: y *me dejaste con gemido*, es de notar, que la ausencia de el Amado es un continuo *gemido* en el corazón del amante; porque como fuera de él nada ama, en nada descansa ni recibe alivio; de donde en esto se conocerá si alguno de veras á Dios ama: si con alguna cosa menos que Dios no se contenta.

Este gemido dió bien á entender San Pablo cuando dijo: *Nos intra nos gemimus, expectantes adoptionem filiorum Dei* (Rom. VIII, 23). Esto es: nosotros, dentro de nosotros tenemos el gemido, esperando la adopción y posesión de hijos de Dios. Que es como si dijera: dentro de nuestro corazón, donde tenemos la prenda, sentimos lo que nos aqueja, que es la ausencia. Este, pues, es el gemido que el alma tiene siempre en el sentimiento de la ausencia de su Amado; mayormente cuando habiendo gustado alguna dulce y sabrosa comunicación suya, la dejó seca y sola, lo cual sintiendo ella mucho, dice luego:

Como el ciervo huiste.

Donde es de notar, que en los Cantares compara la Esposa al Esposo, al ciervo y á la cabra montañesa, diciendo: *Similis est dilectus meus capræ hinnuloque cervorum* (Cap. II, 9). Esto es: semejante es mi Amado á la cabra, y al hijo de los ciervos. Y esto por la presteza del esconderse y mostrarse, cual suele hacer el Amado en las visitas que hace á las almas, y en los desvíos y ausencias que las hace sentir después de las tales visitas: por lo cual les hace sentir con mayor dolor la ausencia, según ahora da aquí á entender el alma cuando dice:

Habiéndome herido.

Y es como si dijera: no sólo me bastaba la pena y el dolor que ordinariamente padezco en tu ausencia, sino que hiriéndome más de amor con tu flecha, y aumentado la pasión y apetito de tu vista, huyas con ligereza de *Ciervo*, y no te dejes comprender algún tanto siquiera.

Para más declaración de este verso, es de saber, que allende de otras muchas diferencias de visitas que Dios hace al alma, con que la llaga y levanta en amor, suele hacer unos encendidos toques de amor, que á manera de saeta de fuego, hieren y traspasan al alma y la dejan toda cauterizada con fuego de amor. Y estas

propiamente se llaman heridas de amor, de las cuales habla aquí el alma. Inflaman éstas tanto la voluntad en afición, que se está el alma abrasando en fuego y llama de amor, tanto que parece consumirse en aquella llama, y la hace salir fuera de sí, y renovar toda, y pasar á nueva manera de ser; así como el ave Fénix, que se quema y renasce de nuevo. De lo cual hablando David, dice: *Inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt, et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi:* (Ps. LXXII, 21.) Que es decir: fué inflamado mi corazón, y mis renes se mudaron, y yo fuí resuelto en nada, y no supe. Los apetitos y afectos que aquí entiende el Profeta por renes, todos se conmueven mudándose en divinos en aquella inflamación amorosa de el corazón y el alma por amor se resuelve en nada, nada sabiendo sino sólo amor. Y á este tiempo amoroso es la conmutación de estas renes de apetitos de voluntad hecha en grande manera de tormento en ansia de ver á Dios, tanto que le parece al alma intolerable el rigor de que con ella usa el amor; no porque la haya herido (porque antes tiene ella las tales heridas de amor por salud), sino porque la dejó así herida penando, y no la hirió más hasta acabarla de matar, para poder verse juntamente con él en revelada y clara vista de perfecto amor. Por tanto, encaresciendo, ó declarando, el dolor de la herida de amor, á causa de la ausencia, dijo: *Habiéndome herido.*

Y este sentimiento tan grande acaece así en el alma por cuanto en aquella herida de amor que hace Dios en ella, levántase la voluntad de la alma con súbita presteza á la posesión del Amado, que sintió estar cerca por el toque suyo que sintió de amor. Y con esa misma presteza siente el ausencia y el gemido juntamente, por cuanto en ese mismo momento se le desaparece y esconde y se queda ella en vacío y con tanto más dolor y gemido, cuanto era mayor el apetito de comprehender. Porque estas visitas de heridas de amor no son como otras en que Dios suele recrear y satisfacer al alma, llenándola de pacífica suavidad y reposo; porque éstas sólo las hace él, más para llagar que para sanar; y más para lastimar, que para satisfacer; pues no sirven más de para avivar la noticia, y aumentar el apetito, y por el consiguiente el dolor. Estas se llaman heridas de amor que son al alma sabrosísimas, por lo cual querría ella estar siempre muriendo mil muertes á estas lanzadas, porque la hacen salir de sí y entrar en Dios, lo cual da ella á entender en el verso siguiente, diciendo:

Salí tras ti clamando y eras ido.

En las heridas de amor no puede haber medicina sino de parte del que hirió, y por eso dice que salió clamando, esto es, pidiendo medicina tras del que la había herido, clamando con la fuerza del fuego causado de la herida. Y es de saber, que este salir se entiende de dos maneras. La una saliendo de todas las cosas, lo cual se hace por desprecio y aborrecimiento de ellas. La otra saliendo de sí misma por

olvido y descuido de sí; lo cual se hace por aborrecimiento santo de sí misma en amor de Dios, el cual de tal manera levanta al alma, que la hace salir de sí y de sus quicios y modos naturales clamando por Dios; y esas dos maneras de salir entiende aquí el alma cuando dice, *salí*; porque esas dos son menester, y no menos, para ir tras Dios y entrar en él. Y así es como si dijera: Esposo mío, en aquel toque tuyo y herida de amor, sacásteme, no sólo de todas las cosas enajenándome de ellas, mas también me hiciste salir de mí (porque á la verdad y aun de las carnes parece que entonces saca Dios al alma), y levantásteme á tí, clamando por tí, desasida ya de todo para asirme á tí. *Y eras ido*: como si dijera: al tiempo que quise comprender tu presencia no te hallé, y quedéme vacía y desasida de todo por tí, y sin asirme á tí, penando en los aires de amor sin arrimo de tí y de mí. Esto que aquí llama el alma salir para ir á Dios, llama la Esposa en los Cantares levantar, diciendo: *Surgam et circuibo civitatem, per vicos et plateas quæram quem diligit anima mea, quæsi vi illum et non inveni*. Quiere decir: levantarme he y rodearé la ciudad, por los arrabales y las plazas buscaré al que ama mi ánima; busquéle y no le hallé. Este levantar, se entiende aquí, espiritualmente, de lo bajo á lo alto, que es lo mismo que salir de sí, esto es, de su modo y amor bajo al alto amor de Dios; pero da á entender, que quedó penada porque no le halló. Por eso el que está enamorado de Dios, vive siempre en esta vida penado, porque él está ya entregado á Dios, esperando la paga en la misma moneda, conviene á saber, de la entrega de la clara posesión y visión de Dios, clamando por ella, y en esta vida no se le da: y habiéndose ya perdido de amor por Dios, no ha hallado la ganancia de su pérdida, pues carece de la dicha posesión de el Amado, porque él se perdió. Por tanto, el que anda penado por Dios, señal es que se ha dado á Dios y que le ama. Esta pena y sentimiento de la ausencia de Dios, suele ser tan grande en los que van llegándose á perfección, al tiempo de estas divinas heridas, que si no proveyese el Señor morirían; porque como tienen el paladar de la voluntad y el espíritu limpio y sano, bien dispuesto para Dios, y en lo dicho se les da á gustar algo de la dulzura de el amor, que ellos sobre todo modo apescescen, padecen sobre todo modo; porque como resquicios se les muestra un inmenso bien, y no se les concede; así es inefable la pena y el tormento.

CANCIÓN II

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decilde que adolezco, peno y muero.

DECLARACIÓN

En esta Canción el alma se quiere aprovechar de terceros y medianeros para con su Amado, pidiéndoles le den parte de su dolor y pena; porque propiedad es del amante, ya que por la presencia no puede comunicarse, hacerlo por los mejores medios que puede; y así el ama de sus deseos, afectos y gemidos se quiere aquí aprovechar como de mensajeros, que también saben manifestar los secretos del corazón, y así dice:

Pastores, los que fuerdes.

Llamando pastores á los afectos y deseos, porque ellos apacientan al alma de bienes espirituales; porque pastor, quiere decir apacentador, y mediante ellos se comunica Dios á ella (porque sin ellos no se le comunica) y dice: *Los que fuerdes*. Es á saber, los que de puro amor saliéredes; porque no todos van, sino los que salen de fiel amor.

Allá por las majadas al otero.

Llama *majadas* á los coros de los Angeles, por los cuales de coro en coro van nuestros gemidos, y oraciones á Dios, al cual llama otero, porque así cono el otero es alto, así Dios es la suma alteza; y porque en Dios como en el otero, se otean y ven todas las cosas, al cual van nuestras oraciones ofreciéndoselos los ángeles, como habemos dicho; porque ellos son los que le ofrescen nuestras oraciones y deseos, según lo dijo el Angel al Santo Tobías diciendo: *Quando orabas cum lachrymis et sepeliebas etc., ego obtuli orationem tuam Domino* (XII, 12). Que quiere decir: cuando orabas con lágrimas y enterrabas los muertos, yo ofrecí al Señor tu oración. También se pueden entender por estos pastores que aquí dice el alma, por los mismos ángeles, porque no sólo llevan á Dios nuestros recaudos, sino también traen los de Dios á nuestras almas, apacentándolas como buenos pastores de dulces inspiraciones y comunicaciones de Dios, por cuyo medio también Dios las hace, y ellos nos amparan de los lobos que son los demonios, y nos defienden dellos como buenos pastores.

Si por ventura vierdes.

Y es tanto como decir, si por mi buena dicha y ventura llegáredes á su presencia, de suerte que os vea, y os oiga; donde es de notar, que aunque es verdad que Dios todo lo sabe y entiende, y hasta los mínimos pensamientos del alma ve y nota, entonces se dice ver nuestras necesidades, ú oirlas, cuando las remedia ó las cumple; porque no cualesquier necesidades ni cualesquier peticiones llegan á colmo, que las oiga Dios para cumplirlas, hasta que en sus ojos llegue bastante tiempo y sazón y

número para concederlas, ó remediarlas, y entonces se dice verlo y oirlo. Según es de ver en el Exodo, donde después de cuatrocientos años que los hijos de Israel habían estado afligidos en la servidumbre de Egipto, dijo Dios á Moisés: *Vidi afflictionem populi mei in Egipto et clamorem ejus audivi et descendi liberare eum*. Esto es, vi la aflicción de mi pueblo y he oído su clamor y he bajado para librarlos (Exord. III, 7). Como quiera que siempre la hubiese visto, pero entonces se dijo verla cuando por la obra quiso cumplirla, y también dijo San Gabriel á Zacarías: *Ne timeas, Zacharia, quoniam exaudita est deprecatio tua*. Que quiere decir: No temas, Zacarías, porque es oída tu oración (Luc. I, 13). Es á saber, concediéndole el hijo que muchos años le había andado pidiendo, como quiera que siempre le hubiese oído. Y así ha de entender cualquiera alma que, aunque Dios no acuda luego á su necesidad y ruego, no por eso si ella no lo desmerece dejará de acudir en el tiempo debido y oportuno, el cual es, como dice David: *Adjutor in oportunitatibus in tribulatione*. Esto es: ayudador en las oportunidades y en la tribulación (Ps. IX, 10). Quiere, pues, decir aquí el alma cuando dice: *Si por ventura vierdes*. Si por mi buena ventura ha llegado el tiempo y sazón en que mis deseos y peticiones hayan llegado á que los vea para cumplírmelos

Aquel que yo más quiero.

Es á saber, más que á todas las cosas, y entonces, hablando á lo perfecto, le quiere más que á todas las cosas el alma cuando no se le pone nada por delante, que la impida hacer y padecer por él cualquier cosa. A éste, pues, que ella más quiere envía por mensajeros á sus deseos con el recaudo de sus necesidades y penas, diciendo:

Decidle que adolezco, peno y muero.

Tres maneras de necesidades representa aquí el alma; conviene á saber: dolencia, pena y muerte; porque el alma que de veras ama, ordinariamente en el sentimiento de la ausencia de Dios padece de estas tres maneras dichas, según las tres potencias del alma, que son: entendimiento, voluntad y memoria. Acerca del entendimiento adolece, porque no ve á Dios, que es la salud del entendimiento. Acerca de la voluntad pena, porque carece de la posesión de Dios, que es el descanso, refrigerio y deleite de la voluntad. Acerca de la memoria muere, porque acordándose que carece de todos los bienes del entendimiento, que es ver á Dios, y de todos los deleites de la voluntad, que es poseerle, y que también es muy posible carecer de él para siempre, padece en esta memoria á manera de muerte.

Estas tres necesidades representó también Jeremías á Dios, diciendo: *Recordare paupertatis meæ, absynti et fellis*. Que quiere decir: Acuérdate de mi pobreza, y del ajeno y de la hiel (Thren. III, 19). La pobreza se refiere al entendi-

miento, porque á él pertenecen las riquezas de la sabiduría de Dios; en la cual, como dice San Pablo, están encerrados todos los tesoros de Dios (Colos. II, 3). El ajeno, que es hierba amarísima, se refiere á la voluntad, porque á esta potencia pertenece la dulzura de la posesión de Dios; de la cual careciendo se queda con la amargura, según el Angel dijo á San Juan en el Apocalipsi, diciendo: *Accipe librum, et devora illum, et faciet amaricari ventrem tuum*. Que quiere decir: Toma y come el libro y hacerte ha amargura en el vientre, tomando allí el vientre por la voluntad (Apoc. X, 9). La hiel se refiere á la memoria, que significa la muerte del alma, según da á entender Moisés en el Deuteronomio, hablando de los condenados, diciendo: *Fel draconum vinum eorum, et venenum aspidum insanabile*. Esto es: Hiel de dragones será el vino de ellos, y veneno de aspides insanable (Deut. XXXII, 33). Lo cual significa allí el carecer de Dios, que es muerte del alma, y estas tres necesidades y penas están fundadas en las tres virtudes teologales, que son: fe, caridad y esperanza, que se refieren á las tres dichas potencias: entendimiento, voluntad y memoria. Y es de notar que el alma en el dicho verso no hace más que representar su necesidad y pena al Amado; porque el que discretamente ama, no cura de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad, para que el Amado haga lo que fuere servido. Como cuando la bendita Virgen dijo al Amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole derechamente el vino, sino diciéndole: No tienen vino (Joan. II, 3), y las hermanas de Lázaro le enviaron, no á decir que sanase á su hermano, sino á decir que mirase, que al que amaba estaba enfermo (Joan. X, 13). Y la causa porque sea mejor al Amante representar al Amado su necesidad que pedirle el cumplimiento de ella, es por tres cosas: La primera, porque mejor sabe el Señor nuestras necesidades que nosotros mismos. La segunda, porque el Amado más se compadece viendo la necesidad de su amante, y se mueve viendo su resignación. La tercera, porque más seguridad lleva el alma acerca del amor propio y propiedad en representar su falta, que en pedir lo que á su parecer le falta, ni más ni menos hace el alma en este presente verso representando sus tres necesidades. Lo cual es tanto como pedirle el remedio de ellas; porque decir: *Decilde que adolezco, peno y muero*, es como decir: pues adolezco, y él sólo es mi salud, que me dé mi salud; y pues peno, y él sólo es mi descanso, que me dé mi descanso; y pues muero, y él sólo mi vida, que me dé mi vida.

CANCIÓN III

Buscando mis amores
 Iré por esos montes y riberas,
 Ni cogeré las flores,
 Ni temeré las fieras,
 Y pasaré los fuertes y fronteras.

DECLARACIÓN

No sólo basta al alma orar y desear, y ayudarse de terceros para hablar al Amado, como ha hecho en las precedentes Canciones, sino que junto con eso ella misma se ponga por la obra á le buscar; y eso dice que ha de hacer en esta Canción, diciendo que en busca de su Amado ha de ir ejercitándose en las virtudes y mortificaciones en la vida contemplativa y activa; y que para esto no ha de admitir bienes ni regalos algunos; ni bastarán á detenerla é impedirle este camino todas las fuerzas y asechanzas de los tres enemigos: mundo, demonio y carne, diciendo:

Buscando mis amores.

Es a saber, á mi Amado.

Iré por esos montes y riberas.

A las virtudes llama *Montes*, lo uno por la alteza de ellas, lo otro por la dificultad y trabajo que se pasa en subir á ellas, ejercitando la vida contemplativa. Y llama *Riberas* á las mortificaciones y sujeciones, y desprecio de sí, ejercitándose también acerca de esto en la vida activa; porque para adquirir las virtudes, la una y la otra es menester. Es, pues, tanto como decir, buscando á mi Amado, iré poniendo por obra las virtudes altas, y humillándome en las mortificaciones y cosas bajas; esto dice, porque el camino de buscar á Dios, es ir obrando en Dios el bien y mortificando en sí el mal de la manera que se sigue.

Ni cogeré las flores.

Por cuanto para buscar á Dios, se requiere un corazón desnudo y fuerte, libre de todos los males y bienes que puramente no son Dios, dice en el presente verso, y en los siguientes el alma la libertad y fortaleza que ha de tener para buscarle. Y en este dice, que no cogerá las *flores* que se encontrare en este camino, por las cuales entiende todos los gustos y contentamientos que se le pueden ofrecer en esta vida que la podrían impedir el camino si cogerlos ó admitirlos quisiese, los cuales son en tres maneras: temporales, sensuales y espirituales. Y porque los unos y los otros ocupan el corazón, y le son impedimento para la desnudez espiritual cual se requiere para el derecho camino de Cristo; si reparase ó hiciese asiento en ellos, dice que para buscarle no cogerá todas estas flores dichas; y así es como si dijera; ni pondré mi corazón en las riquezas y bienes que ofrece el mundo, ni admitiré los contentamientos y deleites de mi carne, ni repararé en los gustos y consuelos de mi espíritu, de suerte que me detenga en buscar á mis amores por los montes y riberas de

las virtudes y trabajos. Esto dice por tomar el consejo que da el Profeta David á los que van por este camino diciendo: *Divitiæ si affluent nolite cor apponere*. Esto es, si se ofrecieren abundantes riquezas, no queráis aplicar á ellas el corazón (Ps. LXI, 11). Lo cual entiende, así de los gustos sensuales, como de los bienes temporales, y consuelos espirituales; donde es de notar que no sólo los bienes temporales y deleites corporales impiden y contradicen el camino de Dios; mas también los consuelos y deleites espirituales, si se tienen con propiedad ó se buscan, impiden el camino de la cruz del Esposo Cristo. Por tanto, el que ha de ir adelante, conviéndole que no se ande á coger esas flores. Y no sólo eso, sino que también tenga ánimo y fortaleza para decir:

*Ni temeré las fieras
Y pasaré los fuertes y fronteras.*

En los cuales versos pone los tres enemigos de la alma, que son, mundo, demonio y carne, que son los que hacen guerra y dificultan el camino. Por las fieras entiende el mundo, por los fuertes el demonio, y por las fronteras la carne. Llama fieras al mundo, porque al alma que comienza el camino de Dios, parécete que se le representa en la imaginación el mundo como á manera de fieras, haciéndole amenazas y fieros, y es principalmente en tres maneras. La primera, que le ha de faltar el favor del mundo, perder los amigos, el crédito, valor y aun la hacienda. La segunda es otra fiera no menor, que como ha de poder sufrir, no haber ya jamás de tener contentos y deleites del mundo, y carecer de todos los regalos de él. La tercera es aún mayor, conviene á saber, que se han de levantar contra ella las lenguas, y han de hacer burla y ha de haber muchos dichos y mofas y le han de tener en poco, las cuales cosas de tal manera se le suelen anteponer á algunas almas, que se les hace dificultosísimo: no sólo el perseverar contra estas *fieras*, más aún el poder comenzar el camino. Pero algunas almas generosas se les suelen poner otras fieras más interiores y espirituales de dificultades y tentaciones, tribulaciones y trabajos de muchas maneras (porque les conviene pasar) cuales las envía Dios á los que quiere levantar á alta perfección, probándolos y esmerándolos como al oro en el fuego, según aquello de David en que dice: *Multæ tribulationes justorum*. Esto es, las tribulaciones de los justos son muchas, mas de todas ellas los librará el Señor (Ps. XXXIII, 20). Pero el alma bien enamorada que estima á su Amado más que á todas las cosas, confiada en el amor y favor de él, no tiene en mucho decir: *Ni temeré las fieras*.

Y pasaré los fuertes y fronteras.

A los demonios que es el segundo enemigo llama *fuertes*; porque ellos con grande fuerza procuran tomar el paso de este camino. Y porque también sus tentaciones y astucias son más fuertes y duras de vencer, y más dificultosas de entender

que las del mundo y carne. Y porque también se fortalecen de estos otros dos enemigos mundo y carne, para hacer al alma fuerte guerra. Y por tanto hablando David dellos, los llama fuertes diciendo: *Fortes quæsierunt animam meam*. Es á saber, los *fuertes* pretendieron mi alma (Ps. LIII, 5). De cuya fortaleza también dice el Profeta Job (XLI, 24): Que no hay poder sobre la tierra que se compare á este de el demonio, que fué hecho de suerte, que á ninguno temiese, esto es, ningún poder humano se podrá comparar con el suyo; y así sólo el poder divino basta para poderle vencer, y sola la luz divina para poder entender sus ardidés. Por lo cual el alma que hubiere de vencer su fortaleza, no podrá sin oración, ni sus engaños podrá entender sin humildad y mortificación. Que por eso dice San Pablo, avisando á los fieles, estas palabras diciendo: *Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli, quoniam non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem*. Es á saber: Vestíos las armas de Dios, para que podáis resistir contra las astucias del enemigo; porque esta lucha no es como contra la carne y la sangre (Ephes. VI, 11); entendiendo por la sangre el mundo, y por las armas de Dios la oración y Cruz de Cristo, en que está la humildad y mortificación que habemos dicho.

Dice también el alma que pasará las *Fronteras*, por las cuales entiende, como habemos dicho, las repugnancias y rebeliones que naturalmente la carne tiene contra el espíritu. La cual, como dice San Pablo, *Caro enim concupiscit adversus spiritum*. Esto es: la carne codicia contra el espíritu (Gal. V, 17), y se pone como en frontera resistiendo al camino espiritual. Y estas *Fronteras* ha de pasar el alma rompiendo las dificultades y echando por tierra, con la fuerza y determinación del espíritu, todos los apetitos sensuales y afecciones naturales, porque en tanto que los hubiere en el alma, de tal manera está el espíritu impedido debajo de ellas, que no puede pasar á verdadera vida y deleite espiritual. Lo cual nos dió bien á entender San Pablo, diciendo: *Si spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis*. Esto es: si mortificáredes las inclinaciones y apetitos carnales con el espíritu, viviréis (Rom. VIII, 13). Este, pues, es el estilo que dice el alma en la dicha Canción, que le conviene tener para en este camino buscar á su Amado, el cual en suma es tal: constancia y valor para no bajarse á coger las *Flores*; y ánimo para no temer las *Fieras*; y fortaleza para pasar los *Fuertes y Fronteras*, sólo entendiendo en ir por los *Montes y Riberas* de virtudes (pág. 192) de la manera que está ya declarado.

CANCIÓN IV

¡Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado!

DECLARACIÓN

Después que el alma ha dado á entender la manera de disponerse para comenzar este camino, que es el ánimo para no se andar ya á deleites y gustos, y fortaleza para vencer las tentaciones y dificultades, en lo cual consiste el ejercicio del conocimiento de sí, que es lo primero que tiene de hacer el alma para ir al conocimiento de Dios; ahora en esta Canción comienza á caminar por la consideración y conocimiento de las criaturas, al conocimiento de su Amado, Criador de ellas: porque después de el ejercicio de el conocimiento propio, esta consideración de las criaturas es la primera por orden en este camino espiritual para ir conociendo á Dios, considerando su grandeza y excelencia por ellas, según aquello del Apóstol que dice: *Invisibilia enim ipsius a creatura mundi per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur*. Que es como decir: Las cosas invisibles de Dios, de el alma son conocidas por las cosas visibles criadas é invisibles (Rom. I, 20). Habla, pues el alma en esta Canción con las criaturas, preguntándoles por su Amado. Y es de notar, que como dice San Agustín, la pregunta que el alma hace á las criaturas, es la consideración que en ellas hace de el Criador dellas. Y así en esta Canción se contiene la consideración de los elementos, y de las demás criaturas inferiores; y la consideración de los cielos, y de las demás criaturas, y cosas materiales que Dios crió en ellos; y también la consideración de los espíritus celestiales, diciendo:

¡Oh bosques y espesuras.

Llama *bosques* á los elementos, que son tierra, agua, aire y fuego; porque así como amenísimos *bosques* están poblados de espesas criaturas, á las cuales aquí llama *espesuras* por el grande número, y muchas diferencias que hay de ellas en cada elemento. En la tierra innumerables variedades de animales y *plantas* (pág. 194): en el agua innumerables diferencias de peces: y en el aire mucha diversidad de aves. Y el elemento del fuego, que concurre con todos para la animación y conservación de ellos, y así cada suerte de animales vive en su elemento, y está colocada y plantada en él como en su bosque, y región donde nasce y se cría, y á la verdad así lo mandó Dios en la creación de ellos (Gen. I), mandando á la tierra que produjese las plantas y los animales; y á la mar y aguas los peces, y al aire hizo morada de las aves. Y por eso, viendo el alma que él así lo mandó y que así se hizo, dice el siguiente verso:

Plantadas por la mano del Amado!

En el cual está la consideración, es á saber: que estas diferencias y grandezas sola la mano del Amado Dios pudo hacerlas y criarlas, donde es de notar que

advertidamente dice, *por la mano del Amado*, porque aunque otras muchas cosas hace Dios por mano ajena, como de los ángeles ú de los hombres, esta que es criar nunca la hizo ni hace por otra que por la suya propia. Y así el alma mucho se mueve al amor de su Amado Dios por la consideración de las criaturas, viendo que son cosas que por su propia mano fueron hechas; y *dice adelante* (pág. 194):

¡Oh prado de verduras.

Esta es la consideración del cielo, al cual llama prado de verduras, porque las cosas que hay en él criadas siempre están con verdura inmarcescible que ni fenescen ni se marchitan con el tiempo, y en ellas, como en frescas verduras, se recrean y deleitan los justos; en la cual consideración también se comprende toda la diferencia de las hermosas estrellas y otros planetas celestiales.

Este nombre de verduras pone también la Iglesia á las cosas celestiales, cuando rogando á Dios por las ánimas de los difuntos, hablando con ellas dice: *Constituatur vos Dominus inter amena virentia*. Quiere decir: constituya os Dios entre las verduras deleitables. Y dice también que este prado de verduras también está

De flores esmaltado.

Por las cuales *flores* entiende los ángeles y almas santas, con las cuales está adornado aquel lugar y hermozeado como un gracioso y subido esmalte en un vaso de oro excelente.

Decid si por vosotros ha pasado.

Esta pregunta es la consideración que arriba queda dicha, y es como si dijera: Decid, ¿qué excelencias en vosotros ha criado?

CANCIÓN V

Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura,

DECLARACIÓN

En esta Canción responden las criaturas al alma: la cual respuesta, como también dice San Agustín en aquel mismo lugar, es el testimonio que dan en sí de la grandeza y excelencia de Dios al alma, que por la consideración se lo pregunta. Y ansí en

esta Canción lo que se contiene en sustancia es, que Dios crió todas las cosas con gran facilidad y brevedad; y en ellas dejó algún rastro de quien él era, no sólo dándoles el ser de nada, más aún dotándolas de innumerables gracias y virtudes, hermośeándolas con admirable orden y dependencia indeficiente, que tienen unas de otras, y esto todo haciéndolo por la sabiduría suya por quien las crió, que es el Verbo su Unigénito Hijo. Dice, pues, así:

Mil gracias derramando.

Por estas *mil gracias* que dice iba derramando, se entiende la multitud de las criaturas innumerables, que por eso pone aquí el número mayor, que es mil, para dar á entender la multitud de ellas, á las cuales llama gracias, por las muchas gracias de que dotó á cada criatura, las cuales derramando, es á saber, todo el mundo de ellas poblando,

Pasó por estos sotos con presura.

Pasar por los *sotos* es criar los elementos, que aquí llama *sotos*; por los cuales dice, que derramando mil gracias pasaba: porque de todas las criaturas los adornaba, que son graciosas: y allende de eso, en ellas derramaba las mil gracias, dándoles virtud para poder concurrir con la generación y conservación de todas ellas. Y dice que *pasó*, porque las criaturas son como un rastro del paso de Dios, por el cual se rastrea su grandeza, potencia y sabiduría, y otras virtudes divinas. Y dice, que este paso fué con presura; porque las criaturas son las obras menores de Dios, que las hizo como de paso; porque las mayores, en que más se mostró, y en que más él reparaba, eran las de la Encarnación del Verbo y misterios de la fe cristiana, en cuya comparación todas las demás eran hechas como de paso, con apresuramiento.

*Y yéndolos mirando,
Con sola su figura,
Vestidos los dejó de hermosura.*

Según dice San Pablo, el Hijo de Dios es resplandor de su gloria y figura de su sustancia (Hebr. I, 3). Es, pues, de saber, que con sola esta figura de su Hijo miró Dios todas las cosas, que fué darles el ser natural, comunicándoles muchas gracias y dones naturales, haciéndolas acabadas y perfectas, según se dice en el Génesis por estas palabras: Miró Dios todas las cosas que había hecho y eran mucho buenas (Gen. I, 31). El mirallas mucho buenas era hacellas mucho buenas en el Verbo su Hijo; y no solamente les comunicó el ser y gracias naturales, mirándolas, como

habemos dicho, mas también con sola esta figura de su Hijo las dejó vestidas de hermosura, comunicándoles el ser sobrenatural; lo cual fué cuando se hizo hombre ensalzándole en hermosura de Dios, y por consiguiente á todas las criaturas en él, por haberse unido con la naturaleza de todas ellas en el hombre. Por lo cual dijo el mismo Hijo de Dios: *Si ego exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum*. Esto es: si yo fuere ensalzado de la tierra, levantaré á mí todas las cosas (Joan. XII, 32). Y ansí en este levantamiento de la Encarnación de su Hijo, y de la gloria de su Resurrección según la carne, no solamente hermoseó el Padre las criaturas en parte, mas podemos decir, que del todo las dejó vestidas de hermosura y dignidad.

Pero allende de todo eso, hablando ahora algo según el sentido y afecto de contemplación, en la viva contemplación y conocimiento de las criaturas, echa de ver el alma con gran claridad, haber en ellas tanta abundancia de gracias y virtudes, y hermosura de que Dios las dotó, que le parece estar todas vestidas de admirable hermosura natural, derivada y comunicada de aquella infinita hermosura sobrenatural de la figura de Dios, cuyo mirar viste de hermosura y alegría el mundo y todos los cielos: así como también con abrir su mano, según dice David, diciendo: *Imple omne animal benedictione*. Es á saber: hinchas á todo animal de bendición (Ps. CXLIV, 16). Y por tanto llagada el alma en amor por este rastro que ha conocido en las criaturas de la hermosura de su *Amado*, con ansias de ver aquella hermosura invisible, la siguiente Canción dice:

CANCIÓN VI

¡ Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.

DECLARACIÓN

Como las criaturas dieron al alma señas de su *Amado*, mostrándole en sí rastro de su hermosura y excelencia, aumentósele el amor; y por consiguiente crecióle el dolor de la ausencia; porque cuanto más el alma conoce de Dios, *tanto* (pág. 198) más le cresce el apetito de verle, y como ve no hay cosa que la pueda curar su dolencia sino la vista y la presencia de su *Amado*, desconfiada de otro cualquiera remedio, pídele en esta Canción la entrega y posesión de su presencia, diciendo, que no quiera de hoy más entretenerla con otras cualesquier noticias y comunicaciones suyas, porque no satisfacen á su deseo y voluntad. La cual no se contenta

con menos que su vista y presencia; por tanto que sea él servido de entregarse ya de veras en acabado y perfecto amor, y así dice:

¡ Ay, quién podrá sanarme!

Como si dijera: Entre todos los deleites del mundo, y contentamientos de los sentidos, y gustos y suavidad del espíritu, cierto nada podrá sanarme, nada podrá satisfacerme. Y pues así es:

Acaba de entregarte ya de vero.

Donde es de notar, que cualquiera alma que ama de veras, no puede querer satisfacerse, ni contentarse hasta poseer de veras á Dios. Porque todas las demás cosas no solamente no la satisfacen, mas antes, como habemos dicho, la hacen crecer la hambre y apetito de verle á él como es. Y ansí cada visita que de el Amado rescibe de conocimiento, ó sentimiento, ó otra cualquiera comunicación, los cuales son como mensajeros que dan al alma recaudos de noticia, de quien él es, aumentándole y despertándole más el apetito, ansí como hacen las meajas en grande hambre, haciéndosele pesado entretenerse con tan poco, dice: *Acaba de entregarte ya de vero.*

Porque todo lo que de Dios se puede en esta vida conocer, por mucho que sea, no es conocimiento de vero, porque es conocimiento en parte y muy remoto; mas conocerle esencialmente es conocimiento de veras, el cual aquí pide el alma, no se contentando con esotras comunicaciones. Y por tanto dice luego:

*No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero.*

Como si dijera, no quieras que ya de aquí adelante te conozca tan á la tasa por estos mensajeros de las noticias y sentimientos que se me dan de tí, tan remotos y ajenos de lo que de tí desea mi alma; porque los mensajeros á quien pena por la presencia, bien sabes tú, Esposo mío, que aumentan el dolor; lo uno porque renuevan la llaga con la noticia que dan; lo otro, porque parecen dilaciones de la venida. Pues luego, de hoy más no quieras enviarme estas noticias remotas; porque si hasta aquí podía pasar con ellas, porque no te conocía ni amaba mucho, ya la grandeza del amor que te tengo no puede contentarse con estos recaudos; por tanto *acaba de entregarte*: como si más claro dijera: Esto Señor mío Esposo, que andas dando de tí á mi alma por partes, acaba de darlo del todo. Y esto, que andas mostrando, como por resquicios, acaba de mostrarlo á las claras. Y esto que andas comunicando por medios, que es como comunicarte de burlas, acaba de hacerlo de veras

comunicándote por tí mismo, que parece á veces en tus visitas, que vas á dar la joya de tu posesión, y cuando mi alma bien se cata, se halla sin ella, porque se la escondes, lo cual es como dar de burla; entrégate pues ya *de vero*, dándote todo, al todo de mi alma, porque toda ella te tenga á tí todo, y no quieras enviarme ya más mensajero.

Que no saben decirme lo que quiero.

Como si dijera, yo á tí todo quiero, y ellos no me saben, ni pueden decir á tí todo; porque ninguna cosa de la tierra ni del cielo pueden dar á la alma la noticia que ella desea tener de tí, y así no saben decirme lo que quiero. En lugar, pues, de estos mensajes, tú mismo seas el mensajero, y los mensajes.

CANCIÓN VII

Y todos cuantos vagan
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué, que quedan balbuciendo.

DECLARACIÓN

En la Canción pasada ha mostrado el alma estar enferma, ó herida de amor de su Esposo, á causa de la noticia que de él le dieron las criaturas irracionales. Y en esta presente da á entender estar llagada de amor á causa de otra noticia más alta que del Amado rescibe por medio de las criaturas racionales, que son más nobles que las otras, las cuales son Angeles y hombres. Y también dice, que no sólo eso, sino que también está muriendo de amor, á causa de una inmensidad admirable, que por medio de estas criaturas se le descubre, sin acabársele de descubrir, que aquí llama *no sé qué*, porque no se sabe decir, pero ello es tal, que hace estar muriendo al alma de amor.

De donde podemos inferir, que en este negocio de amar, hay tres maneras de penar por el Amado, acerca de tres maneras de noticias que de él se pueden tener. La primera se llama *herida*, la cual es más remisa, y más brevemente pasa, bien así como herida, porque de la noticia que el alma recibe de las criaturas le nasce, que son las más bajas obras de Dios. Y de esta herida, que aquí llamamos también enfermedad, habla la Esposa en los Cantares, diciendo: *Adjuro vos, filiæ Hierusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuntietis ei, quia amore langueo*. Que quiere decir: conjúroos, hijas de Jerusalén, que si halláredes á mi Amado, le digáis, que estoy

enferma de amor (Can. V, 8), entendiendo por las hijas de Jerusalén las criaturas. La segunda se llama *llaga*, la cual hace más asiento en el alma que la herida, y por eso dura más, porque es como herida ya vuelta en llaga, con la cual se siente el alma verdaderamente andar llagada de amor. Y esta llaga se hace en el alma mediante la noticia de las obras de la Encarnación del Verbo y misterios de la Fe, las cuales por ser mayores obras de Dios, y que mayor amor en sí encierran que las de las criaturas, hacen en el alma mayor efecto de amor, de manera que si el primero es como herida, este segundo es ya como llaga hecha, que dura. De la cual hablando el Esposo en los Cantares con el alma, dice (Can. IV, 9): Llagaste mi corazón, hermana mía, llagaste mi corazón en el uno de tus ojos, y en un cabello de tu cuello; porque el ojo significa aquí la Fe de la Encarnación del Esposo, y el cabello significa el amor de la misma Encarnación. La tercera manera de penar en el amor es como morir, lo cual es ya como tener la llaga afistolada, hecha el alma ya toda afistolada, la cual vive muriendo, hasta que matándola el amor, la haga vivir vida de amor, transformándola en amor. Y este morir de amor se causa en el alma mediante un toque de noticia suma de la Divinidad, que es el *No sé qué* que dice en esta Canción, *que quedan balbuciendo*; el cual toque no es continuo, ni mucho, porque se desataría el alma del cuerpo, mas pasa en breve, y así queda muriendo de amor; y más muere viendo que no se acaba de morir de amor. Este se llama amor impaciente, del cual se trata en el Génesis, donde dice la Escritura, que era tanto el amor que Raquel tenía de concebir, que dijo á su esposo Jacob: *Da mihi liberos, alioquin moriar*. Esto es: dame hijos, si no yo moriré. (Gen. XXX, 1.) Y el Profeta Job decía: *Quis mihi det, ut qui cœpit ipse me conterat?* Que es decir: ¿Quién me dará á mí que el que me comenzó, ese me acabe? (Job. VI, 9.)

Estas dos maneras de penas de amor, es á saber, la *llaga* y el *morir*, dice en esta Canción, que le causan estas criaturas racionales. La llaga, en lo que dice que la van refiriendo mil gracias del Amado en los misterios y sabiduría de Dios que la enseñan de la Fe. El morir, en aquello que dice *que quedan balbuciendo*, que es el sentimiento y noticia de la Divinidad, que algunas veces en lo que el alma oye decir de Dios, se le descubre. Dice, pues, así:

Y todos cuantos vagan.

A las criaturas racionales, como habemos dicho, entiende aquí por los que vagan que son los Angeles y los hombres; porque solos éstos entre todas las criaturas vacan á Dios, entendiendo en él; porque eso quiere decir ese vocablo, *vagan*, el cual en latín se dice *vacant*. Y así es tanto como decir: todos cuantos vacan á Dios; lo cual hacen los unos contemplándole en el cielo y gozándole, como son los Angeles; los otros, amándole y deseándole en la tierra, como son los hombres. Y porque por estas criaturas racionales más al vivo conoce á Dios el alma, agora por

la consideración de la excelencia que tiene sobre todas las cosas criadas, ahora por lo que ellas nos enseñan de Dios; las unas interiormente por secretas inspiraciones, como lo hacen los Angeles, las otras exteriormente por las verdades de las Escrituras, dice:

De tí me van mil gracias refiriendo.

Esto es, dánme á entender admirables cosas de gracia y misericordia tuya en las obras de tu Encarnación y verdades de Fe que de tí me declaran; y siempre me van más refiriendo; porque cuanto más quisieren decir, más gracias podrán descubrir de tí.

Y todas más me llagan.

Porque en cuanto los ángeles me inspiran, y los hombres de tí me enseñan, de tí más me enamoran, y así todos de amor más me llagan.

Y déjame muriendo

Un no sé qué, que quedan balbuciendo.

Como si dijera; pero allende de lo que me llagan estas criaturas, en las mil gracias que me dan á entender de tí, es tal un *No sé qué*, que se siente quedar por decir, y una cosa que se conoce quedar por descubrir, y un subido rastro que se descubre al alma de Dios, quedándose por rastrear, y un altísimo entender de Dios, que no se sabe decir, que por eso lo llama *No sé qué*; que si lo otro que entiendo me llaga y hiere de amor, esto que no acabo de entender, de que altamente siento, me mata. Esto acaesce á veces á las almas que están ya aprovechadas; á las cuales hace Dios merced de dar en lo que oyen, ó ven, ó entienden, y á veces sin eso y sin esotro, una subida noticia en que se le da á entender ó sentir alteza de Dios y grandeza, y en aquel sentir, siente tan alto de Dios, que entiende claro se queda el todo por entender; y aquel entender y sentir ser tan inmensa la Divinidad, que no se puede entender acabadamente, es muy subido entender; y así una de las grandes mercedes que en esta vida hace Dios á una alma por vía de paso, es darla claramente á entender y sentir tan altamente de Dios, que entienda claro, que no se puede entender ni sentir del todo. Porque es en alguna manera al modo de los que le ven en el cielo, donde los que más le conocen, entienden más distintamente lo infinito que les queda por entender, porque aquellos que menos le ven, son á los cuales no les parece tan distintamente lo que les queda por ver, como á los que más ven. Esto creo no lo acabará bien de entender el que no lo hubiere experimentado; pero el alma que lo experimenta, como ve que se le queda por entender aquello de que

altamente siente, llámalo un *No sé qué*, porque así como no se entiende, así tampoco se sabe decir, aunque, como he dicho, se sabe sentir; por eso dice que le quedan las criaturas balbuciendo, porque no lo acaban de dar á entender, que eso quiere decir balbucir, que es el hablar de los niños, que es no acertar á decir, y dar á entender qué hay que decir.

También acerca de las demás criaturas acaescen al alma algunas ilustraciones al modo que habemos dicho, aunque no siempre tan subidas; cuando Dios hace merced al alma de abrirle la noticia y el sentido del espíritu en ellas; las cuales-parece están dando á entender de Dios grandezas que no acaban de dar á entender, y es como que van á dar á entender, y se queda por entender, y así es: *Un no sé qué, que quedan balbuciendo*. Y así el alma va adelante con su querella, y habla con la vida de su alma en la siguiente Canción, diciendo:

CANCIÓN VIII

Mas, ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amedo en tí concibes?

DECLARACIÓN

Como el alma se ve morir de amor, según acaba de decir, y que no se acaba de morir, para poder gozar del amor con libertad, quéjase de la duración de la vida corporal, á cuya causa se le dilata la vida espiritual. Y así en esta Canción habla con la vida de su alma, encareciendo el dolor que le causa; y el sentido de la Canción es el siguiente: Vida de mi alma, ¿cómo puedes perseverar en esta vida de cuerpo, pues te es muerte y privación de aquella vida verdadera de tu Dios, en que tú más verdaderamente que en el cuerpo vives, por esencia, amor y deseo? Y ya que esto no fuese causa para que salieses del cuerpo de esta muerte para gozar y vivir la vida de tu Dios, ¿cómo todavía puedes perseverar en el cuerpo, pues son bastantes sólo por sí para acabarte la vida, las heridas que recibes de amor de las grandezas que se te comunican de parte de el Amado, y del vehemente amor que te causa lo que del sientes y entiendes, que son toques y heridas que de amor matan?

Síguese el verso:

*Mas, ¿cómo perseveras
Oh vida, no viviendo donde vives?*

Para cuya inteligencia es de saber, que el alma más vive en lo que ama que en el cuerpo donde anima, porque en el cuerpo ella no tiene su vida, antes ella la da al cuerpo, y ella en lo que ama vive. Pero allende de esta vida de amor, por el cual vive el alma en cualquiera cosa que ama, natural y radicalmente tiene el alma su vida en Dios, como también todas la cosas criadas, según aquello que dice San Pablo; *In ipso vivimus, movemur et sumus*. Que es tanto como decir. En Dios tenemos nuestra vida y nuestro movimiento y nuestro ser (Act. XVII, 28). Y San Juan dice: *Quod factum est, in ipso vita erat*. Esto es: todo lo que fué hecho, era vida en Dios (I, 4). Y como el alma ve que tiene su vida natural en Dios por el ser que en él tiene, y también su vida espiritual por el amor con que le ama, quéjase porque persevera todavía en vida corporal, porque la impide de vivir de veras donde de veras tiene su vida por esencia y por amor (como habemos dicho). En lo cual es grande el encarecimiento que el alma aquí hace, porque da á entender que padesce en dos contrarios que son: vida natural en cuerpo, y vida espiritual en Dios, que son contrarias en sí, y viviendo ella en entrambas, por fuerza ha de tener gran tormento, pues la vida natural le es á ella como muerte, pues la priva de la espiritual en que ella tiene empleado todo su ser, vida y operaciones por el amor y el afecto; y *para dar más á entender el rigor de esta vida, dice luego* (pág. 206):

*Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes.*

Como si dijera: Y demás de lo dicho, ¿cómo puedes perseverar en el cuerpo, pues por sí sólo bastan á quitarte la vida los toques de amor (que eso entiende por flechas) que en tu corazón hace el Amado? Los cuales toques de tal manera fecundan el alma y el corazón de inteligencia y amor de Dios, que se puede bien decir que concibe de Dios, según lo que dice en el verso siguiente, es á saber:

De lo que del Amado en tí concibes.

Es á saber, de la hermosura, grandeza, y sabiduría, y virtudes que de él entiendes.

CANCIÓN IX

¿Por qué, pues, has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?

DECLARACIÓN

Vuelve en esta Canción á hablar con el Amado, con la querella de su dolor; porque el amor impaciente, cual aquí muestra tener el alma, no sufre algún ocio, ni da descanso á su pena, proponiendo de todas maneras sus ansias hasta hallar el remedio: y como se ve llagada y sola, no teniendo otro, ni otra medicina sino á su Amado, que es el que la llagó, dícele, que pues él llagó su corazón con el amor de su noticia, que por qué no le ha sanado con la vista de su presencia; y que pues él se le ha también robado, por el amor con que la ha enamorado, sacándosele de su propio poder, que por qué le ha dejado así; es á saber, sacado de su poder (porque el que ama, ya no posee su corazón, pues lo ha dado al Amado) y no le ha puesto de veras en el suyo, tomándole para sí en entera y acabada transformación de amor en gloria. Dice, pues:

*¿Por qué, pues has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste?*

No se querella porque la haya llagado (porque el enamorado cuanto está más herido, está más pagado), sino que habiendo llagado el corazón, no le sanó, acabándole de matar; porque son las heridas de amor tan dulces y tan sabrosas, que si no llegan á morir, no la pueden satisfacer; pero sönle tan sabrosas, que querría la llagasen hasta acabarla de matar. Y por eso dice: *¿Por qué, pues has llagado aqueste corazón, ne le sanaste?* Como si dijera: Por qué, pues le has herido hasta llagarle, no le sanas, acabándole de matar de amor? Pues eres tú la causa de la llaga en dolencia de amor, se tú la causa de la salud en muerte de amor; porque de esta manera el corazón que está llagado con el dolor de tu ausencia, sanará con el deleite y gloria de tu dulce presencia. Y añade, diciendo:

*Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste?*

Robar no es otra cosa que desaposesionar del robo á su dueño, y aposeionarse dello el robador. Esta querella, pues, propone aquí el alma *al Amado* (pág. 208), diciendo, que pues él ha robado su corazón, y sacádole de su poder y posesión, que por qué le ha dejado así, sin ponerle de veras en la suya, tomándole para sí, como hace el robador al robo que robó, que de hecho se le lleva.

Por eso el que está enamorado, se dice tener el corazón robado, ó arrobado de aquél á quien ama, porque le tiene fuera de sí puesto en la cosa amada, y así no tiene corazón para sí, sino para aquello que ama. De donde podrá bien conocer el alma, si ama á Dios ó no; porque si le ama, no tendrá corazón para sí, sino para

Dios, porque cuanto más le tiene para sí menos le tiene para Dios, y verse ha, si el corazón está bien robado, en sí trae ansias por el Amado, ó no gusta de otra cosa sino de él, como aquí muestra el alma. La razón es, porque el corazón no puede estar en paz y sosiego sin posesión; y cuando está aficionado, ya no tiene posesión de sí ni de alguna otra cosa; y si tampoco posee de veras lo que ama, no le puede faltar fatiga, hasta que lo posea, porque hasta entonces está *el alma* (pág. 208) como el vaso vacío que espera el lleno; y como el hambriento que desea el manjar, y como el enfermo que gime por la salud, y como el que está colgado en el aire, que no tiene en qué estribar; de esta manera está el corazón enamorado, lo cual sintiendo aquí el alma por experiencia, dice: *Por qué así le dejaste*, es á saber, vacío, hambriento, solo, llagado, y enfermo de amor, suspenso en el aire.

Y no tomas el robo que robaste?

Conviene á saber, para henchirle y hartarle y acompañarle y sanarle, dándole asiento y reposo cumplido en tí. No puede dejar de desear el alma enamorada la paga y salario de su amor, por el cual salario sirve al Amado; porque de otra manera no sería verdadero amor, el cual salario y paga no es otra cosa, ni el alma puede querer otra, sino más amar hasta llegar á estar en perfección de amor, el cual no se paga sino de sí mismo, según lo dió á entender el Profeta Job por estas palabras, diciendo: *Sicut servus desiderat umbram, et sicut mercenarius præstolatur finem operis sui, sic et ego habui menses vacuos, et noctes laboriosas ennumeravi mihi. Si dormiero dicam quando consurgam, et rursum spectabo vesperam et replebo doloribus usque ad tenebras*. Que quiere decir: como el siervo desea la sombra y como el mercenario espera el fin de su obra, así yo también tuve los meses vacíos y contaba las noches trabajosas y prolijas para mí. Si me acostare á dormir diré: ¿cuándo llegará el día en que me levantara?, y luego volveré á esperar la tarde y seré lleno de dolores hasta las tinieblas de la noche (VII, 2). De esta manera el alma que estando encendida en amor de Dios desea el cumplimiento y perfección del amor para tener allí cumplido refrigerio, como siervo fatigado del estío desea el refrigerio de la sombra, y como el mercenario espera el fin de su obra, espera el alma el fin de la suya. Donde es de notar, que no dijo el Profeta Job que el mercenario esperaba el fin de su trabajo, sino el fin de su obra, para dar á entender lo que vamos diciendo, es á saber, que el alma que ama no espera el fin de su trabajo, sino el fin de su obra; porque su obra es amar, y de esta obra que es amar, espera ella el fin y remate que es la perfección y cumplimiento de amar á Dios, al cual hasta que llegue, siempre está el alma de la figura que en la dicha autoridad se pinta Job, teniendo los días y los meses por vacíos y las noches por trabajosas y prolijas. En lo dicho queda dado á entender cómo el alma que ama á Dios no ha de pretender ni esperar otra cosa de él, sino la perfección del amor.

CANCIÓN X

Apaga mis enojos

Pues que ninguno basta á deshacellos,

Y véante mis ojos,

Pues eres lumbré de ellos,

Y sólo para tí quiero tenellos.

DECLARACIÓN

Prosigue *pues* (pág. 211) en la presente Canción, pidiendo al Amado, quiera ya poner término á sus ansias y penas, pues no hay otro que baste para hacerlo, sino sólo él, y que sea de manera que le puedan ver los ojos de su alma; pues sólo él es la luz en que ellos miran, y ella no los quiere emplear en otra cosa sino sólo en él, diciendo:

Apaga mis enojos.

Tiene una propiedad la concupiscencia del amor, *como queda dicho* (pág. 211), que todo lo que no hace ó dice y conviene con aquello que ama la voluntad, la cansa, fatiga y enoja, y la pone desabrida, no viendo cumplirse lo que ella quiere; y á esto y á las fatigas que tiene por ver á Dios, llama aquí *enojos*, los cuales ninguna cosa basta para deshacerlos, sino la posesión del Amado. Por lo cual dice, que los apague él con su presencia, refrigerándolos todos, como hace el agua fresca al que está fatigado del calor, que por eso usa aquí de este vocablo, *Apaga*, para dar á entender que ella está padeciendo con fuego de amor.

Pues que ninguno basta á deshacellos.

Para mover y persuadir más el alma á que cumpla su petición el Amado, dice, que pues otro ninguno sino él basta á satisfacer su necesidad, que sea él el que apague sus enojos. Donde es de notar, que entonces está Dios bien presto para consolar al alma y satisfacer sus necesidades y penas, cuando ella no tiene ni pretende otra satisfacción y consuelos fuera de él; y así el alma que no tiene cosa que la entretenga fuera de Dios, no puede estar mucho sin visitación del Amado.

Y véante mis ojos.

Esto es, véate yo cara á cara con los ojos de mi alma.

Pues eres lumbré dellos.

Allende de que Dios es lumbré sobrenatural de los ojos de el alma, sin la cual está en tinieblas. Llámale aquí también el alma por afición, lumbré de sus ojos, al modo que el amante suele llamar al que ama para significar el amor que le tiene, lumbré de sus ojos. Y así es como si dijera en los dos versos sobredichos: Pues los ojos míos no tienen otra lumbré, ni por naturaleza, ni por amor, *Véante mis ojos*, pues de todas maneras eres lumbré de ellos. Esta lumbré echaba menos David cuando con lástima decía: *Lumen oculorum meorum et ipsum non est mecum*: que quiere decir: la lumbré de mis ojos aún esa no está conmigo (Ps. XXXVII, 11).

Y sólo para tí quiero tenellos.

En el verso pasado ha dado á entender el alma, cómo sus ojos estarán en tinieblas no viendo á su Amado, pues sólo él es lumbré de ellos, en que le obliga á darle esta lumbré de gloria. Y en el presente verso le quiere más obligar diciendo, que no los quiere tener para otra alguna cosa que para él; porque así como justamente es privada de esta divina lumbré el alma que quiere poner los ojos de su voluntad en otra su lumbré de propiedad de alguna cosa fuera de Dios, por cuanto pone impedimento para recibirla; así también congruamente merescé que se le dé al alma, que á todas las cosas cierra los dichos sus ojos, para abrirlos sólo á su Dios.

CANCIÓN XI

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!...

DECLARACIÓN

Como con tanto deseo desea el alma la unión del Esposo, y ve que no halla remedio ni medio alguno en todas las criaturas, vuélvese á hablar con la fe, como la que más al vivo le ha de dar luz de su Amado, tomándola por medio para esto, porque á la verdad no hay otro por donde se venga á la verdadera unión de Dios, según por Oseas lo da á entender el Esposo, diciendo: Yo te desposaré conmigo en Fe (Ose. II, 20), y dícele con gran deseo: ¡Oh Fe de mi Esposo Cristo!, si las verdades que has infundido de mi Amado en mi alma con oscuridad y tiniebla, las manifestases ya con claridad, de manera que lo que contienen en Fe, que son noticias informes, las mostrases y descubrieses, apartándote de ellas, formada y acabadamente de repente, volviendo en manifestación de gloria. Dice, pues, el verso:

¡Oh cristalina fuente!

Llámala cristalina á la Fe por dos cosas. La primera porque es de Cristo su Esposo. Y la segunda, porque tiene las propiedades del cristal en ser pura en las verdades y fuerte, y clara, limpia de errores y formas naturales. Y llámala fuente, porque de ella le manan al alma las aguas de todos los bienes espirituales. De donde Cristo Nuestro Señor, hablando con la Samaritana, llamó fuente á la Fe, diciendo, que en los que creyesen en él, se haría una fuente, cuya agua faltaría hasta la vida eterna (Joan. IV, 14), y esta agua era el espíritu que habían de recibir en su Fe los creyentes (VII, 39).

Si en esos tus semblantes plateados.

A las proposiciones y artículos que nos propone la Fe, llama semblantes plateados. Para inteligencia de lo cual, y de los demás versos, es de notar, que la Fe es comparada á la plata en las proposiciones que nos enseña, y las verdades y sustancia que en sí contienen, son comparadas al oro; porque esa misma sustancia que agora creemos, vestida y cubierta con plata de Fe, habemos de ver y gozar en la otra vida al descubierto y desnudo el oro de la Fe. De donde David hablando de ella, dice ansí: Si durmiéredes entre los dos coros, las plumas de la paloma serán plateadas, y las postrimerías de su espalda serán en el color del oro (Ps. LXVII, 14). Quiere decir: que si cerráremos los ojos del entendimiento á las cosas de arriba y á las de abajo (á lo cual llama dormir en medio), quedaremos sólo en Fe, á la cual llama Paloma, cuyas plumas, que son las verdades que nos dice, serán plateadas, porque en esta vida la Fe nos las propone oscuras y encubiertas, que por eso las llama aquí semblantes plateados; pero á la postre de esta Fe, que será cuando se acabe la Fe por la clara visión de Dios, quedará la sustancia de la Fe, desnuda del velo de esta plata, de color como el oro. De manera que la Fe nos da y comunica al mismo Dios, pero cubierto con plata de Fe, y no por eso nos le deja de dar en la verdad, así como el que da un vaso de oro plateado, no porque vaya cubierto con plata, deja de dar el vaso de oro. De donde cuando la Esposa en los Cantares deseaba esta posesión de Dios, prometiéndosela él, cual en esta vida se puede, le dijo, que le haría unos zarcillos de oro, pero esmaltados con plata (Can. I, 10). En lo cual la prometió de dársele en Fe encubierto. Dice, pues, agora el alma á la Fe: Oh si en esos tus semblantes plateados (que son los artículos ya dichos) con que tienes cubierto el oro de los divinos rayos, que son los ojos deseados que añade luego, diciendo:

Formases de repente

Los ojos deseados.

Por los ojos se entiende, como dijimos, los rayos y verdades divinas; las cuales, como también habemos dicho, la Fe nos las propone en sus artículos cubiertas é

informes. Y así es como si dijera: ¡Oh si esas verdades que informe y oscuramente me enseñan encubiertas en tus artículos de Fe, acabases ya de dármelas clara y formalmente descubiertas en ellos como lo pide mi deseo! Y llama aquí ojos á estas verdades por la grande presencia que del Amado siente, que le parece la está ya siempre mirando. Por lo cual dice:

Que tengo en mis entrañas dibujados.

Dice que las tiene en sus entrañas dibujadas, es á saber, en su alma, según el entendimiento y la voluntad; porque según el entendimiento tiene estas verdades infundidas por Fe en su alma. Y porque la noticia de ellas no es perfecta, dice que están dibujadas; porque así como el dibujo no es perfecta pintura, así la noticia de la Fe no es perfecto conocimiento. Por tanto las verdades que se infunden en el alma por Fe, están como en dibujo, y cuando estén en clara visión, estarán en el alma como perfecta y acabada pintura, según aquello que dice el Apóstol, diciendo: *Cum autem venerit, quod perfectum est, evacuabitur quod ex parte est*. Que quiere decir: Cuando viniere lo que es perfecto, que es la clara visión, acabarse há lo que es en parte, que es el conocimiento de la Fe (1. ad Cor. XIII, 10).

Pero sobre este dibujo de Fe hay otro dibujo de amor en el alma del amante, y es según la voluntad, en la cual de tal manera se dibuja la figura de el Amado, y tan conjunta y vivamente se retrata en él, cuando hay unión de amor, que es verdad decir, que el Amado vive en el amante y el amante en el Amado. Y tal manera de semejanza hace el amor en la transformación de los amados, que se puede decir, que cada uno es el otro, y que entrambos son uno. La razón es, porque en la unión y transformación de amor, el uno da posesión de sí al otro, y cada uno se deja y da y trueca por el otro: y así cada uno vive en el otro, y el uno es el otro, y entrambos son uno por transformación de amor. Esto es lo que quiso dar á entender San Pablo cuando dijo: *Vivo autem, jam non ego, vivit verò in me Christus*. Que quiere decir: vivo yo, ya no yo, pero vive en mí Cristo (Gal. II, 20); porque en decir vivo yo, ya no yo, dió á entender, que aunque vivía él, no era vida suya; porque estaba tan transformado en Cristo, que su vida más era divina que humana, y por eso dice que no vivía él, sino Cristo en él. De manera, que según esta semejanza de transformación, podemos decir, que su vida y la vida de Cristo toda era una vida por unión de amor, lo cual se hará perfectamente en el cielo en divina vida en todos los que merecieren verse en Dios; porque transformados en Dios, vivirán vida de Dios, y no vida suya, aunque sí vida suya, porque la vida de Dios será vida suya: y entonces dirán de veras: vivimos nosotros, y no nosotros; porque vive Dios en nosotros; lo cual en esta vida, aunque puede ser como lo era en San Pablo, no empero perfecta y acabadamente, aunque llegue el alma á tal transformación de amor, que sea matrimonio espiritual, que es el más alto estado á que se puede llegar en esta vida; por-

que todo se puede llamar dibujo de amor en comparación de aquella perfecta figura de transformación de gloria. Pero cuando este dibujo de transformación en esta vida se alcanza, es grande buena dicha, porque con eso se contenta grandemente el Amado, que por eso deseando él que le pusiese la Esposa en su alma, como en dibujo, le dijo en los Cantares: Ponme como señal sobre tu corazón, como señal sobre tu brazo (Cant. VIII, 6). El corazón significa aquí el alma, en que en esta vida está Dios como señal de dibujo de Fe, según se dijo arriba; y el brazo significa la voluntad fuerte, en que está como señal de dibujo de amor, como ahora acabamos de decir.

CANCIÓN XII

Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

DECLARACIÓN

En los grandes deseos y fervores de amor, cuales en las Canciones pasadas ha mostrado el alma, suele el Amado visitar á su Esposa, alta y delicada y amorosamente, y con grande fuerza de amor; porque ordinariamente según los grandes fervores y ansias de amor, que han precedido en el alma, suelen ser también las mercedes y visitas que Dios la hace grandes, y como ahora el alma con tantas ansias había deseado estos divinos ojos, que en la Canción pasada acaba de decir, descubrióle el Amado algunos rayos de su grandeza y divinidad, según ella deseaba, los cuales fueron de tanta alteza, y con tanta fuerza comunicados, que la hizo salir de sí por arrobamiento y éxtasi, lo cual acaece al principio con gran detrimento y temor del natural; y así no pudiendo sufrir el exceso en sujeto tan flaco, dice en la presente Canción: *Apártalos, Amado*. Es á saber, esos tus ojos divinos, porque me hacen volar saliendo de mí á suma contemplación, sobre lo que sufre el natural, lo cual dice, porque le parecía volaba su alma de las carnes, que es lo que ella deseaba, que por eso le pidió que los apartase, conviene á saber, dejando de comunicárselos en la carne, en que no los puede sufrir y gozar como querría, comunicándoselos en el vuelo que ella hacía fuera de la carne; el cual deseo y vuelo le impidió luego el Esposo, diciendo: *Vuélvete, Paloma*, que la comunicación que ahora de mí recibes, aún no es de ese estado de gloria que tú ahora pretendes; pero vuélvete á mí,

que soy á quien tú, llagada de amor, buscas, que también yo como el ciervo herido de tu amor, comienzo á mostrarme á tí por tu alta contemplación, y tomo recreación y refrigerio en el amor de tu contemplación. Dice, pues, el alma al Esposo:

Apártalos, Amado.

Según habemos dicho, el alma conforme á los grandes deseos que tenía de estos divinos ojos, que significan la Divinidad, recibió del Amado interiormente tal comunicación y noticia de Dios, que la hizo decir: *Apártalos, Amado*. Porque tal es la miseria del natural en esta vida, que aquello que á la alma le es más vida, y ella con tanto deseo desea, que es la comunicación y conocimiento de su Amado, cuando se le vienen á dar, no lo puede recibir sin que casi le cueste la vida, de suerte que los ojos que con tanta solícitud y ansias, y por tantas vías buscaba, venga á decir cuando los recibe: *Apártalos, Amado*. Porque es á veces tan grande el tormento que se siente en las semejantes visitas de arrobamientos, que no hay tormento que así descoyunte los huesos, y ponga en estrecho al natural, tanto, que si no proveyese Dios se acabaría la vida; y á la verdad así le parece á la alma por quien pasa, porque siente como desasirse el alma de las carnes, y desamparar al cuerpo. Y la causa es, porque semejantes mercedes no se pueden recibir muy en carne, porque el espíritu es levantado á comunicarse con el espíritu divino, que viene al alma; y así por fuerza ha de desamparar en alguna manera la carne. Y de aquí es, que ha de padecer la carne, y por consiguiente el alma en la carne, por la unidad que tienen en un supuesto. Y por tanto el gran tormento que siente el alma al tiempo de este género de visita, y el gran pavor que la hace verse tratar por vía sobrenatural, la hacen decir: *Apártalos, Amado*. Pero no se ha de entender, que porque el alma diga que los aparte, querría que los apartase, porque aquel es un dicho del temor natural, como habemos dicho; antes (aunque mucho más la costase), no querría perder estas visitas y mercedes del Amado, porque aunque padesce el natural, el espíritu vuela al recogimiento sobrenatural á gozar del espíritu del Amado, que es lo que ella deseaba y pedía. Pero no quisiera ella recibirlo en carne, donde no se puede cumplidamente, sino poco y con pena; mas en el vuelo del espíritu fuera de la carne, donde libremente se goza. Por lo cual dijo: *Apártalos, Amado*, es á saber, de comunicármelos en carne.

Que voy de vuelo.

Como si dijera, que voy de vuelo de la carne, para que me los comuniqués fuera de ella, siendo ellos la causa de hacerme volar fuera de la carne. Y para que entendamos mejor qué vuelo sea éste, es de notar que, como habemos dicho, en aquella visitación de Espíritu Divino es arrebatado con gran fuerza el de la alma, á

comunicar con el espíritu, y destituye al cuerpo, y deja de sentir en él, y de tener en él sus acciones, porque las tiene en Dios. Que por eso dijo San Pablo, que en aquel rapto suyo no sabía si estaba su alma recibiendo en el cuerpo, ó fuera del cuerpo. Y no por eso se ha de entender que destituye y desampara el alma al cuerpo de la vida natural, sino que no tiene sus acciones en él. Y esta es la causa porque en estos raptos y vuelos se queda el cuerpo sin sentido, y aunque le hagan cosas de grandísimo dolor, no siente; porque no es como otros trasposos y desmayos naturales, que con el dolor vuelven en sí. Y estos sentimientos tienen en estas visitas los que no han aún llegado á estado de perfección, sino que van camino en estado de aprovechados: porque los que han llegado ya tienen toda la comunicación hecha en paz y suave amor, y cesan estos arrobamientos, que eran comunicaciones que disponían para la total comunicación. Lugar era este conveniente para tratar de las diferencias de raptos y éxtasis, y otros arrobamientos y sutiles vuelos de espíritu, que á los espirituales suelen acaecer. Mas porque mi intento no es sino declarar brevemente estas Canciones, como en el Prólogo prometí, quedarse há para quien mejor lo sepa tratar que yo. Y porque también la bienaventurada Teresa de Jesús, nuestra Madre, dejó escritas de estas cosas de espíritu admirablemente; las cuales espero en Dios saldrán presto impresas á luz. Lo que aquí, pues, el alma dice del vuelo, háse de entender por arrobamiento y éxtasi del espíritu á Dios. Y dícele luego el Amado:

Vuélvete, Paloma.

De muy buena gana se iba el alma del cuerpo en aquel vuelo espiritual, pensando que se le acababa ya la vida, y que pudiera gozarse con su Esposo para siempre, y quedarse al descubierto con él; mas atájole el Esposo el paso, diciendo: *Vuélvete, Paloma*. Como si dijera: Paloma en el vuelo alto y ligero que llevas de contemplación, y en el amor con que ardes, y simplicidad con que vas (porque estas tres propiedades tiene la paloma) vuélvete de ese vuelo alto, en que pretendes llegar á poseerme de veras, que aún no es llegado ese tiempo de tan alto conocimiento, y acomódate á éste más bajo, que yo agora te comunico en éste tu exceso, y es:

Que el ciervo vulnerado.

Compárase el esposo al ciervo, porque aquí por el ciervo entiende á sí mismo. Y es de saber, que la propiedad del ciervo es subirse á los lugares altos, y cuando está herido vase con gran priesa á buscar refrigerio á las aguas frías; y si oye quejar á la consorte, y siente que está herida, luego se va con ella y la regala y acaricia. Y así hace agora el Esposo, porque viendo á la Esposa herida de su amor, él también al gemido de ella viene herido del amor de ella; porque en los enamorados la herida de uno es de entrambos, y un mismo sentimiento tienen los dos. Y así es como si

dijera: Vuélvete, Esposa mía, á mí, que si llagada vas de amor de mí, yo también como el ciervo vengo en esta tu llaga llagado á tí, que soy como el ciervo, y también en asomar por lo alto, que por eso dice:

Por el otero asoma.

Esto es, por la altura de tu contemplación que tienes en ese vuelo; porque la contemplación es un puesto alto, por donde Dios en esta vida se comienza á comunicar al alma y mostrársele; mas no acaba, que por eso no dice que acaba de parecer, sino que asoma. Porque por altas que sean las noticias que de Dios se le dan al alma en esta vida, todas son como unas muy desviadas asomadas. Y síguese la tercera propiedad que decíamos del ciervo, y es la que se contiene en el verso siguiente:

Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Por el vuelo entiende la contemplación de aquel éxtasi que habemos dicho, y por el aire entiende aquel espíritu de amor que causa en el alma este vuelo de contemplación. Y llama aquí á este amor, causado por el vuelo, aire, harto apropiadamente; porque el Espíritu Santo, que es amor, también se compara en la divina Escritura al aire, porque es aspirado de el Padre y de el Hijo. Y así como allí es aire de el vuelo, esto es, que de la contemplación y sabiduría de el Padre y de el Hijo procede y es aspirado; así aquí á este amor del alma llama el Esposo aire, porque de la contemplación y noticia, que á este tiempo tiene de Dios, le procede. Y es de notar, que no dice aquí el Esposo que viene al vuelo, sino al aire del vuelo; porque Dios no se comunica propriamente al alma por el vuelo del alma, que es, como habemos dicho, el conocimiento que tiene de Dios, sino por el amor del conocimiento; porque así como el amor es unión del Padre y del Hijo, así lo es del alma con Dios. Y de aquí es, que aunque un alma tenga altísimas noticias de Dios y contemplación, y conosciere todos los misterios, si no tiene amor, no le hace nada al caso, como dice San Pablo (1 ad Cor. XIII, 2), para unirse con Dios. Porque como también dice él mismo: *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*. Es á saber: tened esta caridad que es vínculo de perfección. (Colos. III, 14.) Esta caridad, pues, y amor del alma hace venir al Esposo corriendo á beber desta fuente de amor de su Esposa, como las aguas frescas hacen venir al ciervo sediento y llagado á tomar refrigerio. Y por eso se sigue: *Y fresco toma*.

Porque así como el aire hace fresco y refrigerio al que está fatigado del calor, así este aire de amor refrigera y recrea al que arde con fuego de amor; porque tiene tal propiedad este fuego de amor, que el aire, con que toma fresco y refrigerio es más fuego de amor, porque en el amante el amor es llama que arde con apetito de

arder más, según hace la llama del fuego natural: por tanto, al cumplimiento deste apetito suyo de arder más en el ardor del amor de su Esposa, que es el aire del vuelo de ella, llama aquí tomar fresco. Y así es como si dijera: al ardor de tu vuelo arde más, porque un amor enciende otro amor. Donde es de notar, que Dios no pone su gracia y amor en el alma, sino según la voluntad y amor del alma; por lo cual esto ha de procurar el buen enamorado, que no falte, pues por ese medio, como habemos dicho, moverá más, si así se puede decir, á que Dios le tenga más amor, y se recree más en su alma; y para seguir esta caridad ha de ejercitar lo que della dice el Apóstol, diciendo: La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no hace mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus mismas cosas, no se alborota, no piensa mal, no se huelga sobre la maldad, gózase en la verdad; todas las cosas sufre que son de sufrir, cree todas las cosas, es á saber, las que se deben creer, todas las cosas espera, y todas las cosas sustenta, es á saber, que convienen á la caridad (1. ad Cor. XIII, 4).

CANCIONES XIII Y XIV

Mi Amado las montañas,
 Los valles solitarios nemorosos,
 Las insulas extrañas,
 Los ríos sonorosos,
 El silbo de los aires amorosos;
 La noche sosegada
 En par de los levantes de la aurora,
 La música callada,
 La soledad sonora,
 La cena, que recrea y enamora.

ANOTACIÓN

Antes que entremos en la declaración de estas Canciones, es necesario advertir, para más inteligencia de ellas, y de las que después de ellas se siguen, que en este vuelo espiritual, que acabamos de decir, se denota un alto estado y unión de amor, en que, después de mucho ejercicio espiritual, suele Dios poner al alma, al cual llaman desposorio espiritual con el Verbo Hijo de Dios; y al principio que se hace esto, que es la primera vez, comunica Dios al alma grandes cosas de sí, hermoseándola de grandeza y majestad, y arreándola de dones y virtudes, y vistiéndola de conocimiento y honra de Dios, bien así como á desposada en el día de su desposorio; y en este dichoso día, no solamente se le acaban al alma sus ansias vehementes y querellas de amor, que antes tenía, mas quedando adornada de los bienes que

digo, comiéndale un estado de paz y deleite, y de suavidad de amor, según se da á entender en las presentes Canciones, en las cuales no hace otra cosa, sino contar y cantar las grandezas de su Amado; las cuales conoce y goza en él por la dicha unión de el desposorio. Y así en las demás Canciones siguientes ya no dice cosas de penas ni ansias, como antes hacía, sino comunicación y ejercicio de dulce y pacífico amor con su Amado, porque ya en este estado todo aquello fenescé. Y es de notar, que en estas dos Canciones se contiene lo más que Dios suele comunicar á este tiempo á un alma. Pero no se ha de entender, que á todas las que llegan á este estado se les comunica todo lo que en estas dos Canciones se declara, ni en una misma manera y medida de conocimiento y sentimiento; porque á unas almas se les da más, y á otras menos, y á unas en una manera, y á otras en otra; aunque lo uno y lo otro puede ser en este estado del desposorio espiritual. Mas pónese aquí lo más que puede ser, porque en ello se comprehende todo. Y síguese la declaración.

DECLARACIÓN DE LAS DOS CANCIONES

§ Pues como esta Palomica del alma andaba volando por los aires de amor, sobre las aguas del diluvio de las fatigas y ansias suyas de amor que ha mostrado hasta aquí, no hallando donde descansase su pie, á este último vuelo que habemos dicho, extendió el piadoso padre Noé la mano de su misericordia, y recogióla, metiéndola en el arca de su caridad y amor, y esto fué al tiempo que en la Canción que acabamos de declarar, dijo: * *Vuélvete, Paloma.*

Y es de notar, que así como en el arca de Noé, según dice la divina Escritura, había muchas mansiones para muchas diferencias de animales, y todos los manjares que se podían comer, así el alma en este vuelo que hace á esta divina arca del pecho de Dios, no sólo echa de ver en ella las muchas mansiones que su Majestad dijo por San Juan, que había en la casa de su Padre, mas ve y conoce haber allí todos los manjares (Joan. XIV, 2); esto es, todas las grandezas que puede gustar el alma, que son todas las cosas que se contienen en las dos sobredichas Canciones, significadas por aquellos vocablos comunes, las cuales en sustancia son las que se siguen.

Ve el alma y gusta en esta divina unión abundancia y riquezas inestimables, y halla todo el descanso y recreación que ella desea, y entiende secretos é inteligencias de Dios extrañas, que es otro manjar de los que mejor le saben; y siente en Dios un terrible poder y fuerza, que todo otro poder y fuerza priva; y gusta allí admirable suavidad y deleite de espíritu, halla verdadero sosiego y luz divina, y gusta altamente de la sabiduría de Dios, que en la armonía de las criaturas y hechos de Dios reluce. Y siéntese llena de bienes, y vacía y ajena de males, y sobre todo entiende y goza de una inestimable refección de amor, que la confirma en amor, y

esta es la substancia de lo que se contiene en las dos Canciones sobredichas. En las cuales dice la Esposa, que todas estas cosas es su Amado en sí, y lo es para ella; porque en lo que Dios suele comunicar en semejantes excesos, siente el alma y conoce la verdad de aquel dicho que dijo el Santo Francisco, es á saber, *Dios mio, y todas las cosas*, de donde por ser Dios todas las cosas al alma y el bien de todas ellas, se declara la comunicación de este exceso por la semejanza de la bondad de las cosas en las dichas Canciones, según en cada verso de ellas se irá declarando. En lo cual se ha de entender, que todo lo que aquí se declara, está en Dios eminentemente en infinita manera, ó por mejor decir, cada una de estas grandezas, que se dicen, es Dios, y todas ellas juntas son Dios; que por cuanto en este caso se une el alma con Dios, siente ser todas las cosas Dios en un simple ser, según lo sintió San Juan, cuando dijo: *Quod factum est, in ipso vita erat*. Es á saber, lo que fué hecho, en él era vida. Y así no se ha de entender, que en lo que aquí se dice que siente el alma, es como ver las cosas en la luz, ó las criaturas en Dios, sino que en aquella posesión siente serle todas las cosas Dios. Ni tampoco se ha de entender, que porque el alma siente tan subidamente de Dios, en lo que vamos diciendo, vea á Dios esencial y claramente, que no es sino una fuerte y copiosa comunicación y vislumbre de lo que él es en sí, en que siente el alma este bien de las cosas que agora en los versos declararemos, conviene á saber.

Mi Amado las montañas.

Las montañas tienen alturas, son abundantes, anchas, hermosas, graciosas, floridas y olorosas. Estas montañas es mi Amado para mí.

Los valles solitarios, nemorosos.

Los valles solitarios son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas, y suave canto de aves, hacen gran recreación y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad y silencio. Estos valles es mi Amado para mí.

Las insulas extrañas.

Las insulas extrañas están ceñidas con la mar, y allende de los mares muy apartadas y ajenas de la comunicación de los hombres; y así en ellas se crían y nascen cosas muy diferentes de las de por acá, de muy extrañas maneras, y virtudes nunca vistas de los hombres, que hacen grande novedad y admiración á quien las ve. Y así por las grandes y admirables novedades y noticias extrañas, alejadas del conocimiento común que el alma ve en Dios, le llama *insulas ex-*

trañas; porque extraño llaman á uno por una de dos cosas, ó porque se anda retirado de la gente, ó porque es excelente y particular entre los demás hombres en sus hechos y obras.

Por estas dos cosas llama el alma aquí á Dios *extraño*; porque no solamente es toda la extrañez de las insulas nunca vistas, pero también sus vías, consejos y obras son muy extrañas y nuevas y admirables para los hombres. Y no es maravilla que sea Dios extraño á los hombres que no le han visto, pues también lo es á los Santos, Angeles y almas que le ven. Pues no le pueden acabar de ver ni acabarán, y hasta el último día del juicio van viendo en él tantas novedades, según sus profundos juicios, y acerca de las obras de su misericordia y justicia, que siempre les hace novedad, y siempre se maravillan más: de manera que no solamente los hombres, pero también los Angeles, le pueden llamar *insulas extrañas*. Sólo para sí no es extraño, ni tampoco para sí es nuevo.

Los ríos sonorosos.

Los ríos tienen tres propiedades. La primera, que todo lo que encuentran embisten y anegan. La segunda, que hinchén todos los bajos y vacíos que hallan delante. La tercera, que tienen tal sonido, que todo otro sonido privan y ocupan. Y porque en esta comunicación de Dios que vamos diciendo siente el alma en él muy sabrosamente estas tres propiedades, dice que su Amado es *los ríos sonorosos*. Cuanto á la primera propiedad que el alma siente, es de saber, que de tal manera se ve el alma embestir de el torrente del espíritu de Dios en este caso y con tanta fuerza apoderarse de ella, que la parece que vienen sobre ella todos los ríos del mundo que la embisten, y siente ser allí anegadas todas sus acciones y pasiones en que antes estaba. Y no porque es cosa de tanta fuerza, es cosa de tormento, porque estos ríos son ríos de paz, según por Isaías da Dios á entender de este embestir en el alma, *diciendo: Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis et quasi torrentem inundantem gloriam*. Quiere decir: Notad y advertid que yo declinaré y embestiré sobre ella (LXVI, 12), es á saber, sobre el alma, como un río de paz, y así como un torrente que va redundando gloria. Y ansí este embestir divino que hace Dios en el alma, *como ríos sonorosos*, toda la hinche de paz y gloria.

La segunda propiedad que el alma siente es que esta divina agua, á este tiempo hinche los bajos de su humildad y llena los vacíos de sus apetitos, según lo dice San Lucas: *Exaltavit humiles, exurientes implevit bonis*. Que quiere decir: Ensalzó á los humildes, y á los hambrientos llenó de bienes (I, 53).

La tercera propiedad que el alma siente en estos amorosos ríos de su Amado, es un sonido y voz espiritual que es sobre todo sonido y sobre toda voz. La cual voz priva toda otra voz, y su sonido excede todos los sonidos del mundo.

Y en daclarar cómo esto sea, nos habremos de detener algún tanto.

Esta voz ó este sonoro sonido de estos ríos que aquí dice el alma, es un henchimiento tan abundante que la hinche de bienes, y un poder tan poderoso que la posee, que no sólo le parece sonidos de ríos, sino aun poderosísimos truenos. Pero esta voz es voz espiritual y no trae esotros sonidos corporales, ni la pena y molestia de ellos, sino grandeza, fuerza, poder y deleite y gloria; y así es como una voz y sonido inmenso, interior, que viste al alma de poder y fortaleza. Esta espiritual voz y sonido se hizo en el espíritu de los Apóstoles al tiempo que el Espíritu Santo con vehemente torrente (como se dice en los Actos de los Apóstoles) descendió sobre ellos. Que para dar á entender la espiritual voz que interiormente les hacía, se oyó aquel sonido de fuera como de aire vehemente, de manera que fuese oído de todos los que estaban dentro en Jerusalén, por el cual, como decimos, se denotaba el que dentro en sí recibían los Apóstoles (II, 2), que era (como habemos dicho) enchiimiento de poder y fortaleza; y también cuando estaba el Señor Jesús rogando al Padre en el aprieto y angustia que recibía de sus enemigos (según lo dice San Juan), le vino una voz del cielo, interior, confortándole según la humanidad, cuyo sonido oyeron de fuera los judíos, tan grave y vehemente, que unos decían que se había hecho algún trueno, y otros decían que le había hablado un ángel del cielo (XII, 28); y era que por aquella voz que se oía de fuera, se denotaba y daba á entender la fortaleza y poder que según la humanidad á Cristo se le daba de dentro. Y no por eso se ha de entender que deja el alma de recibir el sonido de la voz espiritual en el espíritu. Donde es de notar, que la voz espiritual es el efecto que ella hace en el alma, así como la corporal imprime su sonido en el oído, y la inteligencia en el espíritu. Lo cual quiso dar á entender David cuando dijo: *Ecce dabit voci suæ vocem virtutis*. Que quiere decir: Mirad que Dios dará á su voz, voz de virtud (Ps. LXVII, 34). La cual virtud es la voz interior; porque decir David dará á su voz voz de virtud, es decir, á la voz exterior que se siente de fuera, dará voz de virtud que se sienta de dentro. De donde es de saber que Dios es voz infinita y comunicándose al alma en la manera dicha, hácele efecto de inmensa voz.

Esta voz oyó San Juan en el Apocalipsi, y dice, que la voz que oyó del cielo: *Erat tanquam vocem aquarum multarum, et tanquam vocem tonitruu magni*. Quiere decir, que era la voz que oyó como voz de muchas aguas, y como voz de un gran trueno (Apoc. XIV, 2). Y porque no se entienda que esta voz, por ser tan grande, era penosa y áspera, añade luego diciendo, que esta misma voz era tan suave, que *erat sicut citharedorum citharizantium in citharis suis*. Que quiere decir: era como de muchos tañedores que citarizaban en sus cítaras. Y Ezequiel dice, que este sonido como de muchas aguas era: *Quasi sonum sublimis Dei*, es á saber, como sonido del Altísimo Dios (Ezech. I, 24). Esto es, que altísima y suavísimamente en él se comunicaba. Esta voz es infinita, porque como decíamos, es el mismo Dios que se comunica, haciendo voz en el alma; mas ciñese á cada alma, dando voz de virtud, según le cuadra limitadamente, y hace gran deleite y grandeza

al alma. Que por eso dijo la Esposa en los Cantares: *Sonet vox tua in auribus meis vox enim tua dulcis*. Que quiere decir, suene tu voz en mis oídos, porque es dulce tu voz (Canc. II, 14). Síguese el verso:

El silbo de los aires amorosos.

Dos cosas dice el alma en el presente verso, es á saber, *aires* y *silbo*: por los aires amorosos se entienden aquí las virtudes y gracias del Amado, la cuales mediante la dicha unión del Esposo, embisten en el alma, y amorosísimamente se comunican, y tocan en la sustancia de ella. Y al *silbo* de estos *aires* llama una subidísima y sabrosísima inteligencia de Dios, y de sus virtudes, la cual redunde en el entendimiento del toque que hacen estas virtudes de Dios en la sustancia del alma; y este es el más subido deleite que hay en todo lo demás que gusta el alma aquí. Y para que mejor se entienda lo dicho, es de notar que así como en el aire se sienten dos cosas, que son toque y silbo ó sonido, así en esta comunicación del Esposo se sienten otras dos cosas, que son sentimiento de deleite é inteligencia. Y así como el toque del aire se gusta con el sentido del tacto, y el silbo del mismo aire con el oído, así también el toque de las virtudes del Amado se sienten y gozan en el tacto desta alma, que es la sustancia de ella. Y la inteligencia de las tales virtudes de Dios se sienten en el oído del alma, que es en el entendimiento. Y es también de saber, que entonces se dice venir el aire amoroso, cuando sabrosamente hiere, satisfaciendo el apetito del que deseaba el tal refrigerio; porque entonces se regala y recrea el sentido del tacto; y con este regalo del tacto, siente el oído grande deleite en el sonido y silbo del aire, mucho más que el tacto en el toque del aire; porque el sentido del oído es más espiritual, ó por mejor decir, allégase más á lo espiritual que el tacto, y así el deleite que causa, es más espiritual que el que causa el tacto. Ni más ni menos: porque este toque de Dios satisface grandemente, y regala la sustancia del alma, cumpliendo suavemente su apetito, que era de verse en la tal unión, llama á la dicha unión, ó toque, aires amorosos, porque, como habemos dicho, amorosa y dulcemente se le comunican las virtudes del Amado en él, de lo cual se deriba en el entendimiento el silbo de la inteligencia; y llámale silbo, porque así como el silbo del aire causado se entra agudamente en el vasillo del oído, así esta sutilísima y delicada inteligencia se entra con admirable sabor y deleite en lo íntimo de la sustancia del alma, que es muy mayor deleite que todos los demás. La causa es porque se le da sustancia entendida, y desnuda de accidentes y fantasmas, porque se dá al entendimiento que llaman los Filósofos pasivo ó posible; porque pasivamente sin él hacer nada de su parte la recibe, lo cual es el principal deleite del alma, porque es en el entendimiento, en que consiste la fruición, como dicen los Teólogos, que es ver á Dios (3. Reg. XIX, 12). Que por significar este silbo la dicha inteligencia sustancial, piensan algunos teólogos que vió nuestro Padre Elías á

Dios en aquel silbo de aire delgado, que sintió en el monte á la boca de su cueva; allí le llama la Escritura silbo de aire delgado, porque de la sutil y delicada comunicación del espíritu le nació la inteligencia en el entendimiento. Y aquí le llama el alma silbo de aires amorosos, porque de la amorosa comunicación de las virtudes de su Amado le redunda en el entendimiento, y por eso le llama silbo de los aires amorosos.

Este divino silbo, que entra por el oído del alma, no solamente es sustancia, como he dicho, entendida, sino también descubrimiento de verdades de la divinidad y revelación de secretos suyos ocultos; porque ordinariamente todas las veces que en la Escritura divina se halla alguna comunicación de Dios, que se dice entrar por el oído, se halla ser manifestación destas verdades desnudas en el entendimiento, ó revelación de secretos de Dios, los cuales son revelaciones ó visiones puramente espirituales, que solamente se dan al alma, sin servicio y ayuda de los sentidos; y así es muy alto y cierto esto que se dice comunicar Dios por el oído. Que por eso para dar á entender San Pablo la alteza de su revelación, no dijo: *Vidit arcana verba*, ni menos, *gustavit arcana verba*, sino *audivit arcana verba, quæ non licet homini loqui*. Y es como si dijera: oí palabras secretas que al hombre no es lícito hablar (2. ad Cor. XII, 4). En lo cual se piensa, que vió á Dios también como nuestro Padre Elías en el silbo; porque así como la Fe, como también dice San Pablo, es por el oído corporal, así también lo que nos dice la Fe, que es la sustancia entendida, es por el oído espiritual. Lo cual dió bien á entender el Profeta Job, hablando con Dios, cuando se le reveló, diciendo: *Auditu auris audivi te, nunc autem oculus meus videt te*. Quiere decir: con el oído de la oreja te oí, y agora te ve mi ojo (Job. XLII, 5). En lo cual se da claro á entender que el oído con el oído del alma, es vello con el ojo del entendimiento pasivo, que dijimos, que por eso no dice, oíste con el oído de mis orejas, sino de mi oreja; ni te vi con mis ojos sino con mi ojo, que es el entendimiento; luego este oír del alma, es ver con el entendimiento. Y no se ha de entender, que esto que la alma entiende, porque sea sustancia desnuda, como habemos dicho, sea la perfecta y clara fruición como en el cielo: porque aunque es desnuda de accidentes, no es por eso clara sino oscura, porque es contemplación, la cual es en esta vida, como dice San Dionisio, rayo de tiniebla; y así podemos decir, que es un rayo é imagen de fruición, por cuanto es en el entendimiento, en que consiste la fruición.

Esta sustancia entendida, que aquí llama el alma silbo, es los ojos deseados, que descubriéndoselos el Amado, dijo (porque no los podía sufrir el sentido): *Apártalos, Amado*.

Y porque me parece, viene muy á propósito en este lugar una autoridad de Job, que confirma mucha parte de lo que he dicho en este arrobamiento y desposorio, referiréla aquí (aunque nos detengamos un poco más) y declararé las partes de ella que son á nuestro propósito, y primero la pondré toda en latín, y luego toda en

romance, y después declararé brevemente lo que de ella conviniere á nuestro propósito, y acabado esto proseguiré la declaración de los versos de la otra Canción. Dice, pues, Elifaz Temanites, en Job de esta manera: *Porrò ad me dictum est verbum absconditum, et quasi furtivè suscepit auris mea venas susurri eius. In horrore visionis nocturnæ, quando solet sopor occupare homines, pavor, tenuit me, et tremor, et omnia ossa mea perterrita sunt: et cum spiritus, me præsentè, transiret, inhorruerunt pili carnis meæ: stetit quidam, cujus non agnoscebam vultum, imago coram oculis meis, et vocem quasi auræ lenis audivi.* Y en Romance quiere decir: De verdad á mí se me dijo una palabra escondida, y como á hurtadillas recibió mi oreja las venas de su susurro. En el horror de la visión nocturna, cuando el sueño suele ocupar á los hombres, ocupóme el pavor y el temblor, y todos mis huesos se alborotaron; y como el espíritu pasase en mi presencia, encojiéronseme las pieles de mi carne; púsose delante uno cuyo rostro no conocía, era imagen delante de mis ojos, y oí una voz de aire delgado (Job. IV, 12). En la cual autoridad se contiene casi todo lo que habemos dicho aquí hasta este punto de este raptó desde la Canción doce, que dice: *Apártalos, Amado.* Porque en lo que aquí dice Elifaz Temanites, que se le dijo una palabra escondida, se significa aquello escondido que se le dió á la alma, cuya grandeza no pudiendo sufrir, dijo: *Apártalos, Amado.* Y en decir que recibió su oreja las venas de susurro como á hurtadillas, es decir la substancia desnuda que habemos dicho, que recibe el entendimiento; porque venas aquí denotan substancia interior, y el susurro significa aquella comunicación y toque de virtudes, de donde se comunica al entendimiento la dicha substancia entendida. Y llámale aquí susurro, porque es muy suave la tal comunicación; así como allí la llama aires amorosos el alma, porque amorosamente se comunica; y dice, que le recibió como á hurtadillas; porque así como lo que se hurta es ajeno, así aquel secreto era ajeno del hombre, hablando naturalmente, porque recibió lo que no era de su natural, y así no le era lícito recibirle, como tampoco á San Pablo le era lícito poder decir el suyo. Por lo cual dijo el otro Profeta dos veces: Mi secreto para mí (Isai. XXIV, 16). Y cuando dijo en el horror de la visión nocturna, cuando suele el sueño ocupar á los hombres, me ocupó el pavor y temblor, da á entender el temor y temblor que naturalmente hace al alma aquella comunicación de arrobamiento que decíamos, no podía sufrir el natural en la comunicación del espíritu de Dios. Porque da aquí á entender este Profeta, que así como al tiempo que se van á dormir los hombres, les suele oprimir y atemorizar una visión que llaman pesadilla, la cual les acaesce entre el sueño y la vigilia, que es en aquel punto que comienza el sueño, así al tiempo de este traspaso espiritual entre el sueño de la ignorancia natural y la vigilia del conocimiento sobrenatural, que es el principio del arrobamiento, ó éxtasi, les hace temor y temblor la visión espiritual que entonces se les comunica. Y añade más, diciendo: que todos sus huesos se asombraron, ó alborotaron, que quiere tanto decir como si dijera: se conmovieron y descasaron

de sus lugares; en lo cual se da á entender el gran desconyuntamiento de huesos, que habemos dicho padecerse á este tiempo. Lo cual da bien á entender Daniel, quando vió al Angel, diciendo: *Domine, in visione tua dissolutæ sunt compages meæ*. Esto es: Señor, en tu visión las junturas de mis huesos se han abierto (Dan. X, 16). Y en lo que dice luego que es, y como el espíritu pasase en mi presencia, es á saber, haciendo pasar al mío de sus límites y vías naturales por el arro- bamiento que habemos dicho, encogióronse las pieles de mi carne, da á entender lo que habemos dicho del cuerpo, que en este traspaso se queda helado y encogidas las carnes como muerto. Y luego se sigue: Estuvo uno, cuyo rostro no conocía, era imagen delante mis ojos. Este que dice, que estuvo, era Dios, que se comunicaba en la manera dicha. Y dice que no conocía su rostro, para dar á entender, que en la tal comunicación y visión, aunque es altísima, no se conoce, ni ve el rostro y esencia de Dios. Pero dice, que era imagen delante sus ojos; porque, como habemos dicho, aquella inteligencia de palabra escondida era altísima como imagen y rostro de Dios. Mas no se entiende qué es ver esencialmente á Dios. Y luego concluye diciendo: Y oí una voz de aire delicado, en que se entiende el silbo de los aires amorosos, que dice aquí el alma que es su Amado. Y no se ha de entender, que siempre acaescen estas visitas con estos temores y detrimentos naturales, que, como queda dicho, es á los que comienzan á entrar en estado de iluminación y perfección, y en este género de comunicación; porque en otros antes acaescen con gran suavidad. Síguese la declaración.

La noche sosegada.

En este sueño espiritual que el alma tiene en el pecho de su Amado, posee y gusta todo el sosiego y descanso, y quietud de la pacífica noche, y recibe juntamente en Dios una abisal y oscura inteligencia divina. Y por eso dice, que su Amado es para ella *La noche sosegada*.

En par de los levantes de la aurora.

Pero esta noche sosegada, dice que es, no de manera que sea como oscura noche, sino como la noche junto ya á los levantes de la mañana. Porque este sosiego y quietud en Dios no le es al alma del todo oscuro como oscura noche, sino sosiego y quietud en luz divina en conocimiento de Dios nuevo, en que el espíritu está suavísimamente quieto, levantado á luz divina. Y llama bien propiamente aquí á esta luz divina levantes de la Aurora, que quiere decir la mañana: porque así como los levantes de la mañana despiden la oscuridad de la noche, y descubren la luz del día, así este espíritu sosegado y quieto en Dios es levantado de la tiniebla del conocimiento natural á la luz matutinal del conocimiento sobrenatural de Dios, no

claro, sino, como dicho es, oscuro, como noche *en par de los levantes de la Aurora*; porque así como la noche en par de los levantes, ni del todo es noche ni del todo es día, sino como dicen, entre dos luces, así esta soledad y sosiego divino, ni con toda claridad es informado de la luz divina, ni deja de participar algo de ella.

En este sosiego se ve el entendimiento levantado con extraña novedad sobre todo natural entender á la divina luz: bien así como el que después de largo sueño abre los ojos á la luz que no esperaba. Este conocimiento, entiendo quiso dar á entender David, cuando dijo: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Que quiere decir: recordé y fuí hecho semejante al pájaro solitario en el tejado (Ps. CI, 8), como si dijera: abrí los ojos de mi entendimiento, y halleme sobre todas las inteligencias naturales solitario sin ellas en el tejado, que es sobre todas las cosas de abajo. Y dice aquí que fué hecho semejante al pájaro solitario, porque en esta manera de contemplación tiene el espíritu las propiedades de este pájaro, las cuales son cinco. La primera, que ordinariamente se pone en lo más alto, y así el espíritu en este paso se pone en altísima contemplación. La segunda, que siempre tiene vuelto el pico hacia donde viene el aire; y así el espíritu vuelve aquí el pico del afecto hacia donde le viene el espíritu de amor, que es Dios. La tercera es, que ordinariamente está solo, y no consiente otra ave alguna junto á sí, sino que en sentándose junto alguna, luego se va; y así el espíritu en esta contemplación está en soledad de todas las cosas, desnudo de todas ellas, ni consiente en sí otra cosa que soledad en Dios. La cuarta propiedad es, que canta muy suavemente; y lo mismo hace á Dios el espíritu á este tiempo; porque las alabanzas que hace á Dios son de suavísimo amor, sabrosísimas para sí y preciosísimas para Dios. La quinta es, que no es de algún determinado color; y así el espíritu perfecto que no sólo en este exceso no tiene algún color de afecto sensual y amor propio, mas ni aun particular consideración en lo superior ni inferior, ni podrá decir de ello modo ni manera, porque es abismo de noticia de Dios la que posee, según se ha dicho.

La música callada.

En aquel sosiego y silencio de la noche ya dicha, y en aquella noticia de la luz divina, echa de ver el alma una admirable conveniencia y disposición de la Sabiduría en las diferencias de todas sus criaturas y obras, todas ellas y cada una de ellas dotadas con cierta respondencia á Dios, en que cada una en su manera da su voz de lo que en ella es Dios, de suerte que le parece una armonía de música subidísima, que sobrepuja todos los saraos y melodías del mundo. Y llama á esta música callada, porque, como habemos dicho, es inteligencia sosegada y quieta, sin ruido de voces; y así se goza en ella la suavidad de la música y la quietud del silen-

cio. Y así dice que su Amado es esta música callada; porque en él se conoce y gusta esta armonía de música espiritual; y no sólo eso, sino que también es

La soledad sonora.

Lo cual es casi lo mismo que la música callada, porque aunque aquella música es callada, cuanto á los sentidos y potencias naturales, es soledad muy sonora para las potencias espirituales; porque estando ellas solas y vacías de todas las formas y aprehensiones naturales, pueden recibir bien el sonido espiritual sonorósísimamente en el espíritu de la excelencia de Dios en sí y en sus criaturas, según aquello que dijimos arriba, haber visto San Juan en espíritu en el Apocalipsi, conviene saber: voz de muchos citaredos que citarizaban en sus cítaras, lo cual fué en espíritu, y no de cítaras materiales, sino cierto conocimiento de las alabanzas de los bienaventurados, que cada uno, en su manera de gloria, hace á Dios continuamente, lo cual es como música; porque así como cada uno posee diferentemente sus dones, así cada uno canta su alabanza diferentemente, y todos en una concordancia de amor, bien así como música. A este mismo modo echa de ver el alma en aquella sabiduría sosegada en todas las criaturas, no sólo superiores, sino también inferiores, según lo que ellas tienen en sí cada una recibido de Dios, dar cada una su voz de testimonio de lo que es Dios, y ve que cada una en su manera engrandece á Dios, teniendo en sí á Dios según su capacidad; y así todas estas voces hacen una voz de música de grandeza de Dios, y sabiduría y ciencia admirable. Y esto es lo que quiso decir el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría, cuando dice: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum, et hoc quod continet omnia, scientiam habet vocis*. Que quiere decir: el Espíritu del Señor llenó la redondez de las tierras, y este mundo, que contiene todas las cosas que él hizo, tiene ciencia de voz (Sap. I, 7); que es la soledad sonora que decimos conocer el alma aquí, que es el testimonio que de Dios todas ellas dan en sí. Y por cuanto el alma recibe esta sonora música, no sin soledad y ajenación de todas las cosas exteriores, la llama *La música callada* y *La soledad sonora*. La cual dice que es su Amado, y más

La cena que recrea y enamora.

La cena á los Amados hace recreación, hartura y amor. Y porque estas tres cosas causa el Amado al alma en esta suave comunicación, le llama ella aquí la cena que recrea y enamora. Es de saber, que en la Escritura divina este nombre, *Cena*, se entiende por la visión divina: porque así como la cena es remate del trabajo del día y principio del descanso de la noche, así esta noticia que habemos dicho sosegada, le hace sentir al alma cierto fin de males y posesión de bienes, en que se

enamora de Dios más de lo que antes estaba; y por eso le es él á ella la cena que recrea, en serle fin de los males, y la enamora, en serle á ella posesión de todos los bienes.

CANCIÓN XV

Nuestro lecho florido
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.

DECLARACIÓN

En las dos Canciones pasadas ha cantado la Esposa las gracias y grandezas de su Amado; y en ésta canta el feliz y alto estado en que se ve puesta y la seguridad de él, y las riquezas de dones y virtudes con que se ve dotada y arreada en el tálamo de la unión de su Esposo; porque dice estar ya ella en uno con el Amado, y tener las virtudes fuertes, y la caridad en perfección y paz cumplida, y toda ella enriquecida y hermo세ada con dones y hermosura, según se puede en esta vida poseer y gozar. Y así dice:

Nuestro lecho florido.

Este lecho florido es el pecho y amor del Amado, en que el alma, hecha esposa, está ya unida; el cual está ya florido para ella, por razón de la unión y junta que está ya hecha entre los dos, mediante la cual se le comunican á ella las virtudes, gracias y dones del Amado. Con los cuales está ella tan hermo세ada y rica, y llena de deleites, que la parece estar en un lecho de variedad de suaves flores, que con su toque deleitan y con su olor recrean; por lo cual llama ella á esta unión de amor lecho florido. Así le llama la Esposa en los Cantares, diciendo al Esposo: *Lectulus noster floridus*. Esto es: nuestro lecho florido (Cant. I, 15); y llámale nuestro, porque unas mismas virtudes y un mismo amor, conviene saber, del Amado, son ya de entrambos, y un mismo deleite el de entrambos, según aquello que dice el Espíritu Santo en los Proverbios, es á saber, mis deleites son con los hijos de los hombres (Prov. VIII, 31). Llámale también florido, porque en este estado están ya las virtudes en el alma perfectas y puestas en ejercicio de obras perfectas y heroicas, lo cual aún no había podido ser hasta que el lecho estuviese florido en perfecta unión con Dios. Y por eso dice:

De cuevas de leones enlazado.

§ Por la fortaleza y acrimonia del león compara aquí á las virtudes que ya posee el alma en este estado, á las cuevas de los leones, * las cuales están muy seguras y amparadas de todos los demás animales; porque temiendo ellos la fortaleza y osadía del león que está dentro, no sólo no se atreven á entrar, mas ni aun junto á ella osan parar; así cada una de las virtudes, cuando ya las posee el alma en perfección, es como una cueva de león, en la cual mora y asiste el Esposo fuerte como león, unido con el alma en aquella virtud, y en cada una de las demás virtudes; y la misma alma unida con él en esas mismas virtudes está como un fuerte león, porque allí recibe las propiedades del Amado. Y en este caso está el alma tan amparada y fuerte en cada virtud, y con todas ellas juntas en esta unión de Dios, que es el lecho florido, que no sólo el demonio no se atreve á acometer á la tal alma, mas ni aun osa parecer delante de ella por el gran temor que há de ella, viéndola tan engrandecida y osada con las virtudes perfectas en el lecho del Amado; porque estando ella unida con Dios en transformación de amor, tanto la teme como al mismo Dios, y no la osa ni aun mirar: teme mucho el demonio al alma que tiene perfección. Está este lecho del alma enlazado de estas virtudes, porque en este estado de tal manera están trabadas entre sí, y fortalecidas unas con otras, y unidas en una acabada perfección del alma, que no queda parte, no sólo para que el demonio pueda entrar, más también está amparada, para que ninguna cosa del mundo alta ni baja la pueda inquietar, ni molestar, ni mover: porque estando ya libre de toda molestia de las pasiones naturales, y ajena y desnuda de la tormenta y variedad de las cosas temporales, goza en seguro de la participación de Dios. Esto es lo que deseaba la Esposa en los Cantares, diciendo: *Quis det te mihi fratrem meum sugentem ubera matris meæ, ut inveniam te solum foris, et deosculer te, et iam me nemo despiciat?* Quiere decir: Quien te me diese, hermano mío, que mamases los pechos de mi Madre, de manera que te halle yo sólo á fuera, y te bese yo ó tí, y no me desprecie ya nadie? (Cant. VIII, 1). Este beso es la unión de que vamos hablando, en la cual se iguala el alma con Dios por amor. Que por eso desea ella, diciendo: Que quién le dará al Amado que sea su hermano, lo cual significa y hace igualdad; y que mame en los pechos de su madre, que es consumirle todas las imperfecciones y apetitos de su naturaleza que tiene de su madre Eva; y le halle solo á fuera, esto es, se una con él solo, á fuera de todas las cosas, desnuda según la voluntad y apetito de todas ellas; y así no la despreciará nadie, es á saber, no se le atreverá ni mundo, ni carne, ni el demonio; porque estando el alma libre y purgada de todas estas cosas, y unida con Dios, ninguna de ellas la puede enojar. De aquí es, que el alma goza ya en este estado de una ordinaria suavidad y tranquilidad que nunca se le pierde, ni le falta. Pero allende de esta ordinaria satisfacción y paz, de tal manera suelen abrirse en el alma, y darle olor de sí las flores de virtudes de este huerto, que decimos, que le parece á la alma, y así es, estar llena de deleites de Dios; y dije, que suelen abrirse las flores de virtudes que están en el alma: porque aunque el

alma esté llena de virtudes en perfección, no siempre las está en acto gozando el alma (aunque como he dicho de la paz y tranquilidad que le causan sí goza ordinariamente), porque podemos decir que están en el alma en esta vida como flores en cogollo cerradas en el huerto: las cuales algunas veces es cosa admirable, ver abrirse todas, causándolo el Espíritu Santo, y dar de sí admirable olor y fragancia en mucha variedad; porque acaecerá, que vea el alma en sí las flores de las montañas que arriba dijimos, que son, la abundancia y grandeza y hermosura de Dios; y en éstas entretejidos los lirios de los valles nemorosos, que son descanso, refrigerio y amparo; y luego allí entrepuestas las rosas olorosas de las ínsulas extrañas, que decíamos ser las extrañas noticias de Dios; y también embestirla el olor de las azucenas de los ríos sonorosos, que decíamos era la grandeza de Dios, que hinche toda el alma; y entretejido allí, y enlazado el delicado olor del jazmín del silbo de los aires amorosos, de que también dijimos gozaba el alma en este estado; y ni más ni menos todas las otras virtudes y dones que decíamos del conocimiento sosegado, y la callada música y soledad sonora, y la sabrosa y amorosa cena. Y es de tal manera el gozar y sentir estas flores juntas algunas veces el alma, que puede con harta verdad decir: *Nuestro lecho florido, De cuevas de leones enlazado*. Dichosa el alma que en esta vida mereciere gustar alguna vez el olor de estas flores divinas. Y dice, que este lecho está también

En púrpura tendido.

Por la púrpura es denotada la caridad en la Divina Escritura, y de ella se visten y sirven los Reyes. Dice el alma, que este lecho florido está tendido en púrpura; porque todas las virtudes, riquezas y bienes de él se sustentan y florecen, y se gozan sólo en la caridad y amor del Rey del cielo, sin el cual amor no podría el alma gozar de este lecho y de sus flores. Y así todas estas virtudes están en el alma como tendidas en amor de Dios, como en sujeto en que bien se conservan. Y están como bañadas en amor, porque todas y cada una de ellas están siempre enamorando al alma de Dios, y en todas las cosas y obras se mueven con amor á más amor: eso es estar en púrpura tendido. Y dice, que también está

De paz edificado.

Cada una de las virtudes de suyo es pacífica, mansa y fuerte, y por el consiguiente, en el alma que las posee, hacen estos tres efectos, conviene á saber: paz, mansedumbre y fortaleza. Y porque este lecho está florido, compuesto de flores de virtudes, como habemos dicho, y todas ellas son pacíficas, mansas y fuertes, de aquí es, que está de paz edificado, y el alma pacífica, mansa y fuerte, que son tres propiedades donde no puede combatir guerra alguna, ni de mundo, ni de demonio,

ni de carne. Y tienen las virtudes al alma tan pacífica y segura, que le parece estar toda ella edificada de paz. Y dice más, que está también este lecho

De mil escudos de oro coronado.

A las virtudes y dones de la alma llama escudos, de los cuales dice, que está coronado el lecho del deleite de la alma; porque no sólo las virtudes y dones sirven al que las ganó de corona y premio, mas también de defensa como fuertes escudos contra los vicios que con ellas venció, y por eso está el lecho florido coronado de ellas en premio, y defendido como con amparo de escudo. Y dice que son de oro, para denotar el valor grande de las virtudes. § Son las virtudes corona y defensa: * esto mismo dijo en los Cantares la Esposa por otras palabras, diciendo: *En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel, uniuscujusque ensis super femur suum propter timores nocturnos*. Que quiere decir: mirad que sesenta fuertes cercan el lecho de Salomón: la espada de cada uno sobre su muslo, por los temores de las noches (1) (Can. III, 7).

CANCIÓN XVI

A zaga de tu huella
Las jóvenes discurren al camino,
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.

DECLARACIÓN

En esta Canción alaba la Esposa al Amado de tres mercedes que de él reciben las almas devotas, con las cuales se animan más y levantan á amor de Dios; las cuales por experimentarlas ella en este estado, hace aquí de ellas mención. La primera dice, que es la suavidad que de sí les da, la cual es tan eficaz, que las hace caminar muy apriesa al camino de la perfección. La segunda es una visita de amor con que súbitamente las inflama en amor. La tercera es abundancia de caridad que en ellas infunde, con que de tal manera las embriaga, que las hace levantar el espíritu, así con esta embriaguez, como con la visita de amor, á enviar alabanzas á Dios, y afectos sabrosos de amor, y así dice:

A zaga de tu huella.

(1) *Mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium*. (Nota marginal del Santo.) Véase la página 290.

La huella es rastro de aquel cuya es la huella, por la cual se va rastreando y buscando el que la hizo. La suavidad y noticia que dá Dios de sí al alma que le busca, es rastro y huella por donde se va conociendo y buscando á Dios. Por eso dice aquí el alma al Verbo su Esposo: *A zaga de tu huella*. Esto es, tras el rastro de suavidad que de tí les imprimes é infundes, y olor que de tí derramas.

Las jóvenes discurren al camino.

Es á saber, las almas devotas con fuerzas de juventud, recibidas de la suavidad de tu huella, discurren, esto es, corren por muchas partes, y de muchas maneras (que eso quiere decir discurrir) cada una por la parte y suerte que Dios la da de espíritu y estado, con muchas diferencias de ejercicios y obras espirituales, al camino de la vida eterna, que es la perfección Evangélica, por la cual encuentran con el Amado en unión de amor después de la desnudez de espíritu, y de todas las cosas. Esta suavidad y rastro, que Dios deja de sí en el alma, grandemente la aligera y hace correr tras de él; porque entonces el alma muy poco ó nada es lo que trabaja de su parte para andar este camino; antes es movida y atraída desta divina huella de Dios, no sólo á que salga, sino á que corra de muchas maneras, como habemos dicho, al camino. Que por eso dice la Esposa en los Cantares, pidió al Esposo esta divina atracción, diciendo: *Trahe me, post te curremus in odorem unguentorum tuorum*. Esto es: atraeme tras de tí, y correremos al olor de tus ungüentos (Can. I, 3). Y después que le dió este divino olor, dice: *In odorem unguentorum tuorum currimus: adolescentulæ dilexerunt te nimis*. Quiere decir: al olor de tus ungüentos corremos: las jóvenes te amaron mucho. Y David dice: El camino de tus mandamientos corrí, cuando dilataste mi corazón (Ps. CXVIII, 32).

*Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.*

En los dos versillos primeros habemos declarado, que las almas á zaga de la huella discurren al camino con ejercicios y obras exteriores. Y ahora en estos tres versillos da á entender el alma el ejercicio que interiormente estas almas hacen con la voluntad, movidas por otras dos mercedes y visitas interiores que el Amado les hace, á las cuales llama aquí toque de centella y adobado vino; y al ejercicio interior de la voluntad (que resulta y se causa de estas dos visitas) llama emisiones de bálsamo divino. Cuanto á lo primero, es de saber, que este toque de centella, que aquí dice, es un toque sutilísimo que el Amado hace al alma á veces, aun cuando ella está más descuidada, de manera que la enciende el corazón en fuego de amor, que no parece sino una centella de fuego que saltó y la abrasó; y entonces con gran

presteza, como quien de súbito recuerda, enciéndese la voluntad en amar, y desear, y alabar, y agradecer, y reverenciar, y estimar, y rogar á Dios con sabor de amor; á las cuales cosas llama emisiones de bálsamo divino, que responden al toque de centella, salidas de el divino amor que pegó la centella, que es el bálsamo divino, que conforta y sana al alma con su olor y sustancia. De este divino toque dice la Esposa en los Cantares de esta manera: *Dilectus meus misit manum suam per foramem, et venter meus intremuit ad tactum ejus*. Quiere decir: mi Amado puso su mano por la manera, y mi vientre se estremeció á su tocamiento (Can. V, 4). El tocamiento del Amado es el toque de amor, que aquí decimos que hace al alma; la mano es la merced que en ello le hace; la manera por donde entró esta mano, es la manera y modo y grado de perfección que tiene el alma; porque al modo de eso suele ser el toque en más ó en menos, y en una manera, ó en otra de cualidad espiritual del alma. El vientre suyo, que dice se estremeció, es la voluntad en que se hace el dicho toque; y el estremecerse, es levantarse en ella los apetitos y afectos á Dios, de desear, amar y alabar, y los demás que habemos dicho, que son las emisiones de bálsamo que de ese toque redundan, según decíamos.

Al adobado vino.

Este adobado vino es otra merced muy mayor que Dios algunas veces hace á las almas aprovechadas, en que las embriaga en el Espíritu Santo con un vino de amor, suave, sabroso, y esforzoso, por lo cual le llama vino adobado; porque, así como el vino adobado está cocido con muchas y diversas especias olorosas y esforzadas, así este amor que es el que Dios da á los ya perfectos, está ya cocido y asentado en sus almas, y adobado con las virtudes que ya el alma tiene ganadas; el cual con estas preciosas especias adobado, tal esfuerzo y abundancia de suave embriaguez pone en el alma en las visitas que Dios la hace, que con grande eficacia y fuerza la hace enviar á Dios aquellas emisiones, ó enviamientos de alabar, amar, y reverenciar, etc., que aquí decimos, y esto con admirables deseos de hacer y padecer por él. Y es de saber, que esta merced de la suave embriaguez no pasa tan presto como la centella, porque es más de asiento; porque la centella toca y pasa, mas dura algo su efecto, y algunas veces harto; mas el vino adobado suele durar ello y su efecto harto tiempo, lo cual es, como digo, suave amor en el alma; y algunas veces un día, ó dos días, otras hartos días, aunque no siempre en un grado de intensión, porque afloja y crece, sin estar en mano del alma; porque algunas veces, sin hacer nada de su parte, siente el alma en la íntima sustancia irse suavemente embriagando su espíritu, é inflamando de este divino vino, según aquello que dice David, diciendo: *Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis*: Que quiere decir: mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encenderá fuego (Ps. XXXVIII, 4). Las emisiones de esta embriaguez de

amor duran todo el tiempo que ella dura algunas veces; porque otras, aunque la hay en el alma, es sin las dichas emisiones, y son más y menos intensas, cuando las hay, cuanto es más y menos intensa la embriaguez; mas las emisiones, ó efectos de la centella ordinariamente duran más que ella, antes ella los deja en el alma, y son más encendidos que los de la embriaguez; porque á veces esta divina centella deja al alma abrasándose y quemándose en amor.

Y porque habemos hablado de vino cocido, será bueno aquí notar brevemente la diferencia que hay de el vino cocido, que llaman añejo, y entre el vino nuevo, que será la mesma que hay entre los viejos y nuevos amadores, y servirá para un poco de doctrina para los espirituales. El vino nuevo no tiene digerida la hez ni asentada, y así hierve por de fuera, y no se puede saber la bondad y valor de él, hasta que haya bien digerido la hez y furia de ella, porque hasta entonces está en mucha contingencia de malear; tiene el sabor grueso y áspero; y beber mucho de ello, estraga al sujeto; tiene la fuerza muy en la hez. El vino añejo tiene ya digerida la hez, y asentada, y así ya no tiene aquellos hervores de nuevo por de fuera, échase ya de ver la bondad del vino, y está ya muy seguro de malear; porque se le acabaron ya aquellos fervores y furias de la hez que le podían estragar, y así el vino bien cocido por maravilla malea y se pierde; tiene el sabor suave, y la fuerza en la sustancia de el vino, no ya en el gusto, y así la bebida de él hace buena disposición, y da fuerza al sujeto.

Los nuevos amadores son comparados al vino nuevo (éstos son los que comienzan á servir á Dios); porque traen los fervores del vino del amor muy por de fuera en el sentido, porque aún no han digerido la hez de el sentido flaco é imperfecto, y tienen la fuerza de el amor en el sabor de él; porque á éstos ordinariamente les da la fuerza para obrar el sabor sensitivo, y por él se mueven, así no hay que fiar de este amor hasta que se acaben aquellos fervores y gustos gruesos de sentido. Porque así como estos hervores y calor de sentido le pueden inclinar á bueno y perfecto amor, y servirle de buen medio para él digiriéndose bien la hez de su imperfección, así también es muy fácil en estos principios y novedad de gustos faltar el vino de el amor, y perderse, cuando falta el hervor y sabor de nuevo. Y estos nuevos amadores siempre traen ansias y fatigas de amor sensitivas, á los cuales, conviene templar la bebida, porque si obran mucho según la furia del vino, estragarse há el natural. Estas ansias y fatigas de amor es el sabor del vino nuevo, que decíamos ser áspero y grueso, y no aún suavizado en la acabada cocción, cuando se acaban esas ansias de amor, como luego diremos.

Esta mesma comparación pone el Sabio en el Eclesiástico, diciendo: *Vinum novum amicus novus: veterascet, et cum suavitate bibes illud*. Quiere decir: el amigo nuevo es como el vino nuevo: añejarse há y beberáslo con suavidad (Eccles. IX, 15). Por tanto, los viejos amadores (que son ya los ejercitados y probados en el servicio de el Esposo), son como el vino añejo ya cocida la hez, que no

tiene aquellos hervores sensitivos, ni aquellas furias y fuegos hervorosos de fuera, sino gustan la suavidad del vino en sustancia, ya cocido y asentado allá dentro en el alma; no ya en aquel sabor de sentido como los nuevos, sino con sustancia y sabor de espíritu y verdad de obra; y no caerán en esos sabores, ni hervores sensitivos, ni los quieren gustar: porque quien tiene el asiento de el gusto en el sentido, también muchas veces de necesidad ha de tener penas y disgustos en el sentido. Y porque estos amantes viejos no tienen la suavidad radicalmente en el sentido, no traen ya ansias y penas de amor en el sentido y alma; y así estos amigos viejos por maravilla faltan á Dios, porque están ya sobre lo que los había de hacer faltar, que es sobre el sentido inferior, y tienen el vino de amor, no sólo ya cocido y purgado de hez, mas aun adobado con las especias que decíamos de virtudes perfectas, que no le dejan malear como el nuevo. Por eso dice el Eclesiástico: *Amicum antiquum ne deseras, novus enim non erit similis illi*. Quiere decir: no dejes al amigo viejo, porque el nuevo no será semejante á él (Eccles. IX, 14). En este vino, pues, de amor, ya probado y adobado de el alma, hace el Amado la divina embriaguez, que habemos dicho; el cual hace enviar á Dios las dulces emisiones; y así el sentido de los tres versillos es el siguiente: *Al toque de centella*, con que recuerdas mi alma, *Y al adobado vino*, con que amorosamente la embriagas, ella te envía las *Emisiones*, que son los movimientos y actos de amor que en ella causas.

CANCIÓN XVII

En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí que antes seguía.

DECLARACIÓN

Cuenta el alma en esta Canción la soberana merced que Dios le hizo en recogerla en lo íntimo de su amor, que es la unión, ó transformación de amor en Dios, y dice dos efectos que de allí sacó, que son olvido y enajenación de todas las cosas de el mundo, y mortificación de todos sus apetitos y gustos.

En la interior bodega.

Para decir algo de esta bodega, y declarar lo que aquí quiere dar á entender el alma, era menester, que el Espíritu Santo tomase la mano, y moviese la pluma. Esta bodega que aquí dice el alma, es el último, y más estrecho grado de amor en que

el alma puede situarse en esta vida, que por eso la llama interior bodega, es á saber, la más interior. De donde se sigue, que hay otras no tan interiores que son los grados de amor, por do se sube hasta este último. Y podemos decir, que estos grados, ó bodegas de amor son siete; los cuales se vienen á tener todos, cuando se tienen los siete dones de el Espíritu Santo en perfección, en la manera que es capaz de recibirlos el alma; y así cuando el alma llega á tener en perfección el espíritu de temor, tiene ya en perfección el espíritu de el amor, por cuanto aquel temor, que es el último de los siete dones, es filial; y el temor perfecto de hijo sale de amor perfecto de padre. Y así cuando la Escritura Divina quiere llamar á uno perfecto en caridad, le llama temeroso de Dios. De donde profetizando Esaías la perfección de Cristo, dijo: *Replevit eum spiritus timoris Domini*. Que quiere decir: henchirle há el espíritu de el temor de el Señor (Isai. XI, 3). Y también San Lucas al santo Simeón llama timorato, diciendo: *Erat vir justus, et timoratus*; y así de otros muchos (Luc. 2).

Es de saber, que muchas almas llegan y entran en las primeras bodegas, cada una según la perfección de amor que tiene; mas á esta última y más interior pocas llegan en esta vida, porque en ella es ya hecha la unión perfecta con Dios que llaman matrimonio espiritual, de el cual habla ya el alma en este lugar. Y lo que Dios comunica al alma, en esta estrecha junta, totalmente es indecible, y no se puede decir nada, así como de el mismo Dios no se puede decir algo que sea como él; porque el mismo Dios es el que se le comunica con admirable gloria de transformación de ella en él, estando ambos en uno, como si dijésemos ahora, la vidriera con el rayo del Sol, ó el carbón con el fuego, ó la luz de las estrellas con la de el Sol; no empero tan esencial y acabadamente como en la otra vida. Y así para dar á entender el alma lo que en aquella bodega de unión recibe de Dios, no dice otra cosa, ni entiendo la podía decir más propia, para decir algo de ello, que decir el verso siguiente:

De mi Amado bebí.

Porque así como la bebida se difunde y derrama por todos los miembros y venas del cuerpo, así se difunde esta comunicación de Dios sustancialmente en toda el alma, ó por mejor decir, el alma más se transforma en Dios, según la cual transformación bebe el alma de su Dios, según la sustancia de ella, y según sus potencias espirituales: porque según el entendimiento bebe sabiduría y ciencia; y según la voluntad bebe amor suavisimo: y según la memoria bebe recreación y deleite en recordación y sentimiento de gloria. Cuanto á lo primero, que el alma rescibe y bebe deleite sustancialmente, dícelo ella en los Cánticos en esta manera: *Anima mea liquefacta est, ut sponsus locutus est*. Esto es: mi alma se regaló luego que habló el Esposo (Can. V, 6). El hablar del Esposo es aquí comunicarse él al alma. Y que

el entendimiento beba sabiduría, en el mismo libro lo dice la Esposa, á donde deseando ella llegar á este beso de unión, y pidiéndolo al Esposo, dijo: *Ibi me docebis, et dabo tibi poculum ex vino condito*. Esto es: allí me enseñarás, es á saber, sabiduría y ciencia en amor (Can. VIII, 2), y yo te daré á tí una bebida de vino adobado, conviene á saber, mi amor adobado con el tuyo, esto es, transformado en el tuyo.

Cuanto á lo tercero, que es que la voluntad beba allí amor, dícelo también la Esposa en el dicho libro de los Cantares, diciendo: *Introduxit me Rex in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem*. Quiere decir: metióme dentro de la bodega secreta, y ordenó en mí caridad (II, 4), que es tanto como decir, díome á beber amor metida dentro en su amor, ó más claramente hablando con propiedad, ordenó en mí su caridad, acomodando y apropiando á mí su misma caridad; lo cual es beber el alma de su Amado su mismo amor, infundiéndosele su Amado. Donde es de saber, acerca de lo que algunos dicen, que no puede amar la voluntad, sino lo que primero entiende el entendimiento, háse de entender naturalmente; porque por vía natural es imposible amar si no se entiende primero lo que se ama; mas por vía sobrenatural bien puede Dios infundir amor, y aumentarle sin infundir ni aumentar distinta inteligencia, como en la autoridad dicha se da á entender; y esto experimentado está de muchos espirituales, los cuales muchas veces se ven arder en amor de Dios, sin tener más distinta inteligencia que antes; porque pueden entender poco y amar mucho, y pueden entender mucho y amar poco; antes ordinariamente aquellos espirituales que no tienen muy aventajado entendimiento acerca de Dios, suelen aventajarse en la voluntad. Y bástales la fe infusa por sciencia de entendimiento, mediante la cual les infunde Dios caridad y se la aumenta, y el acto de ella, que es amar más, aunque no se le aumente la noticia, como habemos dicho. Y así puede la voluntad beber amor, sin que el entendimiento beba de nuevo inteligencia; aunque en el caso que vamos hablando, en que dice el alma que bebió de su Amado, por cuanto es unión en la interior bodega, la cual es según las tres potencias del alma, como habemos dicho, todas ellas beben juntamente. Y cuanto á lo cuarto, que según la memoria beba allí el alma de su Amado, está claro, pues está ilustrada con la luz del entendimiento en recordación de los bienes que está poseyendo y gozando en la unión de su Amado. Esta divina bebida tanto endiosa y levanta al alma, y la embebe en Dios, que

Cuando salía.

Es á saber, que acabada esta merced de pasar, porque aunque está el alma siempre en este alto estado de matrimonio después que Dios la ha puesto en él, no empero siempre en actual unión, según las dichas potencias, aunque según la sustancia de el alma, sí; pero en esta unión sustancial de el alma muy frecuentemente

se unen también las potencias, y beben en esta bodega; el entendimiento entendiendo, la voluntad amando, etc. Pues cuando ahora dice el alma *Cuando salía*, no se entiende que de la unión esencial ó sustancial, que tiene el alma ya, que es el estado dicho, sino de la unión de las potencias, la cual no es continua en esta vida, ni lo puede ser. Pues de ésta cuando salía

Por toda aquesta vega.

Esto es, por toda aquesta anchura del mundo,

Ya cosa no sabía.

Porque aquella bebida de sabiduría de Dios altísima, que allí bebió, le hace olvidar todas las cosas del mundo, y le parece á la alma que lo que antes sabía, y aun lo que sabe todo el mundo, en comparación de aquel sabor, era pura ignorancia, y aquel endiosamiento con que queda, y levantamiento de mente en Dios, en que queda como robada embebida de amor toda hecha en Dios, no la deja advertir cosa alguna del mundo; y así puede bien decir: *Ya cosa no sabía*. Porque no sólo de todo, mas aun de sí queda ajena y aniquilada como resuelta en amor, que consiste en pasar de sí al Amado. Este no saber da á entender en los Cantares la Esposa, donde después de haber dicho la unión y junta de ella y su Amado, dice esta palabra: *Nescivi*: No supe, ó ignoré (VI. 11). Esta tal alma poco se entremeterá en cosas ajenas, porque aun de las suyas no se acuerda; y esta propiedad tiene el espíritu de Dios en el alma donde mora, que luego la inclina á no saber, y hace ignorar todas las cosas ajenas, aquéllas mayormente, que no son para su aprovechamiento, porque el espíritu de Dios *en el alma* (pág. 302) es recogido, y no sale á cosas ajenas, y así se queda el alma en un no saber cosa. Y no se ha de entender, que pierde allí el alma los hábitos de sciencia (1), y totalmente las noticias de las cosas que antes sabía, aunque queda en aquel no saber, sino que pierde el acto y memoria de las cosas en aquel absorbimiento de amor, y esto por dos cosas. La una, porque como actualmente queda absorta y embebida en aquella bebida de amor, no puede estar actualmente en otra cosa. La segunda, porque aquella transformación en Dios de tal manera la conforma con su sencillez y pureza, que la deja limpia y pura, y vacía de todas formas y figuras que antes tenía (*porque el acto siempre tiene consigo estas formas*), así como hace el sol en la vidriera, que infundiéndose en ella, la hace clara, y se pierden de vista todas las máculas y

(1) Aunque ya estos no reinan, porque en esta unión se juntan ellos con la sabiduría superior, y ella es la que obra; así como juntándose una luz pequeña con otra grande, la grande es la que priva y luce. Y así ya cosa (de ?) aquellos hábitos no sabía. Y así entiendo que será en el cielo de la sciencia adquirida, que (no ?) les hará á los justos mucho al caso, sabiendo ellos más que eso en la sabiduría divina. (Nota marginal del Santo.) Véase la página 302.

pelillos que antes en ella parecían; pero vuelto á quitar el sol, y apartándose bien de ella, luego vuelven á parecer en ella las nieblas y máculas que antes; mas el alma, como le queda y dura el efecto de aquel acto de amor, dura también el no saber *ya por aquellos hábitos naturales, sino por los actos de ciencia*; (aun los?) *naturales de el hábito superior infuso proceden cuando los ejercita*, según habemos dicho, *quedando todo resuelto en aquella transformación*, la cual como la inflamó y mudó en amor, aniquilóla y deshízola en todo lo que no era amor, y dejóla no sabiendo otra cosa sino amor, según aquello que dijimos arriba de David, que dice: *Quia inflamatum est cor meum, et renes mei commutati sunt, et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi*. Que quiere decir: porque fué inflamado mi corazón, también mis renes juntamente se mudaron, y yo fui resuelto en nada, y no supe (Ps. LXXII, 21), porque mudarse las renes por causa de esta inflamación del corazón, es mudarse el alma con todos sus apetitos en Dios en una nueva manera de todo lo viejo, de que antes usaba, deshecha: por lo cual dice, que fué resuelto en nada, y que no supo; que son los dos efectos que decíamos que causaba la bebida de esta bodega de Dios; porque no sólo se aniquila todo su saber primero, pareciéndole nonada cerca de aquel sumo saber, mas también toda su vida vieja é imperfecciones se aniquilan, y renueva el hombre viejo; por lo cual se sigue este segundo efecto, que de ahí redunda, el cual se contiene en el verso siguiente.

Y el ganado perdí, que antes seguía.

Es de saber, que hasta que el alma llegue á este estado de perfección, de que vamos hablando, aunque más espiritual sea, siempre le queda algún ganadillo de apetitos y gustillos, y otras imperfecciones suyas, ahora naturales, ahora espirituales, tras de que se anda, procurando apacentarlos, en seguirlos y cumplirlos. Porque acerca del entendimiento suelen quedarles algunas imperfecciones de apetitos de saber cosas. Acerca de la voluntad, se dejan llevar de algunos gustillos y apetitos propios, ahora en lo temporal como en poseer algunas cosillas, y asirse más á unas que á otras, y algunas presunciones, estimaciones y puntillos en que miran, y otras cosillas, que todavía huelen y saben á mundo: ahora acerca de lo natural, como en comida, bebida, gustar de ésto más que de aquéllo, y escoger y querer lo mejor; ahora también acerca de lo espiritual, como querer gustos de Dios y otras impertinencias, que nunca se acabarían de decir, que suelen tener los espirituales aún no perfectos. Y acerca de la memoria, muchas variedades y cuidados, y advertencias impertinentes, que los llevan el alma tras de sí.

Tienen también acerca de las cuatro pasiones del alma, á veces muchas esperanzas, gozos, dolores y temores inútiles, tras de que se les va el ánima; y de este ganado ya dicho, unos tienen más y otros menos, tras de que se andan todavía

siguiéndolo, hasta que entrándose á beber en esta interior bodega lo pierdan todo, quedando, como habemos dicho, hechos todos en amor, en la cual más fácilmente se consumen estos ganados de imperfecciones de el alma, que el orín y moho de los metales en el fuego, y así se siente ya libre el alma de todas aquellas niñerías de gustillos y disgustillos é impertinencias tras que se andaba, de manera que pueda bien decir:

El ganado perdí, que antes seguía.

CANCIÓN XVIII

Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
A mí, sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa.

DECLARACIÓN

En esta Canción cuenta la Esposa la entrega que hubo de ambas partes en este espiritual desposorio, conviene saber, de ella y de Dios, diciendo, que en aquella interior bodega de amor se juntaron en comunicación él á ella, dándole el pecho ya libremente de su amor, en que la enseñó sabiduría y secretos, y ella á él, entregándosele ya toda de hecho, sin ya reservar nada para sí, ni para otro, afirmándose ya de ser suya para siempre. Síguese el verso.

Allí me dió su pecho.

Dar el pecho uno á otro es darle su amor y amistad, y descubrirle sus secretos como amigo. Y así, decir el alma que le dió allí su pecho, es decir, que allí le comunicó su amor y sus secretos, lo cual hace Dios con el alma en este estado. Y más adelante lo que también dice en este verso siguiente:

Allí me enseñó ciencia muy sabrosa.

La ciencia sabrosa, que dice aquí que la enseñó, es la Teología Mística, que es ciencia secreta de Dios, que llaman los espirituales contemplación, la cual es muy sabrosa, porque es ciencia por amor, el cual es el maestro de ella, y el que todo lo

hace sabroso; y por cuanto Dios le comunica esta ciencia é inteligencia en el amor, con que se comunica al alma, esle sabrosa para el entendimiento, pues es sciencia que pertenece á él, y esle también sabrosa á la voluntad, pues es en amor, el cual pertenesce á la voluntad. Y dice luego:

*Y yo le dí de hecho
A mi, sin dejar cosa.*

En aquella bebida de Dios suave, en que, como habemos dicho, se embebe el alma en Dios, muy voluntariamente y con grande suavidad se entrega el alma á Dios toda, queriendo ser toda suya, y no tener cosa en sí ajena de él para siempre, causando Dios en ella en la dicha unión la pureza y perfección que para esto es menester; que por cuanto él la transforma en sí, hácela toda suya, y evacua en ella todo lo que tenía ajeno de Dios. De aquí es, que no solamente según la voluntad, sino también según la obra quede ella de hecho, sin dejar cosa, toda dada á Dios, así como Dios se ha dado libremente á ella: de manera que quedan pagadas aquellas dos voluntades entregadas y satisfechas entre sí, de manera que en nada haya de faltar ya la una á la otra con Fe y firmeza de desposorio, que por eso añade ella, diciendo:

Allí le prometí de ser su Esposa.

Porque así como la desposada no pone en otro su amor, ni su cuidado, ni su obra, fuera de su Esposo, así el alma en este estado no tiene ya ni afectos de voluntad, ni inteligencias de entendimiento, ni cuidado, ni obra alguna, que todo no sea inclinado á Dios, junto con sus apetitos; porque está como divina endiosada, de manera, que aun hasta los primeros movimientos no tiene contra lo que es la voluntad de Dios, en todo lo que ella puede entender; porque así como una alma imperfecta tiene muy ordinariamente, á lo menos primeros movimientos, según el entendimiento, y según la voluntad y memoria, y apetitos inclinados á mal é imperfección, así el alma de este estado según el entendimiento y voluntad y memoria, y apetitos en los primeros movimientos, de ordinario se mueve é inclina á Dios, por la grande ayuda y firmeza que tiene ya en Dios, y perfecta conversión al bien. Todo lo cual dió muy bien á entender David, cuando dijo, hablando de su alma en este estado: Por ventura, ¿no estará mi alma sujeta á Dios? Sí, porque de él tengo yo mi salud, y porque él es mi Dios, y mi Salvador; recibidor mío, no tendré más movimiento (Ps. LXI, 2). En lo que dice, recibidor mío, da á entender, que por estar su alma recibida en Dios, y unida, cual aquí decimos, no había ya de tener más movimiento contra Dios.

CANCIÓN XIX

Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

DECLARACIÓN

Por cuanto en la Canción pasada ha dicho el alma, ó por mejor decir, la Esposa, que se dió toda al Esposo sin dejar nada para sí, dice ahora en ésta el modo y manera que tiene en cumplirlo, diciendo, que ya está su alma y cuerpo y potencias, y toda su habilidad empleada, ya no en las cosas que á ella le tocan, sino en las que son del servicio de su Esposo: y que por eso ya no anda buscando su propia ganancia, ni se anda tras sus gustos, ni tampoco se ocupa en otras cosas y tratos extraños y ajenos de Dios; y que aun con el mismo Dios ya no tiene otro estilo ni manera de trato, sino ejercicio de amor, por cuanto há ya trocado y mudado todo su primero trato en amor, según ahora se dirá.

Mi alma se ha empleado.

En decir que el alma suya se ha empleado, da á entender la entrega que hizo al Amado de sí en aquella unión de amor, donde quedó ya su alma, con todas sus potencias, entendimiento, voluntad y memoria, dedicada y mancipada al servicio de él, empleando el entendimiento en entender las cosas que son más de su servicio para hacerlas; y su voluntad en amar todo lo que á Dios agrada, y en todas las cosas aficionar la voluntad á Dios; y la memoria en el cuidado de lo que es de su servicio, y lo que más le ha de agradar, y dice más:

Y todo mi caudal en su servicio.

Por todo su caudal entiende aquí todo lo que pertenesce á la parte sensitiva de el alma. La cual dice, que está empleada en su servicio también, como la parte racional, ó espiritual que acabamos de decir en el verso pasado. Y en esta parte sensitiva se incluye el cuerpo con todos sus sentidos y potencias, así interiores como exteriores. Entiéndese también en este verso toda la habilidad natural y racional, como habemos dicho, conviene á saber, las cuatro pasiones, los apetitos naturales y espirituales, y el demás caudal de el alma, todo lo cual dice que está ya empleado en su servicio; porque al cuerpo trata ya según Dios; los sentidos interiores y exteriores rige y gobierna según Dios, y á él endereza las acciones de ellos; y las cuatro pasiones todas las tiene ceñidas también á Dios, porque no se goza sino de Dios, ni

tiene esperanza sino en Dios, ni teme sino á Dios, ni se duele sino según Dios, y también sus apetitos todos van sólo á Dios, y todos sus cuidados. Todo este caudal de tal manera está ya empleado en Dios, que aun sin advertencia del alma todas las partes, que habemos dicho, de este caudal en los primeros movimientos se inclinan á obrar en Dios y por Dios; porque el entendimiento, la voluntad y la memoria se van luego á Dios, y los afectos, los sentidos, los deseos y apetitos, la esperanza, el gozo, y luego todo el caudal de prima instancia se inclinan á Dios, aunque, como digo, no advierta el alma que obra por Dios. De donde esta tal alma muy frecuentemente obra por Dios, y entiende en él y en sus cosas, sin pensar ni acordarse que lo hace por él; porque el uso y hábito que en la tal manera de proceder ya tiene, le hace carecer de la advertencia y cuidado, y aun de los actos fervorosos que á los principios de el obrar solía tener. Y porque ya está todo este caudal empleado en Dios de la manera dicha, de necesidad ha de tener el alma también lo que dice en el verso siguiente, es á saber:

Ya no guardo ganado.

Que es tanto como decir: Ya no me ando tras mis gustos y apetitos; porque habiéndolos puesto en Dios, y dado á él, ya no los apacienta ni guarda para sí el alma. Y no sólo dice, que ya no guarda ganado, pero dice más:

Ni ya tengo otro oficio.

Muchos oficios tiene el alma no provechosos antes que llegue á hacer esta donación y entrega de sí, y de su caudal al Amado, porque todos cuantos hábitos de imperfecciones tenía, tantos oficios podemos decir que tenía, los cuales pueden ser acerca de el hablar, y de el pensar, y de el obrar, teniendo en esto costumbre de no usar de esto como conviene ordenadamente á la perfección. § Acerca de lo cual siempre el alma tiene algún oficio vicioso, que nunca acabó de vencer, hasta que de veras emplea su caudal en el servicio de Dios, donde, como habemos dicho, todas las palabras y pensamientos y obras, son ya de Dios, no habiendo ya oficio de murmurar, ni de otra imperfección en las palabras, ni en las demás potencias; * y así es como si dijera: Ni me ocupo ya, ni entretengo en otros tratos, ni pasatiempos, ni cosas del mundo.

Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Como si dijera, que ya todas estas potencias y habilidad de el caudal de mi alma y mi cuerpo, § que antes algún tanto empleaba en otras cosas no útiles; * las he puesto en ejercicio de amor. Esto es lo que dice David: *Fortitudinem meam ad te custodiam* (pág. 311); es á saber, que toda la habilidad de mi alma y cuerpo se mueve por amor, haciendo todo lo que hago por amor, y padeciendo por amor,

todo lo que padesco. Aquí es de notar, que cuando el alma llega á este estado, todo el ejercicio de la parte espiritual, y el de la parte sensitiva, ahora sea en hacer, ahora en padecer, de cualquier manera que sea, siempre le causa más amor y regalo en Dios; y hasta el mismo ejercicio de oración y trato con Dios, que antes solía tener en otras consideraciones y modos, ya todo es ejercicio de amor. De manera, que ahora su trato sea acerca de lo temporal, ahora sea su ejercicio acerca de lo espiritual, siempre puede decir esta tal alma: *Que ya sólo en amar es mi ejercicio.*

Dichosa vida y dichoso estado, y dichosa el alma que á él llega, donde todo le es ya sustancia de amor y regalo y deleite de desposorio, en que de veras puede la Esposa decir al Divino Esposo aquellas palabras que de puro amor le dice en los Cantares, diciendo: *Omnia poma nova, et vetera, servavi tibi* (Can. VII, 13), que es como si dijera: Amado mío, todo lo áspero y trabajoso quiero por tí, y todo lo suave y sabroso quiero para tí. Pero el acomodado sentido de este verso, es decir, que el alma en este estado de desposorio espiritual ordinariamente anda en unión de amor de Dios, que es común y ordinaria asistencia de voluntad amorosa en Dios.

CANCIÓN XX

Pues ya si en el egido
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido;
Que andando enamorada,
Me hice perdidiza, y fui ganada.

DECLARACIÓN

Responde el alma en esta Canción á una tácita reprehensión de parte de los del mundo, según ellos han de costumbre de notar á los que de veras se dan á Dios, teniéndolos por demasiados en su extrañeza y retiramiento y en su manera de proceder, diciendo también que son inútiles para las cosas más importantes y perdidos en lo que el mundo precia y estima: á la cual reprehensión de muy buena manera satisface aquí el alma, haciendo rostro muy osado y atrevidamente á esto, y á todo lo demás que el mundo la puede imponer, porque habiendo ella llegado á lo vivo del amor de Dios, todo lo tiene en poco; y no sólo eso, mas antes ella mesma lo confiesa en esta Canción, y se precia y gloria de haber dado en tales cosas, y perdiéndose al mundo y á sí mesma por su Amado; y así lo que quiere decir en esta Canción hablando con los del mundo, que si ya no la vieren en las cosas de sus primeros tratos y otros pasatiempos que solía tener en el mundo, que digan y crean que se ha perdido y ajenado de ellos, y que lo tiene tan por bien, que ella mesma se quiso perder andando buscando á su Amado enamorada mucho de él. Y porque vean la

ganancia de su pérdida, y no lo tengan por insipiencia ó engaño, dice que esta pérdida fué su ganancia, y por eso de industria se hizo perdidiza.

*Pues ya si en el egido
Da hoy no fuere más vista ni hallada.*

Egido comunmente se llama un lugar común, donde la gente se suele juntar á tomar solaz y recreación, y donde también apacientan los pastores sus ganados; y así por el egido entiende aquí el alma el mundo, donde los mundanos tienen sus pasatiempos y tratos, y apacientan los ganados de sus apetitos. En lo cual dice el alma á los del mundo, que si no fuere vista ni hallada como solía, antes que fuese toda de Dios, que la tengan por perdida en eso mismo, y que así lo digan; porque de eso se goza ella, queriendo que lo digan, diciendo:

Diréis que me he perdido.

No se afrenta el que ama delante de el mundo de las obras que hace por Dios, ni las esconde con vergüenza, aunque todo el mundo se las haya de condenar: porque el que tuviere vergüenza delante de los hombres de confesar al Hijo de Dios, dejando de hacer sus obras el mismo Hijo de Dios, como él lo dice por San Lucas: tendrá vergüenza de confesarle delante de su Padre (Luc. IX, 26). Y por tanto el alma con ánimo de amor, antes se precia de que se vea para gloria de su Amado, haber ella hecho una tal obra por él: que se haya perdido á todas las cosas del mundo. Y por eso dice: *Diréis que me he perdido.*

Esta tan perfecta osadía y determinación en las obras, pocos espirituales la alcanzan; porque aunque algunos tratan y usan este trato, y aun se tienen algunos por los de muy allá, nunca se acaban de perder en algunos puntos, ó de mundo, ó de naturaleza para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo, no mirando á lo que dirán, ó qué parecerá; y así no podrán éstos decir: *Diréis que me he perdido*, pues no están perdidos á sí mismos en el obrar; todavía tienen vergüenza de confesar á Cristo por la obra delante de los hombres; teniendo respeto á cosas, no viven en Cristo de veras.

Que andando enamorada.

Conviene saber, que andando obrando las virtudes enamorada de Dios,

Me hice perdidiza, y fui ganada (1).

El que anda de veras enamorado, luego se deja perder á todo lo demás, por ganarse más en aquello que ama: y por eso el alma dice aquí, que se hizo perdidiza

(1) «A dos señores.» (Nota marginal del Santo.)—Véase desarrollado este pensamiento en el Cántico segundo, pág. 317.

ella misma, que es dejarse perder de industria. Y es en dos maneras, conviene á saber, á sí misma, no haciendo caso de sí en ninguna cosa, sino de el Amado, entregándose á él de gracia sin ningún interés, haciéndose perdidiza á sí misma, no queriendo ganarse en nada para sí. Lo segundo, á todas las cosas, no haciendo caso de todas sus cosas, sino de las que tocan al Amado: y eso es hacerse perdidiza, que es tener gana que la ganen. Tal es el que anda enamorado de Dios, que no pretende ganancia ni premio, sino sólo perderlo todo y á sí mismo en su voluntad por Dios, y esa tiene por su ganancia. Y así lo es, según dice San Pablo, diciendo: *Mori lucrum*. Esto es: mi morir por Cristo es mi ganancia espiritualmente á todas las cosas y á sí mismo. Y por eso dice el alma: *fui ganada*: porque el que así no se sabe perder no se gana, antes se pierde, según dice Nuestro Señor en el Evangelio, diciendo: El que quisiere ganar para sí su alma, ese la perderá, y el que la perdiere para consigo por mí, ese la ganará (Mat. XVI, 25). Y si queremos entender el dicho verso más espiritualmente y más al propósito que aquí se trata, es de saber, que cuando un alma en el camino espiritual ha llegado á tanto, que se ha perdido á todos los modos y vías naturales de proceder en el trato con Dios, que ya no le busca por consideraciones ni formas, ni sentimientos, ni otros medios algunos de criatura y sentido, sino que pasó sobre todo eso, y sobre todo modo suyo y manera, tratando y gozando á Dios en Fe y amor, entonces se dice haberse de veras ganado á Dios, porque de veras se ha perdido á todo lo que no es Dios, y á lo que es en sí.

CANCIÓN XXI

De flores y esmeraldas,
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mío entretejidas.

DECLARACIÓN

En esta Canción vuelve la Esposa á hablar con el Esposo en comunicación y recreación de amor, y lo que en ella hace es tratar de el solaz y deleite que el alma Esposa y el Hijo de Dios tienen en la posesión de las riquezas de las virtudes y dones de entrambos, y el ejercicio de ellas que hay del uno al otro, gozándolas entre sí en comunicación de unión de amor: y por eso dice ella hablando con él, que harán guirnaldas ricas de dones y virtudes, adquiridas y ganadas en tiempo agradable y conveniente, hermoseadas y graciosas en el amor que él á ella tiene, y sustentadas y conservadas en el amor que ella tiene á él: por eso llama á este gozar

las virtudes, hacer guirnalda de ellas; porque todas juntas, como flores en guirnalda, las gozan entrambos en el amor común, que el uno tiene al otro.

De flores y esmeraldas.

Las flores son las virtudes de el alma, y las esmeraldas son los dones que tiene de Dios: pues de estas flores y esmeraldas,

En las frescas mañanas escogidas,

Es á saber, ganadas y adquiridas en las juventudes, que son las frescas mañanas de las edades. Y dice *escogidas*, porque las virtudes que se adquieren en este tiempo de juventud son escogidas y muy aceptas á Dios, por ser en tiempo de juventud, cuando hay más contradicción de parte de los vicios para adquirirlas, y de parte del natural más inclinación y prontitud para perderlas; y también porque comenzándolas á coger desde este tiempo de juventud, se adquieren muy más perfectas, y son más escogidas. Y llama á estas juventudes *frescas mañanas*, porque así como es agradable la frescura de la mañana en la Primavera más que las otras partes de el día, así lo es la virtud de la juventud delante de Dios; y aun puédense entender estas frescas mañanas por los actos de amor en que se adquieren las virtudes, los cuales son á Dios más agradables que las frescas mañanas á los hijos de los hombres. También se entienden aquí por *las frescas mañanas* las obras hechas en sequedad y dificultad del espíritu, las cuales son denotadas por el fresco de las mañanas del invierno; y estas obras, hechas por Dios en sequedad de espíritu y dificultad, son muy preciadas de Dios, porque en ellas grandemente se adquieren las virtudes y dones; y las que se adquieren de esta suerte y con trabajo, por la mayor parte son más escogidas y esmeradas, y más firmes que si se adquiriesen sólo con el sabor y regalo del espíritu: porque la virtud en la sequedad y dificultad y trabajo y tentación hecha raíces, según dijo Dios á San Pablo, diciendo: *Virtus in infirmitate perficitur*. Esto es: la virtud en la flaqueza se hace perfecta (2. ad Cor. XII, 9). Y por tanto, para encarescer la excelencia de las virtudes de que se han de hacer las guirnalda para el Amado, bien está dicho: *En las frescas mañanas escogidas*, porque de solas estas flores y esmeraldas de virtudes y dones escogidos y perfectos, y no de las imperfectas, goza bien el Amado. Y por eso dice aquí el alma Esposa, que de ellas para él

Haremos las guirnalda.

Para cuya inteligencia es de saber, que todas las virtudes y dones que el alma y Dios adquieren en ella, son en ella como una guirnalda de varias flores, con que está admirablemente hermoseada, así como de una vestidura de preciosa variedad. Y para mejor entenderlo es de saber, que así como las flores materiales se van cogiendo, las van en la guirnalda, que de ellas hacen, compuniendo; de la misma

manera, así como las flores espirituales de virtudes y dones se van adquiriendo, se van en el alma asentando; y acabadas de adquirir, está ya la guirnalda de perfección en el alma acabada de hacer, en que el alma y el Esposo se deleitan hermoseados con esta guirnalda y adornados, bien así como ya en estado de perfección. Estas son las guirnaldas que dice han de hacer, que es ceñirse y cercarse de variedad de flores y esmeraldas de virtudes y dones perfectos, para parescer dignamente con este hermoso y precioso adorno delante la cara de el Rey, y meresca la iguala consigo, poniéndola como Reina á su lado, pues ella lo meresce con la hermosura de su variedad. De donde hablando David con Cristo en este caso, dijo: *Astitit Regina à dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate*. Que quiere decir: estuvo la Reina á tu diestra en vestidura de oro, cercada de variedad (Ps. XLIV, 10); que es tanto como decir: Estuvo á tu diestra vestida de perfecto amor, y cercada de variedad de dones y virtudes perfectas (1). Y no dice: Haré yo las guirnaldas solamente, ni harás las tú tampoco á solas, sino haremos entrambos juntos; porque las virtudes no las puede obrar el alma, ni alcanzarlas á solas sin ayuda de Dios; ni tampoco las obra Dios á solas en el alma sin ella, porque aunque es verdad que todo dado bueno, y todo don perfecto sea de arriba descendido del Padre de las lumbres, como dice Santiago (I, 17), todavía eso mismo no se recibe sin la habilidad y ayuda de el alma que lo recibe. De donde hablando la Esposa en los Cantares con el Esposo, dijo: *Trahe me post te, curremus in odorem*, etc. Que quiere decir: traeme después de tí, correremos (Can. I, 3): de manera, que el movimiento para el bien de Dios ha de venir, según aquí da á entender, solamente; mas el correr no dice que él solo, ni ella sola, sino correremos entrambos, que es el obrar Dios y el alma juntamente. Este versillo se entiende harto propiamente de la Iglesia y de Cristo, en el cual la Iglesia Esposa suya habla con él, diciendo: *Haremos las guirnaldas*. Entendiendo por guirnaldas todas las almas santas engendradas por Cristo en la Iglesia, que cada una de ellas es como una guirnalda arreada de flores de virtudes y dones, y todas ellas juntas son una guirnalda para la cabeza del Esposo Cristo. Y también se puede entender por las hermosas guirnaldas, que por otro nombre se llaman laureolas, hechas también en Cristo y la Iglesia, las cuales son de tres maneras. La primera, de hermosas y blancas flores de todas las Vírgenes, cada una con su laureola de virginidad, y todas ellas juntas serán una laureola, para poner en la cabeza del Esposo Cristo. La segunda laureola de las resplandecientes flores de los Santos Doctores, cada uno con su laureola de Doctor, y todos juntos serán una laureola para sobreponer en la de las Vírgenes en la cabeza de Cristo. La tercera, de los encarnados claveles de los Mártires, cada uno también con su laureola de Mártir, y todos ellos juntos serán una laureola para remate de la laureola del Esposo Cristo, con las cuales tres guirnaldas estará Cristo Esposo tan hermoseado

(1) *Fulcite*. (Nota marginal del Santo.) Este pensamiento no le desarrolló después.

y gracioso de ver, que se dirá en el Cielo aquello que de él dice la Esposa en los Cantares, y es: Salid, hijas de Sión, y al Rey Salomón mirad con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón. Haremos, pues, dice estas guirnaldas

En tu amor florecidas.

La flor que tienen las obras y virtudes, es la gracia y virtud que del amor de Dios tienen, sin el cual no solamente no estarían florecidas, pero todas ellas serían secas y sin valor delante de Dios, aunque humanamente fuesen perfectas; pero porque él da su gracia y amor, son las obras florecidas en su amor.

Y en un cabello mío entretejidas.

Este cabello suyo es su voluntad de ella y amor que tiene al Amado, el cual amor tiene y hace el oficio que el hilo en la guirnalda; porque así como el hilo enlaza y ase las flores en la guirnalda, así el amor del alma enlaza y ase las virtudes en el alma, y las sustenta en ellas. Porque como dice San Pablo: es la caridad el vínculo y atadura de la perfección (Col. III, 14). De manera que en este amor de el alma están las virtudes y dones sobrenaturales tan necesariamente asidos, que si quebrase, faltando á Dios, luego se desasirían todas las virtudes, y faltarían de el alma; así como quebrado el hilo en la guirnalda, se caerían las flores. De manera que no basta que Dios nos tenga amor, para darnos virtudes, sino que también nosotros se le tengamos á él, para recibirlas y conservarlas. Dice un cabello sólo, y no muchos cabellos, para dar á entender, que ya su voluntad está sola en él, desasida de todos los demás cabellos, que son los extraños y ajenos amores. En lo cual encaresce bien el valor y precio de estas guirnaldas de virtudes; porque cuando el amor está único y sólido en Dios, cual aquí ella dice, también las virtudes están perfectas y acabadas y florecidas mucho en el amor de Dios; porque entonces es el amor que él tiene al alma inestimable, según el alma da á entender en la siguiente Canción.

CANCIÓN XXII

En sólo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.

DECLARACIÓN

Tres cosas quiere decir el alma en esta Canción. La primera es, dar á entender que aquel amor, en que están asidas las virtudes, no es otro sino sólo el amor

fuerte; porque á la verdad tal ha de ser para conservarlas. La segunda dice, que Dios se prendó mucho de este su cabello de amor, viéndolo solo y fuerte. La tercera dice, que estrechamente se enamoró Dios de ella, viendo la pureza y entereza de su Fe. Y dice así:

*En sólo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste.*

El cuello significa la fortaleza, en la cual dice que volaba el cabello del amor, en que están entretreídas las virtudes, que es amor en fortaleza; porque no basta que sea solo para conservar las virtudes, sino que también sea fuerte, para que ningún vicio contrario le pueda por ningún lado de la guirnalda de la perfección quebrar; porque por tal orden están asidas en este cabello del amor de el alma las virtudes, que si en alguna quebrase, luego, como habemos dicho, faltarían todas; porque las virtudes así como donde está una están todas, así también donde una falta faltan todas. Y dice que volaba en el cuello: porque en la fortaleza del alma, que es el cuello del alma, vuela este amor á Dios con gran fortaleza y ligereza, sin detenerse en cosa alguna; y así como en el cuello el aire menea y hace volar al cabello, así también el aire del Espíritu Santo mueve y altera al amor fuerte para que haga vuelos á Dios; porque sin este divino viento, que mueve las potencias á ejercicio de amor divino, no obran ni hacen sus efectos las virtudes, aunque las haya en el alma. Y en decir, que el Amado consideró en el cuello volar este cabello, da á entender, cuánto ama á Dios el amor fuerte; porque considerar, es mirar muy particularmente con atención y estimación de aquello que se mira; el amor fuerte hace mucho á Dios volver los ojos á mirarle. Y así se sigue (1):

Mirástele en mi cuello.

Lo cual dice para dar á entender el alma, que no sólo preció y estimó Dios este su amor, sino que también le amó, viéndole fuerte; porque mirar Dios, es amar Dios, así como el considerar Dios, es, como habemos dicho, estimar lo que considera. Y vuelve á repetir en este verso el *cuello*, diciendo del cabello: *Mirástele en mi cuello*. Porque, como está dicho, esa es la causa porque le amó mucho, es á saber, verle en fortaleza, y así es, como si dijera: Amástele viéndole fuerte sin pusilanimidad y temor, y sólo sin otro amor, y volar con ligereza y fervor: de donde se sigue, que

Y en él preso quedaste.

(1) «Cuando (está?) flaco (su?) amor no le mira á el cuello.» (Nota marginal del Santo).

¡Oh cosa digna de toda acepción y gozo, quedar Dios preso en un cabello! La causa de esta prisión tan preciosa es el pararse él á mirar, que es, como habemos dicho, amar el nuestro bajo ser; porque si él, por su gran misericordia, no nos mirara y amara primero, como dice San Juan, y se abajara, ninguna presa hiciera en él el vuelo del cabello de nuestro amor bajo; porque no tenía tan alto vuelo que llegase á prender á esta divina Ave de las alturas; mas porque ella se abajó á mirarnos y á provocar nuestro vuelo y levantarle, dando valor á nuestro amor, por eso él mismo se prendó de el cabello en el vuelo, esto es, él mismo se pagó y se agradó, y por eso se prendó; y eso quiere decir: *Mirástele en mi cuello, y en él preso quedaste.*

Y así cosa creíble es, que el ave de bajo vuelo prenda al águila real muy subida, si ella se viene á lo bajo, queriendo ser presa.

Y en uno de mis ojos te llagaste.

Entiéndese aquí por el ojo la Fe, y dice uno sólo y que en él se llagó, porque si la Fe y fidelidad del alma para con Dios no fuese sola, sino que estuviese mezclada con otro algún respecto, ó cumplimiento, no llegaría á efecto de llagar á Dios de amor, y así sólo un ojo ha de ser en que se llaga, como también un solo cabello en que se prenda el Amado. Y es tan estrecho el amor con que el Esposo se prenda de la Esposa en esta fidelidad única que ve en ella, que si en el cabello del amor de ella se prendaba, en el ojo de su Fe aprieta con tanto estrecho nudo la prisión, que le hace llaga de amor, por la gran ternura del afecto con que está aficionado á ella (1). Esto mismo del cabello y del ojo dice el Esposo en los Cantares hablando con la Esposa, diciendo: Llagaste mi corazón, hermana mía, llagaste mi corazón en uno de tus ojos, y en un cabello de tu cuello (Can. IV, 9). En lo cual dos veces repite averle llagado el corazón, es á saber, en el ojo y en el cabello. § Y por eso el alma en la dicha Canción hace relación de estas dos cosas, como agradeciendo al Amado y regraciando tan gran merced, y también para gozarse ella y deleitarse en haber sido tan dichosa que haya caído en gracia á su Amado, y así lo atribuye ella todo á él en la Canción siguiente, diciendo: *

CANCIÓN XXIII

Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimían:
Por eso me adamabas,
Y en eso merescían
Los míos adorar lo que en tí vían.

(1) «Lo cual es entrarla más en su amor.» (Nota marginal del Santo). Véase la pág. 328.